

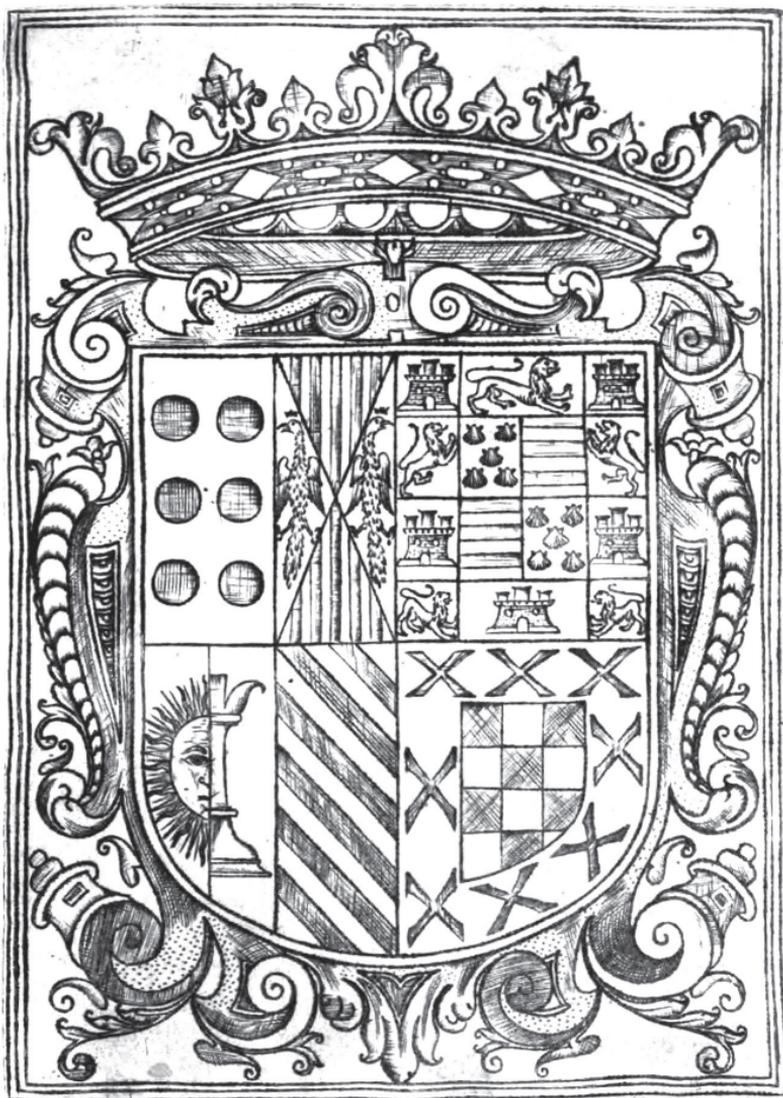
EL FORASTERO

Se alienta con la protección del ilustrísimo señor, el señor don Blasco de Alagón y Cardona, marqués de Villazor, conde de Montesanto, señor de los nueve lugares de Trexenta y de los seis de Parte Barigado, de la baronía de Jave y Cosaini, primer voz del estamento militar en el Reino de Cerdeña, señor de las villas de Alcallaly y Mosquera y del mayorazgo de Belloch en el de Valencia, de Zamboy y de las carlanías de Balaguer en el Principado de Cataluña.

Introdúcele Jacinto Arnal de Bolea, su autor, primer contador de cuentas de la Hacienda de su magestad en el Reino de Cerdeña, secretario del marqués de Villazor.

En Cáller, en la imprenta del doctor Antonio Galcerín, por Bartholomé Gobetti, 1636.

Con licencia de los superiores.



Al ilustríssimo señor, el señor don Blasco de Alagón y Cardona, marqués de Villasor, mi señor, conde de Montesanto

Todo vuestra señoría, señor, deve mirarse en este vizarro espejo que le represento a los ojos de su grandeça, que guarnecido de immortalidad, no el tiempo ni la emulación (pollila atenta a todo lustre) se han empeñado a perturbar sus luzes, que tan fieles se muestran al aplauso del mundo, cuya luna hermosa, sin linaje de mancha que la haga ofensa, se traslada a ser sol de su ilustríssima casa, comunicándose en rayos de su estirpe gloriosa para que no coan desalumbramiento me desate en fervores. Pero a tanto esplendor, ¿qué pluma no quedará en ceniza?, ¿qué atrevimiento no con castigo en confusiones?, ¿qué discurso no sumergido en piélagos de antigüedades?

Mi afecto dicta, el respecto enfrena, la obligación anima, el imposible acovarda; y entre tantas dudas indeciso, abalanzándome al riesgo, quiero más la fatiga de una pena en mi delito que un escrúpulo de quexa en mi reconocimiento. Sirva de acuerdo a vuestra señoría esta copia de original tan valiente para que, corriéndole el zendal de sus pocos años, vea a todas luzes retrato seguro de la calidad antiquíssima que ha merecido, primorosamente animado a los retoques de tantos trofeos en la officina de la antigüedad.

No quiero, no, fatigar su atención de vuestra señoría con tan gloriosas memorias de tantos y tan calificados servicios del señor don Juan de Cardona, generalíssimo de mar y tierra¹, de quien ha sido vuestra señoría tan dignamente suzessor que fuera tropeçar en la inadvertencia de prolixo quando le solicito desahogo en tantos recuerdos, que vuestra señoría casi puede hallarse embaraçado en la elección de sus mismas glorias, pues a qué heridas², haziéndose lenguas, no deve vuestra señoría en sus bocas, purpureando los cardos coronados, victorias tantas.

No quiero molestar a vuestra señoría con las relevantes facciones en que se hallaron sus progenitores gloriosos con los sereníssimos reyes de Aragón en las conquistas de los reinos

¹ 1602. *En la Armada contra Irlanda.*

² *Herido don Juan de Cardona en la batalla naval y en el sitio de Metz de Lorena. 1552.*

de España, que será offensa a su decoro valerme de tan breve resumen quando la fama de su apellido imortal de vuestra señoría tan ocupada se ha visto en las dilatadas edades, respirando solamente admiraciones entre tanto peso de victorias.

¿Qué premios se le negaron a don Artal de Alagón, casado con doña Teresa Pérez, hermana del rey don Pedro³? ¿Qué liberalidades de don Blasco no fueron aplaudidas del serenísimo rey don Jaime quando ganó el castillo de Morella y, a instancia y ruego de su alteza, dispuniéndole con la ley del parentesco (como si no fuera mayor la de su fineza) se le entregó a sus pies, siendo, en virtud de su real firma, todo lo que ganasse propio? ¿Qué fuerças le faltavan para defenderlo? ¿Qué recompensa no mereció entonces, pues por juro de heredad para él y sus descendientes le dio las villas y castillos de Sástago, Pina y María, que el rey don Pedro había empeñado a don Artal de Alagón, su padre⁴? ¿Qué peso de sangrienta guerra no resistió, embiándole a Sicilia el serenísimo rey don Jaime con cargo de gobernador y capitán general de la provincia de Calabria, proveyéndole el infante don Fadrique de todo lo que necessitava⁵? ¿Qué atropellamiento no hizo de su pundonor por el servicio de su rey para que no se perdiessse lo ganado en el tumulto y discordia de la guerra que se despertó entonces? ¿Qué retiro a Monte León, entre bizarra astucia, no desluzió a Vidal de Sarriá, Guerau de Pucher y Ponce de Quenalt, recibíéndole después en común aplauso por lugartiniente del Reino de Aragón? ¿Qué conquistas no venció prendiendo al francés Guido de Primirano, general de Carlos? ¿Qué aciertos no le devió el infante don Fadrique, tiniéndole por principal ministro para la empresa del Reino de Sicilia? ¿Qué batallas no dio don Blasco en compañía de don

³ Jerónimo Blanca, después de haver dicho que a Juan Zapata le empleó el rey don Jaime en reconciliarle los ánimos de algunos ricos hombres que estavan encontrados con él, prosigue: «*quorum Artald, Alagonius primarius, vir erat Teresiae Petri sororis Regis maritus, qui non civili solum contentione cum Rege, sed prope etiam armis decertarat*», folio 454, año 1220. Surita I t., f. 355.

⁴ Beuter I. 2 p., c. 25, f. 132, lib. 2. Día de San Julián, 7 de enero, 1232. Palabras del Rey: «*Pues Dios los ha dado este lugar tan fuerte y nombrado, que aunque vos merezcadeis todo bien, pero no pertenecen sino a Rey. Por tanto, os rogamos por la naturaleça que havéis con Nos, que le queráis para Nos.*» Término del coronista: «*Liberalidades de don Blasco de Alagón*». Surita, t. I, c. 15, f. 141, lib. 3.

⁵ Surita, t. I, lib. 5, c. 2, f. 352.

Guillén Galcerán, conde de Catançaro, a Gualter, conde de Brena, junto al Garillano, viéndose los franceses vencidos⁶? ¿Qué horror y espanto no dava el apellidar su nombre a los enemigos, teniéndole por astucia para vencerlos? ¿Quántos no se retiravan fugitivos a su eco? ¿De qué valor no se hizo experiencia quando atropellado el estandarte de don Guillén Galcerán, acogiendo su gente al esquadron de don Blasco de Alagón venciendo la batalla, prendió al conde de Brena que valerosamente se defendía entre unas rocas? ¿Qué preciosa piedra solicitó mejor engaste en augusta corona como la tosca que se trasladó a ser finísimo rubí en la cabeça de don Artal de Alagón, su hijo, combatiendo a Villena y Saix, apoderado ya de las dos partes de la villa, muriendo tan gloriosamente en la contienda⁷?

Ya me parece que veo a vuestra señoría encendido a los rayos de tanto sol, que le alumbran en la ocasión presente con afectuoso deseo de inquirir más luz de su progenitor glorioso, conduzido a este reino don Salvador de Alagón, quinto abuelo de vuestra señoría, hermano de don Leonardo de Alagón, marqués de Oristán y conde de Gocéano, hijo de don Artal de Alagón, señor de Pina y de Sástago y de segunda muger, doña Benedeta de Arborea, hija del marqués Leonardo Cubello de Arborea⁸. Casó, pues, don Salvador con doña Isabel de Besora, hija y heredera de don Jaime de Besora –copero del serenísimo rey don Alfonso, el quinto de Aragón–, el qual, assí en la real casa como en la guerra de España, Nápoles y otras partes, derramó su sangre, destruyó su hazienda y sirvió con satisfacción tanta que el mismo señor Rey en un privilegio de infeudación⁹ lo reconoce y confiessa con particulares honras que le comunica, siendo vuestra señoría legítimo decendiente y heredero suyo. Como lo es también de don Salvador de Alagón, que haviendo servido como en apuesta (glorioso tema de su sangre) a los serenísimos reyes con tanta ostentación de fineza, mereció del serenísimo rey don Juan, el segundo de Aragón, escritura otorgada¹⁰, ofreciéndole en ella el condado de Gocéano siempre que llegasse a

⁶ 1242. *Surita*, t. I, c. 46, f. 396, l. 5.

⁷ 1300. *Surita*, t. I, lib. 3, c.35, fol. 155. *Murió don Artal herido de una piedra*.

⁸ *Surita*, t. 4, c. 28, fol. 172. Año 1470.

⁹ A 22 de julio, 1434.

¹⁰ A los 6 de marzo, 1471.

sus reales manos y poder, que vuestra señoría tiene en el archivo de su casa. Y aunque no tuvo efecto esta donación, no fue por culpa ni sombra que lo ocasionasse; antes bien, a más que era legítimo y verdadero sucesor del marquesado de Oristán y condados de Gocéano por haver faltado su hermano y decendientes, fue digno y merecedor de esta y de mayores mercedes por su mucha fidelidad y servicios, assistiendo siempre a los serenísimos reyes, sin haverle embaraçado las inquietudes del marqués, su hermano, conforme lo declaró el señor rey don Fernando el Cathólico por medio de justicia, haviéndose hecho muy grande y exacta averiguación, como parece por la declaración misma¹¹.

Y haviendo tenido don Salvador de¹² Alagón y doña Isabel de Besora por su único hijo y successor en su casa a don Jaime de Alagón, conde de Villasor, quarto abuelo de vuestra señoría, este continuó los servicios de sus passados. Y le sucedió el conde don Blasco su hijo, el qual, siendo criado de la cesárea magestad del Emperador y Rey nuestro señor, le sirvió en todas las guerras de Alemania con la asistencia y satisfacción que se sabe. Y su muger, la condessa doña Ana de Cardona, fue camarera mayor de la cesárea magestad de la señora emperatriz doña María de Austria, haviendo tenido el mismo officio y ministerio de la condessa doña Mariana, su hija y de don Álvaro de Madrigal, en segundo matrimonio, que tantos años sirvió a Su Magestad de virrey y capitán general en este reino. Y assí mismo don Antonio de Cardona, hijo del duque don Juan de Cardona, padre de doña Ana, le gobernó también con tan general aplauso de todos.

Pues, ¿qué afectos no examinaremos en los fervores de don Carlos, hermano de don Jaime de Alagón, si en el último paraismo de sus luzes quiso en su muerte dar vida eterna a su inmortal fama con tan lucidas prevenciones de grandeza, tan inclinadas al servicio de su rey? Pues mandó expresamente mármores le fabricassen sepulchro y, en la inscripción que había de guarnecer el zinzal valiente –gobernado del dissenio en la diversidad de vanderas y demás triumphos de batallas esculpidas–, hablassen estas letras: «Aquí yace el illustre y noble don Carlos de Alagón, criado, mastresala y capitán del serenísimo y cathólico don Fernando de Aragón, rey que conquistó el rei-

¹¹ A 14 de octubre, 1493.

¹² da

no de Granada¹³». Y el motivo de pensamiento tan glorioso fue para que sus hijos, viendo tan fiel exemplo, más ganosamente se empleassen en el real servicio, que esto mismo lo dexó mandado particularmente para que exercitassen a un tiempo fidelidad y fuerças, que aunque su illustre natural le dictava estos nobles discursos, quiso la gloria de ser motor para obligarlos a estas finezas, como si su sangre pudiesse faltar a su cumplimiento.

Y habiendo tenido el conde don Blasco, tercero abuelo de vuestra señoría, y doña Ana de Cardona por hijo único, legítimo y natural a don Jaime de Alagón, conde y después marqués de Villasor, segundo abuelo, este continuó los servicios de sus passados sirviendo en las galeras de Sicilia, siendo general de ellas don Juan de Cardona, su tío, el qual fue nombrado lugar-tiniente de capitán general de ellas durante su ausencia¹⁴, en donde hizo particularísimos servicios en diferentes ocasiones, tiniendo de ordinario y llevando por su cuenta la esquadra hasta que don Juan fue proveído en las de Nápoles, quedando por general de las de Sicilia el conde don Jaime, en las quales sirvió con este título más de cinco años, sirviendo después en la jornada de Portugal con particular orden y carta de su magestad del rey nuestro señor don Phelippe II, llevando a su cuenta veinte¹⁵ galeras con instrucciones y cartas reales tan favorecidas por concurrir en su persona la experiencia en las cosas de la mar, calidad y partes que tan grande cargo requiere¹⁶.

Mas sería fatigar este discurso si acordara a vuestra señoría en él todas las ocasiones de esquadras en que sirvió a Su Magestad lo ardiente de su zelo quando passó a Nápoles¹⁷, castigando los foraxidos con tan severa justicia que aún hoy su nombre amedrenta a los que, escrupulosos en la opinión, hazen memoria de aquellos sustos lo pródigo de su vigilancia en el socorro, aquietando tumultos quando dieron muerte a un electo en la ciudad de Nápoles, dando troxes a la hambre y satisfacción a sus anhelantes deseos.

¹³ *Consta por su testamento que hizo a 15 de agosto, 1518.*

¹⁴ *Nombramiento a 22 de mayo, 1577.*

¹⁵ 20

¹⁶ *Nombramiento, 19 de mayo, 1585. Cartas del señor don Juan de Austria. Principio: Illustre Señor. Firma: A su servicio, don Juan. Sobreescrito: Al illustrísimo señor conde de Villasor.*

¹⁷ *Nombramiento a 13 de noviembre, 1585.*

Y habiéndole sucedido el marqués don Martín, primer¹⁸ agüelo de vuestra señoría, deseando repetir en continuación los servicios de sus passados, sirvió en este reino a Su Magestad de tiniente de capitán general, hallándose en todas las Juntas Generales que en su tiempo se ofrecieron, sirviendo tan ventajosamente a la real corona que no pudieron sus deseos alcançar más satisfacción en sus aciertos y felices afectos del real servicio, ni se podía prometer menos de la generosidad de sus alientos. Y en particular, passando desde Cerdeña al reino de Mallorca, donde estava la Armada cuyo general era don Juan de Cardona, su tío, se embarcó en las galeras y sirvió en ellas hasta que se deshizo y se bolvieron las esquadras a sus puestos. Y acogién-dose a los pies de Su Magestad, solicitando en ellos el premio de tan calificados servicios, mereció luego la merced de título de mayordomo de la señora emperatriz, que con particulares honras le premiava en el conocimiento de la calidad de su casa.

Y según las señas que se ivan conociendo, mayores mercedes se podían prometer de su poderosa mano si la muerte no le atajara a su fortuna tan felices passos en lo más florido de su edad, dexando en este reino al Marqués mi señor, padre de vuestra señoría, de edad de dos años heredero de tantos y tan calificados servicios que la vanidad de haverlos hecho puede bastar casi como premio a su illustre casa. ¿Qué confianças no hizo de su persona la magestad grande cathólica de don Phelipe IV, nuestro señor? ¿Qué deseos no correspondieron a su sangre? ¿Qué fervores no manifestava su pecho? ¿Qué aplausos le negava el reino? ¿Qué voluntades no se llevaba tras sí del concurso grande de la nobleza, haviéndose visto en el campo dilatado de su calidad antiquíssima solamente en esquicio la merced de la llave de la cámara de Su Magestad, honra tan digna a la fidelidad de su persona? Aunque no llegó a perficionarse este bosquejo con el valiente retoque del efecto, publicándose –pues en el oriente de su grandeza se vio la sombra atropelladamente de su ocaso– con satisfacción bastante de los alientos con que emprendía su real servicio en todas ocasiones, aunque la violencia de un hado riguroso al mejor tiempo troncó (sin que se gozasse) tan en flor árbol que había de produzir tanto fruto, que tan sazonado había

de ser para el real servicio de Su Magestad que entre anhelantes deseos se desatava en acciones ardientísimas¹⁹.

Dígalo el último término de su vida, pues en la penalidad de su contraste dilató sentimientos escribiendo a Su Magestad que si viviendo moría por servirle, muriendo vivía sentido a esta quexa por no poderle servir más, animado al fatal golpe que le dava amenazas, que aun este valor, este brioso espíritu, aun en las ya heladas venas se hizieron entonces respetar de los accidentes de la muerte. Y correspondiendo a su naturaleza vuestra señoría tan diestramente –assistiéndole mi afecto en curioso examen, llevado de la admiración en que se eleva–, miro suspenso a todo buelo una fiel copia, reparo advertido a toda vista un primoroso retrato con la primera intención tan prevenido, con tan superior disseno tan espirituoso y con hermosas tintas tan perfecto de su padre de vuestra señoría, el Marqués mi señor, cuya gloriosa memoria atentamente se despierta a la valiente mano que vuestra señoría le da con el estudioso exercicio, no embaraçándole lo prolixo de la continuación en el desahogo de tan buen gusto y cogiendo estas cambiantes flores tan en la primavera de sus años, a cuyas pocas auroras empieça tan lucidamente a rayar el sol de su juventud.

Deve justamente vuestra señoría con desvanecimiento noble hazer precio de su illustre fortuna, confessando esta deuda, aclamando esta dicha de partes tan amables, en tan común aplauso del reino a la devoción ferviente, a la caridad abrasada, a la piedad devota de aquel ángel (¡oh, cuánta licencia solicita un afecto!) de aquel exemplo de mortificación, de aquella señora que a los veintiséis²⁰ años de su edad, madre de vuestra señoría, rompido de su vida el espejo, supo desmentir tan modestamente el eclipse que vimos en su belleza quando la luna pura hizo unión apretada en el sol de sus religiosas costumbres, hija del ministro grande del ilustríssimo señor don Andrés Roig, comendador de la Encomienda de Silla, en la Orden de Nuestra Señora de Montesa, del Consejo de Su Magestad, su vicecanciller en los reinos de la Corona de Aragón.

¹⁹ Pocas horas antes de su muerte, el Marqués escribió a Su Magestad afectuosamente quexoso de su corta vía, por no poder hazer empleos de ella en su real servicio, que tan asento [atento] vivía en estos cuidados.

²⁰ 26

Pero habiendo quedado vuestra señoría tan originalmente dueño de sus acciones, no fatiguemos su memoria con prolixidad tanta, sino acuda con su atención vuestra señoría a tan fiel exemplo, examinándole codicioso para que en su imitación siga su vereda, repitiendo tan gloriosas huellas de sus illustres progenitores que, aunque en poca estampa se le representan, siendo este pequeño epílogo sombra solamente a tantas luces, puede servir este acuerdo de pauta por donde se gobierne vuestra señoría con muchos aciertos en el servicio de Su Magestad, que en la escuela de las finezas de su padre, en cuyo ansioso desvelo murió desatado en fidelísimos afectos, pudo vuestra señoría con tan noble enseñanza hazerse dueño de estas primeras letras y, juntando aquellas superiores partes, con este dócil natural que a vuestra señoría gobierna, formar sus primeros cuidados.

Pero a tanta destreza en su illustre sangre, para qué solicito materiales quando el exemplar más vivo y dechado seguro ha de ser solamente hallarse vuestra señoría, don Blasco de Alagón, que esto le basta en sus pocos años para prometerse muchos aciertos en el servicio de su rey. Esta licencia me la dio su padre de vuestra señoría quando le merecí tantas honras en su muerte; si he tropezado en lo prolixo no havré caído en falta de reconocimiento en mi estimación. Permítase vuestra señoría, le supplico, a lo abatido de este *Forastero* que le mendiga favor por mi medio a las puertas de su illustre casa, dándole la mano para que a sus pies confiesse en su rendimiento la dicha que le ha savido merecer en los contrastes de su fortuna.

Guarde Nuestro Señor a vuestra señoría muchos años.

Criado de vuestra señoría que su mano besa,
Jacinto Arnal de Bolea

Al ozio del ingenioso bien afecto

Paréceme que la medida de tu semblante me está haciendo acusación de fácil, fulminándome processos para la reprehensión con cargos de inadvertencia y arrojamiento, pues me quisieras prevenir savio, erudito historiador, con punta de político –manjar que tiene tanto del valimiento en este siglo–, y que me deslizasse tal vez por el gobierno diziendo lo que tantos han repetido en tantas jornadas con gran golpe de autoridades, dexando en cada umbral un autor citado, desnudo de toda alhaja y con tanto yelo que llame a todos que en unión le hagan cuerpo para tener alma.

No todos se pueden revestir del vivaz espíritu de la eminencia de tantos sugetos que brota España por instantes, conserva el mundo en sus eternos anales y dan vida al siglo venidero coronada con igual tropheo, siendo el mayor crédito que se puede haver logrado en nuestros tiempos possession feliz de nuestra edad, honroso laurel a su fatiga ingeniosa y disculpable assumpto de emulación a las lenguas forasteras que sellando el lavio lo admiran, con respeto cortés lo veneran y con assombro de suspensión se atajan.

En quanto a lo savio, una mediana naturaleza te consagro con la confesión de lego bien afecto y, si no me asustas con rigores, si no me amedrentas con amenazas, cevo puede ser este poderoso para que fatigando libros desentrañe historias, dando a tu ozio entretenimiento tal vez prosiguiendo estas demasías que con tanto crimen se presentan a tus ojos, ofreciéndote por ahora doze novelas en que acavaré de ensayarme para solicitarte gusto.

En lo erudito, mi insuficiencia abona el tiempo que no he querido maltratar en vano, pues havía de exprimir tan poco de sus acciones; disculpa que aclama conocimiento y padrino que savrá salir a los alcances a qualquier duda que me desluzca, o ya con lo dañado de la malicia o con la torpeza de la ignorancia, siendo el más poderoso para mi pleito la materia, el assumpto que por lo humilde huye toda ostentación de humanidad, aunque en la ocasión hará su salida adeudando lo mejor de su hazduela pobre.

Y quanto a lo político, ya sé que no apretarás la clavija por la

disonancia, pues deve traer consigo opinión, años, madurez y conocida licencia para salir bien de empeño tanto, pues es de justicia tan necesaria quanto forçosa que se avezine a la reprehensión y tropieze en la demasía; delito de irreparable peso, y más en la monarchía de España, tan poco enferma de descuidos, pues con vigilancia tan despierta, atentos los ministros al reparo anticipan prevençiones, reparan daños, enmiendan inadvertencias de inferiores y con advertido zelo, examinándose a sí propios, se acusan juezes y se sugetan reos, que no es ignorancia el ignorar una cosa, eslo el no querer otorgarlo; prevençión con milagro y ventajas para negociar en el mundo crédito de prudente, que yendo hombro a hombro con la justicia, aseguran el acierto proporcionado, luzen la verdad desnuda y la diligencia con prevençiones pròvidas, materia que dize experiencia y que no se permite al vulgo del ingenio bastardo por serlo vedado de la grandeza, que el que se atreviere a rondar sus linderos será con la costosa pena que la costumbre tiene instituida, para que reparando el escarmiento, devotos veneren, humildes se atemorizen y tú, piadoso, los ampara.

¡Oh, con cuánta satisfacción te havré dexado por haver vomitado en mi descrédito todo el veneno que tenías en confección para maltrarme! Lisonjear he querido tus costumbres obligándote con tus mismas armas para que escuses en mí, que te las entrego, el primer golpe. Mayor ignoranzia es el avatimiento con exceso que la satisfacción con demasía, pues menos te sirvo quanto más humilde me ofrezco, que el mundo es todo ostentaciones y, aunque a los primeros passos sean zevo a la murmuración, con el tiempo se haze este error tratable y convierte en naturaleza su barbarismo. Y aunque el ignorar lo tengo por propio, bástame el atrevimiento para desmentir en alguna manera este delito. Dame el título que quisieres, que ya me sugeto a la obediencia y me parece que leo en tus lavios, aunque medio confuso: «Tiene natural bastante para el exercicio de su ingenio. Si se diera a libros, luziera más su inclinación». Bastante premio, lector amigo, bien intencionado, y no es pequeña lisonja esta modestia para el rigor del siglo que alcanzamos. *Vale.*

Don Luis de Espinosa a la pluma y pincel del autor

DÉCIMAS

*Jacinto, vuestros papeles
son dignos de vuestra pluma,
los pinzeles de la suma
de tan heroicos laureles,
en papeles con pinzeles
escriví y retratáis;
los ingenios que admiráis
están de deseos llenos,
por saver cuál es lo menos
de las glorias que alcançáis.*

*Yo digo en esta ocasión
que al pincel la pluma pasa;
hoy es testigo la casa
de tanto illustre Alagón.
Discreta es la emulación,
tan ajustada al nivel
que se puede dezir de él
(a pesar del tiempo ingrato),
que tan valiente retrato
la pluma ha buelto pincel.*

De don Francisco Villapadierna al pincel y pluma del autor

SONETO

*Polvos fueron ayer de piedras duras
los que JACINTO unió con mil primores,
para ser hoy retóricos colores
con que animadas hablan sus pinturas.*

*Así de imaginadas hermosuras,
tiernos afectos, cándidos amores,
brota su culto ingenio bellas flores,
del achaque de flores bien seguras.*

*No presumo de mí tanto que diga
de sus papeles la elocuencia suma,
de su pincel el modo más que humano.*

*Dé, pues, JACINTO honor a su fatiga,
quede en dignos elogios de su pluma,
alabada su mano de su mano.*

El doctor Gerónimo Meli Escarchoni
Envidia y Fama conspiran a la gloria de Jacinto de Bolea

ESPINELAS

*Hallo (al tiempo que el deseo
a celebraros me llama)
envarazada a la FAMA
en la gloria de este empleo.
Rendir a la EMBIDIA veo
los que a ingenio tan divino
aplausos justos previno
y en encomio verdadero,
al que nombráis FORASTERO,
acclamarle PEREGRINO.*

*En lenguas mil se desata
la FAMA y, con voz sonora,
en quanto mundo el Sol dora
buestros honores dilata
de Daphne la rama ingrata,
que apenas se comunica
a vuestras sienes aplica
la EMBIDIA y, con raro exemplo,
vuestro claro nombre al templo
de la eternidad dedica.*

Aprobación y censura del muy reverendo padre maestro fray Tomás Melicao, del Orden de Predicadores, cathedrático de prima de la Universidad de Cáller y regente del Estudio en el combento de Santo Domingo

El Forastero, autor Jacinto Arnal de Bolea, secretario del marqués de Villasor, por comisión del ilustríssimo y reverendíssimo doctor Tomás Rachis, canónigo de esta primacial iglesia de Cáller y vicario general, por el ilustríssimo y reverendíssimo señor don fray Ambrosio Machín, arzobispo de ella, he visto. Y aunque siempre me prometí grandes pruebas de su valentíssimo ingenio, cuyo lucimiento es tan notorio, en este libro hallé un resumen de todo lo primoroso de un fértil y feliz entendimiento, pues con el más grave y claro se conforma en el ornato no afectadamente culto, no humilde (que igual fortuna corre un estilo: provoca al desprecio, si inculto, y si con esfuerzos de superior toca la esfera de obscuro, encuentra con la adversión común) es el del *Forastero* propio.

Es casto, con llaneza grave, con gravedad inteligible, con el más elevado se ajusta, con galantería luze sin que a lo modesto falte, ostentando en cosas muy humanas la nativa de su ingenio. Es, particularmente en los excessos del mundo y desengaños de la vida humana, divino, con tanta eminencia retrata el beneficio de estos, con tanto excesso condena las pernicies de aquellos. No tiene, al fin, el libro del *Forastero* cosa en que desmerezca, muchas sí con que mereze la luz que solicita a los brazos de la emprenta, siendo tan erudito, tan modesto, que edifica aún en los mayores empleos de sus amores. Venere, pues, todo ingenio la obra, sea ella el más digno elogio de su autor, y a mí, sirva de encomio la admiración, de voz la suspensión, de aplauso el conocimiento y de lengua el silencio.

Cáller, en Santo Domingo, 1 de mayo, 1636.

Fray Tomás Melicao, maestro y cathedrático

Aprovación del padre Francisco Enoc,
de la Compañía de Jesús

Por comisión de los señores del Consejo he visto un libro intitulado *El Forastero*, autor Jacinto Arnal de Bolea, secretario del marqués de Villatoro, conde de Montesanto. Y no solo no hallo que censurar cosas disonantes de nuestra fe cathólica y buenas costumbres, mas aún por la modestia con que se porta en sus «Discursos» veo corrección severa para las malas con terso y prudente estilo, siendo prendas de su culto ingenio, centellas del buen metal de su entendimiento, no vulgar, y bislumbres que admiro en su naturaleza. Y se le puede dar licencia para imprimirle para aliento y cevo de las buenas habilidades. Este es mi parecer.

Cáller, a los 10 de mayo, 1636.

El padre Francisco Enoc, de la Compañía de Jesús,
mínimo hijo suyo

Concedemos licencia y facultad para que se pueda imprimir el libro intitulado *El Forastero*, autor Jacinto Arnal de Bolea, a 10 de mayo de 1636.

El doctor y canónigo Thomás Rachis, vicario general

Imprimatur

Pro. per suam excellentiam ex deliberatione sumpta in Regia Audientia die 10 maii 1636.

Don Monserratus Vacca, secretarius.

ERRATAS

Folio 3	Línea 3	rorbes, dirá robres
Folio 4	Línea 3	agajador, dirá agasajador
Folio 6	Línea 10	consolava, dirá congelava
Folio 12	Línea 6	se passé a excessos, dirá se passe a excesso
Folio 15	Línea 22	haçiéndose, dirá asiéndose
Folio 27	Línea 10	resquexo, dirá resquicio
Folio 31 ²¹	Línea últ.	el que gobierna, dirá lo que mejor gobierna
Folio 53	Línea 17	à cinco ²² , dirá ainço
Folio 103	Línea 3	descuidos, dirá descuidados
Folio 120	Línea 18 ²³	sevesa, dirá severa
Folio 200	Línea últ.	mejor torpeza, dirá mayor torpeza
Folio 228	Línea 14	conde que gusto, dirá conde gusto
Folio 252	Línea 8	truque, dirá trueque
Folio 351	Línea 18	asiento, dirá assumpto
Folio 253	Línea 12	entregava, dirá entregada
Folio 369	Línea 7	plumas, dirá pluma
Folio 373	Línea 16 ²⁴	cortesavan, dirá cortejavan
Folio 372	Línea 9	negando a zelo, dirá negando el cielo
Folio 378	Línea 23	lucos, dirá leves
Folio 379	Línea 14	galatea, dirá galantean
Folio 493 ²⁵	Línea 4	servidor, dirá savidor
Folio 550	Línea 23	ya usurpador, dirá ya ser usurpador

Los demás errores corrija la discreción del lector.

²¹ 50

²² ainçe

²³ 5

²⁴ 6

²⁵ 497

EL FORASTERO

PRIMER DISCURSO

En la mayor pompa de la primavera, en el mayor imperio de los campos, en el mayor lucimiento de las selvas, en el mayor trono de las flores, en el mayor desperdicio de su fragancia, pórvido y jaspe –hermosamente terços– davan luziente adorno a varios y capaces nichos, ocupados de bultos diferentes con tan raro ingenio perfectos, con tan diestra valentía pulidos, que la naturaleza, vencida del arte del sinzel peregrino del artífice, atentamente advertida si embidiosamente lastimada, hacía reparos justos en su admiración que con ultrajes tan violentos huviessen adquirido la vida que les comunicó alma entonces; aunque disculpava tanto sufrimiento el considerarlos piedra ya más blanda al golpe de su fortuna, habiendo merecido la feliz que confesaban, casi sensibles, con lenguas de mármor y alabastro, solicitadores puntuales de la inmortalidad que negociaron clamantes y adquirieron justificadas entre los siglos.

Murta igualmente texida, hiedra en los muros trepante, a un mismo tiempo entapiçavan menudas rejas, a quien el Sol como con respecto pedía licencia para registrar el seno menos sombrío de las burladoras salas que, con flechas de christal violentas, ostentavan con tanto bullicio donaires tantos en la amenura de sus sazones y de las galerías espaciosas que con fabulosos pinzeles lineavan su grandeza –ya por soberbios desvanecidos, ya por primorosos animados– en una casa de campo. Alquería del gusto y zigarral bístico de toda recreación apazible, tan feliz, tan hermosa y tan dilatada que, quando la primavera la visitava –imaginándose señora de su jurisdicción, abraçando imperiosamente su distrito, vistiendo al monte robres²⁶, dando galas al valle y frescura a las selvas con aliño floridas, con adornos compuestas, y que por tal había de ser aplaudida en el sitio más risueño de sus artificiosas fuentes (que pagando su precipicio en aljófár desmienten los rompidos vidros, los apricionados christales del enero, residenciados entonces por el severo juez que les castiga, ya por parleros, ya por murmuradores, y de los bien texidos quadros que con intrincados laverintos hazían lo perplejo apacible y lo confuso tractable), y que había de hallar oca-

²⁶ rorbes

sión fácil en que ejercitar pudiese el dominio más vistoso entre las plantas, la jurisdicción más lucida entre las flores-, lo reparava con nevados jasmínes ocupado, con tirios claveles vestido, con encarnadas rosas luziente, negándole sobervias, con hermosos desprecios, el poder y nombre que tan adquirido tenía en la naturaleza de las flores, mentida su banidad, deslucida su presunción, y hallándose a las puertas de su recreo como mendigando alguna parte de su frescura, que tal vez se la atorgava de lástima más piadosa que antes por su proceder agasajador²⁷, que lisonjeava su voluntad desta suerte.

A una parte, como en apuesta, lo natural y hermoso admirava tantos extremos del artificio, dilatándose bizarro y gloriándose risueño, viendo su desvanecida fantasía tantos triunfantes arcos, tantos dozeles pomposos, tal vez de trévol y tomillo, rústicos perfumadores en su fiesta, y tal vez de frescas espadañas, de plebeyas florecillas que, inquietas con el viento traviesso, amagavan con olores suaves a ser imitadoras de las más superiores, por donde atropellados arroyuelos en plata riza ceñidos, por donde bulliciosas fuentes en razimos de perlas desatadas, por donde chrisalinas guixas en arenas de oro compuestas, emulavan codiciosas el feliz aplauso que había adquirido lo artificioso en tan frescas sazones, corriendo por merecerle sedientas aun sus aguas de tan justamente deseada gloria, quando el ameno arrayán bestido de arquitectura ingeniosa, por lo curioso dispuesto, por lo afeitado hermoso, haziendo divisiones y estancias a un estanque, se mirava en él como en lucido espejo la menuda esmeralda con que se guarnecía. En donde con la libertad y descompostura que permitía este retiro, dando al aire el cavello en cuyas ondas bizarras, en cuyo golfo hermoso se anegava el alma más libre, dando la prisión inquieta diversos lazos azules, que por ser vezinos a sus rayos eran de resplandor a los ojos de los que la atendían; en donde (con baquerillo corto y curioso extremo, en quien se acreditó lo noguerado de superior), acogiéndose a sus aguas por merecer en ellas todo crédito de velleza, guarneciéndole sabrosamente plata, a cuya hojuela breve comunicaron unas manos la vida de su candor luziente; en donde (con descuido aliñoso desenfadada, desenvueltamente airoso, inquietamente entretenida), para entregarse a un vaño

²⁷ agajador

con sus damas, dio Laura una tarde a unas matas de jasmínes que le hazían espalda el nácar traviesso que por puntos deletreava los breves que en el polbillo obscuro se ajustaron, liga que, de un laurel pendiente, podía hazer con la mayor sazón caza de corazones.

Quizo el amor rapaz, por serlo, guarnecerla de rapazejos de oro, de puntas para que con semejantes travessuras hizieran el tiro, si no en almas ociosas por la soledad que le acompañava, en breves rui señores y canarios, pues la liga es la mayor ofensa a sus plumas y el oro el riego más atractible deste siglo. Puntas de que el amor se valía para sus arpones, veneno que congelava²⁸ para las vidas, encanto que disponía para los sentidos, dando ser a este peligro lo estremado de su aliño curioso y la beldad que aunque por brúxula, lineava alabastro y animava nieve en sus dos hermosas basas que sustentavan tanta máquina de belleza en tan abreviado espacio; y el canoro eco que rasonava en el vezino valle de la delicada boz de Hipólita, dama la más querida entre todas las que la asistían, suspensión del viento, admiración de los oídos, apacible recreo del alma, pasto suyo y sazonado con tanta sal en este romance, a cuyos versos dio espíritu con donaire y extremo, de que hizo tan puntual memoria por haver sido su dueño el airoso asunto que ocasionó a un español ingenio, en el mayor retiro de su recato, siendo árbitro grosero de la travesura de su boca, con que el amor hazía guerra a la vista de los hombres, mereciendo castigo de atrevido por resolverse al imposible de aquella lucida quanta temeraria empresa.

Al rigor hermoso de la boca de Laura

Romance

*Con el disfraz de belleza,
para no ser conocido,
occúltase en un clavel
el más recatado hechizo.*

*¡Oh, cuán mal se encubre el áspid,
bien solícita escondido*

²⁸ consolava

*entre flores de favores
los rigores del castigo!*

*Si haze violenta una herida
la hierva, animando el filo,
desta flor en sus arpones
Amor prepara sus tiros.*

*Tantos indicios, çagala,
califican tus delictos,
pues lo mismo con que ofendes
muestras de sangre teñido.*

*Beví el veneno sediento
de los néctares que han sido
en el búcaro más breve
más dilatado prodigio.*

*¿Para qué tan disfraçado
viene tu fuego encendido,
si hasta la misma color
es de su crueldad indicio?*

*Si por fuerça del desdén,
Laura, sin alma te he visto,
por la fuerça del donaire
todo es alma lo que admiro.*

*No tienes piedad, pues matas
con rigor tan excesivo;
ten alma, pues tienes tantas
de los que se ven vencidos.*

*Si pronunciaron tus lavios
la pena que ya he sufrido,
la sentencia a un mismo tiempo
con la execución me vino.*

*Nunca el amor, nunca alado
ciego Dios tan lince ha sido,
pues rigor conduze tanto
a tan pequeño distrito.*

Con media risa agradeció Laura la lisonja del tono, lo puntual de la letra y la sazón del gusto que divirtió el espacio que duró el despojarse para entregarse al vaño, corriendo poco a poco las cortinas de su belleza. Mas quando el último cendal bordado de

pinos negros, desvanecido por verse celador de tantas perfecciones, se corrió humilde (cayendo a sus pies y confesando en ellos tantas ventajas), juzgaron las ninfas de las fuentes que por sobervio mereció igual castigo, avergonzado de verse tan poco occultador de sus secretos donaires, pues como por vidriera (siendo que era el zendal viento tejido) se comunicavan las luces de su terça blancura, que eran en competencia del alavastro de que ellas entre sus surtidores se havían vestido. Quedaron mudas, quedaron heladas también assistiéndoles a semejante beldad, admirando entre pellas de nieve, rayos de fuego, y en el torneado cristal de sus relevantes perfiles, plata pura que hazía también que las fuentes se corriessen y en su alavança se dilatassen, cambiando su ordinaria murmuración en aplausos tan claros como sus christales.

Traviesamente entretenidas con su dueño las que con amor y lisonja la servían, con honestos recatos se engañavan unas a otras y, después, más libres con inquietas acciones se dexavan llevar del descuido: qual apostava tener más proporción en los acertados contornos y qual más blandura en sus recatadas roscas con abultado estremo; una, fundando²⁹ en el trigueño claro sus donaires, y otra, en su libre descompostura, su vivez activa. Aquí fueron las memorias de sus tiernos galanteos representándose en el teatro del gusto con alma bivíssima, con lástimas de los que havían perdido ocasiones, covardes, culpando tal vez a los atrevidos por grosseros; aquí las lágrimas (aunque con el rebozo de media risa, en algunas con un ay bevido) historiaron capaces sus cuidados presentes, aunque se acreditaron de pasados; pero no mintió el rosicler de sus mexillas, que attestiguó la mayor verdad de su pecho, índice verdadero de la ascua habitadora que en él se encerrava, que todo el recato honesto, todo el retiro encogido que en público exercitan cuerdas con ostentaciones de vergüença, se desquitan libres quando en compañía amigable la llaneza les permite semejantes desembolturas con bizarrías y desenfadados licenciosos a executar lo que les va dictando lo fácil de sus pocos años, que les incita y anima a seguir tal vez desenfrenadas carreras, empeçando por donaire libre y acavando con el tropel de la liviandad tan grave ruina del honor sagrado que celar se deve con custodia tanta, previniendo

²⁹ fundando

riesgos, moderando inquietos impulsos y, entre escarmientos, advirtiendo la segura senda que encamina el verdadero fin, que es el principio del superior acierto.

Pero Laura, gustosa con tal mal recatados discursos, aunque sus pocos años la hazían acuerdo en la sal de sus inquietudes de alguna breve llama que la encendía, reprendió con severidad y castigó con mesura excessos tantos; y más en su presencia, que fue de los mayores cargos que las hizo, a que mudas se helaron y con atajo se suspendieron sin prevenir disculpa que las abonasse, trémulas unas y otras al no imaginado castigo que les sobrevino en la sazón de sus más entretenidas imaginaciones.

¡Oh, cuánto puede, oh, cuánto, una moderada prudencia si recae en un natural noble que le da assiento!, pues revestiéndose entonces de valor cuerdo, de actividad heroica, parece que la obligan, parece que la fuerçan, que la moderación se passe a excesso³⁰, si puede haverle en tan superior virtud, que refrenando extremos, reprime passiones propias y, emendando lo débil de la naturaleza, acrisola costumbres; y más quando es su mira el buen exemplo, luz de ceguedades, freno de desembolturas y, últimamente, antídoto misterioso para el veneno del vicio, que como avergonzado a sus ojos, pierde sus alas y, descaeciendo sus fuerças, se retira a sí mismo como confessando su delito aunque solicitando emiendas. Pues aunque pudiera Laura valerse de la disimulación, no haziéndolas compañía en sus libertades sino llevándolo en silencio, desentendida de lo que sus ojos y oídos fueron testigos fieles, viendo el riesgo tan fuerte, la ocasión tan poderosa, no quiso no sujetarse a que su respecto flaqueara en ningún tiempo con tan platicable desemboltura y, aunque gustosa como lo estava de tan inquietos discursos, no dio permisión que los conociessen sino ostentando enfado, descubriendo zeño; y echando capote a sus honestos ojos, midió las acciones con su calidad, ajustándose a ella tan observante que, reparando en sus esquivazes, juzgaron ser otra con la turbación del rayo que les sobrevino riguroso.

Entre las aguas hermosamente perplexas, honestamente vergonçosas, casi ivan ocultando lo terço de su plata pura, el ampo de su nieve helada, quando divertidas en semejantes tur-

³⁰ se passee à xcesso

baciones, oyeron rumor entre unos miraveles que con gigante estatura se levaban al cielo, a cuyas florecientes matas hacía pie humilde una pequeña tapia que, derruida en sus cimientos de un raudal grave que la inundava, se hallava sentida de la injuria del tiempo y menoscavada con vergüenza al lado de las que, más robustas, con soberbia sitiavan tan valiente alcázar, que es más advertida una humildad a los pies de lo poderoso, pues en sus extremos sirve de lisonja el abatimiento a lo lucido y bizarro. Pero pensando Laura con sus damas que era alguna corça de las muchas que encerrava el bosque bezino y se trasladavan a los jardines por aquella zerca para divertir quizá al conde de Belflor, su padre (que la necesidad le aprisionava en soledades tan apacibles en tierras del duque Felisardo, su tío y señor poderoso en la Calabria), aunque temerosas, no fue el susto de suerte que llamasse desmayo y moviesse al retiro –pues por lo flaco que estava aquella parte cada día se introducían en su espesura amena–, quando en su admiración y novedad vieron que venía rompiendo el golfo florido de las mattas un bizarro joven, hasta edad de veinte y quatro años –vestido ceniziento, mangas de lantejuelas de plata fatigadamente bordadas por lo prolixo de la unión que hazían unas con otras, aunque manchadas a parte de la abundante sangre que le emanava de una herida que traía en la cabeça, esparcida por el rostro con horror y espanto–, que fugitivo, con el desnudo azero en la mano, imaginando ser verdadera segura, atropelladamente cayó en lo profundo de la zanja, que por la parte de adentro hacía undosa zerca a la vistosa recreación.

Apenas le divisó lo atento de la curiosidad de las descuidadas donzellas quando en el mismo sitio le vieron sepultado, dando señas solamente de su vida el rumor continuado del agua, que por aquel espacio fue más repetido, que cubría espadañas y adornava más tranços. Aquí fue la turbación confusa, aquí el atajo baldar sus acciones, aquí el esconderse unas tras las otras, aquí la solicitud en ocultarse con los zendales que no hallavan examinando matas, escudriñando flores; aquí el çabullirse en lo más profundo del vaño, aquí el zelar ahogarse y mostrarse más aparentes que estaban, aquí el espanto ver sombra de hombre en lugar tan vedado, aquí la turbación en su desnudez hermosa, aquí el suspenderse en quién sería o el infeliz precipitado o el atrevido curioso. Pero a todo esto dio lugar la lástima, tuvo

cavida la piedad, permitiéndose todas al cuidado del mal, logro de sus jóvenes quanto infelices años.

Pero el mancebo, que ya como pudo, estrivando en mal siglos terrones y asiéndose³¹ a espinosas matas, había librado del atolladero peligroso, haziendo muy en sí zelosía de unos rosales por donde reparava atento las confusiones airosas de las desnudas ninfas, preveniendo que eran por los aliños estremados con que se zelavan de calidad bastante para temer su muerte en trance tan oportuno –si confessava haverlas visto con tanto descuido desembueeltas–, para assegurarlas que la vista no gozó entonces, no mereció felice tan sazonado objeto y tan deleitoso encanto a sus atentos sentidos, valiéndose del fingimiento se arrojó al lindero del baño, como que un desmayo sobrevenido de la sangre desperdiciada de su rostro le arrojaba de aquella suerte a la piedad de tan divinas manos, executando su traça tan diestramente que no a femeniles pechos, no a covardes ánimos sino al más atento en la malicia robusta le hiziera beber el engaño, sin prevención de que lo fuesse.

Pero ellas, que atropelladamente rebueeltas habían procurado recatar lo más oculto de su honesto extremo, con mal aliño solicitándolo, imaginando muerte lo que fingió la malicia desmayo, pavorosas dieron confusas bozes a que respondió el eco de los peñascos cóncabos de las grutas, que avisaron a Ludovico, al conde de Belflor padre de Laura, saliendo con alboroto descompuesto a inquirir la causa de semejante descompostura. Halló a su hija en las faldas de Hipólita, privança suya, que el susto le había robado el color y fuerças, que poco a poco se vieron restituidas con la presencia de su padre, a quien amava tiernamente. Llamó a los criados con deseo de desatar el misterio que encerrava aquella, en su parecer, enigma, pues así el traje como el sujeto de aquel hombre, aunque lucido, indiciava el ser forastero. Cojiéronle en braços, echáronle agua en el rostro y, con un lienço, le enjugaron la sangre y polvo que le cubría. Fingió bolver en sí y, con un ay dilatado, estrañó³² el sitio en donde estava y, con rendimiento agasajador, pidió al Conde que le favoreciesse, pues por forastero en humilde fortuna había de grangear en su gracia esta acogida que esperaba de su grandeza,

³¹ haciendose

³² estrañò

que aunque no tenía conocimiento della ni de su calidad, eran fieles lenguas que la pregonaban tanto lucimiento en su palacio, tanta ostentación en su retiro, tan noble proceder en sus acciones, tan luzidos timbres en sus armas, con que adquirirían tanto valor illustre los jaspes y mármoles que blasonaban de inmortales a pesar del tiempo.

Hizo más puntual la buena acogida en la piedad del Conde lo abatido del forastero y lo bien hablado en su cortesía, a quien mandó hospedar (ya por prisión, ya por agasajo) en una de las torres que coronaban aquel alcázar imperiosamente. Acudiendo a la prevención de la herida, que se conoció poco considerable, y encargando el cuidado de su persona a los criados, se retiraron. Laura con sus donzellas, a su cuarto, a más alentada del susto y más libre del ahogamiento; los de su familia, aunque moderados, a sus estancias, cuidadosos quién sería el herido, dando lugar esta suspensión a que sus juizios se desvelasen; los cuerdos, con admiración noble, y los maliciosos, con temeridad perniciosa; y el conde de Belflor, a un breve camarín en donde habitava, dando unos balcones azules a un apacible estanque, a quien el ingenio entoldó maravillosamente y la primavera llovió de nevados jasmínes y de menuda yedra, que con vistosa igualdad entretexida la rociava sazónadamente un surtidor hermoso que con violencia despedía cristalinias lanças que, osadas al cielo, casi humedecían los rayos del sol que con diversos tornasoles adornaban el valiente ultramarino de su fixo asiento, que en señal de benigno, en muestras de piadoso, aunque las quebrava en su despeño dándoles a conocer su primer principio, quiso precipitarlas con razimos de perlas para divertir el espacio de la caída engañando su quexa desta suerte (que es tan unido con la piedad el Cielo que el castigo le endulça con reboços favorables) y con este género de cohecho, para escusar el sentimiento legítimo de sus desdeños³³.

Quando con algún desvelo el Conde –con deseo de rastrear con la imaginación quién fuese el forastero a quien havían dado hospedaje, librando en el venidero día que revelasse su historia– oyó repetido rumor de cavallos y gente que con acelerados golpes pulsavan las puertas y casi las desquiziavan, estrañando perplexo la novedad y dando tiempo a que los criados se

³³ desdeñes

inquietassen en el silencio de la noche y sueño en que sepultados bivían; oyó que con boz trémula y ansiosa y con golpes comedidos, aunque atropellados unos a otros, perturbaban su retiro atrevidamente. Levantose al punto, acudiendo a examinar quién fuese, sin esperar que ningún criado a esta diligencia fuese primero, y abriendo la puerta, halló a sus pies postrado el forastero herido, con rendimiento humilde, con pavor demudado, con el azero desnudo como zelando vezino riego que le amenaçava, acogiéndose a su piadosa guarida. Preguntole la causa de aquel sobresalto inquiriéndosela por instantes, mas el yelo y la turbación ponían mordaças a su lengua, negándole la respuesta que esperaba; pero cobrando fuerças, respirando el aliento y enjugando el sudor frío que bañava sus venas, articuló la voz desta suerte:

—El atropellado tiempo, señor, no me permite a que os diga quién soy por extenso, basta para inclinar vuestro respecto, basta para obligar vuestro decoro, basta para grangear vuestra grandeza el saver que soy cavallero y bien inclinado, que este es el verdadero esmalte en el oro fino de una nobleza. Vos me disteis acogida en lo fugitivo de mi rezelo, a vos os he de dever ahora la vida, que tan a pique la estoy viendo en el golfo de mis infelicidades. Yo he muerto a un hombre con la ocasión más justa que el mundo abona y pienso que su calidad, su ostentación, su grandeza, la cantidad de gente luzida que le cortejava, los criados y vasallos que le seguían me están dando ya mil muertes, pues han cercado este palacio, sabiendo quizá que me oculta y vos me favorecéis con tantas honras. Agora es tiempo que un forastero, y más en igual trance, halle en vuestro pecho el abrigo que la ocasión pide, convocando a vuestros criados porque no me revelen, pues en este secreto consiste mi ser, que se le deveré a vuestras manos siempre, reconociéndole de vuestra piedad benigna, que guareciendo humildes se está coronando con tan heroicas acciones. Las puertas rompen, los criados se alteran, vos sois el conde de Belflor, que me libra, y yo el más humilde y abatido, que procuro solicitar en vuestra gracia la deuda más noble, la acción más excelsa que gravará buril o tallará diamante en las tablas de la inmortalidad que con tanto respecto venera el tiempo.

Hallose el Conde compassivo quanto obligado del abatimiento del forastero, diole palabra de defenderle de los que en su

persecución venían, hízole retirar en otro camarín pequeño que estava más adentro del que habitava y a quien Venecia y Lisboa adornaron de vidros y búcaros, vergonçosos, quiçá, que siendo tan estimados fuessen tan quebradizos. Previno sus criados no le revelassen, abrieron las puertas, corrió boz a su quarto que era el duque Felizardo, su tío, cuya voluntad le solicitava para que fuesse dueño de Laura, su hija. Baxó a recibirle; turbado en tan impensada sazón, hallole malherido; añadió confusión a confusiones y reconoció en sus criados quexa que el agresor se huviesse librado de la muerte, fugitivo con atropellada planta a las bocas de fuego que le havían disparado en lo espeso fatigable del confuso bosque vezino de aquella amenura; dióle su misma estancia por más fresca en los abrasados rigores del tiempo, con olvido de la palabra que havía dado al forastero de libertarle de la persecución de sus enemigos.

Aunque ignorava el caso, aunque le preguntava a unos y a otros con particulares ansias (y todos, atendiendo primero a la comodidad de la persona del Duque y cura de la herida, que aclamavan peligrosa, no le satisfazían prontos), porque beviendo dudas en tan penoso vaso no hallava quietud a su ánimo, no hallava reposo a su molestia ni hallava remedio a sus penalidades, que por deudo cercano, por obligado a su grandeza espléndida en lo extremo de sus apreturas necessitadas, se hallava en el mayor vínculo de amistad, en los mayores grillos de obligaciones, sin atreverse, sin poder librarse de retroceder un passo de su cumplimiento, valiendo el puntual agasajo por razón de estado en la mayor fuerça de sus finezas, que ostentava con cortejo solícito, atento en su desvelo por lo affectuoso de sus demonstraciones.

Por otra parte, el respecto de su nobilíssima sangre le estava acordando el empeño de la palabra prometida, la confiança que havía hecho el retirado cavallero de su generoso quanto benigno pecho el ponerse en sus manos, el fiar con satisfacción su vida dellas. Si le revelava y hazía noticioso al Duque del secreto, era inhumano el riesgo; y ocasionarían a sus criados y monteros que se cevaran en su sangre como en horrible fiera de aquellas asperezas. Si le callava, si le sepultava en silencio y peligrava el Duque de la herida, que aún no havían examinado (siendo común este escondrijo entre los de su casa, aunque los conjuró con veras y los amedrانتó con amenazas), era cargo si se repre-

sentava a lo público para que su vida corriera también fortuna en los rigores de sus mismos deudos, dando sombra de traición, lo que era piedad justa y executava con zelo tan compassivo, aunque haziendo fuerça gallarda a su noble naturaleza la fiança que havia hecho de su vida y seguridad al temor del joven, que tan asustado se hallava en su desfallecimiento.

Estos discursos atropelladamente ponderados se representaron en un instante en las ideas del Conde el tiempo que duró, aunque abreviado, el agonía de los que venían sirviendo al Duque: unos, solicitando la prevención para la cura; otros, con la turbación impedidos, se embaraçavan en el manejo de las circunstancias que con pródigo cuidado se disponían. Unos, con macilenta faz ponderavan el susto del desmayo al tiempo que la punta abrió boca en su pecho, imaginando muerte violenta lo que fue solamente efecto de la abundante sangre que le emanava; otros, abrasados en cólera impacientes, hazían excessos sentidos de lo veloz con que se havia fugitivamente retirado el vil agresor que cometió tal alebosía; y otros, más cuerdos, le disculpavan, pues el honor es la joya de más relevante estima, dando a entender con estos mormureos, aunque por mayor, alguna parte de lo que encerravan el silencio que con tanta atención procurava dessellar el Conde en su cuidado; y todos, en común aplauso satisfechos, que aunque por pies se les desapareció de sus manos y su veloz fuga era en su opinión de la muerte, en la suya tenían por constante que era más fugitivo de la vida, pues las penetrantes heridas que al parecer de todos llevaba en el rostro y pecho, anhelar infelize en su agonizar lastimoso serían el más fiel alcance que dessear podrían en su vengança.

Manifestosse la herida del Duque, punta en el costado izquierdo se halló algo profunda. Pálidos los bultos, se miravan unos a otros, diciendo en acciones su peligro, aunque con fingido ánimo alentándole, aquietaron su quarto. Assistió siempre el Conde a esta diligencia, retiráronse los criados con ansiosos desvelos y el infelize forastero, siendo testigo destes peligrosos lances para su vida, de qualquier sombra, de qualquier repetido rumor en la puerta de su estancia, la tenía pendiente. Desalentávale tal vez ver al Conde deudo tan cercano del duque Felizardo, animávale tal vez la palabra ofrecida, las obligaciones de su sangre. Pero entre estas confusiones se dilatava en angustias, requería la ventana, hallávale distante grandemente del parque y que era

más conocido aquel riesgo que el que se prometía puesto en las manos del Conde; aplicava el oído por lo vazío de la serradura de la puerta, hallava silencio indeciso, perplexo, confuso; no savía resolverse, no desamparava el azero desnudo de su mano, que la tenía por el mayor amigo, fiando de su lustrosa compañía el más brioso medio y el más eficaz en su peligro.

Quando atentamente desvelado, con solicitud despierto entre repetidas ansias, entre duplicadas congoxas, en el rezelo de ver a su contrario duque tan poderoso en la Calabria, señor de mucha parte de aquella provincia, y él tan vezino a la muerte, sintió un breve rumor de papel que por el resquejo³⁴ de la puerta barría el suelo. Acudió al examen, hallole cerrado y, hablando con el sobrescrito, le informó desta suerte: «Al infelize quanto dichoso forastero». Rompió la nema de su secreto; no osado, se avalançava a desentrañarle leyéndole y, con resolución atrevida, breves líneas le dieron satisfacción en esta conformidad.

P A P E L

Traidor, al Duque mi señor has dado muerte, la más lastimosa infelizidad que preparó inhumano hado en sus violentos rigores. En sus manos estás para su vengança hallándote yo en las mías, pero antes que el penoso enojo y la natural fatiga se dexen llevar de su afecto, entregándote a sus vasallos sucediendo su muerte, desmintiendo las obligaciones que tengo a mi sangre y a la palabra que he dado, de una cuerda que te arrojarán por essa ventana ha de pender tu vida. Y en cuyo tormento estoy confessando lo noble de mi pecho, pues arriesgo por él el amor, el deudo cercano, las obligaciones que tengo por las que mi calidad apellida en la fe que te he fiado tan benigno.

Fugitivo te descuelga al parque, en cuya puerta hallarás un cavallo y en el arzón de la silla tu vestido, con que has de conseguir tu libertad.

Dios te guarde.

El conde de Belflor

³⁴ resquejo

Fue grande el aliento con que respiró su desmayado ánimo, aunque ponía dudas a la misma verdad la poca esperanza que tenía de alivio en sus postradas fuerzas. Bolvió a repetir el dictamen congoxoso, con olvido de lo que tocava con las manos y examinava con su vista, que una fe de infelize en baxa fortuna haze seguros los peligros si dudosos los remedios, incrédulo a lo vario de su rueda, pues no fixa en lo próspero o adverso, prevalece en un ser siempre. Quando, en el mismo instante que acabó de hazer pie la seguridad en la merecida suerte en que se hallava, vio, quando ya la noche había llegado, en execución de lo que el Conde le ofrecía, la cuerda arrojada en su estancia que con diligente brevedad logró valiéndose de sus ñudos, hallándose con poca molestia en el parque aunque algo lastimadas sus manos; vio puntual el cavallo y en el arçón de la silla su vestido, que el repentino susto deseparó en la torre.

Con que viéndose libre en passo seguro, se le representaron las especies de las desnudas ninfas del vaño, de cuya vista agradable quanto sazónada gozó aquel espacio, en cuyo tiempo le dio lugar la ocasión de elegir en su pecho acertado juicio de cuál de sus hermosuras airosas era la que con mayor ventaja adelantava, la más atractible, la más perfecta, que aunque no tenía conocimiento de ninguna, en sus hipérboles locos eran lucientes estrellas cuyas luzes hermosas participavan de las que el Sol, que entre ellas presidía con mayores excessos, comunicava rayos de donaires a las demás que la assistían con veneración a su devido decoro, dando en sortijas de oro y crespos rizos, aunque algo divertidos con el aura apacible que los inquietava, emulaciones al Sol, que debaxo de cortina confessava, turbio y en mitigado esplendor³⁵, su vergüença y la delicada holanda, cendal transparente que dexava comunicar los rayos de nieve de aquel hermoso cielo con los aliñados pinos y alamares bordados de seda negra, que realçava más su blancura en el tropel del sobresalto con que intentava encubrirse y ocultarse.

¡Oh, cuánto la nobleza, a vezes, atropella leyes de obligaciones quando las heredadas de su sangre se empeñan en palabra ofrecida! ¡Oh, cuánto vacilante se halló el Conde, combatido de tanta fuerza de razón que le acoçava! Y rompiendo tan estrechas ligaduras de apariencias, se acogió al fuerte de la nobleza

³⁵ splendor

de su pecho, pues una palabra, una fe prometida es el que mejor gobierna estas acciones, quando exercitadas con la experiencia de una noble sangre no hay imposible que lo sea, interés que fuerce, parentesco que obligue, sino con velo en los ojos de tan débiles resistencias, cerrar con todo, sin escarvar inconvenientes que impidan tan heroico curso que, inclinando a la victoria, adquiriera justamente el lauro en los triumphos del valor illustre y nobleza inmortal, que observante negocia en lo venidero el justo blasón deste apellido.

¡Oh, qué valientemente poderoso es el pavor del riesgo de la vezina muerte!, pues teniendo en su confuso imperio solamente por validos el ansia, la angustia, el ahogamiento, el temblor, el pasmo, la palidez, el assombro, destierran libremente de sus jurisdicciones con eterno olvido el gusto, el deleite, el recreo, los entretenidos pensamientos, las sazones gustosas, el alborozo. Bien lo previno advertidamente el forastero, pues no acordó las memorias al alma del gusto superior que recibió entonces, que se valió del desmayo por ocultarle con fingimiento al descuido de las recatadas donzellas, por honestarlas sus libres, aunque calladas, desembolturas.

Sentía su ausencia, pues no las podía conocer executándola; lograva su dicha, pues no podía adquirir la vida de otra suerte; y entre estos sentimientos con tantas penas alixerados, lastimábase deste género de desdicha, agradecía a la fortuna su libertad y, indecisamente resuelto, antes que el alva con pinzeles diversos dibujasse los campos, matizasse las flores beviendo en sus cogollos de nácar el néctar de su rozío apacible y le revelasse a la noticia de la gente del Duque, executó con un ay lastimoso su determinación, dando seguridad a su persona, batiendo los ixares al cavallo y no perdiendo de vista el deleitoso sitio en donde a su parecer dexava la alma sin prevenirla dueño.

DISCURSO SEGUNDO³⁶

*El aljófar más sonoro
por sus márgenes dilata
quebrado cristal undoso
salpicando verde grama.*

*Brotan por risueñas hojas
y por cogollos de nácar
las perlas que borda Flora
con desperdicios del alva.*

*Allí el matiz oloroso,
lisonjeando al viento, enlaza
entre el jasmín y el clavel
escaramuças bizarras;*

*allí la encarnada rosa
con más vergüença se baña
del encendido carmín
y de la roxa escarlata.*

*La belleza de las flores
y la inquietud de las aguas
con justa causa proceden
de la presencia de Laura,*

*la que con valientes rayos,
aunque con armas dobladas,
aguarda en el desafío
de sol a sol en campaña;*

*por cuyos hermosos rizos
su crespada beldad ingrata
es áspid entre las flores
y aunque divina, inhumana;*

*por cuyas ondas hermosas
del mar de belleza, el alma
engolfada en sus deseos
se anegó sin esperança.*

*Corrió la costa a su costa,
¡ay, mi bien, y quién pensara*

que sembrándose firmesas
se hayan de cojer mudanças!

Dormida en umbroso sitio
despierta al rigor estava,
sirviendo de pavellones
bellocinos de esmeraldas.

Para que tenga piedad
quiero intentar despertarla,
pero cuál será despierta,
si estando dormida mata.

Ya empieza la batería
del fuego que el pecho abrasa,
no es menester en vencidos
executar tantas armas.

Entre esta guerra de amor
rigurosa es la batalla,
pues que desvelan mis ojos
centinelas descuidadas.

Tan nobles temores fundo
en propria desconfiança,
que queda con covardía
mi firmeza acreditada.

No tener del tiempo estimo
locas esperanças vanas,
que aquel que es desconfiado
en sí el desengaño alcança.

Mi llanto aplacando el fuego
breves arroyuelos baña,
dando sobre arenas de oro
líquido feudo de plata.

Covarde amor se retira
y dudoso se acovarda,
que mucho que ciego tema
lo que como lince alcança.

Por no sentir tantas penas
no hay que admirarse, zagala,
que venga a perder la vida
quien tiene perdida el alma.

Habiendo asistido con secreto a la fuga del forastero con puntualidad en su palabra, estos versos oyó cantar el Conde a los músicos del Duque, que por divertirle el cuidado de la herida le lisonjeaban desta suerte por considerarle tan rendido a los donaires de Laura –que sin linaje de voluntad se permitía apazible y le favorecía con modestia–, que aunque su edad era más de padre que de esposo por passar de los cinquenta y ocho, se embelesava al veneno de sus hermosos ojos. Y como al Conde le estava bien el que se picasse deste cuidado con permissão cuerda, se hazía desentendido de que lo fuesse por el interés grande que se le seguía a su casa el que entrasse en ella el duque Felizardo, para restaurar el empeño en que bivia, habiendo quedado glorioso con la acción executada en abonos de su fe.

Aquietosse el Duque aquella noche; dando el día siguiente muestras la herida de grandes mejoras, cobró espíritu la suspensión en que se havía sepultado su gente. Laura y sus donzellas, cuidadosas del herido forastero, no osavan revelar su intención a ninguno, con emboços de honestidad y retiro. Alguna dellas con género de vanidad hazía acuerdos que la hubiesse visto, corridas las cortinas a su belleza, con satisfacción de su oculta hermosura; pero ella que más cuerda favorecía su honor, bañava los jasmínes de su rostro con mezcla de sangre y nieve, de hermosa púrpura, de deshojados claveles, vergonçosos entonces con sus encendimientos de tan libres memorias.

Y el Conde, hallando ya sason para que le informassen la causa de la presente herida, biendo a su tío en su camarín más aliviado, halló satisfacción en quien por mayor le enteró desta manera: que discurriendo el monte con parte de sus monteros y vassallos luzidos que le cortejavan, tuvo gusto el Duque de introducirse a pie con el arcabuz en un lugar espacioso, en donde, poblado de viveras, tímidos conejuelos habitavan, recreo que acostumbrava siempre tener y por cuyo gusto havía pena de la vida para el osado que quebrantasse sus mandamientos; y que, hallándose en este apacible exercicio, oyeron a pocos pasos rumor de confusas voces que inquietavan el silencio ameno de aquel distrito y, estrañando este proceder libre de su gente, vezino ruido de espadas se ofreció al oído con repetidos golpes, cuya tropa de gente polvorosamente enojosa cubrían altas matas que casi abrasó el fuego entre humosa vista, a quien correspondió solícito tronido que amagava violencias y que imitó

después el eco de los peñascos cóncabos, tajadas peñas, pelados riscos que hazían espalda a los pinos encumbrados y secos troncos que en su caduquez ofrecían fiel desengaño a toda planta, causando rezelo de muerte en el ánimo descuidado del Duque, en cuyo instante, acudiendo todos a satisfacerle, le vino voz que a un passagero que quiso romper la ley de lo vedado le havían querido despojar de las armas con que se defendió, tan alentadamente brioso que a los monteros dexó con admiración y atajó en la travada contienda por su arrojamiento valiente, dexando a dos mal heridos, acogiéndose al retiro para su defensa; y que, acudiendo todos a su resistir alentado, le rendieron y maniataron, y que ya le traían a sus pies para que mandasse executar en él la pena merecida de muerte.

Prompto fue el representársele al Duque que, reparando en el luzimiento de su gala airosa aunque ajada, con polvo y sangre que su semblante encubría, le mandó desligar para saber quién fuesse. Respondió sobervio a sus imperiosas palabras, llamóle el Duque insolente, díxole que mentía. Selló en su rostro la respuesta y satisfacción a esta ofensa que el mundo enseña con tantas advertencias de vengança, dexando en él gravadas las más purpúreas líneas que, descriviendo infamia, satisfazen honores, a cuyo eco repentinamente el atropellado joven desnudó del que más vezino le hazía lado azerada cuchilla, lográndola tan felizmente en su defensa en el pecho del Duque. Y retirado en lo espesso de las matas, cuyo sagrado secreto fue bastante para darle lugar a que, divertida la gente en su busca entre otros golfos de espessuras que la selva encerrava y poblava el bosque, él se acogiesse a su cavallo, que obediente le esperava en una mal quemada enzina, tan aceleradamente ligero, tan felizmente fugitivo, que pareció que calçando viento era del céfiro andaluz hijo, sin poderle conseguir ninguno quando a distante trecho le divisaron como jara despedida, rompiendo lo más denso de lo inculto de aquellas asperezas que hazían horrible lo deleitable.

Hasta aquí permitió el Duque que con prolixidad se dilatassen, sellando esta materia con el aplauso y alabança de valeroso que exageravan todos con exceso; y exerciendo otros discursos para divertirle, gustó que los músicos lo consiguiesen cantando airosamente algún tono grave, que por más acertado eligieron el que tuvo alma con esta letra:

Buscando un desengaño sin quererle hallar

DÉCIMAS

*Por alcançar entendido
quise ser desconfiado
y en premio de mi cuidado
el engaño he conocido,
padesco siendo ofendido
con biolencias de temor.
¡Oh, efectos de un ciego amor,
que la ley injusta condena
que pague al rigor la pena
quien nunca ha sido deudor!*

*Quando busco el desengaño
solo temores consigo,
que infinitos daños sigo
con el límite de un daño.
De nuevo me da el engaño,
en premio de conocerle,
fuerças para detenerle,
que en el amoroso intento
la mayor causa de aumento
es la ocasión de perderle.*

*Dudo, temo, considero
hazer mi pena inmortal;
miro el remedio en el mal
y de verle desespero,
no quiero hallar lo que quiero,
remítome al sufrimiento;
no lo sufre el pensamiento,
y confuso el mal tan fuerte,
quiero más beber la muerte
que dilatar el tormento.*

*Poco valor solicita
quien llega a la impresa tarde,
mas el Amor por covarde
de valiente se acredita
quando en mí su fin limita.
No es mucho que en mi porfía*

*se aliente la covardía,
si al asegurar mi amor
hallo en la duda el temor
y en el temor la osadía.*

Mesura tuvo con desmasía la letra y, por lo grave, pesado el tono; cansó los oídos del Duque y, como le solicitava lisonja en sus passiones divirtiendo su fuerça en toda ocasión, continuava la memoria de sus pensamientos amorosos, que le hazían más continuo en aquella alquería por el hermoso huésped que la habitava, sobornándolos el Conde para que fuesse cevo a su voluntad este acuerdo, que aunque padre, avivava esta negociación el poderoso estado del Duque y el verle sin successión en él y inclinado al feliz que se prometía su hija Laura con tan afortunado casamiento, habiendo tantas conveniencias para facilitar sus dificultades que le tenían indeciso entonces. Y avisando con sus instrumentos segunda vez atención en lo divertido de sus melancolías, grandemente le obligaron con este madrigal, parto afectuoso de su ingenio y que aplaudieron con extremo por lo aliñado de sus versos, que fueron los que se siguen:

Recién nacido páxaro muerto en manos de Cloris, que le procurava con su boca dar sustento

MADRIGAL

*Alimentos de muerte sazonados
Cloris te ha dado con su mano hermosa,
y en libertad dichosa
los gozos más felices ves logrados,
a sus manos rendido
quando apenas vestido
de leve pluma, que mudar quisiste
por no ser lo que fuiste,
cuerda veneración a igual sagrado
de tu muerte los triunfos repetiste
con soberano canto.
(¡Oh, cuánto puede ser feliz, ¡oh, cuánto!)*

*Y en sus manos viviendo
 tú solo por morir estás muriendo,
 glorioso cisne breve.
 ¿Hate helado su nieve,
 o por solicitar su gloria ciego
 te consumió su fuego?
 ¿O qual aveja en hojas carmesíes,
 codicioso te beves en rubíes
 el néctar de la Aurora soberano
 (ya para ti veneno el más tirano)?
 ¡Oh, tú, felice de qualquiera suerte
 si adquieres vida con tan dulce muerte!*

Malogró los últimos acentos desta letra rumor grande que explicava a sus oídos³⁷ que traían preso las guardas del bosque al que atrevido dio la herida al Duque, que alborotado mandó no se le truxessen a su presencia, vestido impacientemente de cólera por considerarle tan osado. Y el Conde, suspenso a su infelicidad, con deseos de libertarle segunda vez (fácilmente creyéndolo), aunque tres días había tenido lugar para su fuga, promptamente ingenioso, amigablemente agudo, obligado del honor del forastero que en su valor dezía su sangre y aficionado a sus partes –que aunque no conocidas davan bislumbres grandes que eran superiores–, con acuerdo de la noticia que le había dado que con tropel tan solamente una vez le habían visto, procurando desmentir estas especies, intentó (heroica acción de un noble pecho) arriesgar su opinión y amistad del Duque en un fingimiento con poca fuerça, con temeridad arrojado, aunque de repente no mal dispuesto. Y fue que al tiempo que la gente, con el estruendo y alvoro en inquieto concurso, pasó el³⁸ que entre tantas prisiones se sepultava por donde el Conde assistía vigilante, y le pudo conocer por unas vidrieras; con aceleración abrió sus marcos y, dando bozes, dixo con ansia repetida:

–Carlos, Carlos, ¿qué es esto? Carlos es, sin duda; este es violento engaño, este error conocido. ¡Ah, Carlos!, ¡ah, Carlos! ¿A dónde le lleváis desta suerte? Tened el passo y si el vestido os

³⁷ aydos

³⁸ al

engaña que en su poder vivía, aunque entre turbaciones atado, aunque entre yelos suspenso, dirá, si se lo permitís, quién se lo dexó, para que ahora no padescas inocentes extorsiones tantas. Hablad, hablad, Carlos, que puede ser que del ya difunto agressor sea este conocido despojo con señas tan evidentes, si bastantes para la disculpa, para haver executado a vuestra costa tan puntuales órdenes que estimo en tanto por amigo, deudo y criado del Duque, que con respecto venero su sombra y solicitaré su vengança en todos tiempos.

Y bolviendo el rostro a parte de adentro, dixo con media risa:

—Señor, es un error disculpable y qualquier afecto a vuestro decoro hubiera tropezado en esta diligencia. Un cavallero español, criado y quicá deudo de mi casa es el preso. Mirad qué buen lance, mirad con que satisfacción viene vuestra gente que ha pocas días que se ha retirado a mi sombra para aquietar con ella el susto que le ocasionan contrarios poderosos que le persiguen desterrándole de su patria. Mandad que le presenten a vuestros pies y veréis en su rostro descritas sus costumbres y cuán fuera se ve de cargos, de insolencias y libertades que acumularle intentan estas guardias.

Al principio destas bozes tuvo silencio el alboroto, que con respecto prosiguió después hasta el fin. Y el forastero, hallándose tan felizmente socorrido en su agonía, correspondiendo lo ardidoso de su traça, articuló la boz, aunque temblante, vañada en pavor y yelo, repitiendo turbado algunas vezes:

—Señor, señor, este tropel, este arrojado procedimiento, severamente deve castigar el Duque. Yo soy Carlos, que en nacimiento, aunque en baxa fortuna, no desdigo mucho del vuestro, y a vos os consta la verdad desta arrogancia, si lo es, tan osado ojatarme de tan importunas igualdades grosseramente pervenidas en vuestra grandeza. Este vestido que en mi poder han hallado estos hombres, unos vaqueros dessas montañas, unos rústicos jayanes, hijos dessos robres, me le cambiaron ayer por la capa de camino que vos, señor, me distes el otro día, tan valiente resistidora del rigor insufrible de las influencias violentas del tiempo. Yo no sé de las heridas y no sé destes cargos que me acusan; yo no conosco al Duque mi señor. Hazed que mi inocencia se vea libre destas confusiones, pues tan aparentemente se muestra a los ojos de los que sin velos quisieren escarvar la pureza de mi ánimo y verdad sencilla de mi pecho.

Confusas se helaron las guardas de ver tan poco logro en su diligente desvelo y, constándoles a todos la certidumbre de su persona y que no había dudas que escureciesen la cierta luz desta verdad, bolvieron a examinar atentos las facciones advertidas en el aire de su semblante, la estatura y proporción del cuerpo, si no eran valedoras las señas del ceniziento vestido y mangas de luciente plata que le hallaron.

Viose el Conde que le ivan a los alcances apretando el punto y, escusando este atajo, los reprendió con enfado y castigó con severidad su atrevido proceder y grossero repetir, a que mudos todos se confundieron, echándose cendales a los ojos y a las lenguas mordazas³⁹ por no verse irritados a más insistida porfía. Pero porque no quedasse escrúpulo de sospecha, prosiguió diciendo mañoso, hallándose ya en tanto empeño:

—Ahora, señor, sea este último lance de mi satisfacción, pues que me la permitís. Este hombre es Carlos, del mismo nacimiento que he dicho. Ya os le representan a vuestros pies, ya los dos estamos en ellos con el rendimiento que es justo a su sagrado para declararos el alma desta verdad. Don Fernando de Rivera, que el apellido dize su nobleza en España, fue el que osado os hizo esta herida en vuestro pecho (cuya boca le dio satisfacción para su afrenta en abonos felizes de su honra, aunque le dio disculpa su sangre para descansar su honor en la agena). Viniendo de Nápoles, en donde se hallava sirviendo a su Magestad, con una jineta a ver a su hermano (que es Carlos y el que tan desvalido se muestra a los ojos de la razón y justicia), que aunque había pocos meses que le había dexado en su Tercio, alguna advertencia en razón de sus encuentros, sabiendo que se guarecía de mi casa, le devió de obligar a ello sucediéndole entonces esta desdicha. Naturaleza los copió tan naturalmente parecidos uno al otro del perfecto original de su obrador valiente, que a todas luzes aun sus mismos padres recibían engaño quando al descuido se ofrecían a sus ojos. Yendo, pues, este mancebo —que infelize deve de ser pues en tantos contrastes de fortuna le advierto ageno de desdicha tan grande—, a divertirse por esos montes, ya fatigando selvas con canes y apeinando el viento con halcones, le llegaron a vender este vestido que tanto fiscaliza en la ocasión presente. Y conociendo ser de su hermano don

³⁹ mordaces

Fernando y rezelando que le habían muerto por despojársele la cantidad de bandoleros que havitan en esas aspereças, para assegurarlos no se dio por entendido que conocía el vestido sino comprándosele. Vino angustiosamente querelloso a darme aviso de la imaginada infelicidad en ocasión que os habían traído a mi casa el día que tanto dolor, que tanta pena, que tanto susto me ha costado. Y reconociendo que las señas de él eran las mismas que las que vuestros criados me dieron del que llevaba el que se atrevió a vuestra persona, biéndole hermano del que llamava entonces traidor por haver cometido igual delicto, mandé que se ausentase de mis ojos, que se saliesse destas tierras, que no quería tener tan vezino prendas tan cercanas de mi enemigo que me hiziera acuerdos por instantes para la vengança con tan devida impaciencia. Hízolo con duplicados sentimientos, aunque no fueron menores los míos por la voluntad que le había cobrado, que más lo atribuía a hechizo que no a exceso de granjearme mi pecho tan puntual en todo. Hanle cogido vuestras guardas en esta sazón importuna teniendo por constantes sus ya casi averiguadas sospechas, aunque esta certidumbre con que satisfago saca a luz toda sombra, corre la cortina a todo engaño, biendo sin reboço a la verdad que por desnuda mereció al principio. Ya don Fernando de Rivera, su hermano, ha pagado con su resolución temeraria, pues haviéndole quitado el vestido estos vaqueros le havrán dado la muerte que tan justamente merecía. Ya vos, señor, os halláis mejor deste peligro. Carlos no es merecedor de tanta pena, pues tan esento se halla de culpa, y más haviéndola recevido tan superior en los tiernos sentimientos que ha hecho por la muerte de su hermano infelize. Quede en vuestra gracia agora, que sus méritos son tales que negociarán en ella la acogida que le dará vuestra voluntad con el tiempo y ocasiones que exprimirán estos efectos (si merece vuestra permissão en este palacio) que espero de vuestras manos, cuyo favor reconoceré toda mi vida, assentándole entre los recevidos de vuestra grandeza.

Con mesura en el semblante reprehendió el Duque lo desconfiado de la incredulidad que presumió el Conde de su pecho, pues la satisfacción de sus canas, la seguridad de su prudencia, la fuerça de su crédito, la ley del parentesco y el vínculo fuerte de su calidad acriminava más tan dilatado satisfazer, haziéndole cargo de ficticio a lo más verdadero un instar tan continuado.

Aunque después, con semblante risueño, estimó la fineza de la demostración referida, castigó a su gente con reprehensión, agasajó al forastero con acciones, ya con nombre de Carlos, que a sus pies postrado con sumisión rendidísima se desatava en afectos, que quiso escusar grave mandando poner silencio a tan prolixa materia con que se hallava embaraçado.

Corrió boz al quarto de Laura del successo de Carlos, gozosse con sus criadas de su libertad, y más quando supo que quedava en su casa y que su padre, el Conde, le honrava con título de pariente della aunqu con introdución de criado.

El Conde, con gozosos estremos, dava gracias a lo prompto de su ingenio y no podía comprehender cómo se havia amañado a tanto fingimiento siendo tan adverso de su natural, tan separado de su condición, y no alcançava en qué consistía el afecto grande que se havia mostrado en tanto ahínco⁴⁰, en tanto fervor, en tanta voluntad, en tantos deseos que en su pecho nacieron, tan sin prevenir la causa de dar amparo, de dar abrigo a aquel forastero que en tiempo tan corto le havia aprisionado tanto en tantas ligaduras de obligaciones, que con los mismos atajos confuso, con las mismas confusiones perplexo, se hallava deseando ocasión secreta para a sus pies postrado confessarse con rendimiento humildísima hechura de sus manos, pues dos vezes havia sido deudor de la vida, cuyo ser la reconocía de lo benigno de su pecho y de lo afecto de su heroica piedad.

Golpes le davan al alma las memorias del vaño, que fácil les respondía con ponderaciones afectuosas, vañando sus ojos de mil ternuras que no podía la dissimulación ocultarlas. Frequentava el parque, solicitava las fuentes, examinava las flores, requería los quadros, acompañava sus laverintos amenos en donde tan encerrado se hallava con gustosas imaginaciones, aunque prolixamente repetidas, que sin conocer la causa de su cuidado, beviendo penas, pisando abrojos y alimentándole inquietudes, se portava en este dulce canto divirtido con saborosas confusiones, con entretenidas penalidades.

Laura, por resquicios en asechança airosa, le assistía, siéndole su compañera Hipólita secretaria de sus pensamientos. Y una tarde, para darle ocasión de advertencia en lo profundo de sus melancholías, en que sepultado bivía entre unos jazmi-

⁴⁰ à cinco

nes –que su espesura nevada era ocultadora de una pequeña reja por donde celadas del secreto eran las dos fieles testigos de sus penas–, con bizarra resolución le alentaron, siendo solícitas despertadoras del confuso silencio en que se hallava, cantando Hipólita con la sal de su gracia este romance, a cuyos versos se permitió en asumpto un traviesso accidente, que fue osado a perturvar el Cielo de la belleza de Laura con nieblas de zeño poco gustoso y a ser usurpador violento de los claveles desfojados que eran purpúreo esmalte a la quajada nieve de su rostro, que a imitación del Duque con tan afectuosa ponderación se lineó en esquicio tan abreviada copia, retratando de su pecho encendido afectos tan solícitos a grangear el conocimiento de la resistencia que su pondonor honesto hacía a todo pensamiento amoroso, dándole los colores para este bosquejo la vergüenza de su recatado semblante, y por quien se abrasava el Duque en sus encendidas imaginaciones, si bien mitigado con la nieve de sus años, que por momentos se bivificavan con estos retorques.

Enferma Cloris

*Dudosa luz de la Aurora,
confusos rayos del Sol,
marchito esmalte en las flores,
prodijios del cielo son.*

*Violencias amenazando,
Cloris hermosa, enfermo,
que escusar quiso el estrago
haziendo pausa el rigor.*

*¡Oh, qué bien que ha hecho el mal
de gozar tal possession,
pues no tubo el mal más bien
que el que por mal alcanzó!*

*Dormidos están dos soles,
no los despertéis, Amor,
que no tendré yo más vida
y tendréis más muerte vos.*

*No intentéis, Amor soberbio,
atrevida emulacion,*

*porque Cloris en las almas
tiene el imperio mayor.*

*Rayo a rayo y luz a luz,
con soberano esplendor,
de sol a sol le presenta
la batalla al mismo Sol.*

*No la rinde el accidente,
que en tan dulce suspensión
su hermoso color perdido
mayor velleza ganó.*

*Victoria por Cloris rinde,
rinde tus armas, Amor,
que si no ves su poder
te llamaré ciego dios.*

*Rendido va el Amor,
¡oh, qué rigor!,
y si él vencido se ha visto,
qué mucho que lo esté yo.*

*Celio repite contento
con suspensa admiración:
¡Oh, qué rigor!,
si el Amor queda vencido
qué mucho que lo esté yo.*

Con suspensa admiración celebró el Forastero Carlos tan no prevenido susto de gozo con que se elevaron sus sentidos, y conociendo ser boz de mujer por lo regalado del metal, a una parte y otra requería atento y se dilatava curioso, que no podía comprehender en dónde se ocultava tanto donaire. Y viéndole tan divertido en su examen, advertirle quisieron con una breve risa, solenizando su descuido airosamente, valiéndose desta fullería para mostrar más sus sazones, que acertando por bislumbres de dónde le nacía la suerte, procuró dividir lo denso de los confusos jazmines y lo espesso de las apartadas hojas para sacar a luz tan superior milagro en la sombra de la confusión en que se hallava.

Aquí fue el intentar con amagos ocultarse en bullicio travieso en lo más secreto de la estancia que las dava habitación, concediéndose por brúxula a la atenta curiosidad que contava los

átomos por satisfacer sus anhelantes sentidos, que pendientes se hallaban de su retiro recatado, dándoles pena con dos soles. Pero permitiéndose Hipólita solamente, siendo Laura sombra suya, con disimulado fingimiento procuró desterrar todo lo risueño, vistiendo lo traviesso de sus ojos de gravedad y compostura, que representaban sagazmente con la enseñanza de Laura, que con señas recatadas la reprehendía y a su honor acordava las obligaciones de quando en quando. Pero Carlos (que este nombre ha de ser el suyo hasta que se corra la cortina al engaño), logrando esta ocasión cortésmente airoso si atajadamente osado, con desembolturas de buen gusto las preparó desta suerte:

—Mienten, por Dios, los açahares que en essas verdes copas he bebido y hazen cerca estos quadros, pues tanta felicidad me amanece en las tinieblas de mis confusiones, en las sombras de mis desdichas. Mienten mil vezes las vulgares rosas, aunque visitan sus cogollos de nácar de las túnicas verdes con que se luzen, cuyo rosicler reverdido⁴¹, cuya esmeralda hermosa es fragante perfumador de la alva, que este beneficio, recambiando con tanto aljófár que en sus botones se desperdicia, le da imperio floreciente en el campo, usando de su jurisdicción con tantos alientos de magestad que veneran flores y reconocen plantas, pues viendo este golfo de jazmines nevado, viendo en sus hondas el feliz puerto de mi dicha, hallo en confusión apacible la estremada rosa de vuestra belleza, cuyos claveles deshojados dan empacho y retiro a los tirios, que vestidos de púrpura eligieron el color, escogieron la librea cortada de la misma vergüença con que se hallaron. Mienten los ruiseñores y canarios que con redobles apacibles, siendo ramilletes de pluma de volátil coro que, festejando la Aurora con el rezién nacido Sol en sus braços, la dan mil parabienes con suspensiones tan suaves. Pues vuestra boz, señora, suspendiendo el viento, ha sido rémora deleitosa de mis sentidos, que en tan dulce encanto indecisos, en tan sabroso veneno perplexos, en tan amigable hechizo dudosos se delatan en admiraciones tan ponderadas con los recuerdos de un vaño que tanta guerra haze a mi imaginación, dando battería a mi pecho, ya con flechas de nieve, ya con bruñido cristal, ya con rayos de fuego, que todo esto junto reconocí en aquel instante que perdí saborosamente mi alvedrío y libertad.

⁴¹ eeuerdido

Hasta aquí llegava Carlos en su dilatado quanto prolixo discurso quando Laura, que estava oculta y con inclinación pagada de la buena traça, agudo entendimiento y buen aire del Forastero, viendo el riesgo que corría a su afición que fuesse Hipólita solamente la expuesta a la curiosidad del buen gusto de Carlos, pues pudiera cautivarse de su traviesso brío, siendo en la primera que había en aquel palacio examinado sus facciones, con resolución arrojada, quitó de la reja a Hipólita y, con fingido enojo, temerariamente dixo:

—Esta insolencia, estas demostraciones perjudiciales ha de saver mi padre y os ha de costar la vida tanta dissolución y atrevimiento. ¿Qué recuerdos de vaños son estos?, ¿qué discursos tan prolixamente repetidos?, ¿qué grosserías tan neciamente executadas?, ¿qué desenfados con tanto desahogo necios?, ¿qué bizarrías tan osadamente importunas? Agradeced a que por forastero se os disculpa y otra vez no os resolváis a requerir esta reja, que sus hierros publicarán los que bárbaro havéis cometido en ocasión tan insolente. Y yo tengo de ser el fiscal de vuestras acciones, aunque contravenga a mi decoro, acudiendo aquí todas las tardes para hazeros acusación rigurosa si passáis adelante en carrera tan libre, que havéis dado principio, emprendiendo tan inquietas desembolturas, al tribunal, al decoro, al respecto, al pundonor, a la grandeza, al honor de mi padre el Conde, que tan escrupuloso bive en este género, siendo pequeñas sombras delictos graves en fulminados processos cometidos. Agradeced la acogida que en esta casa os ha hecho, estimad la voluntad del agasajo, lo piadoso del abrigo, que bien savéis vos el quilate que tiene. Y no arriesguéis el crédito de agradecido que España ha granjeado en sus hijos por tan frívolas conversaciones, por tan insulsos entretenimientos, por tan vanas libertades, por tan escusadas llanezas, por tan libres demostraciones, por tan ignorantes hipérboles, por tan arrojados y caducos conceptos. Y vos, Hipólita, la permission que tenéis en mi gracia, no uséis tan mal della resvelando poco a poco a excesso y declinando de entretenimiento libre a libertad tan conocida, que en el recato, en el pundonor, en el retiro, en la vergüença de una mujer es más cargo, es más acusación para fiscalizar la pena y llamar al castigo que justamente veréis executado si este principio se desenfrena con temeridad tan loca y, dexada la máscara de la vergüença, corréis tan atropelladamente a tantos excessos de liviandad. No

hay disculpas que abonen vuestras demasías. Callad, callad, y sea el más oculto retiro deste palacio sagrado para mi enojo, valiéndoos de él con la brevedad y diligencia que el caso pide.

Y acavando de dezir estas razones tan naturalmente vestida de furia, cerró con violencia la ventana, dexando a Hipólita suspensa y a Carlos ataxado y más cercano de confusiones que antes, combatida su imaginación de prolixas dudas. Aunque bolviendo en sí del pasmo en que le dexó Laura, fue advirtiendo con reparo curioso lo agudo de su ingenio, favorables razones que le alentavan, y executó después cuidadoso con la atendencia de algunas señales que en otras ocasiones experimentó por ciertas y le havían sido pronósticos en otros amorosos lances de que se havía señoreado en su gallarda juventud.

Conoció con la diligencia del disgusto quién era Laura y advirtió en su rostro y cavello evidentísimas señas de la que señaló el alma en el vaño por dueño de sus pensamientos, pues entre todas ninguna le hizo robo en su pecho de la libertad sino lo bello y airoso de su extremo, ninguna le havía puesto laços de oro con sus crespos ricios para quedar aprisionado en sus sabrosas imaginaciones, ninguno le encendió con más nieve dando en sus pellas fuego. Reconoció secreto comodísimo aquel y milagroso por lo avisado de su honesto retiro para exercitar el tiempo en que podía lograr sus sabrosos pensamientos, y que la aseguró Laura, como advirtiéndole para que acudiesse a dilatar su ingenio, que ya havía merecido esta opinión entre todos los que le havían comunicado con logro feliz en diversos asuntos, con galantes versos que hazía en diferentes ocasiones, con tonos estremados que cantava, haviéndose aficionado el Duque con tanto extremo que todos los instantes quería que fuesse sombra suya, comunicándole a lo del alma secretos íntimos de su pecho y lances amorosos de su loçana juventud, cuyas entretenidas memorias le divertían tanto que, aun siendo apenas cenizas calientes de aquel fuego, en el yelo en que se hallava sepultado con tantos carámbalos se alimentava con estos apacibles discursos y recibían valor sus años para prometerse más fuerças, desmentidos tal vez con la gallarda complessión que le infundía ánimo para la resistencia al tiempo.

El Conde iba casi como en aquesta con el Duque en hazerle favores y, procurando embidias a los demás de la familia, de quien con el decoro y estimación que se podía esperar de su

buena ley y asentado juicio, con abatidísimas sumisiones, reconocía todo el ser de sus manos, aunque temía ser huésped ingrato en la amorosa confusión con que se portava.

El temor, la duda y el recelo pausa hizieron por algunos días en la execución de lo que sus pensamientos le iban dictando a lo puntual que determinó ser todas las tardes en la rexa para averiguar sospechas. Y una en que con resolución alentada se osó a desentrañallas (sacando en limpio la verdad del pecho de Laura, de que tan escrupuloso bivia aunque tan a los primeros passos de su voluntad), acudiendo aunque covarde al puesto, halló que le esperaba en él osadamente resuelta, aunque con armas dobles de hermosura a que se rendió postrado, viendo, entre las luzes que le ofrecían favor, rayos que le amenazavan castigo. Y aunque requirió la sombra de Carlos por lo menudo de la selozía, que era, si fácil velo a la vista, luzido adorno a los jasmínes, no con enfado le dio reprehensiones, no con ceño le causó disgustos, sino hablándole con ojos retóricos historiadores del alma muda, le articulava accentos bastantes para declarar el hieroglífico que se prometió de su pecho.

Mordaça fue a su lengua esta demostración valiente, vañando yelo a sus venas este agasajo apacible. Y no osado a romper su profundo silencio, tímido, covarde y encogido (conocida seña del incendio amoroso que le ardía), quiso copiar sus sentimientos del original bivo de su pecho al dispuesto de Laura, que diestramente se emplearon en la ocasión presente fingiendo hablar con una estatua primorosísima –que dava vida a una fuente con el mármol terso de que la vestía–, aunque con boz débil, desta manera:

–Tímido, quanto amante a lo divino de vuestra belleza, ¡oh, hermosa imagen!, me presento desvalidísimo de mi fortuna, pues lo humilde de mis méritos me niega el passo a la gloria que me pudiera prometer en ella con lo feliz de tan sabrosa ocasión que entre manos poseo. Y si mis sentimientos, descriviéndose afectuosos, vañan el yelo de su mármol desatados en ternuras, quizá es diligencia, aunque inválida, para hazer tractable su dureza, no advirtiéndole el riesgo de caer estas lágrimas en parte tan poco agradecida que las negara el fruto ingrato, que pudiera prometerse piadosa en su cosecha con la continuación o perdimiento destes afectos que, líquidamente desperdiciados, esperan en su baxa fortuna el premio que, ya buuelto en castigo con

amenazas, me atemoriza por lo osado de mis vanos intentos. ¡Ay!, como más sensible en mi fatiga, más atenta en mi daño, más advertidas en mi infelicidad, frívolas te parecerán mis quejellas, mentirosos mis afectos, infructuosas mis pasiones, pues dirás muy falsa, con media risa gustosa: «¡Ay, qué de azúcar es el forastero!, ¡qué derretimiento tan grande le causa la breve llama que en su pecho se encierra! Con tan repentino accidente, tanta ternura, tantos solloços, tantas lágrimas, tantos sentimientos, incendios tan amorosos, más tiempo, mayor causa, le deviera ocasionar a sus ardientes demostraciones. Pero si Amor se hubiera apoderado de su pecho, aunque rapaz y ciego, aunque desnudo y loco, la rustiquez del yelo que le acusa dispusiera en ser apacible, en donde con impresión ardiente dexara gravados sus afectos tiernos, pregoneros siempre del filo poderoso de sus arpones». No quiero, no, premio a este cuidado, no satisfacción a esta deuda, no remedio a esta llaga, no triaca a esto veneno, sino breve respuesta por donde conosca que eres savidora de mi ahogamiento, que en tantos encantos me suspende. Y así, beviendo mis penas con gusto, divertiré mis males, engañaré mis quejas y me alimentaré con esta muerte, que tan dulce le ha preparado la soberana deidad que le da vida.

Aquí hizo pausa Carlos a su discurso y, entre suspensión amorosa arrebatado, oyó que Laura animó su desaliento desta suerte:

—Gajes en su fortuna goza prósperos el que con semejante negociación ablanda a un mármol tan mañosamente que merece respuesta apacible de lo intractable de su dureza, pues a ley de cortés pedernal responde al que pulsándole sus puertas solicita en su aspereza abrigo, en su pecho cavida y en su intractabilidad correspondencia. Y si al azero el uno responde con fuego blandamente arrojado, si sedientamente apetecido, con azeros de amor y fuego de sus ardientes afectos, el otro se pagará de viento solamente que le divierta sus pasiones o le aplaque sus incendios, si lo son ciertos los que se acreditan de finos en la ocasión presente, pues esperar más premio sería devaneo loco; más interés, prevención necia; más correspondencia, satisfacción desvanecida. Y así, hagan pausa a la fantasía con tan poco fundamento, no apeteciendo más de lo que cuerda se puede prometer una desconfianza.

A un mismo tiempo cerró la ventana y la respuesta, atando

las acciones de Carlos para que no discursivo por entonces examinara en ella favor o desdenes, esperanza o desengaño, reprehensión o acogida.

Quando, hallándose en tan sabroso éxtasis, perturbó estas ponderaciones rumor que vezino en su soledad le inquietó tan gustoso entretenimiento. Requirió lo que era y halló que el Conde, habiéndole conocido de largo espacio, con curiosidad le atendía y con rostro risueño se acercava; y le preguntó la causa de tantos retiros, de melancolías tan desapacibles, apretándole para que le dixesse quién era, a que procuró dar satisfacción Carlos con un ay bevido, que espressó después, pidiéndole licencia para ello, en un dilatado discurso en que pormenor le hizo noticioso de su prolixa historia, que con gusto y deseo, retirándose a una sala apacible de aquella amenura, le escuchó, dándole comodidad tan fresca estancia en lo ardiente del calor de aquella tarde, que ya puesto el sol, mitigando sus rayos y vistiendo los campos de parda luz, que los hazía tractables, dio principio en esta conformidad, temeroso no lo prolixo tropezasse en grosse-ro, prevención cuerda en todo género de digressiones.

DISCURSO TERCERO⁴²

Festivo aplauso, demostración generosa, máquina lucida davan a célebre voto satisfacción con el más pomposo espectáculo que la imaginación dibuja en el espacioso campo del deseo, logrando sus vistosos matices en lo bizarramente iluminado de brocados y telas del más hermoso teatro, octava maravilla del siglo y plaza vizarra de Madrid, corte del mayor monarca del mundo, poderosamente rica si vistosamente adereçada. En donde representava el mundo con máscaras de gusto tragedias que dilatadas en desengaños los advertían aun brutos irracionales, enseñando conocimiento con fiereza a los que ciegos nos dexamos llevar de lo temerario, pues lo es tanto el deleite y el gusto, dándoles Jarama vida, el viento alas, la muerte su instrumento corvo, baso de veneno apetecible. Fiesta, en efecto, de toros y en Madrid, compitiendo a un tiempo lo rico con lo curioso, lo confuso con lo estremado y lo horrible con lo deleitable, en el felicísimo día de la madre de la que lo es soberana⁴³ del mayor hijo, alborozo debido en devoción tanta, concurriendo el vulgo en confuso accento en el campo espacioso que en dilatada distancia suspendía los ánimos. La admiración en lo noble no se detenía, que era pequeño asunto a tanta grandeza criada entre tan comunes alhajas de mayores pompas, y así, ni se admiró entonces, ni ahora lo encaresco por ser tan hijo de la excelsa Mantua, centro hermoso de superiores excessos.

Pobladas las ventanas de gente, tal vez davan ocasión a que el edificio más robusto y tablado más firme se quexasen, temerosos de que sus hombros flaqueassen al mejor tiempo. Allí la espada negra en apretado⁴⁴ espacio se exercitava diestra, dando las veras al juego las blancas que en otra parte feroces se animavan valientes. Aquí el gusto con prevenciones pródidas desnudava a Portugal y Valencia de sazonzados dulzes, que en opulentos platos agostavan el diciembre más nevado, triunfante Vaco en tan helado imperio. Allí el amor lograva ocasiones que en otra era se armaron de imposibles y aquí doña Ángela de Albornoz,

⁴² III

⁴³ sosoberana

⁴⁴ epretado

con su tía doña Leonor Centellas, al descuido compuestas y con cuidado reboçadas, tomaron asiento en uno de los andamios que hazían cerca a la quadrada plaça.

Llegosse la hora de cerrar las puertas, acudiendo a esta solicitud lo más luzido de los ministros, valiéndose del aliño y el asseo, y satisfaciendo a sus obligaciones puntuales y discurriendo de una parte a otra vigilantes. Sirvió este acometimiento de franquear la llanura para que cada uno ocupasse su lugar prevenido y, derramándose por toda ella las alavardas tudescas y españolas, los unos obligando con cortesía y los otros enseñando a negar con arrojamiento, atropellavan al vulgo con violencia de amagos, tal vez executados en los más pereçosos.

Fue tan grande el despejo que, entre el estruendo y la confusión de la algazara sonoramente lo aplaudían los menestriles, que suspenso el oído a tan apacible armonía nos olvidávamos de todo lo admirable y hermoso, tanto puede una bella oposición que nos confunde y diverte, arrebatándonos con tan superior fuerça. Logrado el tiempo, entraron antes de sellar las puertas algunos cavalleros con rejonas a exercitar su suerte – acción en España bien hija del valor de sus héroes, que la dan lustre y esplendor⁴⁵ tan emulado de las naciones estrangeras–, entre los quales lució uno tanto en un cavallo alazán, calcando viento, prodigioso parto de la naturaleza en lo admirable de lo hermoso y en el amago del entendimiento, pues no espíritu, alma parecía que la governava, despreciando el freno y azicate, afrentosos testigos de su lealtad bizarra. Sus crespas crines encubrían el color del pecho y sujetas a la inquietud del aire se esparcían por todo él y llegavan a barrer el arena, dançando al son de las chirimías y trompetas. Todos fixaron en él los ojos y el obediente bruto, argentando el bocado con nevada espuma y mescla de sangre, hermoreava fogoso su membrudo espíritu, casi con vanidad de tanta bizarría, en ocasión que con bozes de metal sonoras avisavan despidiessen al viento, quando saliendo un rayo de Xarama con no advertida ligereza, coronado de dos guadañas, dos centellas sus ojos, piel erizada y negra, testa que en sus rugas describía lo feroz de su aliento, aunque con lento passo, como considerando a lo que se atrevía, escarvava con pausa sepulturas a los que homicida les preparava sus fúnebres

⁴⁵ esplendor

estancias. Y reparando en el valor del joven que le esperaba osado y despreciava libre en acometimiento repentino, cerró con helanda luz bruto, solicitando en él vengar sus iras, que escuchava a su dueño casi con lástima de que fuesse despojo de su sangrienta batalla. Pero tocando a los ijares el acicate, firme en la silla, robusto pulso hizo el asta pedaços en el cerbiguillo en espacio tan breve que, antes que se dividiessen unas de otras las astillas a sus pies, rendido en bramidos ásperos confessava su valeroso brazo ahogado más en su sangre que en el desmayo violento de la muerte, eligiendo por dicha el tenerla a tan afortunadas manos, que tan poco alterado del acción, dio buelta a la plaça, justamente vano a tanta gloria.

Premio fue el común aplauso en desunidas voces a tanta destreza y mayor alborozo que recibió doña Ángela de haver examinado en su airoso extremo la gala y loçanía, librando doña Leonor, su tía, en bendiciones el mayor agasajo de su gusto, pues siempre que repetía aquella azera don Luis de Céspedes, que este era el nombre deste cavallero galantemente aliñado, hablando con merecimientos y obligando con donairoas acciones, la respuesta que hallava era en el mormureo confuso de la gente.

—¡Dios te bendiga mil veces y te libre de la ferocidad destes leones!

Reparó don Luis en el eco de la boz afectuosa, que repetida, obligó a conocimiento de las tapadas, que reconoció ser sujeto de suerte. Y dexando doña Ángela bolar el manto (fullería airosa en todo donaire), se dexó leer en el sobrescrito, aunque atropelladamente, un no sé⁴⁶ qué de hermosa que distinguir no pudo en tan breve espacio, aunque una mano blanca es poderoso hechizo a toda vista, bruxuleando por ella el mejor punto de este juego. Respondiola curioso en señas, repitiéndolas gustosas y manifestándose obligado.

Honesta correspondencia, aunque con melindre, no le perdía de vista, fiando de su assechança que la reparassen inquieta y la priviniessen cuidadosa todo el tiempo que se divirtió la tarde con variedades, pues quando ya el cansancio se dava por constante en los continuados nobillos, viendo en el primero original las demás copias y en una las demás suertes, humedecieron el

calor del polvo hermosa vista dilatada en berde selva, árboles animados, que poco a poco lo estéril de aquel campo poblaron de frescuras apaciblíssimas, entreteniendo suavemente la vista y la admiración, librando en diversas banderolas el triunfo vistoso de tan frescas sazones.

Y quando uno y otro se repetía el exercicio bélico de las cañas, ya por lo curioso del aliño, ya por tan unidas parexas, ya por tan veloces andaluzes animales con entendimiento y viento con vida, ya con el arte en tan biçarra disposición del manejo de seguir cada uno su puesto, retirarse los unos, acometer los otros, sin saver distinguir la vista si la adarga por sí solo bolava o si las cañas se despedían con apuntería por el acierto, variavan el recreo hermosamente tanto que el encarecimiento en la admiración passava a suspenso y de accidente bizarro a naturalizarse en el gusto, de suerte que ya ni lo admirable se alabava, ni lo superior se encarecía.

Don Luis, pues, haviéndose portado en su exercicio tan galán quanto airoso y tan diestro quanto el amor rendido, por escusar la nota de solo y no perder la ocasión que amor le prevenía, buscó el lado de un amigo suyo, que se llamava don García de Alvarado, que sin comunicarle su intento rondava aquel lindero, aunque desde entonces se enfrenaron las demostraciones públicas, quizá para⁴⁷ encender las interiores que hazían guerra amorosa al alma.

Concluyose la fiesta, cerrosse la noche, despobláronse los tablados, pagó el cansancio la pensión al gusto y don Luis, solo y a pie, despediéndose del que le havía hecho lado, no perdió de vista a las dos que tan curiosas le havían obligado con alabanças, reconocido a semejante deuda, deseoso de hazerlas pago en la moneda fina de su estimación. Eco intentó ser de sus razones y sombra de las hermosas luzes de doña Ángela, obligándola con cortesía y negociando con respecto soborno de estima considerable en las bien entendidas, y más en las que se precian ser hijas de Madrid, ley que se observa por superior y freno que reporta el passo más licencioso en la pasión más ciega del gusto y apetito.

Hizo don Luis de Céspedes embite de coche, resto de mayor quantía en las picadas deste embeleco. No le aceptaron por no

⁴⁷ por a

recibir, huyendo⁴⁸ el riesgo de la paga con escusa que el haver venido disfraçadas a gozar lo vario de aquella tarde era por poder con más licencia divertirse con sus ocasiones con el salvo-conduto del honor y recato, que ninguna es poderosa a romper su suerte, solamente llevadas del hechizo de conversar libres y concetuar agudas, escuela en donde un airoso ingenio preside y de a quien con raçón aprenden tantos, siendo el mayor encanto de aquella corte tan airosa fullería que suspende los ánimos con admiración, biendo tan unidos entendimiento y agudeza, prompritud y ingenio.

Enlazáronse las razones unas con otras, reconocieron ser el mismo que mostró cuidado y le dio al descuido de doña Ángela, que tan libre ostentava ser essenta de amor, vana de haver podido excusar este rendimiento, siendo excepción ella sola a ley tan rigurosa que tanto imperio tiene en el alma más libre. Quisieron vencerle por cortesía, a que hizieron pausa a su determinación, no permitiendo su cortés correspondencia correr el velo del disfraz que con tanto rezelo su calidad ocultava, pues de proseguir con semejante nota, siguiéndolas, podía ser fiscal de sus acciones, poniendo a riesgo se acusassen por fáciles, siendo solamente licenciosas (permisión justa en tan pocos años).

Porfió con razones don Luis –que contradixeron con poca fuerça–, aunque dando palabra de dexarlas en la calle más vezina de su casa. Divirtieron esta distancia con gusto, filosofando de amor, porque era de cossario a cossario lo entendido y agudo. Y mostrando ternura con humildad y fineza, de en quando en quando intercedía su buena traça para que doña Ángela (movida de peticiones recatadas de doña Leonor, su tía, que con secreto les dava buena acogida) se alçasse el manto para que el galante mancebo tuviera aquel minuto, que le parecía de gloria, acusándola de fea y vieja y otros donaires obligatorios para lograr tan entretenido deseo. Obedecíale algunas vezes, porque no muy prendida ni aliñosa, blasonando deste descuido, no le pesava a doña Ángela de ser reparada ni vista, que este género de desaliño suele ser el esmalte del mejor gusto porque salgan las luzes del oro de una buena cara. Y a qualquier agudeza que don Luis repetía, ya le mirava, aunque con media risa amorosamente ablandó más los encendimientos aparentes que el ar-

⁴⁸ huyendo

ticulado accento, ya no con tanto recato se ocultava, que una voluntad recién nacida permite estas licencias en el retiro más honesto.

Pero el haver anochecido con alguna obscuridad no le permitía tan feliz empleo, librando en lo dudoso la mayor ansia de la afición que tuvo principio en tan breve distancia, que primero fue adorada que elegida, fuerza poderosa de estrellas, y este, poco milagro a sus soberanos prodigios. Escasa luz les alentava, que por suerte les deparava alguna esquina por donde pudo quedar enterado el nuevo amante del milagroso rostro que como en profecía le había dado assalto al alma, battería al corazón y, apresuradamente, le ponía fuego al pecho. Inquietud que llegava a estimar por efecto de causa tan divina quando, parándose al bolver de una calle doña Leonor, con manifestación de agasajo pidió a don Luis quedasse satisfecho en sus amorosas demostraciones si había granjeado este título en tiempo tan abreviado, aunque el amor linea fácil en una idea monstros con la punta de su arpón venenoso, tan impossibles de vencer y rendir quanto fáciles de animar.

Encendido en su llama repetía lo que amor le dictava, dando a leer su disculpa en la travessura de los ojos de doña Ángela, que inquieta y sentida, con leve pena quería dezirle su posada, que no estava muy distante, aunque el pundonor del recato la enmudecía quando tan atrevido lance dava bríos a desembolverse.

Tiernos uno y otro quisieran con acciones declarar más sus ánimos, pero ni el tiempo ni la sazón lo permitía, librando don Luis en esta última diligencia, en este primer passo, el mejor remedio para sazonar su deseo, que fue ocupar la mano de una criada, que era obediente sombra de su dueño, con un bolsillo que algunas doblas le davan espíritu, pidiéndole que por la mañana se viessen en un lugar señalado que eligieron conformes: la sirviente, reconocida a tan generosa correspondencia y dádiva tan amigable; y el joven, mil vezes deudor y pagado de tantos donaires que fue especulando por menor el tiempo que duró retirarse a su casa, aunque culpó otras tantas la inadvertencia de no haver ido en su seguimiento sin hazer memoria del vínculo y ley rigurosa de la cortesía, que le obligó a la obediencia culpando por fácil al crédito que dio a la criada, fiando en el cohecho que la hizo.

No tuvo mucho aliño que prevenir don Luis para el día si-

guiente, que lo curioso de su condición le hacía natural lo compuesto, pero no faltó cuidado en olor y diamantes de que se valió entonces, siendo estos los mayores terceros a una correspondencia que acreditan nobles y preparan diestros. ¡Oh, cuántas veces codició partes amables y cuántos deseos tenía de verse a los ojos de su querido dueño con perfecciones para obligar, con merecimientos para rendir! Ya que no podía forzar con estrella, quisiera para su mayor logro aprender arte de persuasión para disponer felizmente el ánimo de la que había de ser juez poderoso de sus acciones.

Vacilando estuvo aquella noche quitándole el sueño tan entretenida memoria, hasta que al despuntar el día y reír el alva, se levantó con el sol a esperar a su aventurera, a la que había de dar luz de las muchas que despidió tan divina belleza. Y para hazer hora y divertir sus esperanças, se retiró a la casa de don García de Alvarado, su mayor amigo y el que le había hecho lado la tarde, que no lo fue mucho, pues tanto amaneció su suerte en ella, tiniendo ya casi por constantes todas sus imaginaciones de que fabrica hacía, que piensa muy en su favor el que a los principios halla acogida, prometiéndose los fines felicísimos. Y es grande ayuda de costa para una voluntad tener amigo secretario de sus pensamientos, alborozándose con los favorables y enterneciéndose con los tristes, que no tiene una correspondencia la sal del gusto si no se da parte della al que la puede sazonar con el conocimiento y con la interpretación, si fue o no fue favor la duda que tanto inquietar suele y si el enmudecer o el desembolverse nació de condición libre u de voluntad encogida y vergonçosa.

Consultava con él sus amorosos lances, haviéndole ocultado doña Ángela su nombre verdadero, confirmándose con el fingido de doña Inés, que celava su engaño. Dióle parte, en efecto, de la parte que amor le había embargado, para que su alma no excediese un punto de la que disponer suele con tanto rejalgar y azívar en gustos y divertimientos. Con hipérbolos locos le hacía don Luis noticioso de la beldad de su dueño, que ya le había elegido por tal la fuerça de su estrella, ya con ingeniosos encarecimientos dibujando a su parecer en mal diseño la agudeza y airoso entendimiento con que naturaleza le había perfilado, valiéndose de alma por colores, de donaires por pinceles y de perfección grave por destreça. Nunca la nieve como entonces se opinó de más cándida y pura, depositando su alvor en su cuello

y manos, que tal vez eligieron de alabastro y marfil por lugar más seguro, desmintiendo lo perecedero de lampo más intacto, que fácil se desvanece y deshaze hablando desengaños a toda humana belleza y sentencias que lo serán de muerte en riesgo tan executado.

No Júpiter despidió más rayos, ni el Sol divinas luzes que de las que sus ojos se armaron para defenderse de tantos en que la codicia hazía empleos tan justos. Nunca más cultas frases naturalmente compuestas se vieron endereçadas a cifrar en suma todo el resto de donaires animados, con que le ganó el alma sin haver hecho embite en el juego de amor. Poco dezir fuera título de ángel, monstruo de toda perfección, sagrario de la belleza, del afecto del recién nacido amor de don Luis. Años quince en sus lavios fueran número corto aunque tuviera cinquenta, que habla mucho un afecto desatinado, que quien quiere el crédito de buen gusto se vale de todo género de encarecer, no con escrúpulo en la demasía de mentir libre, que hasta en esto tiene el mundo necesidad de cortesía y deshonestas alhajas para vestir passiones desnudas, no obstante que diez y ocho primaveras dieron flores a sus días, ramilletes a sus años y fruto que se saçonó con donaire y esperaba gozar el que tan en su favor lo imaginava todo.

Imbidiávale don García su suerte, que aunque tractava de casarse, en su cordura tenía resabios de mocedades desembueltas, discurría de amor de sus azares, de sus malogradas esperanças, culpándolas tal vez de engañadoras.

Pareciole ya hora de buscar su empleo, saliendo al campo en donde eligió sitio la criada. Y hallándola puntual y viendo en su compañía al cuidado hermoso de sus imaginaciones, cortésmente intentó don Luis desembolverla con bizarros descuidos. Halló resistencia a los principios, mas después humana, se permitía honesta y no escrupuleava recatada, conjurándole de quando en quando con las leyes rigurosas de la cortesía porque no passara a excesso el atreverse demasiado, que venerava confuso, suspendiéndose con recato en su diligencia.

Poderoso fue este hechizo, este acometimiento, para que más blanda aunque vergonçosa corriese la cortina a su deidad, que le dava vida, sirviendo lo trasparente del velo que la helava el rostro de rectórico historiador de sus acciones, aunque envelesado en tan divinas partes. Rebuelta dixo que venía con oca-

sión de una novena y del azero en los meses más floridos del verano. Donaires milagrosos exercitados luzidamente en toda buena cara, que dexando en su casa lo más de su respecto, dan a una breve chinela quatro o cinco puntos, para que por ellos discursiva hable lo que se encierra en tan pequeño espacio. Traje honesto en el picote basto se acredita, guarnecido con descuidos aliñosamente prendidos y airosos donaires estremados.

A dos pellas de nieve por lo heladas, diamantes davan sus sortijas en diversas puntas y ocasión para que fuessen bien avenidas, pues un diamante con otro se alimenta, aunque en el esmalte negro hacía división a los rigores unidos con que las manos y los anillos se armaron. Nunca mayor blandura se vio más severa, nunca torneado cristal de sus dedos dio a lo terso y bruñido⁴⁹ de la plata vergüença, sazonzando tanta perfección, hechizo tanto, unas plumas negras que hazían guarnición airosa al divino contorno de su muñeca, que por ser alhajas de niñas, las de sus ojos se embevecían entretenidas con tan sabroso encanto, habiendo logrado desta suerte la más galante osadía de su voluntad.

Atreviéndose en otra ocasión algo libre a desnudarla un guante, que por lo picado era retracto fiel de su dueño, sacó de su caxa la mayor beldad en una mano, que nunca mejor ha llevado palma en el triunfo de la afición más tierna. Llegóse la con veneración al lavio con escusa que elegía medio en su nieve para templar su fuego. Permittiolo divirtida con fingimiento, que reprehendió después con severidad, quejosa del poco estilo y grossero acometimiento. Llamó en público el enojo, pero fue enobediente, en cuya sazón se despidieron cortesés y hablaron con los ojos lo que el alma no pudo fiar a la lengua. Eran puntuales al concierto los días que felizmente se ofrecieron y conformes señalaron.

No acabava don Luis de desentrañar la causa de no permitirle tuviesse señas de su casa, ni havían podido dádivas ni ofertas obligar a la sirviente que se la revelasse quando, hallándose entre estas dudosas imaginaciones en otro lugar no prevenido, se le apareció a sus ojos la que ministrava esta correspondencia, que con risueño rostro y apacible semblante, haziéndole una

⁴⁹ brunido

grande reverencia, le dexó un papel en sus manos y se desapareció al punto, haviéndole dicho:

—Este papel es de mi señora, y adiós.

Fue tan breve el espacio en que se hizo esta diligencia que el gusto y regocijo que sintió el alma no le permitió tiempo a que la curiosidad le embargara el passo para inquirirla nuevas que echassen sello en sus alborozos, estrañando lo nuevo del estilo y casi, después, engendrando mal afectas sospechas, haziendo del papel la estimación que se devía considerar en su cuidado, casi, al abrirle, le hizo pedaços, quizá para multiplicar sus contentos, appresurando la suerte que en él venía cifrada. Y gloriándose con favor tanto de su querido dueño, leyó estas razones medio turbado:

Dulce hechizo es el amor, y más quando hay correspondencia, obligando a perder el sentido ausencia solamente de una hora, que para mí lo es insufrible no verme siempre a tus ojos. Perdona vuestra merced que le trato assí, pues me parece que offendo al amor que le tengo si me valgo de cumplimientos y cerimonia. Locura es la que me persigue, no voluntad, si ando desalumbrada. No se espante, que es ciego el que me guía y como no sé lo que me hago, no sé lo que me digo.

Quien firme quiere querer

Suspense quedó don Luis con tan sabroso hechizo y segunda vez repitió el sentido sazonado del villete sin persuadirse a dicha tanta. Tal vez le llegava a sus lavios sediento de su veneración y tal le retirava porque no le encendiese. Estas amorosas confusiones le restituyeron vida, que estava algo dudosa, y juzgó entre sí que el interés entonces no imperava en el reino de su belleza, aunque sus partes sin méritos propios no forçavan a esta correspondencia. Valió la razón de fuerça de estrella y reconoció que la tenía felicíssima, pues alcanzó merecer tales ternezas. Y estando ceñido de tantas glorias, vio a doña Ángela que Isvella, que ansí se llamava la criada, la traía de su mano. Vergüenza y honor matizaron sus mexillas de escarlata, la humildad en sus ojos realçava su velleza y le dava más armas para ofender con

entretenida tiranía. Llegosse a ella don Luis; mudo si afectuoso le habló con los ojos, a que ella respondió vertiendo algunas lágrimas; y a las mal formadas razones que en su turbación le dixo, respondió recatada desta suerte:

—Señor don Luis de Céspedes, no sé si juzgaréis a liviandad mis inquietudes, y si lo han sido, vos me havéis ocasionado con tan puntual persecución. Si yo no tuviera conocimiento de lo que merecéis, fuera mayor el delito que cometí contra mi honor, aunque mi vergüenza y recato me fulminan. Processo de atrevida correspondí con agradecimiento a los principios, no con amor, pero abriole la puerta, que esto de agradecer en pecho noble es sombra de la voluntad y afición, primer passo que se da para la correspondencia, lento fuego que poco a poco abrasa y consume el recato más retirado, y ministro poderoso que toma posesión del pecho más fuerte, del ánimo más descuidado, del alma más libre, de la libertad más assenta, del honor más firme y de la vergüenza más recogida. Yo tengo calidad bastante para que un cavallero andaluz me haya elegido por su dueño y me solicite por su esposa, que ha llegado en tan seguro estado su negociación que no pasarán muchas días que el sí no vaya embuelto en arrepentimientos, por hallar forçosas conveniencias que obliguen a mi tía, doña Leonor, a que lo execute sin mi gusto. Él me sigue y yo le desdeño; él me adora, yo le aborresco. No por materia de estado, no; no por dar agrado a vuestras fineças, que me manifestáis por firmes, siendo quizá mentidas en vuestros fingimientos inconstantes, sino por antipatía rigurosa que me desobliga desta suerte. Estos versos, esos amorosos papeles, essas memorias de diamantes son prendas tuyas, que en vos las deposito para aseguraros de la fineça y voluntad que os tengo. Este es mi sentir infelize, y adiós, que mi honor se ve quebradiço y corre conocido riesgo en mi voluntad desenfrenada. ¡Oh, mal haya ley tan rigurosa de honor, con tan poca suerte establecida para las que nos dexamos llevar del conocimiento lícito en un mediano discurso que nos mueve, una hidalguía de ánimo que nos fuerça, una estrella amigable que nos inclina! Mas, ¡ay, que me despeñan locuras! En otra sazón me daréis la respuesta, que agora será imposible. ¡Vamos, Isvella⁵⁰!

A un mismo tiempo fue dexarle en su poder estas prendas,

⁵⁰ iscuella

que un tafetán carmesí guardava, y tomar la mano a su criada, rebolviéndose con el manto por no dar con sus ojos entre excesivos mayores demostraciones. Intentó don Luis suspender tan airoso determinación, pero la publicidad del sitio le hizo hazer pausa, confuso entre atajo y turbación, sin saber lo que le había acontecido. Y como comunicava a su amigo don García a lo del alma, fiando de su pecho todas las ocasiones que Amor le iba priviniendo en su divirtimiento amoroso, juzgando que ya su estrella le había condenado a yugo tan suave, a tan dulce inquietud y a tan sabroso rejalgar, haviéndole robado el alma doña Ángela, suspendido su alvedrío y embargándole sus acciones, le fue a dar razón del no pervenido alborozo con que se hallava en ocasión que le davan otros amigos suyos parabienes que ignorava la causa. Y preguntándose a don García, le dixo cómo estava concertado a casar con una dama toledana de pocos años, de calidad grande y de raçonable dote, no siendo su belleza de las vulgares de Madrid. Mostró don Luis particular gusto del aumento y interés que se le seguía a su juventud loçana con tan codicioso empleo, y por entonces quiso escusar el cansarle con su prolixo divirtimiento, librando para otra ocasión más desahogada el satisfacer su ánimo afectuoso.

Acudían los dos a una casa de conversación, academia de todo buen gusto y ingenio, que en ella travaron el amistad tan apretada que tenían. Don García, con el nuevo estado, faltó a la asistencia todas las noches con sus amigos. Don Luis le echava menos por no poderle comunicar como antes, y más en la aflicción en que se hallava, pues havia muchos días que no su dueño hermoso salía a su exercicio ameno. Ya no se permitía doña Ángela como solía, no savía su casa, no hablava a la criada, que era sombra suya.

Cerca de dos meses estuvo con tanto silencio a mil desabrimientos reducido, con muchos pesares de no haverla seguido alguna vez para no hallarse con las molestias que le ocasionava el no ser noticioso de su posada. Inquietávase con estas imaginaciones, expressava sus sentimientos con quejas mudas, que no las fiava aun de sí propio, y hallándose con tanta agonía confuso, le dixerón cómo aquellos días havia venido un deudo suyo de las Indias, con quien se havia criado en las primeras luzes de su niñez. Y comunicándose con la fineça de continuación de cartas, pues era más amigo que pariente, y haviéndole dicho

que era huésped de otro cavallero indiano, y dándole señas de su posada, buscándole para satisfacer sus obligaciones y voluntad, entró en un quarto baxo que dava unas rejas azules a una principal calle. Y pulsando la puerta para preguntar en dónde bivía, la halló medio abierta, y por su resquicio descubrió una pieza aliñadamente dispuesta con excellentes pinceles y escritorios de marfil y ébano guarnecidos. Y en unas almohadas de terciopelo carmesí assentada, vestida con mil sales y prendida con mil donaires, a doña Ángela de Albornoz, que en su opinión era doña Inés (sabroso cuidado de sus imaginaciones).

El susto que recibió con este goço dígalo quien supiere ponderar aficiones tan de adentro del alma. Y ella, açando los ojos y viendo a don Luis en su presencia, se levantó en pie con airoso turbación, fiando los chapines a su descuido, y le preguntó, como si no le conociera, que a quién buscava. Don Luis, atajado con tan no prevenido goço, le dixo no sé qué de su voluntad, fundando en quejas amorosas la pausa de tanto tiempo de no haverla merecido en su comunicación apacible. Y doña Ángela, con susto mirando a una parte y a otra, bañando en clavel su rostro y en turbación su lengua, le dixo:

–¿Qué es esto dueño...? –y al querer dezir «mío», la criada, que estava haziendo labor a la poca luz de resquicio de la ventana, dixo:

–¡Ay, señora!, mi señor viene, ¿qué desdicha es esta?

–¡Ay, triste de mí! –respondió doña Ángela–, perdida soy si no te escondes en aquella alcova, mi bien, don Luis.

Y llevándome entre las dos, atropelladamente, me hallé detrás de una cama de damasco carmesí con guarnición de oro, tan descompuesto y turbado..., digo se halló don Luis de Céspedes.

–¡Basta! –dixo el Conde–, no ocultéis que lo sois, que mi voluntad no merece tanto reboço, pues os he dado la vida. Proseguid, don Luis, vuestra historia, que el nombre de Carlos os ha de disfraçar en vuestra peregrinación.

–No tengo que responderos, señor, a tantas honras, que mi reconocimiento se haze lenguas en el empeño en que se halla.

Digo, pues, que tan descompuesto y turbado me hallé que en el tropel de esconderme se me cayó el sombrero en la principal pieza y se me cayó la baina de la daga. Havía algún trecho del lugar en donde yo me oculté al de la puerta, las ventanas estaban medio cerradas por el rigor del sol que ofendía sus rejas, y

assí, con escasa luz, estava viendo aquella tragedia infelize de mi amor. Entró un hombre, que me pareció luzido por el cruxir de la seda, halló a doña Ángela asustada y con turbación impedida la lengua, examinó en el suelo mi sombrero y la baina de la daga que se me cayó, preguntó a la criada cúyas eran aquellas prendas. También con turbación y atajo dio a leer en su rostro delicto grave cometido en su honor, sin haver havido escrúpulo de ofensa, pues inadvertidamente, sin discurso, me dexé llevar de la impertinente diligencia de doña Ángela escondiéndome.

Halleme confuso, tomé mi puñal en la mano para mi defensa, vi que el hombre entró en el alcova con una pistola, habiendo levantado el gatillo y reconocido el polvorín, y examinado los rincones de la casa. Y queriendo llegar en donde yo estava, y viéndome en peligro tan evidente, pues ya la boca del cañón casi la tenía en mi pecho, y que hallándome escondido podía fundar por constantes sus mal nascidas sospechas, y que había delinquido contra su honor, me adelanté con mi azero, y dándole de puñaladas, cayó mal herido pidiendo confesión a boces. Alborotose la casa, y abriendo la criada la ventana, con que pude ver la pistola que al ya difunto le cogí de sus manos para defenderme, hallé a mis pies a mi amigo don García de Alvarado (¡oh, fuerça rigurosa de una estrella infelice!), conociendo que su esposa era mi doña Ángela y queriendo ser, entre tantas que me parecieron fantasías entonces de la imaginación y agora las pondero desdichas, fugitivo del alboroto, pues mi vida peligrava tanto, si me conocían, por ser don García deudo cercano del corregidor que bivia enfrente. Desembainé mi espada y discurriendo por los aposentos de la casa que no savía, una mujer me echó los braços, y jugando que era para impedirme el passo en trance tan peligroso, me defendí como pude, y cayendo a mis pies medio muerta, que con el tropel acaso la vi su rostro, hallé que era doña Ángela, que tenía matizada su nieve con púrpura hermosa desatada con líquidos claveles vertidos por sus mexillas.

Aquí fue en mí la confusión, aquí en mis venas el hielo, considerando herida a la que era alma de mis acciones, mi amigo muerto –y todo por mis propias manos–, yo en tan evidente riesgo y sin esperança de librarme, sin haver havido ocasión que nos truxesse a desdicha tan impensada. Ya la vezindad tenía inquietud con alboroto, y las pieças se havían poblado de gente,

ya el corregidor con sus ministros habían acudido a prisionarme, en ocasión que ya había saltado unas tapias que caían a un jardín, dava una puerta falsa a una calle angosta, y por ocultarme más de los que venían en mi seguimiento, fie mi persona a la fortuna, entrándome en una casa que me pareció lucida, acclamando socorro a un cavallero de edad que la habitava. Hízolo con valeroso ánimo, depositome en un camarín pequeño, secreta guarida a mi desaliento. Allí estuve dos horas sepultado, que aún no dava licencia a la respiración por no ser sentido, tan amedrentado me hallava entre mis desdichas, quando entre silencio tanto escuché rumor grande, que con bozes algo perdidas atendí que repetían los criados que habían dado muerte a don García, su dueño.

Considerad, señor, cómo podía quedar al eco destes últimos acentos, y quando pensava hallarme libre del confuso rigor de la familia que con fatiga clamava su lastimosa quexa, conocí que estava mi persona expuesta al mismo peligro, pues juzgué que don García devía de ser deudo del dueño de aquella casa, de quien me había valido en el atropellamiento de mi desdicha. No me pareció fiar el seguro de mi persona de la nobleza de sus canas, que en su respecto publicavan mucha confianza. Reconocí la pistola en que tropecé y era de mi amigo infelice, quise valerme della para mi defensa y, saliendo del secreto en donde me depositó su dueño, salté por una tapia baxa que caía a una plaçuela que le dava honor un combento de frailes descalços sumptuoso. Todo fue uno hallarme en el suelo con poca fuerça y disparármeme la pistola, passándome un pie de parte a parte sin permitirme lugar que executasse mi intención de retirarme. Esta boz fue poderosa para despertar los ánimos descuidados⁵¹ del otro barrio, que estavan con quietud en el silencio de la siesta.

Ya las calles estavan en su alvoro lastimándose de la muerte de don García, ya sus vezinos haciendo admiraciones en su sentimiento, ya me hallava impossibilitado de mi fuga quando, cercado de estas confusiones, vi venir hacia a mí quatro hombres, y siguiéndolos, gran golpe de gente que les dava cuidado. Y quando entendí hallarme en poder de la justicia, que diligente solicitava al agressor, sentí entre la pena grande que

⁵¹ descuydos

me desalentava que me cogieron en sus hombros y en poco espacio de tiempo me hallé dentro de la iglesia impensadamente. Y quando bolví los ojos a darles agradecimientos por beneficio tan socorrido, no vi sombra de seglar que me hiziera lado, que me pareció un sueño. Algunos religiosos me cercaron y, cerrando las puertas del templo al concurso grande de gente que empeçava a poblar las puertas de la iglesia, me acogieron con piedad christiana, ocultándome en un secreto que tenían profundo. Entró el corregidor con sus ministros a desentrañar todas las estancias que le parecieron más remotas de lo tractable de la casa, hallaron una puerta abierta de unos jardines que se comunicava libremente a un barrio despoblado y, juzgando que este havia sido mi socorro en tan apretado lance, no se cansaron mucho en repetir con solicitud nueva lo examinado.

Dos meses estuve en este silencio. Espía secreto me reveló el fingimiento del nombre de doña Ángela, que no quedava herida sino que la sangre que le esmaltava su rostro devió de comunicarle mi vestido con la ocasión de haverme enlaçado sus braços el desdichado don García, su difunto esposo, o ya movido con irritación a su vengança o ya compassivo en nuestra amistad conociéndome, como dándome querellas en su fatiga de mi duro azero, que le havia passado el pecho sin haverlo ocasionado lance de enemistad ninguna; que no bivió dos horas, habiendo recebido los sacramentos necessarios en ley christiana y muriendo, affectuosamente, se resignó a la voluntad divina.

Pusieron en prisiones a la criada que con poco apremio dixo la verdad del successo. Culposse el desalumbamiento de doña Ángela en hazerme esconder y mi inadvertencia en executar lo tan neciamente, pues aclamava delicto contra el honor de su esposo diligencia tan solícita. Quedó su opinión algo ajada, ya que no con mancha conocida en la opinión de algunos. Diéronla sus parientes por clausura un monasterio, en donde estuvo todo el tiempo que duró el aquietarse successo tan infelize, tragedia tan lastimosa, que poco a poco se fue echando en olvido, culpando a su mal acondicionada estrella el rigor que le negoció hado tan zeñudo en el malogro de sus jóvenes años.

Allí estuve retirado quatro meses, que no me dio lugar hasta entonces la prolixa curación de la herida y fuerça hazer ausencia de Madrid, escusando las ocasiones que me conosciessen. Y estando para tomar postas a la insiñe ciudad de Barcelona, que

allí me esperaba un deudo poderoso y de los títulos que más suponían en aquel reino, me pusieron un papel en las manos que no pude conocer quién fue tan diligente, pues se desapareció al instante. Abríle sin prevención de quién fuese y hallé que me informó en esta conformidad:

Poca deve de ser vuestra voluntad, señor don Luis, pues os castiga la fortuna en sus contrastes tan severa. Con poca suerte havéis intentado vuestro empleo, aunque hayáis madrugado a lograrle con vuestras dichas imaginadas, pues nos vemos los dos anochezidos entre tantas tristezas y penalidades, inocentes padeciendo violencias tan executadas en nuestra seguridad.

El rigor que me sigue es tanto que, después de haver perdido a mi esposo tan atropelladamente (que le deviera estimar, ya que no por amor, por las comodidades que me seguían a su sombra), me hallo la más infelize mujer que se sustenta a golpes de fortuna, pues mi hermano, que habrá ocho días que vino de Flandes, dexando allí su Tercio, temiendo quizá las travessuras de la que vos en mí llamáis belleza, me destierra de mi patria y me condena a casamiento con un cavallero siciliano deudo de don García mi esposo, que constándole mi inocencia, quiere libertar mi honor desta suerte, que tan oprimido se hallava con imaginaciones y sospechas consentidas. Aunque haviedo gastado lo mejor de su edad en esta corte, de mucha hazienda, de más años y de peor condición, según me certifican los que le conocen y se lastiman de las marchitas flores de mi juventud.

Ayer se hizieron las capitulaciones, dotándome de seis mil escudos; esta noche le doy la mano y libertad, y mañana, la resolución a una litera que me saca de Madrid para Barcelona. Y de allí creo que nos embarcaremos para su tierra, en donde tiene depositado su mayorazgo.

Estos son los fines que me prometían mis mal logradas esperanças, esta es la muerte que distes a mi esposo y la vida que passo. Dios os la dé más feliz y os guarde muchos años, que las lágrimas no me permiten fiar tanto affecto

a la pluma, que como son pedaços del corazón, le solicita lugar más seguro.

Ya podéis juzgar, señor, cómo quedaría con tan lastimoso papel que me expressava queixa tan justa. Representóseme de nuevo en la fatiga de mi sentimiento tan triste memoria, y faltándome el baronil pecho, aunque hize fuerça en mi pasión reprimiendo afectos tan sentidos, reventó el alma por los ojos, mitigando con agua los ardores con que se encendían en tan tiernas ponderaciones.

Proseguí mi viaje con esperanza de verla en Barcelona, pero como las desdichas se llaman unas a las otras quando de un infelize se apoderan, quando pensé con la robusta salud de mi mocedad, con secreto y de noche, hazer examen de la posada que elegían los nuevos esposos hasta su embarcación, un accidente grave me embargó en el lecho con que estuve lidiando cerca de un año, tratando más de adquirir la vida y fuerças en tranze tan peligroso que de la diversión de amorosos cuidados. Pero hallándome más convaleciente y ofreciéndoseme ocasión de las galeras del gran duque de Florencia, que passavan a Génova, me embarqué en ellas y con feliz passaje arrivamos en tiempo que las de Malta estaban para dar velas a Sicilia, aunque havían de tocar en Cerdeña, que por lograr mi intento no quise perderlas, prosiguiendo mi embarcación assortadíssimamente, pues en pocos días nos hallamos en sus mares, ofreciéndosenos a la vista la insigne ciudad de Cáller, corte que me dixeron era de aquel reino.

Admiré sus torres, sus edificios, que me parecieron excellentes, y para saber si correspondía el alma con la aparienzia de cuerpo tan vizarro, desvarqué curioso, y discurriendo atento por tres poblaciones grandes que hacían pie al castillo que en su fortaleza eminente se elevava al cielo que las coronava, numeroso concurso de gente con reparo y atención en el semblante me comunicavan agasajos y en acciones me ofrecían carizias con que experimenté lo que me havían dicho, que aquella ciudad vanagloriosamente se preciava de ser madre de forasteros.

Con esta fe subí al castillo y, a pocos passos, se me ofreció un cavallero galantíssimo de muy buen ingenio y que en las mocedades de Madrid le havía sido su consultor. No podré enca-

rezer con el agrado que me echó los brazos, ofreciéndome su casa para hospedarme en ella⁵² y su lado para apadrinarme en el registro de las cosas más insignes de ciudad tan noble, que en lo ostentoso y rico adquiriría majestad grande. Valime de su amistad para conseguirlo, admiré sus grandezas con silencio y veneré con decoro el sagrado celestial de un santuario célebre, que está en la iglesia mayor, antiquísimo edificio y en que la admiración se hallava envaraçada con perplexidad a qué parte se inclinaría, que tanto de lo insigne se encierra en aquel templo que, sumptuoso y capaz para tesoro de quilates tan divinos, da lugar a diversidad de jaspes tersos y púrpuras lucientes que guarnecían innumerables urnas de mármor, en donde el medio relieve de zinceles balientes con superior diseño animavan celestiales bultos de santos mártires, que en fiel depósito estavan en custodia tanta. Y son tantos los que aquel reino merece, que ni la devoción lo cuenta ni la grandeza los abraza, siendo paréntesis divino los que están recogidos solamente al discurso continuado que hoy prosigue de los infinitos que cada día (quando se solicitan con poca fatiga) se descubren, que toda aquella arena está pastosa con el rosicler glorioso de sus venas, que abriendo la tierra bocas elegante para informar a sitio tan sagrado tan soberana suerte, transformándose en cielo se haze lenguas aclamando con olores suaves su preñez divina, que alumbrada con luzes de tantos mártires (dando en tan fecundo parto las innumerables reliquias con que se halla enriquezida), confiesa su deuda a don Francisco de Esquivel, prelado de aquella iglesia, ministro celador que fue y el primero que ensayó sus piadosas costumbres en obras tan religiosas y santas. Aunque el que entonces tenía tan merecidamente este cayado con imitación continuada hacía fomentos a esta devoción no con menos zelo que el pasado, que son alhajas estos piadosos afectos que las han de heredar unos de otros.

La hermosura de las damas, el buen gusto de su aliño, lo prendido y bien sazonado de lo curioso –dándole vida con mil donaires–, la grandeza en los títulos, el lucimiento en los cavalleros, el concurso grande de la nobleza y el agasajo para un forastero no os lo podrá zifrar mi conocimiento. Basta para su alavanza el deciros que alguna vez, con olvido en mi peregrinación y con

⁵² ellas

descuido en mis desdichas, discurría por los templos no estraño y por las calles no atajado, me hallava con evidencias grandes que era aquel sitio el alma de Madrid, que con tanta urbanidad y cortesía se exercitavan en sus nobles correspondencias.

Y para acreditar este conocimiento de puntual en vuestra atención, bastaría solamente tener noticia de las fiestas que tan saçonadamente disponen, exercitándose en competencia afectuosos, pues con generosidad en sus pechos lo noble de aquel reino, ni perdonando gasto en su exceso, ni ajustándose a limitación en su vizarría, tienen adquirido en todo buen gusto un general aplauso que les da nuevos alientos a mayores demostraciones en sus galantísimos empeños. Y en la sazón que se me ofreció este lanze apretado de mi desdicha, acavé de hazer experiencia de esta verdad hallándome en un torneo, de que quise hazer copia en mi ingenio reduciéndole a versos, que quando os halléis con más desahogo, han de merecer de vuestra mano el premio, dándoles castigo en su corrección. Pero bolverá por mí el afecto grande siendo la causa tan divina para este festexo Saturnino, santo patrón de la nobleza de la ciudad de Cáller⁵³, hijo divino suyo que me animó en aquella ocasión a que se rompiesse la dificultad de lo envarazoso que podía hallarme entre tan lucida grandeza.

Retirome, pues, este cavallero a una casa de entretenimiento, apadrinándome entre todos con galantería airosa. Gasté parte de la noche en conversación apacible y, pareciéndome hora de vajar a mi posada, hice que un criado que se havia quedado a acompañar mi persona se adelantasse, porque no cerrasen las puertas del castillo, que puntuales todas las noches lo acostumbran, juzgando que esta prevención suspendería su diligencia. Vine a quedarme solo y, como no plático por las calles, fue fácil el perderme en ellas, quando a pocos passos rumor repetido de espadas se me ofreció al oído y que con vecindad y violencia me dexaron suspenso, quando casi a mi lado, al revolver de una esquina, hallé un hombre que se venía retirando desalentadamente y que quatro le acuchillavan con tanto atropellamiento que llevados de su ira casi a mis pies le postraron rendido. Yo, hallándome pues, en ocasión tan apretante y que mi sangre no podía tolerar tanta superchería, desnudé mi azero y tomando el

⁵³ Callar

lado del que ya con desaliento casi se confessava difunto, dixe, alentándole:

—Tened ánimo, cavallero, que no siendo gente noble los que os acosan con tan ruin proceder, yo solo basto para defenderos.

No fue valor de mi pecho, suerte devió de ser del perseguido, pues a muchos golpes que me tiraron, y revatiéndolos con algún brío, nos dexava solos. Y requiriendo si quedava herido el atropellado, que juzgó ser despoxo sangriento de esta encendida refriega, le hallé descansado, fiando su cuerpo de la espada, estrivando en su pomo casi sin permitirle la ocasión que alentase. Y limpiándose el sudor del rostro y cobrando alguna respiración, me dixo:

—¿Quién sois? Decid, ¿quién sois?, que no habrá ocasión para que me lo ocultéis, que pues os devo la vida, justo será satisfaga con el conocimiento este empeño. No estoy herido, que el valor de vuestro brazo resistió la violencia de aquestos hombres, que tan inhumanos hacían pruebas de valentía en mis déviles fuerças, que no deve de ser gente noble de la ciudad sino algunos soldados de essas galeras, que por desnudarme la capa se habrán valido de esta villanía. Decidme quién sois y permitid que os agasaje con mis brazos, para que satisfaciendo el afecto de agradecido de mi pecho en amistad tanta, quede la deuda de menor quilate, pues los ingratos hazen los beneficios mayores no correspondiendo.

—Yo soy —le dixe— un cavallero forastero que ha dos días que llegué al puerto y he querido dormir en tierra las noches que las galeras estubieren en él por aligerar el cansancio del mar. Y haviéndome divertido en una casa de conversación hasta ahora, en que un amigo mío, hijo de esta tierra y que en Madrid nos comunicávamos, me ha servido de padrino con licencia de amistad y llaneza. Y vajándome a la posada se me ofreció esta ocasión que he estimado por haveros servido en ella con alguna vanidad, que he cumplido con las obligaciones con que nació. Vos estáis libre, yo contento; vos servido, yo satisfecho. Dadme licencia que os acompañe a vuestra casa para que yo me retire a la mía, si la obscuridad con que ha anochecido me lo permite.

—No, señor, perdonadme que he de hazer fuerça en esto, por ser fuerça que corresponda a las obligaciones de agradecido intentando en esta niñería dar parte de satisfacción a lo mucho que os devo. Vos havéis de ser huésped mío el tiempo que las galeras

estuvieren en el puerto, que aunque faltando a la prevención que merecen vuestras hidalgas acciones, suplirá la voluntad mucho.

No tuve qué replicarle a este envite, a pocas calles se ofreció la suya, y dando voces a sus criados, mandó que baxassen luzes, y abriendo un quarto vajo con aliño curioso, entramos en él, y viéndole el rostro, reparé atento y me suspendí confuso, y dixé:

–Paréceme, señor, si no son vanas mis imaginaciones, que os he visto otra vez y pienso que en la Corte.

–Lo mismo podré yo dezir de vuestro semblante –respondió–. ¿Acaso por dicha sois⁵⁴ el que disteis muerte a mi⁵⁵ sobrino don García de Alvarado y os favorecistéis de mi casa, en donde os retiré con secreto para guareceros? Vos sois, sin duda.

Y suspendiéndose, echó un passo atrás y afirmándose con su azero me dixo...

Hasta aquí llegava Carlos con su historia quando un recaudo del Duque divirtió la atención del Conde en que se hallava gustosamente entretenido, pues todas las noches lo passavan en conversación de ingenio, ya recitando versos airosos que en lo aliñado merecían el aplauso de galantísimos, y ya cantando los músicos tonos y letras saçonadas con muchos donaires, que elevando los sentidos suavemente servían de manjar al alma más grossera, en donde assistía el Conde puntual, que por divertir al Duque manejava este entretenimiento. Y otra vez bolviendo a repetir el recaudo, dixo:

–Tienen razón de acusarnos tantas vezes que me he envelesado⁵⁶ con vuestra historia, que tiene tanto de lo notable, que siento haver rompido el discurso en que estávades, pero mañana lo proseguiréis añadiendo suspensión a admiracione.

–Es mi vida –respondió Carlos– un theatro en que la fortuna ha representado infinitas tragedias y vos me havéis de liberar de sus rigores con las honras que espera mi confiança de vuestra grandeza.

⁵⁴ seis

⁵⁵ ml

⁵⁶ envelasado

DISCURSO CUARTO⁵⁷

Ya habían encendido luces en el cuarto del Duque y ya los músicos disponían sus instrumentos para divertir el ocio de aquella noche, y hallándose el Conde con más gusto que otras veces, mandó a su hija Laura que con sus damas se trasladase a aquel cuarto, que la libertad de la quinta permitía esta llaneza. Y sin prevenirlo el Duque, dixo el Conde:

—Con vuestra licencia, señor, os viene a hazer una visita Laura, que le he dado permisión para ello, para que con más divertimento se passe el espacio que tardare la hora de la cena.

Dio el Duque señas de alborozo grande con apacibles agasajos, estimó en el Conde tan sazonada diligencia. Entró Laura excellentemente prendida, dando donaire a un vestido de raso azul celeste prensado y lugar a unos tomadillos en escaramuça que una tela de plata escarchada y rica despediessen sus luces, que aunque se unían con las que brillaban algunos diamantes que engastavan su fondo en una joya⁵⁸ de buen gusto que traía en su pecho, eran sombras a los rayos que despedía su belleza en el hermoso cielo del vestido. Estraño⁵⁹ con novedad el sitio, dando a su nieve pura claveles que se encendían a su yelo. Y imitávanla sus damas en lo aliñado, aunque no Hipólita en su atajo, pues con desemboltura airosa, después de su dueño, era la más luzida a los ojos de los que la assistían. Laura tomó asiento a la cavezera de la cama, que vezina del Duque le dava en sus ojos hechizo y en toda su⁶⁰ hermosura envelesamiento. Conoció Carlos estas demostraciones, trató de aplicar medicina de olvido a la mortal herida que amor le había executado en su pecho con la deidad de Laura. Puso los ojos en Hipólita, en que halló fácil correspondencia, aunque no con pequeño susto de su dueño, de ver su libre donaire advertido del forastero a quien tantos géneros de demostraciones le había comunicado en el jardín, casi expresando en la inquietud de sus ojos el incendio del alma, aunque con recato y retiro enfrenando estas imaginaciones.

⁵⁷ IIII

⁵⁸ jaya

⁵⁹ estranò

⁶⁰ sa

El Duque, que continuo en aquella alquería se dexava llevar de su sabroso zevo, ya le había elegido en su pecho por dueño hermoso de sus acciones con resolución más alentada desde entonces, depuso el zeño de su gravedad desapacible y de su semblante la mesura, mandando a los músicos cantassen alguna letra gustosa, que en obediencia elijieron la que se sigue:

*La niña de Mançanares
que escandaliza las luzes
del Sol, pues dándole leyes,
o las registra o las pule;
la que examina severa⁶¹
con inquietas pesadumbres
sus átomos, que aún no están
seguros de sus vislumbres;
la que en piedad generosa
la vida le restituye,
quando tal vez su cendal
se opone a su rostro nube;
la divina forastera
que del valle al monte sube
y por escusar estragos
haze retiro su cumbre;
el susto a toda belleza,
el desprecio a todo lustre,
el peligro a todo lanze
y el eclipse a todas luzes,
hoy ha llegado a la aldea,
sabrosas⁶² sus inquietudes
a sus dos ojos trabiessos
en áspides los instruye,
que entre flores de donaires,
que con alma tanta bullen,
poco su veneno zelan,
mucho su rigor descubren
para rendir alvedríos,*

⁶¹ sevesa

⁶² sabrosas

*aunque con encanto dulce,
en su floresta halagüeña
sagazmente los reduze.*

*Tanta muerte, rigor tanto,
mal en un clavel encubre,
si en los filos de sus hojas
bello rosicler deduce.*

*Este encanto de carmín,
con quien tanto lidia y sufre
el coral, pues vergonçoso
se retira en su deslustre;
este búcaro de rosa,
donde el alva se instituye
y haze que en su espacio breve
iguales perlas se funden,*

*sal es vertida entre sangre
la que para sí se assume,
pues su cielo de rubí
tantos donaires influye.*

*Tan airoso el breve pie
en las plantas se conduze,
que no oprimidas se quexan
por perder yugo tan dulce,
aunque su planta es jazmín
tiene (quando se introduze)
la primicia entre flores
que ceden con sus perfumes.*

*Grossero genio se atreve,
pues en divino resumen
por quatro puntos no más
saborosamente⁶³ discurre.*

*Si todo es alma el aliño
quando tanto sol dibuxe,
¿qué mucho que en su milagro
un torpe pinzel se ofusque?*

Divirtido estava el Duque en Laura, y el Conde, viendo que

⁶³ saborosamente

con recato su dissimulación le fiava secretos de su pecho, por no dar mal logro a su intento amoroso, se dio por no entendido a las confusas razones con que el Duque la estava preparando, a que la hermosa Laura, muda, fiava en su vergüenza y media risa la satisfacción a su respuesta. Y el Conde, divirtiendo los ánimos de sus damas por escusar que la azechassen curiosas, le dixo a Carlos que leyesse algunos versos hijos de su ingenio, y retirándose en su atajo con modestia y buenaire, dio alma a los que se siguen con prevención no las envarazasse el gusto con que le atendía lo prolixo de la «Fábula del Céfalo». Y para facilitar este passo, la dividió en tres partes, estando todos pendientes de su voz por ser el primer lanze de su ingenio.

*Al doctor don Juan Dexart, del Consejo de Su Magestad y oidor
en la Real Audiencia del Reino de Cerdeña*

El *Céphalo* se guareció del marqués de Villator, mi señor don Hilarión de Alagón y Cardona, pensando que a su sombra saldría a luz a registrarse en el ocio del curioso. Faltóle este abrigo a los primeros passos de su determinación y, hallándole en su quexa con tanto desvalimiento, me he atrevido a fiarle de vuestra merced para que, mereciéndole su arrimo, vea restituido en esta ocasión el favor que le usurpó entonces su corta fortuna. Pero, ¿cómo se le podrá negar vuestra merced si el Marqués, en las confianças que hizo de su persona en su muerte, le vinculó todo perpetuo en la protección de su casa? Y exercitándose tan afectuoso zelador de sus aumentos, ha sabido vuestra merced también valerse de la ley de este empeño, que no le ha embañado en los negocios graves del reino lo prolixo desta atención, a quien deven sus hijos en réditos de solícitos cuidados el principal de interés tan ponderable, pues con la providencia de tantos desvelos se dexan llevar del olvido en lo fatigoso que se han hallado a tanta falta. Pero que mucho si vuestra merced ha ocupado su vazío con tantas señas de voluntad, quando dexa en la boz del reino depositado su nombre de sabio, de prudente, de piadoso.

Guarde Nuestro Señor a vuestra merced muchos años.

Muy servidor de vuestra merced que sus manos besa,
Jacinto Arnal de Bolea

ARGUMENTO

Céphalo, herido de luzes de la belleza de Pocris, hija del quarto rey de Athenas, consigue el dulce yugo de su matrimonio. Aurora, su amiga, con embidia de su suerte, madrugando a azecharlos curiosa de cómo se portaban en sus finezas entretenidas, se enamoró de Céphalo por lo galantemente tierno que obligava a su esposa. Fio la inquietud de su pensamiento amoroso de acciones que fueron mal entendidas y, determinadamente resuelta, le descubrió su pecho. Halló resistencia en el joven por la fe que guardava a su dueño, viose corrida, solicitó vengança, introdúxole zelos, perturbó su unión apacible, y Céphalo, mal sospechoso de Pocris, haze prueba de su honor con fingida ausencia y nombre, combatiéndola con el interés. Rindió su hermoso encanto y, tiniéndola en sus boços, solicitó la venganza. Fugitivamente se retiró al monte, con arrepentimientos de su facilidad. Buelven a su primera unión, haziendo amorosas pazes. Pocris le presenta un dardo y dos valientes pressas para su caza, porque era continuo en el bosque. Divirtido en este exercicio, faltó a las caricias de su esposa. Vivía con zelos de esse despego en tantos desdenes, seguía sus passos con espías, y una tarde, estando oculta entre unos árboles, juzgando que el Aura que Céphalo llamava –por la fuerça del calor que le dava molestia– era el nombre de la ninfa que tan divertido le tenía a su esposo, y atendiéndola Céphalo entre el rumor inquieto de las matas, juzgando ser alguna corza, disparó bulto el dardo y pasó el infelice quanto hermoso pecho de Pocris, que examinándole le desató en ternuras, angustiosamente querelloso de su infelicidad.

EL CÉPHALO

PRIMERA PARTE

No pierda el lustre la *affición* sagrada
 que por *plectro canoro* se acredita,
 negociando en lo eterno venerada
 tanto laurel que a la codicia incita;
 no se añuble la luz depositada
 de tanto Apolo que mi patria imita,
 que aunque está introducida sin aseó
 lega modestia abona mi deseo.

Permítete, señor, a vajo acento
 que favor te mendiga afectuoso,
 quando al umbral de tu grandeza atento
 suspende voz en límite glorioso;
 concédete a mi impulso, que aunque lento,
 con tardo passo mide temeroso
 lo más luciente de tu excelsa lumbre,
 lo más vedado de tu altiva cumbre.

En el *theatro español* que representa
 grave la erudición vulto de tanto,
 y por tan grande en su caudal afrenta
 a la que opuesta el más sobervio espanto
 de vario género todo se presenta,
 uno se admira reverente quanto
 de otro que excessos nobles no merece,
 ya que no se le alava se agradece.

En toscos paños rima mal figura,
 alhaxas pobres del idioma basto,
 Marqués excelso, erije mi ventura
 si se consagran a tu ingenio casto;
 espíritu traslada a la pintura
 que en mal diseño, si es del alma pasto,
 solicita en tu voz nuevos colores,
 luz en las sombras y en espinas flores.

No se empeñe con bárbara arrogancia
 en el mayor descrédito que intenta
 quien no save saver ni aun ignorancia,

*siendo alabanza su mayor afrenta,
severa haziendo rigurosa instancia,
exerça su dosel Astrea esenta,
que hijo de Mantua soy, sus luzes bellas
en campo azul me otorgan siete estrellas.*

*Estas armas previene en mi retiro
Calisto, nimpha de la diosa casta,
escarmiento glorioso en su zafiro
si embosque Ossa Mayor por pena el asta⁶⁴;
el no ingenioso solicite el tiro
si el riezgo no le enfrena, pero basta
saver que los vezinos a su gremio
en el castigo merecieron premio.*

*No con osada acción tímido toco
en tu stirpe⁶⁵ gloriosa dilatado,
que fuera amago de tenerla en poco
tocar la presunción en tal cuidado;
no con empeño edad severa invoco
si lenguas de metal han promulgado
que en tanta hazaña en esplendor fundada
se ve la eternidad embarazada.*

*Árbitro el tiempo que veloz devora
quanto en oculto seno se retira
venerable me atienda, pues no ignora
lo que el mundo por fe tu nombre admira,
que si eres Alagón que pule y dora
de Aragón el honor que en ti respira,
¿dónde havrá tiempo?, ¿dónde eternidades
que abracen entre sí tantas edades?*

*Con magestad los cardos coronados
testifiquen dominios repetidos
de mar y tierra en glorias colocados
a tu dichosa successión unidos,
en montes de agua pinos despeñados
(no besando su pie) davan sentidos,
quexas al cielo de indomables vientos
con fatiga amigable de elementos.*

⁶⁴ lasta

⁶⁵ stirpe

Eolo en su distrito presidiendo
entre silvos de horror amedrentava
al lisonjero Zéphiro, que viendo
tanta violencia humilde venerava,
Thetis armada exércitos puniendo
de jayanes de nieve anticipava
al Cielo fuerças escalando estrellas,
inquiriendo en su luz christianas huellas.

Polvorosas las ondas se advirtieron
quando en tropas delphines se mostraron,
rompiendo las murallas que erijieron
de christal y a su honor se consagraron,
mentidas las de Troya opuestas fueron
aunque en su propria gloria se lograron,
deviéndole a su artífice Neptuno
lo eterno que la edad llama importuno.

Feroz vulto le dava el sentimiento
al marítimo dios y de su frente
despojando el laurel en su lamento,
al abismo calando su tridente,
quexas articulava ciento en ciento
por tus gloriosos héroes y eminente
examinando todo humor salado
dio mayor sentimiento a su cuidado.

De alga asquerosa ciñe su caveza
todo ministro de su imperio undoso,
fundado en desaliño y en fiereza
la soledad que anubla su reposo.
El que bolava más con más pereza
mide sus alas, quando el proceloso
vulgo (que en sentimiento también llama)
viste capuzes de erizada escama.

Pero qué en vano sentimiento quando
ven un retrato en ti tan heredero
de tan antiguas luzes dilatando
en feliz successión tu ser primero,
nuevos prodigios prometiendo y dando
corto límite al tiempo, que severo
no halla lugar en que poner tu fama,
ahogado en tanta luz, en tanta llama.

*El velijero dios todo cruento
 aprenda en ti valor, tu malla enlace;
 Minerva assista con semblante atento
 y por tu honor su escudo desembraze;
 los talaes alados a tu intento
 calce Mercurio quando pule y haze
 en su fragua Vulcano diamantino
 azero esgrimidor que buele el pino.*

*Ya te pondero, impulso afectuoso
 que en llama activa vive floreciente,
 heredada de tanto valeroso
 héroe que al orbe dio voz de eminente,
 de cuyo tronco grave si frondoso
 tanta rama brottó que en curso ardiente,
 dando al pagano tan fatal desmayo,
 de tanta luz fulmináste rayo.*

*Rompe, invito señor, tanta muralla
 que en cerúleo cristal ves instruida;
 sigue, sigue la bárbara canalla
 que inunda el mar en vela repetida,
 límite atropellado sea la valla
 que terminando acción tan reprimida
 nos dize en voz en tan glorioso espanto
 que es corta estancia para cuerpo tanto.*

*Y pues Cloto feliz pomposa viste
 de la seda mejor que hilo cambiante,
 y en su telar Láchesis vella assiste
 tan dilatada en esplendor⁶⁶ volante,
 Átropos ves que de su acción desiste
 y en covarde retiro vergonçante
 del poder se desnuda tan violento,
 rompe el freno del mar, da espuela al viento.*

*Conducido de indómita destreza
 a educación fatal aprendiz lego,
 Céphalo joven rinde su fiereza
 anticipando a su humildad el ruego,
 ensayos solicita en lijereza
 de la manchada corza quando el fuego*

⁶⁶ splendor

*del monte intenta escudriñar la greña,
de la sierra inquirir la hueca peña⁶⁷.*

*A tus pies se registra el más airoso
que tufho peina en juventud lozana,
sin afectar lo limpio y lo curioso,
sin tropezar en presunción tan vana,
con natural descuido receloso
de ministrar la copa soberana
de Júpiter en trance tan preciso
huyó⁶⁸ también el riesgo de Narciso.*

*Ya el dios tirano passador previene
con el mayor veneno de unos ojos,
que en su disposición labrada tiene
capaz estancia para darle enojos;
de su pecho carcax para que pene
formar intenta dándole en despojos
una dicha estrivada en poca suerte,
una vida animada con la muerte.*

*Quando saliendo al bélico exercicio
un Alva que calzó de tiria rosa
por el valcón de Oriente que propicio
corrió el cendal a imagen tan dichosa,
diole la mayor luz en beneficio
de que supo admirarla tan hermosa,
cuyo bosquejo ardiendo los pinzeles
corona dio a los montes de él claveles.*

*En un laurel en contrapunto lleva
la más dulce lisonja del oído
con el sonoro quiebro que reprueba
a todo accento su mejor sentido,
suspenso el viento en el encanto prueba⁶⁹
sordo ser a su voz, pero entendido
del breve ruiseñor burlarle intenta,
siendo esta gloria su mayor afrenta.*

*Alternando los picos deleitosos
en diferentes choros divididos,*

⁶⁷ peñn

⁶⁸ Huuyò

⁶⁹ preva

*los arroyuelos llegan bulliciosos
a murmurar gorgoros repetidos,
con más velocidad vesan undosos
el pie del tronco quando entreteídos,
con fugitivo curso anticipados
se hallan con grillos de cristal atados.*

*Pero entre cercos de oro más luciente,
melena peina el Sol corriendo el velo
el dudoso crepúsculo que siente
quedarse en sombra quando assiste al cielo,
otórgase a la vista floreciente
risueño el valle, matizado suelo,
que en la esmeralda de menuda grama
a la Arethusia con engaño llama.*

*En ocasión que en quadro artificioso
Pocris⁷⁰, deidad con nimphas divirtida,
usurpando al matiz lo más glorioso
dava al jazmín belleza repetida,
que si su mano su candor vistoso
al ampo puro restituye vida,
qué diré del clavel cuyo sentido
en su vergüenza se mostró teñido.*

*Suspense en tanto exceso no alentava
Céphalo, que en su encanto se encubría,
que tan floridas luzes respetava,
aunque ciego a sus ojos se veía;
intentava cercarla mas no osava,
que un respecto cortés le detenía,
y quando quiso echar la voz un nudo
(ciego devió de ser) tenerla pudo.*

*Alzó los ojos y en semblante honesto
su honestidad vañó la nimpha hermosa,
el joven alentó, que aunque modesto,
es la ocasión tercera poderosa;
ella le advierte atenta, pero presto
enmendó su cuidado, y más curiosa
buelve otra vez a señalar la herida,
que a ninguna le pesa el ser querida.*

⁷⁰ Pocris

Mil veces con los ojos se decían
 rethóricos de amor dulces cuidados,
 con modestia amorosa se entendían,
 mal reprimidos pero bien cifrados,
 blandamente en su llama se encendían
 en afectos zelosos abrasados,
 hasta que dando colmo a su desseo
 guirnaldas de amarantho dio Himeneo.

Comunicose la encendida llama
 quanto solicitava la assistencia
 del que sombra a su luz tanto se inflama,
 que al pecho pide leve resistencia,
 al padre solicita, al deudo llama,
 y Heretonio ateniense en conveniencia
 a Pocris otorgó, que era severo,
 rey quarto en nombre y en valor primero.

Por todo Athenas voces repetidas
 el sí aplaudido informan en el viento,
 la plata el Indio en venas esparcidas
 a sus pies le dedica nuevo assiento,
 rubio metal Ofir, sedas texidas
 Persia soverbia, y en feliz intento
 (para que el mundo su prodigio vea)
 pródiga se ostentó concha erithrea.

El Ganges el topacio soberano
 humilde ofrece y el rubí encendido
 arrogante Zeilán, China en su mano
 da el diamante en sus rayos más lucido,
 Éufrates el zafir, el marfil cano
 Egipto en terso lustre, y prevenido
 como inventor primero el Phrigio intenta
 dar al abril en su bordado afrenta.

Estancia señalada en donde viva
 la arquitectura fabricó tan bella,
 que el chapitel más breve en punta altiva
 se entrava al cielo para ser estrella;
 la cúpula capaz que el peso estriva
 sobre coluna y vasa, que querella
 formava el tiempo, de que no podía
 limar la eternidad que en sí tenía;

*la cornisa y el nicho en jaspe raro
davan lugar a bulto diferente,
que el que vida les dio en el mármor paro
a su sombra se hallava indiferente;
pródigo se mostró lo más avaro
y original de artífice valiente
mintiendo estatuas nueva vida informa
pinzel con voz en revelante forma.*

*Con amigables, con estrechos lazos,
embidian repetidos sus favores
aves que el viento peinan y entre abrazos
ven con logro mayor dulces amores;
no la ocasión perturban embarazos
ya de cuidados penas de temores,
si qual paloma en picos carmesíes
uno al otro se veve los rubíes.*

*Curiosas acompañan las deidades,
nimphas de aquellos valles al Aurora,
que prodigio de extremo en sus beldades
las hojas de un jazmín alegre y dora;
en asechança airosa las verdades
más secretas de Amor risueña adora,
mas su impulso lascivo lo fastidia,
o por mucha vergüença o mucha embidia.*

*¿Qué melindre, qué hermoso no amagava
a suspender tan dulce travessura?
¿Qué rosicler, qué púrpura no dava
vergonzoso matiz a luz tan pura?
¿Qué advertir, qué azechar no reparava
que era incendio de amor tal conyuntura
y revenciendo todo inconveniente
atenta en la ocasión arder se siente?*

*Hallosse en yelo y fuego suspendida
al extremo mayor del más amante,
en cuyo lance penetró la herida
con violencia de amor tan fulminante,
con fatiga se siente reprimida
del passador violento tremulante,
y assí en remedio (aplicación primera)
quiere manifestarla y no quisiera.*

Formó consejo en tribunal de estado,
 aunque en milicia el nombre aclama y pide
 con honor y respecto y a su lado
 Amor con zelos su justicia mide;
 a un tiempo opuestos dizen su cuidado,
 mas vergüença en retiro se despide,
 si atiende en su pasión juez sospechoso,
 flaco el caudal, contrario poderoso.

«¿Qué es esto – dixo Aurora– rumor tanto
 en causa que podré sellar severa,
 sin testigos de honor y sin el llanto
 que alega el dios en su feliz carrera?
 Razón tiene el respecto, Amor, y quanto
 jurídico en su abono bien quisiera
 el no querer querer, pero propicia
 como piedad altercara justicia.

»Si mudo afecta Amor, morir me veo,
 si el disfraz lo construye no entendida
 ha de ser mi pasión ni mi deseo.
 ¡Oh, dura ley de honor tan homicida!,
 si con demostración voy al empleo,
 acusación de fácil repetida
 en mi processo miro fulminado
 todo es morir en infeliz estado.

»Si antes de amar se miran las estrellas
 y de confrontación la ocasión sigue,
 harto bien califico mis querellas,
 pues lo infeliz violento me persigue,
 ¿por qué he de pagar yo lo que hacen ellas?
 La razón en mi abono se consigue,
 que el dexar de querer no está en mi mano,
 que fuerça Amor con su poder tirano.

»Yo vi curiosa (mi desdicha lloro),
 yo me atreví (en el peligro peno),
 ya me determiné (mi mal adoro),
 yo la causa busqué (ya me condeno),
 yo atropellé mi honor (vajo decoro),
 ciega voy tras mi gusto (cruel veneno),
 tiniendo quanto más Amor se atreve
 dulce afán, suave ardor, congoxa leve.»

*Aquesto dixo quando enternecida,
atrevida, resuelta, afectuosa,
a un atropellamiento reducida,
ya no teme, no vive, no reposa;
ansia, dolor, congoxa, débil vida
la tienen de su sombra sospechosa.
Mas en el robo que discurre esento,
¿funda restitución de su contento?*

*Quando con precipicio fatigado
edades largas son las breves horas
para la ejecución de su cuidado,
que siempre a un caçador quieren auroras
para el punto feliz y adestinado,
y el cielo admira en armonías sonoras,
prepara el sol, el ave, planta, fuente,
con luz, esmalte, fruto, olor, torrente.*

*Ya los campos, ¡oh nimpha!, te entendieron
si con luciente gala madrugaron
y con dulce lisonja obedecieron,
pues todo el ser en perlas te usurparon,
vizarramente agradecidos fueron
si el beneficio siempre confessaron.
¡Oh, pecho ingrato!, aprende en su tributo
que paga en flor quando faltó en su fruto.*

*En toda planta despertó su gloria
por adorno mayor de su librea,
animando en su olvido la memoria
que en juventud loçana se⁷¹ recrea,
ya la caduca que en fatal historia
desnuda advierte entre su sombra fea,
o la destierra o forma en paraíso,
moço y galán lo diga Zipariso.*

*Nunca se vio el laurel con más aliento,
pues armado de tanta resistencia
de hojosa copa al rayo más violento
del Sol se haze guardar su preeminencia;
dos vezes quiere resistir su intento,
en su verdor haziendo (a su violencia)*

armas agora y otra quando altivo
se abraçó de su tronco fugitivo.

Allí la encina en magestad pomposa
vive con privilegio tan dotada,
que si del cielo en mano rigurosa
viene culebra en llamas fulminada,
con atención venera religiosa
sombra que humilde vesa respetada,
tanto que en timbre de mayor proeza
Júpiter dio glorioso a su aveza.

Mas en el trono en que se ve trionfante
siguridad no tiene del trofeo,
si en el alma del cuerpo relevante
fatal se ocupa venenoso empleo;
blandamente royendo vigilante
en la ruina mayor logra el deseo
serpiente que animando tantos daños
pregona hasta en las plantas desengaños.

Blando Favonio, atento y lisonjero
en despertar el ámbar se ocupava,
fragancia que eligió lugar primero
y en jazmín y clavel depositava
Zéphiro, que en su curso más ligero
apostava a ser viento, retocava
con la violeta y la retama amena,
cárdeno lilio, rosa y azuzena.

El alhelí acompaña a Clicie hermosa,
que ausente de su dueño nunca vive
hasta que rompe Apolo en luz dichosa
su obscuro velo y ella se apercive,
sus huellas sigue alegre y temerosa,
muere sin él aunque con él revive,
que al inconstante en fe (grave advertencia)
pone escuela una flor de firme ausencia.

En cogollos de nácar vio el Aurora
toda la prevención que hazer intenta,
quando menudo aljófar athesora
con que a todas las flores alimenta,
si no mazeta de clavel en Flora,
sirva perfumador que le presenta

*en su copia Amalthea tan triunfante
quanto en lo vario anima lo fragante.*

*Nunca el tomillo, trévol, espadaña,
junzia, romero, espliego y la vervena,
el miravel galán los acompaña;
mas lucido escusando tanta pena
el costoso esperar ardiente engaña,
divirtiendo el dolor que la condena
quando la flor jacinto entre sus hojas
grava su nombre y dize sus congoxas.*

*En sierpes de cristal siguen las fuentes
de la zima del monte despeñadas,
y en regazo del Alva sus corrientes
vense jocundamente aljofaradas;
nunca aunque humildes son tan eminentes,
tanto puede aunque en fuentes ser rogadas,
que en lo sensible estudian de lo humano
toda mormuración, todo lo vano.*

*La murta y el lentisco que compuesto
parece que se viste de artificio,
senda apacible, sitio tan dispuesto
forma en amenidad su grato oficio;
el cazador valiente, que está expuesto
a la infelicidad o al beneficio,
llegó adonde la Aurora se abrasava,
que aunque en el cielo, en el infierno estava.*

*Coronada de luzes respirantes,
calçada de jazmín y pura rosa,
de jirasol en trono que en diamantes
se tachonó de alvor con luz dichosa,
suspende al joven Céphalo, y antes
que articule suspenso voz dudosa,
en sus mismas acciones le arrebatava
llevado en carro de cristal y plata.*

*Rompiendo nubes, anublando estrellas,
en el zafir celeste se engastaron,
y el Sol después examinó las huellas
que por inadvertidos no borraron;
contra su honor armávale querellas,
mas en su encanto poco se escucharon,*

que es hechizo un amor y no previene
 aspidias furias que entre rosas tiene.

Doze cavallos, cisnes que en albura
 de los montes perturban el turbante,
 y en copos texió enero color pura
 atrevida a la luz más rutilante,
 enjaezados de rosas y frescura
 calzaron viento en fuego respirante,
 y su espuma que en nieve y sangre ardía
 arreboles dio al sol y luz al día.

Viéndose, pues, en célico ornamento
 de esplendor coronada floreciente,
 informan la vergüença su tormento,
 rethórico silencio lo que siente
 quando solo en su atajo estava atento
 el que impulsos de Amor también desmiente,
 o por no osado o por respecto al Cielo
 mata su ardor con recatado yelo.

Midiendo sus acciones ella assiste,
 que el obligarle intenta con recato,
 vistiendo honestidad quando él resiste
 con suspensión aunque con voz de ingrato,
 y como en atreverse amor consiste
 y covarde se niega al tierno trato,
 con vergüença furiosa atropellada
 viose corrida pero no alcançada.

«Yo soy –dixo el Aurora– quien intenta
 dar vida a Amor con tanto atrevimiento.
 Yo soy quien emprendió libre y esenta
 este medio lograr aunque violento.
 Yo soy de honor, si disculpable afrenta,
 verdugo de su ser, cuyo tormento
 (mas no de cuerda) culpa a mi alvedrío
 tan locamente en tanto desvarío.

»Quise decir mi queja, necia he sido,
 pues tampoco en amor soy entendida;
 suspendile entre flores su sentido
 y arrebatado preparé mi vida,
 ya le usurpé gloriosa divirtido,
 no me quiere entender, ¡ay!, homicida,

*aunque determinada no estoy tanto
que en tanto fuego no le aplaque el llanto.*

*»Castigue el escarmiento la memoria
que tan ansiosa vive con engaño,
desluzga este desprecio santa gloria
que se buelve en costoso desengaño,
no se pregone mi amorosa historia,
el silencio modere tanto daño,
que puede ser que siendo tan secreto
en el recato libre su respeto.»*

*Aquesto dixo quando, absorto y ciego,
se halló confuso en tanto paraíso
el amante feliz a quien el fuego
con más solicitud halló indeciso;
de Pocris adorava su sossiego,
de Alva la luz en punto tan preciso
que en un perplexo executar constante
aun con dudar manchó la ley de amante.*

*Reparava que tantas remisiones
eran reputación de una belleza,
malogro a sus lucidas prevenciones
y juventud con sombra de entereza,
desprecio a tan divinas ocasiones
escusadas en sus años la firmeza,
que observava a su esposa quando atento
en su esquividad leyó su sentimiento.*

*Vaña con mustia luz grave semblante
que a sus ojos se muestra zahareño,
y de pardo esplendor⁷² viste el diamante
que aportava a ser Sol en tanto empeño,
toda flor deslustrando lo fragante
viendo su risa con marchito zeño
sienten su enojo, y Céphalo en su culpa
quiere salir covarde a la disculpa.*

*Rómpele el Alva su razón severa
(airoso fullería en un buen gusto),
que a Pocris⁷³ guarde fe, pues que le espera*

⁷² esplendor

⁷³ Pocris

agradecida al recebido susto,
 que su constancia en ley tan verdadera
 quiso provar assí, mas era injusto
 que tropezasse en opinión tan vana,
 que ella tuviesse amagos de liviana.

Percursora del Sol, del mar nacida,
 a quien triumpho florido dio Palante,
 de la flor soberana que teñida
 fue por Adonis en humor constante,
 ¿no ha de humillar su imperio que homicida
 bárbaro le sujete flaco amante,
 pues tantos dioses hay que quando humanos
 siempre divinos son aunque inhumanos?

¿No procede el olímpico glorioso
 Júpiter, que aunque dios humilde, halaga
 tan grato en condición quanto imperioso,
 pues con la copia su crianza paga?
 Hable Amaltecha, diga el bien dichoso
 si habrá en reconocer quien satisfaga
 más en el orbe, que aunque el rayo jira,
 el premio en la otra mano más se admira.

¿No vive Apolo vida de las plantas
 que su gran mendiguez en luz hermosa
 libran sedientas de sus luzes tantas
 que en préstamo reciben codiciosas?
 ¿No perturbó las confusiones quantas
 Phitón executó tan venenosas,
 dándole muerte quando airados zelos
 son de Latona sombra, assombro a Delos?

¿No se suspende Marte enfurecido
 viéndose en amoroso rendimiento,
 que en velíjera acción instituido
 por virtud de una flor recibió aliento?
 Si fue de Tracia rayo, y suspendido
 obedece la ley del rendimiento,
 y tantos dioses siguen esta estrella,
 ¿la ha de abrasar humilde una centella?

Entonces, pues la luz desvanecida
 perdió en su ser lo lucido y fulgente,
 hállase el joven en mortal caída,

*quando entró no se vio tan eminente,
áspero imaginar perturbó vida,
la más conforme que embidió la gente,
pues operando en daño de su esposa
sombras se oponen a su luz hermosa.*

*Que se parta, le dice, con su amado,
consorcio y logre tan feliz empleo,
que tal vez a su costa vil cuidado
la costa correrá de su deseo,
que un recelo enemigo declarado
le usurpará cossario su tropheo,
quando arrepentimientos vomitando
más que llamas volcán irá exhalando.*

EL CÉPHALO

SEGUNDA PARTE

*Segunda vez el repetido accento
de tu luz soberana se ha fiado,
sin alma voz que funda sobre el viento
pobre caudal de superior cuidado,
en tu grandeza loco atrevimiento
líbrese del castigo por lo osado,
si no es que en buelo, remontada pluma,
desengaño fatal mire en espuma.*

*Siga⁷⁴ su imperio Melpómene alada
exerciendo su cetro en tanto empeño,
insignia rexia para rexia espada
que a tu valor aun es poder pequeño;
pero, señor, si en lengua duplicada
gloriosa trompa te venera dueño,
fuera a tu fama género de agravio
el no sellar entre alavança el lavio.*

*Como se vio ceñuda el Alva hermosa
y con luz desmayada más atenta,
la vista examinó si temerosa
la sombra que en violencias la amedrenta;
también Céphalo muere en luz dudosa,
que una imaginación le ofende esenta,
y si ayer en la llama se vio helado,
hoy en el propio hielo está abrasado.*

*Desvanecido el trono de las⁷⁵ flores,
careciendo de luz viste de luto,
y en fe de sentimiento los colores
marchitos niega a Febo en su tributo,
los que antes eran fúljidos alvares
que el rosicler fragante bebió en fruto,
hoy trémulo en espinas macilentas
del imperio ruido están sedientas.*

⁷⁴ Sigua

⁷⁵ los

*Pisando horror suspende a los claveles
tiria corona que se ve dudosa,
y siendo honor del campo a sus pinzeles
es ya escarmiento a toda flor vistosa,
que si en carmín su cetro dio el Apeles
del prado floreciente el Alva hermosa,
y entre tanto poder a sombras⁷⁶ huella,
riesgo tendrá la más florida estrella.*

*El crédito mayor del valle espeso,
la gloria, luz, deidad de su rivera
emula a su opinión con el travieso
olor que en suavidad el lauro espera;
también corona cede y de más peso,
pues la heredó por sangre vez primera,
quando en candor la púrpura pintura
mancha fue entonces lo que ya hermosura.*

*Ardiase en amor el Alva quando
con luz iluminó prado risueño,
en toda flor aliños preparando
que Flora logra con luciente empeño;
búcaros de clavel ivan gozando
del néctar más suave que a su dueño
Céphalo ofrece, mas veneno ha sido
que puso en confección a su sentido.*

*Condúxole a ocasión que temeroso
dize que en fe vincula el ser constante,
y en recato, covarde y receloso,
vaña del Alva en rosa su semblante;
la vida pierde todo lo amoroso
el dulce premio el recatado amante,
que para olvido no hay de tanto precio
remedio una mujer como un desprecio.*

*En el pecho del joven descuidado
una llama se engendra sospechosa,
que lentamente usurpa lo sagrado
de la satisfacción más amorosa;
lo que apenas ayer era cuidado
hoy se convierte en furia venenosa,*

⁷⁶ *sombros*

y quando más él ocultar lo intenta
 revienta el alma pregonando afrenta.

Con segunda intención triumphan recelos
 con la capa de honrados animosos,
 en cuya sombra oculta viven zelos
 de que los desembocen temerosos;
 como oprimidos confusos velos
 no publican la acción de sospechosos,
 y quando en fuego su ponçoña adquiere,
 quiere buscar aquello que no quiere.

El semblante examina si risueño
 mira al que tiene partes para amado,
 tal vez en ocasión que fue halagiueño
 por mostrar agasajo no cuidado
 quando su esposa se entregava al sueño,
 libre de verla en enfeliz estado
 de un efecto de vana phantasia,
 pendiente estava hasta salir el día.

Tal vez dormida dávale los braços
 con una honesta acción de ser su esposa,
 que le sirven a Céphalo de laços
 en imaginación tan ponçoñosa,
 batallando en su duda son abraços
 que tierna dava libre y amorosa
 a otro joven bizarro y desta suerte
 con este sueño despertó su muerte.

Si el oro en su cavello se esparzía
 y en quebrantado lustre dilatava,
 dando prisió al viento que temía
 engolfarse⁷⁷ en las ondas que enredava,
 ya con sospechas mil le parecía
 que su engaño en la duda averiguava,
 en cuyo golfo, que embidieron cielos,
 piélagos de crueldad hallaron zelos.

Quando aliñosa confusión de cintas
 a argentado coturno dio el asseo,
 quedando sus colores más extintas,
 su luz perdida en tan divino empleo,

⁷⁷ engolfarse

*phantasías se oponen, que distintas
tal vez animan bárbaro deseo
de escudriñar el mal con que enloquecen
de examinar lo mismo que aborrecen.*

*Si en un clavel dos hojas dividía,
bella ostensión haziendo en su thesoro,
áspero imaginar se le atrevía,
manchas echando al lustre del decoro
si triste perturbava luz al día,
dando en menudo aljófaro tierno lloro,
acusación de fácil se le atreve
quando en baso de dudas ansias bebe.*

*¡Oh, cuántas vezes Pocris reparando
el cuidado de Céphalo inquiriendo,
su recatada acción fiscalizando,
sus passos moderados previniendo,
los desdenes severos moderando,
ya obedeciendo amando, ya temiendo,
tolerava su honor el más ardiente
veneno que vomita el accidente!*

*Si con dulce caricia le halagava
con el tierno favor se suspendía,
que todo engaño en sombras le cercava
sepultada en furor su phantasia;
si severo semblante revelava
el gusto escasso en que el amor vivía,
cuidados de otro empleo receloso
se cevan en su pecho temeroso.*

*Con fuerte imitación de Prometheo
al duro imaginar estava atado,
quando rapantes celos en su empleo
el ya pecho infeliz le han devorado;
no el Cáucaso peñasco con trofeo
se vio mejor si entonces fue librado,
por Alcides aquel y este en abismos
se sepulta en mortales parasismos.*

*En curso y continuado movimiento
Ixión le dio fatiga ponçonosa⁷⁸,*

⁷⁸ ponçonosa

Sísifo su peñasco quando atento
 exercitava su pasión celosa,
 el lastimoso Ticio quando hambriento
 rigor del ave en furia temerosa
 hizo nido en su pecho, le dio altivo
 como el Tántalo el curso fugitivo.

Qual suele en borrascoso movimiento
 verse impelido tímido piloto,
 ya tocando en el más profundo centro
 el buque dividido el árbol roto,
 ya con la mano asiendo el firmamento,
 piedad clamando tremulante voto,
 sus alas penetrando en rota pluma
 por montes de agua, piélagos de espuma;

qual suele el pasajero con pie errante,
 de senda enagenado y de camino
 entre sombras y dudas fulminante
 cometa ser, destroço al grave pino,
 y en sazón tan pesada el habitante
 del bosque y gruta opuesto al peregrino,
 con hórrida atención bárbaro y ciego
 yelo causó quando produjo fuego;

qual suele aquel que en descuidado lecho
 confusión repentina le ha turbado,
 fuego clamando al ya piadoso pecho,
 ansioso en el volcán que ve cifrado
 devorador que al eminente techo
 fácil consume ya tan elevado,
 que parece que en⁷⁹ fúlgidas centellas
 en zeniza se baxan las estrellas;

tal se hallava impaciente de escabroso
 Céphalo, que sus celos le usurpavan
 delinquentes de amor todo reposo
 y en confusión de abismos le anegavan;
 aun de su pecho bive temeroso
 si en llamas insaciables le abrasavan
 de confusión tremenda airados cielos
 de tempestad penosa ardor y zelos.

⁷⁹ en en

*Prueba pretende hazer (o loco intento)
de su constancia y fe (bárbaro amante),
si inquiriendo su amor (justo tormento)
cera encontró quando buscó diamante,
requirió al desengaño, vio escarmiento,
firme la procuró, hallola instable,
que es qual prueba en azero que aun propicio
queda (si roto no) con algún vicio.*

*Ausencia finge, voz, nación, vestido,
y el officio cambiando en amoroso
robador de su honor inadvertido
escala pone al muro temeroso,
el interés conquista grato oído,
fácil es la defensa al poderoso
que por más que se arme resistencia,
no hay guerra en la mujer como una ausencia.*

*Lógranse los terceros cohechados,
Pocris⁸⁰ pasó las ondas del Letheo,
entretiene de ausencia los cuidados,
satisface irritada su deseo;
los medios poderosos animados
con el metal de Arabia a libre empleo,
montes de inconvenientes arrasando,
van lo fragoso hendiendo y penetrando.*

*Al interés se rinde (dulce encanto)
que con veneración el mundo admira
y su imperio mayor dilata tanto
que a tanto hechizo toda gente aspira;
imán de los sentidos es y quanto
los pierde aquel que por gozar suspira
del dominio que al gusto le es propicio
halla en puertas del ozio libre al vizio.*

*Capa de la ignorancia y la mentira,
mina que buela con poder violento
el honor mal seguro de su ira,
y toda ostentación para en el viento
veloz cometa que centellas gira
haziendo leve al monte corpulento.*

⁸⁰ Pocris

*Todos te temen, todo te obedeze,
con interés hasta la planta creze.*

*Este que el mundo vano tanto aclama
de las leyes turbando lo preciso,
este que abrasa con ardiente llama
la corona más fixa y no indeciso
fue padre de traición que en ciega fama
a los que nobles son ponelles quiso
un verdugo de ley tan importuna,
vestir de calidad lo que es fortuna.*

*Quando en helado pie las llamas pasa
buscando en su región mortal reposo,
tocando en el carámbalo la brasa
que de quietud anubla lo dichoso,
dardo de fuego y yelo que traspasa
lo más noble del pecho y alevoso,
en la averiguación de un vil deseo
le usurpa el alma en brazos de su empleo.*

*¡Oh, joven loco!, ¿para qué alcanzaste
el desengaño vil que no quisiste?
Pero en tu ceguedad nos enseñaste
el vano fruto que en tu amor cogiste,
acerba muerte a dádivas compraste,
en la siguridad riesgo elegiste,
mas ay, ¡oh siglo fácil!, te condenas
si el haz de los plazeres son las penas.*

*De su hija triunfó Sinara ciego
mirra torpe en lascivia ponçoñosa,
inadvertencia disculpó su fuego
en examen de acción tan peligrosa,
airado azero no atendiera al ruego
si no le suspendiera temerosa,
planta que al monte destilada en tanto
mató su fuego (tanto puede el llanto).*

*Codicia en arrivar a la eminencia
de lo supremo ansiosa solicita,
en su sed fomentado la imprudencia
que al castigo severo más irrita,
hace desprecio justo a la advertencia,
bárbaro impulso de lo humano imita,*

*que quien se empina más en alto estado
puede un tropiezo darle más cuidado.*

*Céphalo, pues, hallando en sus rezelos
tanta fragilidad de Procris vella,
quexas en su fatiga da a los cielos,
fundando en sinrazones su querella
y exprimiendo temblante tantos zelos,
sudor helado el mudo lavio sella
y lastimado en infelize suerte
quiere adquirir la vida con su muerte.*

*Venganza solicita temeroso
con golpe blando del Amor regido
quando en la execución se ve forzoso
perdiendo en el sentir todo el sentido,
titubante en rigores fervoroso
en lo que codició se vio perdido,
pues que solicitándose su pena
él propio a confusiones se condena.*

*Pocris, atada con estrechos lazos,
temerosa, covarde y encogida,
viéndose de su esposo entre sus brazos,
ganara (con perder) su ansiosa vida;
desatarse quisiera de embarazos,
que en tan dura prisión se ve oprimida,
con planta fugitiva retirada,
quando se vio corrida y alcanzada.*

*En lo más fatigable de espesura,
que da golfo de un monte por su greña,
fieramente traslada su hermosura,
de su beldad dexando airosa seña;
zifrar con lo zahareño su pintura
su perfección al arte le desdeña,
pues de vergüença salen los colores
a poner en retiro a todas flores.*

*Con planta acelerada se retira
al monte espeso en fuga preparando
el seguro mayor por quien suspira,
por ver que con su muerte está lidiando;
la faz baña en pavor quando la ira
fatal golpe le estava preparando*

*y desatada en llanto da corriente
hermosa de sus ojos una fuente.*

*Pelado risco de empinada cumbre
en los hombros del monte que eminente
osado toca la celeste lumbre
espaldas haze a un llano floreciente;
el uno siendo hermosa pesadumbre
del riguroso enero que indecente
está a sus ojos, y otro en nieve cano
caducos troncos precipita al llano.*

*Ruina mayor de juventud lozana,
que su eminencia en la sobervia estriva,
pompa del bosque, pero pompa vana,
pues postrada fe ve su cumbre altiva,
voraz devora el tiempo lo que allana
quando escarmientos por mi bien cultiva,
que hasta un tronco insensible nos advierte
desengaño fatal de infeliz suerte.*

*Ya por emulación de su fragancia,
mostrando su rigor en la defensa,
fulminando peñascos su arrogancia,
sus intentos mostrando con la ofensa
de breve se acredita la distancia
en que pobló lo ameno, que así piensa
perturbar su beldad, que aun le fastidia
hasta al monte más bruto, ciega embidia.*

*Grutas horribles eran habitadas
de animales feroces que en sangrienta
piel publicavan reses devoradas
que en su espalda cargó la presa hambrienta;
señas de su despojo despojadas
de lo mejor a Pocris representa
el desnudo marfil de güesso tanto,
que hórrido la engendró mísero espanto.*

*El lobo que de Thebas retirado,
con vista perspicaz en sombra densa,
que si el hambre fatiga su cuidado
en el terrón satisfacerla piensa,
fatal parca de res que en el cayado
tiene custodia aunque recibe ofensa,*

*la más senzilla que la grama admira,
la más sabrosa que el redil retira.*

*Magnífico el furor que no fue Alvano
sino en ferocidad león Nemeo,
guedejuda corona de inhumano
rugir ofrece con hidalgo empleo
en lengua lima que por monte o llano,
voraz cruenta hartando su deseo
triumfos sujeta a sierra de su diente,
que en poblada armazón es eminente.*

*El osso allí habitava, que en jarales,
como si fuera en Misia, se mantiene
del alcornoque güeco en tan iguales
estancias, donde el néctar rubio tiene
el animal cerdoso que en fatales
puntas, veneno arsénico previene,
también habitador del monte altivo
por la muerte de Adonis fugitivo.*

*Aquel que a todo viento desafía,
poblada de eminencia su caveza,
registrando en su frente día por día
todo el curso los años con fiereza,
y el que en lunada piel con osadía
a la margen del Tigris la destreza
del caçador con babilonia traza,
por virtud de un espejo los enlaza.*

*En un raudal que baxa despeñado
con torrente veloz a lo sombrío,
del álamo que a Alcides dedicado
por⁸¹ darle alfombras en cristal quebrado,
el aljófara menudo y en rocío,
vistosa grama que vistió esmeralda
para bordar su dilatada falda.*

*Entre sierpes de argento desatadas,
las más claras lisonjas del sentido
que admira el Aura al valle dilatadas,
gratamente suspenden el oído;
todas las plantas gustan mormuradas*

⁸¹ per

*ser de su acento en curso repetido,
que hasta una fuente en guijas halagüeña
el tiempo que murmura está risueña.*

*Tajada peña que la yedra enlaza
por otra parte abismos examina,
que confunde a la vista y embaraza,
que en perspicaz penetra peregrina,
donde se oculta retirada caza
temerosa del arco de Ericina,
también habitador del monte umbroso
que haze todo escondrijo pavoroso,
cuya deidad el seno fatigando
más oculto que Sátiro ocupava,
va sus hermosas sienes coronando
de diadema que al campo flores dava;
crédito hermoso fue calificando
en el humilde bosque que adornava,
quando su pie succinto dava en huella
en vez de flor la más luciente estrella.*

*Cinthia también por otra parte habita,
del arte venatoria dilatado
milagro que rigores precipita,
áspero riesgo del mayor cuidado,
del hombro pende quando airosa imita
a Citherea aljava en preparado
arpón que esconde, pues rigor y enojos
muchos más executa con sus ojos.*

*Quando en busca de Pocris⁸² van midiendo
lo escondido del monte que el retiro
tal vez sustenta, quando va texiendo
en triste quexa, fúnebre suspiro,
la pena en su delito está pidiendo,
quando en su inadvertencia más admiró
atención, si las fuentes la escuchavan
o si su libertad la murmuravan.*

*Con embelesamiento lagrimoso
sus dos vellos luzeros suspendidos
en un ay dulce pero bien penoso,*

⁸² Pocris

*davan encanto hermoso a los sentidos,
atentos, pues, a acento afectuoso
de dilatados ecos repetidos,
de estas piedades dos dava a su acento,
si sordo oído, su carrera al viento.*

*La población lustrosa sin asseo
en oro enmarañado se esparcía,
pálido el bulto en infeliz empleo,
las rosas y claveles deponía,
tímida planta de covarde reo,
tan veloz se mostró que parecía
torpe el delphín en sitio proceloso,
sin buelo garza, el corzo perezoso.*

*Rémora fue del curso apressurado
la fatigada voz que al más ferviente
espíritu suspende, si cansado,
con rendimiento ataja su corriente;
inquirida la causa de su estado
satisfaciendo dize el accidente,
que a la fuga obligó y en su desmayo
Venus la alienta con celeste rayo.*

*Anhelante espirar recibe aliento,
tremenda confusión quietud gozando,
treguas tiene en su guerra el sentimiento,
pazes va poco a poco preparando,
arpón se comunica tan violento
que quando pluma alada tremulando
de la tirana mano despedida,
es su mayor piedad quitar la vida.*

*Unen las tres sus fuerças superiores
conformes en deidad tan portentosa
que en resolver perplexa en los honores
de lo hermoso se hallara acción dudosa;
quando segunda vez con más primores
poma se presentava milagrosa,
dudara el dar aquel pastor troyano
a sujeto divino premio humano.*

*Crédito fue del bosque su belleza,
confusión de su esposo el dulce encanto
que raíces echó en la torpeza*

*quando riega su planta con el llanto;
coge inconstancia si sembró firmeza,
áspero azahar prepara en flor en tanto
que desdichas le dan en su tributo,
amarga muerte de infelize fruto.*

EL CÉPHALO

TERCERA PARTE

*Último valimiento de tu esfera
solicita mi impulso que canoro
ser de la luz más breve sombra espera,
defendido a sus rayos su decoro
aunque en despeño mida su carrera,
si tú, señor, a quien devoto imploro
con piedad generosa en lo propicio,
te me has de conceder al grato oficio.*

*Era del año el tiempo más tirano
en donde el Sol debaxo de cortina
con enojo asistió quando inhumano,
en ceñudo esplendor muerto camina,
la esquiva luz visita al monte cano,
si fácil pela la poblada enzina,
puniendo en grillos la risueña fuente,
dando toldo de vidrio a su corriente.*

*Pira funesta de abrasadas flores,
escuela en que se aprenden desengaños
para toda beldad que en sus colores
copia advertencia conocidos daños,
túmulo macilento que en alvores
mustios son advertidos los engaños,
dando aun en flor tan mísero tributo,
en la ruina mayor el mayor fruto.*

*Reconoce a sus pies el más gigante
árbol en trono de hojas derruido,
de su cielo copado bronco atlante
que informa en voz rethórica sentido,
melancólico ser habla inconstante
despertando vivaz lo más dormido,
pues que tiemblan sus hojas si se escucha
en vida poca de la muerte mucha.*

*Escuetos troncos, ramas despojadas
de la florida gala que vistieron
perezosas se muestran dilatadas*

*quando sienten la pompa que perdieron,
temen (y con razón) aniquiladas
las fuerças ya que destroncar pudieron
del gañán que en la nieve yelos beve
(todo a fortuna mísera se atreve).*

*Osado pulso de insensible brazo
débil halla corteza endurecida
de tantos años que arraigaron lazo,
sustentando constante edad florida
a breves golpes venze el embarazo
de la nudosa leña derruida,
quando robusto cuerpo se ha postrado
(severo espejo de feliz estado).*

*Descoge del zurrón trémula mano
el pardo pedernal que en el azero
tan puntual se mostró, aunque inhumano,
si en la respuesta se mostró severo;
fuego vomita pero más humano,
al temple helado dióse lisonjero,
si al golpe repetido le responde
que hasta una piedra dura corresponde.*

*Quando menudas rajadas entregadas
al más devorador, que ardiente y ciego,
en centellas hermosas dilatadas
ni se paga dádiva ni ruego,
pauza va haciendo en luzes mitigadas,
el yelo empieça consumido el fuego,
entra necesidad sin que se dude
que todo al fin a su principio acude.*

*Desquadrado libro donde leo
la más grave sentencia al oído,
golpes repite de fatal empleo
despertando por puntos al sentido;
no es ilusión, no sombra, a lo que veo
sino en ceniza aquel que ayer florido,
se vio⁸³ a pompa de abril y hoy en sus daños
hojas me da que escriba desengaños.*

Eriçada avecilla temerosa

*al polvoroso nido retirada,
donde el polluelo en quexa lastimosa
sintió la ausencia de la madre amada;
la paja mal caliente en que reposa
por rigor de la nieve fue habitada,
que aun en tal sencillez se da vileza,
mas a comodidad que no a fineza.*

*El bruto torpe al cóncavo llevado
del escollo feroz por el abrigo,
tímido en su vivera sepultado
el que en tanta violencia fue testigo,
súbdita res de mayoral cayado
a las espaldas del lentisco amigo,
que defiende piadoso su inocencia
y en su balido repitió clemencia.*

*Rústica edad en piel entreteñida
del blanco copo que se armó de yelo,
simple çagal que en la robusta vida
toda influencia padeció del cielo,
de mal parada choza defendida
su rota avarca, que en sencillo zelo,
lóbrega luz que le prestó la tea,
humilde enciende y duerme sobre anea.*

*Despeñado raudal pende covarde
y en mazizo cristal depositado,
en opresiones vive de que alarde
haze el rigor de tan violento estado;
llega a la falda de los riscos tarde,
que el sol favoreció su dilatado
curso quando desata su corriente,
que era veloz en vidrio hilado fuente.*

*Todo suspenso Zéphalo lo admira,
misterios esprimiendo de la arena,
careciendo del bien por quien suspira,
también el bosque le alimenta en pena;
tierno en su quexa a la quietud aspira,
el duro desengaño le condena,
su error disculpa, niega lo que dize,
insta el amor, honor lo contradice.*

Busca a su esposa con la planta helada

*y no quisiera hallarla en el retiro,
pues su afrenta examina dilatada
exhalando su fuego en el suspiro;
escollos entorneze en voz cansada
llorando a su consorte, que de Tiro
sus mexillas vañó, si pavorosa,
de la verdad que escucha está dudosa.*

*Olvida afrentas, disimula agravios,
introduze perdón, vive fineza,
para la culpa sello echó a los labios,
para la pena desmintió torpeza,
olvido en quejas aprendió de savios,
venganza en pecho noble fue vileza,
permítese⁸⁴ rogar, muéstrase altivo,
vístese el sobrezejo de lo esquivo.*

*Tiene lugar la precación y cave
disculpa del error en lo amoroso,
niega entre sí lo que tan cierto save,
en el exceso se acusó zeloso,
el duro imaginar hiço suave,
venzer se dexa de lo ya forçoso,
si permitido a engaño, enfrena ira
con ultrage a verdad toda mentira.*

*Al interior cuidado en lo aparente
niega todo buen fin, toda esperanza,
demonstración severa le desmiente
quando ansioso aborrece la tardanza,
pública acción oculta lo que siente,
verse sin Procris quando en la vengança
tanta pausa interpuso, que el deseo
tierno segunda vez triumphó de empleo.*

*Buelve encogida a brazos de su esposo,
abrasada en bergüença y retirada,
aun covarde de mirar el más hermoso
que matizó en clavel alva rosada;
Zéphalo en yugo estrecho y amoroso
admite a su consorte, que vañada*

⁸⁴ Pormitese

*en llanto puro dize en su corriente
que no hay lengua de amor más eminente.*

*Las lágrimas enjuga con su aliento
beviendo el néctar que destilan graves
alambiques del Sol, que en luz atento
del alva perlas lucen menos suaves;
satisfaze en su gozo lo sediento
que luzes bebe como regias aves,
osadas a los rayos de hito en hito,
el átomo examinan infinito.*

*En don le ofrece dardo (de sus ojos
despojo vello) Procris soberana,
sin prevención que oculta sus enojos
en la que pluma trémula tirana,
azero enarbolado que de roxos
rubíes vañó después y que Diana
o Minos rey conduxo a su armería
para el logro fatal de fatal día.*

*En traílla lebrel lelapa en nombre,
presa baliente en fuego desatada,
también le consagró con más renombre,
pues a las fieras es cuchilla alada;
y porque más ferocidad se asombre
no hay golpe en vago en él si azelerada
planta acomete fulminada en rayo,
tanto que antes de visto dio desmayo.*

*Únense en paz, repiten la dulçura
que fue aumento de amor en su ardimiento,
logros en colmo fueron de hermosura
los que al joven le sirven de alimento,
al donaire saçón con travesura
risueña dio y al que se vio sediento
vivir en dulces braços su más gloria
es un recuerdo de su triste historia.*

*Destierran sombras, mueren fantasías
que en el pesar solían dilatarse,
felices en unión goçan los días
que estaban enseñados a enturbiarse;
campo bastante dan las alegrías
en la demonstración al festegarse,*

*y paz en los dos pechos preeminente,
fixa procura ser prevalesciente.*

*Con dulces lazos tan prolixa ausencia
enmiendan tiernos, goçan amorosos,
preside en sus dos pechos complaciencia
que se alentó de impulsos fervorosos;
la embidia desabrida en reverencia,
de la quietud sagrada en ponzoñosos
áspides poco osada no se atreve
su imperio perturbar si fuego breve.*

*El ozio anulan, van al exercicio,
que es fiscal que castiga su pereza
por torpe enjendrador del vano vizio,
tan bien alimentado de vileza;
todo entretenimiento le es proprio
al natural de ninfa que en belleza
cuidado dio a la muerte, al mundo daño,
leyes al Sol, al tiempo desengaño.*

*Con la aguja tal vez copia claveles
que el campo se querella de sus manos,
pues en matiz se animan los pinceles
que roba su beldad de verdes llanos;
de los originales tan fieles
retratos son que engañan buelos vanos
del volante esquadrón que liva flores,
troncando rosas y beviendo olores.*

*Cástor y Pólux, jóvenes que dieron
alma al valor y vida a la milicia,
los que en el arco y flecha dispusieron
ingeniosa (en violencia) la malicia,
inventores primeros que pusieron
al can distinto con acción propicia,
y tanto que en la busca de su aliento
presa figura fundan sobre el viento.*

*Aquellos dos balientes por su azero,
y por tantos azeros temerarios,
en quien Juno dexó con fuego fiero
dos brutos racionales aunque varios:
Xanto el uno, venciendo al lisonjero
Zéphiro en vuelo, quando entre adversarios*

*se viese en la conquista más fogosa;
Cíllaro el otro, en planta velicosa.*

*Dádivas que le dio Neptuno quando
al robador Theseo se opusiera,
que en Elena, su hermana, procurando
iva su fruto que ellos impidieron,
quando a todo atheniense perdonando
cómplices en maldad restituyeron;
a Etra no, que viéndola cautiva
por más castigo la dexaron viva.*

*De estos hermanos, pues, el arte hereda
Zéphalo, la afición y el instrumento,
que confirman valientes porque pueda
el eco ser de valeroso acento;
y tanto logro dio que aunque no exceda
gloriosamente iguala, pues, su intento
en velígero curso preparado,
Fedra le da opinión con su antenado.*

*Ya los canes inquietos en cadena
con el nuebo alborozo fatigados,
ya con halagos, ya gimiendo pena,
anhelantes repiten sus cuidados
a la familia de inquietudes llena
en varias prevenciones dilatados,
la planta inzita en el zaguán violenta
del que tascando nieve freno argenta.*

*Sigue la confusión alborozada
hasta llegar al término vedado,
donde a fuer de milicia preparada
asiste acción en el mayor cuidado;
en varios sitios planta separada
al bosque atenta fácil ha fiado
del lebrél irlandés que rayo vaxa,
si se desliga de tirante laxa.*

*Despedidos en busca trepadores
gozques por la maleça que eminente
de imposibles se armó, mas voladores,
venzen la mata con su sed ardiente,
culebreando su golfo en los horrores,
caza despiertan venenoso diente*

que da pavor en su fogosa espuma
a la que flecha se ayudó de pluma.

Quando valientes presas arrojadas
al canudo animal que armó de ira,
con voces y alaridos animadas
en batalla campal feroz admira,
tal vez sus fuerças torpes de acosadas,
tal vez su ravia despechada gira,
navaja aguda que ponçoña vierte,
dándose vida quando dio la muerte.

Líquida en los ixares brota grana
del que trailla despidió primero,
veloz corriente que de herida mana,
la más fatal que bosque vio severo;
la refriega entretiene, pero llana
fue la vitoria si en el fin postrero
corazón palpitante en vencimiento
triumphos en su despojo dio sangriento.

Bestia feroz postrada en la maleza
da lugar que se ceven velicosos
cruentos canes quando su fiereza
ministros intervienen codiciosos,
aplaude la algazara la destreza
del libre acometer viendo goçosos
logro feliz de superior distrito
cogida la ocasión en su apetito.

Sanguineloso plato preparado
en medio muertas támaras se ostenta,
mal prevenido pero bien logrado,
que más el gusto que el manjar sustenta;
hazen desprecio del mayor cuidado,
gala del desaliño que alimenta,
más el zenteno en vulla y en campaña
que ambrosía pura que lo dulce engaña.

Javalí que nacido de Erimantho,
monte de Arcadia, destruidor valiente
que Alcides sujetó con tanto espanto,
no en las selvas se vio tan eminente,
no la garza veloz volaría tanto
que de oro hermoso coronó su frente,

*y fatigado en artimisió monte
el límite tocó del horizonte.*

*Movido, pues, del cevo tan gustoso
Zéphalo en el pensar tan divertido,
si el lijero lebrel fue temeroso
o el montaraz en fuerças atrevido,
tal vez hurtava tiempo a lo amoroso
puniendo sus finezas en olvido,
y tal vez de su hechizo arrevatado
se vio de sus acciones olvidado;
tal vez el orden poco imaginando
con que perdió ocasión el lance cierto,
porque en la fuga aceleró volando
planta veloz el corzo que fue incierto,
en pesares se estava dilatando
porque el paso dexaron descubierto,
que el que robusto afecta este exercicio,
lo que es virtud honesta buelve en vicio.*

*Este vélico curso exercitava,
llevado de sus lanzes tan sediento
que solo en su inquietud quietud hallava
y a su incomodidad estava atento,
apenas en el lecho reposava
estando aun con su esposa tan violento,
que ella en tanto rigor clamó a los cielos
viendo que dudas animaron zelos.*

*Un lento fuego ocupa de sus venas
la parte superior, y enfurecida
en cada instante se alimenta en penas,
de punta venenosa mal herida,
aun prolixo pensar como en cadena,
con ravisio rigor se vio rendida,
siendo mayor verdugo el pensamiento
que obliga a que en sus llamas veva el viento.*

*Inquietudes la cercan con violencia
que resistir procura temerosa,
a la ocasión menor pide clemencia
en donde busca el mal que hallar no osa;
de discursos se viste su paciencia
en que tropieça fácil pavorosa,*

*y en zelos sepultada noche y día
hace verdad su loca fantasía.*

*Mide atenta la acción más descuidada
que en su opinión calificó por cierta,
casi gustosa de encontrar culpada
la que fue sin amor libre y incierta;
zelos prolixos, planta acelerada
escudriña veloz, que la que alerta
vive y zeló con fixa pesadumbre,
no por amor, los pide por costumbre.*

*Pensamiento en el aire fabricado
leve conocerá todo cimientto,
vano arriverá a mal tan escusado,
su mayor colmo parará en el viento,
fácil imaginar de inquieto estado,
rigor barato ostentará sediento,
dándose voluntario al homicida,
comprando muerte con escasa vida.*

*Quien los zelos pidió sin conocellos
mal sabrá a lo que saveen sus enojos,
querrá justa ocasión para tenellos
o embidiará en la muerte sus despojos;
quien sin causa los pide, merecellos
podrá en razón logrando sus antojos,
que el que busca su mal y su bien dexa,
¿por qué de lo que halló fundó la quexa?*

*Zelos en la mujer no tan sentidos
son como en hombre, que serán callados,
que estos por el honor son oprimidos
y aquellos en lo fácil declarados.
Rigores se ayudaron más oídos
que los que no dixeron sus cuidados,
zelos de condición tanto enfurezen
quanto de amor piadoso se agradecen.*

*Procris ensaya vigilante espía,
que siempre para el mal buelan correos,
que su sombra le siga⁸⁵ noche y día
y que después revele sus empleos,*

*obediente a su nezia fantasía;
 adivinar los íntimos deseos
 de Zéphalo procura el que tirano
 introduce zizaña en paz villano.*

*En ocasión que ya la nieve helada
 dehaciéndose está por ver las flores,
 en cuya hermosa tabla matizada
 se animan tan vizarros los colores;
 en ocasión que Flora dilatada
 en la disposición de sus primores
 logra con tanto gusto los claveles
 que ponen en vergüença a los pinzeles;*

*en ocasión que el Can se muestra ardiente
 destruyendo el rigor del erizado
 yelo que se templó tan lentamente,
 vistiendo verde al tronco más pelado;
 en ocasión que la fatiga siente
 (a lo sombrío del risueño prado)
 la fineza mayor que en sus ardores
 aun no respiran anhelantes flores;*

*en ocasión que forma verde mata
 dosel pomposo, honor de primaveras,
 donde debaxo de sus ramas trata
 Zéphalo de advertir fuentes parleras,
 donde invocando al Alva que fue grata
 a tal ardor en alas lisonjeras,
 fresco dio a su sed en movimiento,
 vida a las plantas y fragancia al viento;*

*en ocasión que pausa a su ejercicio
 hizo por el ardor que fatigado
 acepta de la sombra el beneficio
 que le ofrece capaz el verde prado.
 Nunca el cielo se dio menos propicio,
 nunca el rigor se vio tan dilatado,
 nunca con más ponçoña, adversa suerte,
 nunca con tanto azívar, dura muerte.*

*Sombra fue de su planta Procris vella,
 llevada del rigor de sus enojos
 a los cielos clamándolos querella,
 beviendo penas y pisando abrojos,*

*macilentas las flores a su huella
vistieron tristes fúnebres despojos,
y oculta en un laurel atento oído
apercive la voz a su sentido.*

*Ojos fueron las hojas del lozano
árbol que especulaban lo sombrío
(¡oh, rigor infeliz de hado inhumano,
sombra de zelos es el desvarío!).
Inquietudes la obligan a que el vano
atender se deshoje y que el desvío
aun de sí propia quando está viniendo
se muestre por morir que está muriendo.*

*Zéphalo oyó el rumor que de la rama
fácil le penetró despierto oído,
y juzgando de fiera más se inflama,
a cuyo bulto atiende su sentido,
trémulo pasador de ardiente llama
qual cometa veloz ha despedido
haciendo golpe fatal que humano
puso en ejecución en monte o llano.*

*Fue a examinar sediento de su gloria
el acierto mejor que erró cuidado,
escudriñando en compassiva historia
lamentable dolor (¡oh, infeliz hado!),
a su solicitud hizo notoria
fatiga que expressó quando en helado
pie se suspende el mozo inadvertido,
viéndose en sentimientos sin sentido.*

*Quando temblante acción articulada
respiración cobró si poco a poco
en tan grave espectáculo animada,
de cuerdo se acredita quando loco.
«¡Oh, áspero curso de mi vida helada!,
permítete a mi mal, pues que le toco
tan feroz, tan furioso, tan cruento»,
dixo sin voz y desmayó su accento.*

*Un ¡ay! en triste quexa duplicado
de la que en zelos engendró su muerte,
jazmines cubre de un sudor helado,
muerto el clavel en tan adversa suerte,*

*rompe la mata en infeliz estado,
entre congoxa y ansia la más fuerte
que ha visto humano pecho y carmesíes,
y herviendo brotan líquidos rubíes.*

*Pequeña voca que habla sentimientos
de grande herida mira portentosa
su aliento limitado, quando atentos
sus sentidos advierten luz dudosa,
mira a su esposo torpe en movimientos
con faz envelesada, y temerosa
con sus lazos le oprime, que rendida
poco fue dar los braços quien dio vida.*

*Míranse tiernos, háblanse en acciones,
enjúganse el sudor, su aliento beven,
en las manos atadas turbaciones
aun en lo fácil mas menos se atreven,
quexa, dolor, sentido en dilaciones
libran demonstración quando se mueven
con débil voz, con tierno sentimiento,
con duro articular, con tardo accento.*

*«Yo soy – le dize– tu infeliz esposa,
dichosa ya pues a tus manos peno,
que a sombra de esta rama temerosa
gusté en su copa tan mortal veneno;
mas la Parca violenta ponçoñosa,
suave le preparó, pues me condeno
con gusto tanto a tan adversa suerte,
pues me has dado la vida con la muerte.*

*»El Aura te movió dulce homicida,
no sin zelos en viento se escondieron,
no he podido hazer más que dar mi vida
en la ocasión que alevos se atrevieron;
postrada a su poder me ves rendida,
ya alcanzaron en mí lo que quisieron,
no quiero aliento si Aura me le ofrezce,
el nombre imita, pues que no parece.»*

*Apenas forma en penas sepultada
de su dudosa voz último accento,
quando mortal desmayo turbó helada
la luz hermosa en su rigor violento,*

boca divina en cárdeno vañada,
 en granizo el cavello dado al viento,
 eclipsado su Sol con poca vida,
 ganó belleza en su color perdida.

Zéphalo, entonces, libre de accidente,
 que le quiso dexar para más pena,
 con fervoroso ardor formó corriente
 que húmeda dexa en partes el arena
 el no poder sentir lo que Amor siente,
 siente por más dolor el alma llena
 de ansiosa angustia, de rigor inmenso,
 tardío dio voz en su sentir suspenso.

«¿Qué es esto –dixo– en qué consiste, esposa,
 el poder en tus ojos dilatado?

¿En dónde se ocultó la tiria rosa,
 dónde el clavel se retiró turbado?

¿Por qué tu luz se anubla temerosa
 siendo florido espíritu⁸⁶ del prado?

¿Por qué tu muerte me usurpó la vida?

¿Por qué fue el golpe en ti y en mí la herida?

»¡Oh, infelize rigor de adversa estrella!

¡Oh, quán verdugo assiste la memoria,
 tormento dando quando da querella
 de tu fácil pensar! ¡Oh, dura historia!

¡Oh, quietud perturbada! ¡Oh, Procris vella!,
 ya se me anocheció la dulce gloria
 que tube en tus halagos, que en mi suerte
 tu vida no seré, pues soy tu muerte.

»Esta es la nieve de sus bellas manos
 y nunca más, pues miró tan severa
 en su trono de yelo los tiranos
 rayos que fueron vida a primavera,
 estas sus luzes son cristales vanos;
 de tanto sol rompida bidriera
 por donde amor comunicó, si ciego,
 sabroso rejalgar, airoso fuego.

»Alcáncete mi llanto presuroso
 veloz corriendo a tan mortal desmayo,

*que es en tal accidente poderoso,
si no es que le retire tanto rayo;
valga su curso poco pereñoso
que en mí para este efecto hice el ensayo
quando absorto advertí tanta corriente,
que fue en jazmines de claveles fuente.*

*»Ya no podrá mi nescia fantasía
mi bien llamarte, pues mi mal ha sido;
ya no podré dezirte que eres mía,
si Átropos vil tu vida te ha rompido.
No me responde, qué prolixo día,
pero habla más ajena del sentido
la que en deidad con esta acción tirana
baxó de ser divina a ser humana.»*

*Aquesto dixo quando entre turbado
color suspende accento temeroso,
y atento a su desdicha su cuidado
solicito se muestra afectuoso;
cendal le aplica al restriñir forçado
la breve voca, que en torrente undoso,
sobre una marjen de llorosa plata,
casi el coral sentido se desata.*

*Ya el nevado jazmín de helado cuello
a un lado se rindió más obediente,
ya en maraña el sudor a su cavello
con fatiga enredó penosamente,
ya su semblante de azuzena vello
en lo confuso y yerto verse siente,
dando a sus rosas entre muerta llama
cardeño lilio, pálida retama.*

*Cubre el vulto infeliz el triste esposo,
sello de su sepulchro por helado
mármor en que suspenso y bien quexoso
fuera de sí se mira transformado.
Tiernas las vellas Drías al penoso
distrito acuden anublando el prado,
vistiendo troncos el funesto luto,
que en la sazón ofrecen por tributo.*

*¡Oh, secreto del cielo incomprensible!,
que se niega severo al pecho humano,*

*pues quanto más agudo más frejible,
entorpecido se confiessa vano.
¡Oh, verdad, en engaños infalible!,
poco importa el perdón a recta mano,
que lo que la piedad escusa a veces
suelen los cielos castigarlo juezes.*

*Fiscal es riguroso el cometido
delito que el castigo está llamando;
Procris entregó las armas con que herido
vio su pecho piedad estar clamando;
grave despertador para el sentido
que se está entre descuidos sepultando,
que aquel que peca a muerte se condena,
pues no el perdón escusa de la pena.*

*Míralo pues atento, ¡oh Pasajero!,
que vives muerto en dilatado engaño,
que si lo atiendes de este passo espero
bien superior exprimirás del daño;
antídoto será en veneno fiero
aunque a costa de Procris desengaño,
que figura en su muerte tan propicia,
en su fil misterioso la justicia.*

Aplaudieron todos lo grave de esta fábula, celebraron el ingenio del forastero. Pero particularmente a Laura, si la curiosidad la atendiera, los colores de su rostro retratavan el afecto de su pecho con que se retiró a su cuarto. Y el Duque, sin poder disimular el interior gozo, con entretenidos donaires se divirtió el tiempo que tardaron en recogerse los de su familia, esperando el Conde la venidera aurora por hallar satisfacción su deseo en los quadros del jardín, en donde Carlos Forastero le esperaba para proseguir su historia, que dio principio de esta suerte.

DISCURSO QUINTO⁸⁷

Digo, pues, que quando llegué a conozer aquel cavallero, de quien me valí en la ocasión en que fugitivamente quería libertar mi persona, entrándome por sus puertas y guareciéndome del respeto noble de su casa, que cumpliendo con las leyes de su sangre me solicitó abrigo con piedad tan generosa; y que era el propio a quien aquella noche procuré defender, exponiéndome al peligro con tantas evidencias –dexándome llevar de mi naturaleza– saliendo tan afortunadamente⁸⁸ de aquel lanze; y que él, reconocido con tantas señas de agasajo, me hazía huésped de su casa con deseo de dar satisfacción a lo afectuoso de su pecho; y que acordándose de mi semblante repitió dos vezes que yo era el que havia dado muerte a su sobrino don García de Alvarado, inquiriéndomelo con instancias continuadas, tiniéndolo en su juicio por constante; y viendo que averiguándolo sus ojos, echó un pie atrás y se afirmó con su espada, como que quería solicitar en mí su vengança, considerad cómo quedaría hallándome culpado en el delito: yelo quajó mis venas, sudor mortal vañó mi rostro. Y entre turbación confusa titubante, no pude con palabras otorgarlo, que la turbación fue mordaza a mi lengua, aunque pienso que en las demonstraciones de perder el color, dixé el sí muchas vezes. Y hallándome en esta confusión atajado, prosiguió desta suerte:

–Este azero que ves en mis manos varias ocasiones le solicitava su infame pecho, que no fue mi sobrino, pues tanto atropelló la sangre de los Aragones con tan bastardos resavios. Pues en una prima suya que cela la clausura de un monasterio (hija mía y, dignamente, por su modestia en sus fieles costumbres) executó la mayor⁸⁹ torpeza su vizio, haziéndola fuerza en un jardín, que fue testigo de esta desdicha que tan acavado me tiene en sus rigores. Y assí podré dezir que os devo honor y vida. Honor entonces, en aquella infelize muerte aunque asortada para mi vengança (que el Cielo os eligió por instrumento para satisfacer la quexa que le acriminava mi pondonor); y vida, por la que

⁸⁷ V

⁸⁸ afortunadamente

⁸⁹ mejor

me havéis restituido esta noche. Y assí, con los braços quiero echar el mayor nudo en nuestra amistad, que no le separe sino la muerte, aunque la ausencia, embarcándoos, solicite olvido que en mi reconocimiento será impossible. Hablad, ¿qué os suspendéis? Don Otavio de Aragón soy, que hago estimación de mi sangre conservándola sin mancha que la deslustre, que quatro criados míos os retiraron al templo para escusaros del tropel de la justicia riguroso.

—No sé lo que os reponda —le dixe— aunque cobrando aliento en vuestras manos me hallo para que severas executen en mí el castigo que no merece el sentimiento que tube con desdicha tanta, pues perdí el mayor amigo, dándole muerte en la mayor infelicidad de su hado riguroso, llevado de una advertencia mal ponderada y del necio insistir de una mujer, temerosa a los importunos rigores de unos zelos de un marido poco cuerdo, que los dos inocentes pagaron a su honor el mayor contraste que fiscaliza el mundo.

Aderezáronme un quarto curioso en el espacio que discurrió la zena, diome razón de un disgusto grave que tuvo en Sicilia, que le ocasionó tan dilatada ausencia, y que queriendo bolverse a su patria y hallándose en sus mares, tuvo aviso de que sus encuentros (fuego que le assoló su quietud y parte de su patrimonio) se havían encubierto en cenizas, para que más encendido operassen en su daño, y que entonces estava peor que nunca.

Acordome esta noticia el nuevo esposo de doña Ángela, y sentía no saver su nombre para preguntar a don Octavio, que este era el del cavallero, las comodidades que goçava, el gusto que tenía y si su mayorazgo era muy poderoso, que este cuidado me tenía inquieto por desearla tantas felicidades en su fortuna.

Por la mañana, los soldados de las galeras con los de la tierra travaron una pendencia desalumbada, en donde quedaron muertos y heridos de una parte a otra mucha gente. Encendiose el fuego de suerte que las galeras se retiraron del puerto y, haciendo vela, me dexaron en tierra, en donde quedé algo confuso por no poder seguir mi peregrinación y el asunto que tomé en mi derrota, llevado suavemente del veneno que doña Ángela me havia dado a beber en sus ojos.

Conociolo don Otavio, y la incomodidad de ropa blanca y vestidos, pues tres baúles que traía —y en uno trecientas doblas— se quedaron en las galeras, aunque con esperanza de cobrallos.

Procurava divertir don Otavio mis prolixas imaginaciones haciendo estudio de puntual por tenerme gustoso, pues una mañana (¡oh, cuánto puede en un pecho un beneficio!), abriendo mi criado las ventanas de la pieza, hallé un contador de marfil y ébano encima de un bufete y, a un lado, en una salva de plata, dos llaves: una de sus gavetas y otra de un baúl que depositaron a un lado de la pieza. Y abriéndolos mi curiosidad, hallé en el escritorio un bolsillo de ámbar, con doscientas doblas y otras buxerías curiosas de guantes y pastillas que ocupaban su vacío, y cantidad de ropa blanca en el baúl que socorrió mis cuidados y satisfizo su agradecimiento.

Quedé atajado en demostración tanta, y cada día me apretava con mayores ligaduras de obligaciones, fiándome a lo del alma secretos íntimos de su pecho, que con silencio venerava y con admiración me suspendía, dándome razón que tenía esposa y que su condición inquieta, entre zelosas imaginaciones, no le davan lugar a que en público la permitiese ni fiasse su vista de persona nacida, pues devajo de quatro llaves por un torno se governava su casa. Alavó su belleza, hizo cargos a su condición de necia, pues no podía enfrenarla por haver nacido en aquella infelize estrella. Alabava a su esposa de casta, de virtuosa, de recatada, sin que a estos prolixos zelos les hubieran ocasionado acción libre en la modestia de sus costumbres, con ponderación del gusto con que tolerava retiro tanto, haziendo muchos elogios a la cordura de doña Ángela, que assí dixo se llamava su esposa. Con este nombre se me renovaron mis desdichas, con estas memorias se me representaron mis tragedias y, saltándose algunas lágrimas, dí a leer en mi pecho o amor grande que le encendía o flaqueza que le governava.

De repente en aquellos días se entró por sus puertas un primo hermano de su esposa que havia desembarcado en la otra parte del reino, y haviendo sido sus cunas vezinas en las primeras flores de la primavera de sus años, era aun más entre ellos el vínculo de llaneza⁹⁰ que el de hermanos. Y assí, don Otavio le permitía que la viesse todas las horas que quisiese, dándole para este efecto una llave maestra de que se valía, estrañando los criados tal excesso en su estrañeza zelosa, y juzgaron que la satisfacción que tenía de su virtud hacia degenerar a su condición.

⁹⁰ llaneza

Era un mozo, Lisardo, galán entendido y airoso, que así se llamava su primo. Armáronle otra cama en mi quarto y con apacibilidad grande nos portávamos el tiempo que le duró esta suerte, pues a pocos días, una mañana hallaron al infelize primo que dos balas le havían passado el pecho dexándole en zeniza su corazón. Lastimosse el lugar con esta desdicha, no se averiguó el homicida, aunque la diligencia se interpuso de por⁹¹ medio.

Don Otavio padezía graves melancolías, yo grandes suspensiones. Hallé confusión secreta en sus criados, ninguno expresava su ánimo, hasta que una tarde que hallé a don Otavio sepultado en un profundo imaginar, y preguntándole con instancias la causa, tropezando en prolixo mi afecto, se levantó de una silla en donde estava, cerró la puerta con llave y, acercándonos a una ventana, con un ay confuso me dixo estas razones (apretándome la mano lastimosamente, pálido el bulto y con alguna turbación en su lengua):

—Señor don Luis de Céspedes, en vuestro proceder se lee distintamente la generosidad de vuestra sangre. A vos os devo la vida, como tantas vezes lo he confessado, y os he de dever el honor, pues pende el que le tenga de vuestra mano y de la confianza que hago de vos en secreto tan del alma; y en la muerte que disteis a don García hicistéis nobles ensayos para perficionar esta deuda que os he de dever en la ocasión presente. Si no me engaño, os he dicho otras vezes la suerte con que me hallava, pues merecía esposa tan cuerda que, ajustada a mi zelosa condición, dava a un encerramiento su gusto y su belleza al retiro de un quarto de esta casa, sin permitirle que aun el Sol la registre, que vivía zeloso de su ombra. Mis desdichas han porturbado esta seguridad con nublados tan densos que, escureciendo mi quietud en confusiones tantas, me hallo desalumbrado al poder de la impaciencia, que reventando el alma, temo que me ha de prostrar en tierra difunto. ¡Esse Lisardo, esse vil primo de essa mujer que no lo es mía, pues tan mal corresponde con las leyes del honor casto...! Con la licencia de permitirle que la viesse todos los días (dándome luz de la ceguedad en que estava una esclava christiana que la asiste de la desemboltura libre que exercitava con su aleve primo), entre tantos rezelos azechándole, le vi una tarde que en sus amorosos afectos tenía doña

⁹¹ per

Ángela ingrata de sus manos, manuseando su nieve con tanta alevosía que vino a ajar el ampo de su pureza casta. Y así, para corregir tan graves inconvenientes en mi honor, dos días ha que amanezió postrado a esas puertas, haciéndole volar la mina de mi fuego para quedar con algún desahogo en mis confusiones. Y a esta ingrata, causa de tanta infamia en mi sangre, quisiera (y no lo escuséis si os halláis obligado a mi voluntad) que le deis a beber en aquel vaso el veneno que en confección le tengo prevenido. Este secreto le fio de vuestra prudencia, esta acción la fio de vuestro pecho, este desagravio le fio de vuestra amistad. Essas dos llaves maestras han avierto puerta a mi deshonor y ahora le abrirán para mi venganza. Id discurriendo por essas piezas, y como fuéredes abriéndolas, idlas cerrando, que temo que los bultos de pinzel fabulosos que las adornan han de salir a pregonar mi afrenta.

—¿Veneno, señor —repliqué—, a vuestra esposa? ¿Y por mi mano? ¿Y que ella sepa que allí viene su muerte disfrazada? ¿Cómo, señor don Otavio, tenéis averiguaciones ciertas desta infamia? Y si las tenéis por siguras, revocádsele en la comida; daréis satisfacción de esta suerte a vuestra afrenta que tanto perturba las luzes de vuestra limpia sangre.

—No, don Luis —replicó—. Quiero para más rigor que el castigo le tome por sus manos, y que ya que por su voluntad desenfrenada corrió tan torpe su carrera, atropellando su vida con tan lastimoso fin, con su voluntad propria solicite también la dura satisfacción a las leyes del mundo y entienda que muere no con revozo sino corrido el velo del engaño, para que en sentidos arrepentimientos dé el alma también satisfacción en ley christiana. No os escuséis con piedades, valga la fineza con que me correspondéis en lugar primero.

Y dándome en una mano el vaso con veneno y en la otra una bujía encendida y las llaves maestras, me encaminó a esta resolución, que no pude contraderezir obligado a los favores recibidos. Dexeme llevar con inadvertencia de esta acción, pues abriendo las puertas temblando, y en la última embaraçándose las guardias, impidiéndome que la abriessse, escuché una voz que me dixo:

—Mi bien, esposo, no te canses, dame la llave por el resquizio de la puerta, que yo que te solicito tanto tu gusto te la franquearé con más diligencia.

Hízolo assí, y a pocas bueltas que dio la llave, abrió la muger, que estava sin chapines, que al ruido, imaginando que era su esposo, se devió de levantar de una tarimilla que tenía con seis almohadas en la estancia que la dava prisión tan estrecha, bien adornada aunque con poco aliño. Cuando se me representó a los ojos –o sueño o fantasía o desdicha impensada– se me representó a mi querido dueño con quien hazía soliloquios el alma, a mi doña Ángela, hermoso cuidado de mi imaginación, a la viuda infelize de don García. Y echándome los brazos airosamente e imaginándome su esposo, me recibió en ellos en ocasión que yo, turbado en tan no prevenido susto de muerte, baldadas mis acciones, reparé que, dormidos sus ojos, entre gozo y media risa afligidos, arqueando las cejas, apretando blandamente sus manos, inquieto el cuerpo, suspendiéndole en un pie a vezes, retirándose dos o tres passos, «¿quién eres, hombre», me dixo, «que así me persigues? Déxame en mis desdichas, te pido, que no son pocas, te prometo». Y acercándose a una silla, se dexó caer en ella como que algún accidente le sobrevénia.

Yo, entonces, suspenso con severidad gozoso, entre dudas inquieto, entre mi amor con temores, nunca el discurso se apoderó de mí como entonces, representándoseme a una parte la obligación que tenía a don Octavio de Aragón, su esposo, la confianza que había hecho de mi persona con tantos secretos que fio de mi pecho, haziéndome ministro fiel de la vengança de su honor, tan bien executada en desembolturas tan libres. Por otra parte, el amor que a doña Ángela tenía, criado de tantos años que (no niño sino gigante) se había apoderado de mis sentidos, me hazía guerra con poderosas imaginaciones, que a vezes se revestían de furia con el acuerdo que era fácil en la fe de su honor que había de ser tan firme. Y resolviéndome a atropellar mis passiones, le dixe:

–Yo, doña Ángela, soy amigo obligado de tu esposo. Este es una vaso de veneno que has de beber al punto y te dará tiempo de tres días para cumplir con las obligaciones de christiana. Tú le has ofendido con tu primo Lisardo con liviandades locas y antojos desvanecidos que te engañaron. Él solicita su honor desta suerte y yo soy de quien se ha fiado, y he de asistir a esta deligencia puntual a las obligaciones con que he nacido. Mi sangre me alienta, la piedad me acovarda, el pundonor me esfuerça, la compassión me retira, el amistad me empeña, la ocasión se re-

siste, y entre estas guerras, entre estas confusiones, la resolución bizarra de mi ánimo prevalece firme y se señorea vitoriosa.

Estas razones iba diciendo con la boz temblante, con ánimo débil, con esfuerço rendido, con accento balbuciente, quando conociendo quizá lo desalentado del corazón, tomando algún aliento con un ay bevido, me dixo:

—¿Qué es esto, don Luis? Don Luis, que no quiero llamarte mío porque no me hagas nuevos cargos de liviandad y traición yo a mi esposo. ¿Yo con mi primo Lisardo? ¿Qué es esto Felicia?

Y bolviéndose a una esclava que le hazía compañía, prosiguió:

—¿Tú no eres testigo de mi inocencia? ¿En qué se pueden fundar estas averiguadas sospechas de don Octavio? Será por dicha o por mi poca suerte (¡ay, cómo lo temo!) el haver querido valirme curiosa de las galanterías de mi primo, dándome a entender, por divertir el tiempo quizá, que en las rayas de mi mano desentrañaría lo feliz o lo adverso de mi fortuna, el peligro o el riesgo del daño que suele amenaçar el tiempo, como si en las rugas de la piel humana (¡oh, barbariedad de mugeres!) se pudieran examinar secretos juizios del Cielo, que una persona infelize se dexa llevar destas tropelías necias, inquiriendo por fuerça la ventura que el hado riguroso le niega. Será por dicha el cogerme la mano para esta diligencia, dexándome llevar inadvertida de tan insulsas bachillerías. Tú no estabas aquí quando con juegos⁹² airosos y suertes galantísimas de naipes nos divertíamos los dos estos días, en ocasión que escuchamos ruido en la segunda puerta, y quizá entonces, por el vazío de la llave, devió de atendernos mi esposo, sin prevenir la curiosidad de mi intento. Habla, Felicia, ¿qué te enmudeces? Si no es que aleve como otra vez me hayas hecho traición con acusaciones fingidas y manchando el armiño de mi castidad hayas destruido a mi honor con tantas apariencias que por tan constantes las deve de tener don Octavio.

Y sacando un lienço de la manga, empeçó a enjugar cantidad de perlas con desperdicio hermoso de sus ojos. Yo, entonces más tierno y fácilmente creyendo lo que me dezía, acompañándola en su sentimiento, la dixe:

—Doña Ángela, mi bien, que no puede más dissimularse mi

⁹² juegos

afición, yo tomaré el veneno por ti, que estando en mi pecho, moriremos los dos juntamente aunque ya me le has dado a beber en tus ojos, que por esto padezco en mis sabrosas confusiones.

—No, faltés, no —respondió doña Ángela con severidad— a la obligación de tu amigo. En ley christiana no puedo recibirle, porque me hallo con sospechas que tengo prendas de mi esposo en algún infante tierno, que quizá debaxo de cortina está culpando en don Octavio su riguroso atropellamiento, en ti la puntualidad con que le has obedecido, con lástima de verme inocente entre tantas desdichas. Seis meses me faltan solamente para hallarme libre deste cuidado, y alumbrándome el Cielo entre tantas confusiones y librando a este ángel que no merece igual castigo, no un veneno, treinta venenos, no un puñal, treinta puñales apetezco sedienta para daros satisfacción y libramme de tantas muertes que cada día me quieren atropellar el alma.

Bolví a cerrar su clausura y retiro con esta respuesta, dísela a don Octavio, que humedeciendo los ojos hizo no sé qué cargos a su honor de puntual. Passose el tiempo de cinco meses, pero no con él las melancolías en que don Octavio se sepultava, y pareciéndome que segunda vez se valdría de mi diligencia para su vengança, por hallarme pisando tantos horrores en aquellas pieças que tan solitarias bivían, me postré en el lecho, y con fingido achaque de arte para divertir su intento riguroso, passé casi un mes embelesadas mis acciones en semejante encanto. Dibulgosse el parto de la infelize doña Ángela y que havia sacado a luz un hermoso niño y, a pocos días, con la ocasión de accidente repentino, se pronunció su muerte. Fingió don Octavio sentimiento grande, hiziéronse las funerales honras con obstentación y, quando atento en su desdicha, una mañana que por divertir el pensamiento triste me salí a cavallo a la orilla del mar, advertí concurso de gente que amontonado a trecho de donde yo estava, con lástimas expressavan piedades y con acciones figuravan sentimientos. Curioso quise examinar el secreto y hallé que el mar havia echado a su orilla un bulto de una muger que, atropelladas sus facciones con heridas, no dibuxava su rostro, aunque aliñada con buen vestido. Reparé en él atento y conocí que era el mismo que doña Ángela tenía puesto quando le leí la sentencia de su muerte con el veneno en mis manos,

que era de tela de plata de flor de romero con guarnición de caracolillo de hojuela⁹³ lucido.

Enternecíame muchas veces con ponderaciones de su infelicidad, lastimándome su malograda belleza, pues juzgué luego que la habían muerto a puñaladas para más venganza, habiéndose valido de otra persona con sovorno para executar tan riguroso intento, y que el entierro sería de apariencia para desmentir las sospechas del bulgo, que todo lo facilita el interés. Acudió la justicia a la averiguación, no se conoció que faltase muger en el lugar, y más que endiciava ser de prendas por lo costoso de su adorno. Juzgaron ser despojo de algún naufragio, con que quedó en silencio el rumor que se había despertado en el vulgo.

Hallávame entre tantas desdichas con temores de peligrar en la salud, que tan graves melancolías me afligían. Reconocía desdén en las sequedades de don Octavio y poca comodidad en su casa, por haverse encendido fuego en ella aquellos días, habiéndose volado la mayor parte. Presagio del fuego que examinava entonces entre lastimosas tragedias y esperando las galeras de Génova para bolverme a España, una tarde en que la devoción hizo empleo con acción piadosa visitando un templo, grave casa de una imagen celestial que llaman de Buenaire y la gobiernan religiosos de Nuestra Señora de la Merced, sumtuoso santuario y en donde una navecilla de marfil –que está pendiente de una pequeña cuerda que apenas se conoze por antigua, que entre las manos se deshaze con injurias del tiempo (polilla la más solícita)– con milagro continuado señalando los vientos que corren muestra el buenaire que tiene en repetir prodigios, en señalar asombros a las divinas luzes de una estrella que goza su asiento fixo en el cielo de su soberana frente (norte hermoso de toda navegación confusa), hallé a mi lado una mujer airosa que con el manto se celava, muy a lo de Madrid en lo prendido, aunque divertía esta sazón un descuido que le atropellava, que haziéndome señas que la siguiesse, me sacó del templo, llevándome a la orilla del mar en ocasión que ya la noche se dilatava con horrores en confusas sombras, abriendo claraboyas el cielo por varias partes, amenaçando sediciosas lluvias. Y descubriéndose el rostro vi (aún me temoriza imaginarlo), vi (aún me medrenta

⁹³ oguela

el decirlo) a doña Ángela, que tube por difuncta, infelize esposa de don Octavio.

Yo, que vi semejante sombra a mis ojos, pues ellos fueron fieles testigos, por una parte, de su entierro aunque le juzgué fingido; y por otra, habiendo visto su cadáver desfigurado, que por las señas del vestido conocí a la orilla del mar que era confuso bosquejo a lo perfecto del original de su hermosura valiente entre el concurso de la plebe que la admirava, y sin prevenir acción ninguna, dexándome llevar de mi natural acción, desnudé mi espada, juzgando a su azero por medio brioso entre tantas confusiones. Y ella, afligida y temerosa, me alentó diciendo:

—Don Luis, no temas, no soy la sombra que imaginas. Doña Ángela soy, aunque desdichada; bida alienta mi espíritu, no cadáver se sepulta en la arena. Cobra el color perdido, buelve en su lugar el azero, que el Cielo quiso piadoso bolver por mi inocencia, dexándome con vida para que en desengaños conozca los errores del mundo. Deligencia devió de ser de don Octavio la funeral pompa con que al mundo hizo engaños, desmintiendo los rigores violentos de que se valió para su injusta vengança, pudiendo con menos nota y más suavidad rebozarme la muerte como lo intentó por tu mano. Un bulto de una mujer que el mar undoso vomitó a la orilla con señas en su vestido de que era mi persona, y que havrás conocido en el sitio donde la depositaron, publicó para rastrear quién fuesse, pues era el mismo que me adornava entonces quando me solicitavas el veneno. Cadáver fue de Felicia, aquella aleve esclava que me servía y me vendió a mi esposo con acusación de adúltera, que después el Cielo juez castigó severo, pues entrando Alexandro, criado español (que español había de ser para usar con una muger infelize tan hidalgas piedades y tan corteses compasiones), a obedecer a su dueño con un puñal buído en la solicitud de la vengança, y aunque conocí en su semblante no gustó de ofenderme, pues con déviles fuerças se alentava a executar lo que su valor generoso resistía, y ocultándome al bando golpe temerosa detrás de Felicia, socorriéndome de su sombra para escusar el duro azero que con tantos amagos intentava hallar en mi pecho satisfacción tan injusta, fui tan diligente en reparar las heridas y Alexandro tan poco diestro en asegurarlas, que se lograron felizmente en el pecho y cuello de la esclava que me servía de defensa en el riesgo fatal en que me hallava confusa, que viéndose con los mortales

parasismos de su desmayo, confessó a voces mi inocencia y facilitó su delito con muestras de arrepentimiento. Esta satisfacción animó el golpe de Alexandro, de suerte que dexándola ahogada en su sangre, me desnudó el vestido y se le vistió a la esclava para hazer engaño a mi esposo, pues juzgó por constante que echando el difunto cuerpo en el mar, desfigurándole sus facciones por no ser conocido, le bolvería a la playa, con que don Octavio quedaría con satisfacción en su vengança. Previno este secreto con diligencia, fiándose de otro criado que el interés le previno atento. Dexome a mí sola en el quarto y me advirtió que quando la luz dudosa pudiesse ocultar nuestra traza, que echasse una cuerda por unas claraboyas que davan luz a una estancia que tenía y que me valiesse del socorro de un vestido que me entregaría a sus nudos. Bolvió a cerrar las puertas y quando ya la noche me pareció que podía ocultar el intento que ignorava, halleme confusa de no hallarme con la prevención que me dixo. Pero como la necesidad aviva el ingenio más torpe, y más en lance tan apretado, dividí en quatro partes una sávana que bastante ocupó el espacio que había hasta el suelo. Hizo seña con un dormido silvo, subí con poco peso lo atado y hallé que era un vestido de hombre que, en confusión turbada y entre yelo temerosa, no sé cómo me apliqué a vestírmele, quando a poco tiempo, alboroto grande de fuego perturbó la quietud de la casa; y conozía por el aire humoso centellas ardientes que trepavan a abrasar las estrellas y por la confusión de las voces que se iva encendiendo grandemente. En el espacio de una hora que se expressavan más los alaridos me hallé cercada de infinitas confusiones que con ahogamiento me atropellavan violentas; abrieron la puerta de mi estancia por librar las alhajas⁹⁴ que la vestían, conozí a Alexandro, sacome atropelladamente del abismo de desdichas en que estava anegada y acompañándome hasta una casa que estava muy distante, me encomendó a una deuda suya que con religioso tratamiento, en mortificación áspera, es exemplo seguro de essa ciudad. ¡Oh, cuánto puede el querer con ánimo beneficiar una mal segura vida!, pues Alexandro, sediento de que la gozasse, él mismo fue instrumento del fuego que voló el edificio, pues quando le dio a entender a don Octavio que había dispuesto su vengança en mi inocencia, le entregó

⁹⁴ ala- jar

la llaves del cuarto, quedando agena de todo género de remedio de esta suerte. Aquí he estado recogida estos días y ahora me retiro en uno de esos monasterios que con tanto exemplo dan honor soberano a la clausura, en donde a fuerça de desengaños destroncaré de mis locas imaginaciones las flores ya marchitas de mi malograda belleza, que reducida a vanidad, su loco devaneo es una breve flor ajada en su deslustre antes de nacer, todo confusión, todo encanto, todo sombra, todo hechizo, todo viento y todo un miserable parasismo de la muerte, el gusto más firme, la belleza más pura, la gala más airosa y el donaire con más espíritu animado.

Y diziendo estas razones se me retiró fugitiva de entre mis manos, dexándome en semejante embelesamiento divirtido, atribuyendo a sueño tantos prodigios que apenas les dava crédito quando más los manejaba el discurso. Algún espacio de tiempo estube para bolver en mí, que me enagenó de suerte este sucesso que llegava a dudar si eran vanos sueños en los que la seguridad dava de ojos. Retireme a mi posada por ser ya tarde, hallela envarazada con ministros de justicia que, por indicios que havían rastreado de que havia dado muerte a su esposa, llevaban a don Octavio a una torre. Avisome un amigo que me ausentase, porque hallaban también contra mí indicio de que havia sido cómplice en el delito. Vajeme al muelle en ocasión que estava un vergantín para dar velas, tomando su derrota para Nápoles. No quise perder tan buen punto, logrelo tan felizmente que en siete días me hallé en su puerto. Tube aviso de Cerdeña que a don Octavio en su prission le oprimió un accidente mortal que en quatro días acabó los infelizes de su vida y que doña Ángela en la clausura de su monesterio dava olor, en las ásperas mortificaciones que exercitava, de santidad grande.

Y tomando el camino de Ferrara, en donde tengo deudos y un mayorazgo modesto que se conserva con algún crédito, me sucedió el lanze que havéis visto, deviéndoos a vos la vida, que hecho clarín de vuestra grandeza, publicaré por el mundo las generosidades de vuestro pecho. Esta es mi historia prodigiosa y la que os havrá cansado tanto, suplicándoos perdonéis, señor, lo grosero de las menudencias, que la satisfacción que tengo de la grandeza de vuestra generosidad, me ha ocasionado a lanzes que pudiera escusar no conociéndola.

–Dexad –respondió el Conde– lugar para que alentando el

ahogo con que se ve mi pecho, respire admiraciones, que la atención con que os he escuchado ha sido tanta que, dexándose llevar de lo afectuoso y lo bien razonado de vuestra historia, me ha dexado suspenso y con razón confuso que en tan pocos años hayáis hecho experiencia tanta de los lanzes tan lastimosos que la fortuna os ha preparado en tan evidentes riesgos. Esta casa tendréis por vuestra el tiempo que durare vuestra prolixa peregrinación, fiándoos de mi pecho con licencia de amigo, aunque en público, más severo me dé solamente por aficionado, que me he de ajustar con las leyes importunas del pundonor del mundo para hazer con el Duque verdadera ficción de que nos hemos valido para libraros del riesgo en que os havéis visto, prosiguiendo con el nombre de Carlos, que es bien rezelaros de esta suerte para el seguro de vuestra persona. Pero no os perdono en mi curiosidad la relación del torneo que me decís que con tan vizarra ostención exercitó la nobleza de la ciudad de Cáller en el festejo de su patrón santo, que siendo tan introducida la galante urbanidad de sus generosos hijos con tanta ostentación de grandeza y ingenio, mucha materia de admiración me prevengo en el aplauso de mi conocimiento. Ni tampoco os perdono el que hagamos examen en el ozio en que vivimos de los amorosos papeles y versos que doña Ángela os depositó del que fue su infelize esposo, que siendo de ingenio como me parece que le havéis pintado, y haviéndole dado Madrid en comunicación sus primeras luces de galantería y buen aire, es fuerça que estos papeles tengan mil saçones.

–Galantísimos son –dixo Carlos–, aunque el tropel de mis desdichas no me ha permitido que los solenize, como lo admirara si el gusto más constante me hubiera acompañado con más fineza. Fielos de una maleta⁹⁵ que traía con alguna ropa blanca entre algunos que merecí de la afición de doña Ángela. Y un jardinero vuestro la halló desvalixada los días passados a la espalda de esse monte, que tengo por fin duda que los papeles que solamente halló maltratados, por no ser alhajas de codizia en su genio, se desposeyó de ellos entregándoselos a Hipólita, que como se sazona con tan bueno gusto, havrá hecho con ellos mil donaires, de que he fundado juicio por razones que me ha dicho al buelo en la permisión de su llaneza, que como no traté sino

⁹⁵ emaleta

de livertar mi vida de la persecución continuada de los criados y monteros⁹⁶ del Duque, desamparé el cavallo quando me arrojé por essas tapias a la piedad de vuestra grandeza. Y os prometo, señor, que no quisiera manexarlos por no despertar en el ama tan lastimosas memorias, que en tanta apretura la han puesto. La relación del torneo se podrá exponer a vuestra censura, castigando los versos (o premiándolos) con la corrección, si lo fatigado de mi historia os permite gusto para escucharlos; aunque para diversión de mi penosa tragedia, bien se puede permitir este assunto para aligerar su cansancio. Y pues os havéis ya resuelto a que merezca tantas honras de vuestra mano, escuchad, señor, y veréis la más galante vizarría de aquel reino y el fervor más justo que solicitó piedad afectuosa.

Y sacando Carlos un papel, viendo en el Conde gusto⁹⁷ y atención que le animava a que rompiesse aquella dificultad de su desconfianza, leyó de esta suerte:

⁹⁶ monseros

⁹⁷ que gusto

TORNEO

que defendió el Excelentísimo Señor don Gerónimo Pimentel, marqués de Vayona, virrey y capitán general en el Reino de Cerdeña,
 por la devoción con que festeja todos los años la Congregación de los Cavalleros de la ciudad de Cáller la fiesta del glorioso SAN SATURNINO, cavallero natural de la misma ciudad

*Este que ves efecto generoso
 es solamente amago suspendido
 del impulso más noble y fervoroso
 que está en heroicas venas escondido.
 Este que ves afecto que piadoso
 del zelo tan devoto es prevenido
 es intención del que en su ardiente lumbre
 su blasón no es vencer sino costumbre.*

*Permite, oh pues, que con humilde canto,
 con tosca pluma, con pinzel tan rudo,
 a luz sacando tan divino espanto
 no sea el efecto en mi alavança mudo.
 Mas si es la causa SATURNINO santo
 tan glorioso trofeo no le dudo,
 pues que a su sombra con sus luzes bellas
 mis sienes ceñirán tantas estrellas.*

*Con bosteços de luz dava el Aurora
 señal hermosa de que no dormía
 y de contento tantas perlas llora
 quantas naciendo el Sol ostenta el día.
 Despertando risueña en sí atesora
 más gloria, más blasón, más biçarría,
 pues fue lucida pompa, pues su empleo
 crédito honroso fue de su deseo.*

*Para la acción bizarra y bellicosa
 que el fingido furor copiava enojos,
 Pallas con Venus se mostró piadosa,
 previniéndole a Amor tiernos despojos;
 dexó el juzgar severa y rigurosa
 a las que hechizo zelan en sus ojos,*

*pues con deidad matando de esta suerte
la sentencia mejor les fue de muerte.*

*En diversas belleças reducido
vive el Amor y en una y otra parte
su más ardiente fuego está escondido
quando su hermoso encanto se reparte;
aquí entre flores áspid prevenido
da muerte con velleça, ingenio y arte,
y allí rayos fulmina un Sol hermoso
que el más muerto de amor es más dichoso.*

*En un clavel o búcaro de rosa
el hechiço mayor bebe sediento
quien en breve distrito prodigiosa
muerte apetece con tan vano intento.
Ciego el Amor, con flecha venenosa
en unos ojos negros vive esento,
goçoso de acertar tantas heridas,
flechando arpones y usurpando vidas.*

*Los riços al descuido y con cuidado
laços son ya de Amor, prisión querida,
el extremo menor es estremado,
encanto hermoso que perturba vida.
En nieve de unas manos el cuidado
templar quiere su llama, que encendida,
injustamente desmintió al sossiego
ardiendo más entre la nieve el fuego.*

*La superior deidad igual corona
a las que en esta junta son unidas,
en tribunal de amor la acción abona
de cautivar las almas más rendidas,
que aun hasta al mismo Sol no le perdona,
culpándole de luzes atrevidas
quando el registro de sus bellos rayos
le causa con razón tantos desmayos.*

*El Sol entre vergüença y esplendente⁹⁸
su diadema mostró, que presuroso,
por los balcones del lucido Oriente,
ya con la emulación fue tenebroso.*

⁹⁸ splendiente

*Y viendo a la deidad que le desmiente,
«Con tal ventaja», dixo pavoroso,
«pues a gloria tan alta me conduces,
sácame a luz mis superiores luces.*

*»Entonces, pues, viçarra y más hermosa,
el planeta mayor de aqueste cielo
a su esplendor concede, ya piadosa,
el lustre perturbado en su recelo».
Y viéndose en su trono velicosa,
dexó de ser en el cerúleo velo
pesquisidor del Sol, si en luzes bellas
dio perfección a las demás estrellas.*

*Noblemente el teatro guarnecido
del aplauso confuso, aunque animado,
librando en las acciones lo entendido
por no quedar tan corto en lo admirado,
más despierta la vista que el oído
examinando más lo ponderado,
justa exageración de mi deseo,
pide a voces la fama y este empleo.*

*El que es lucido de la Artillería
general comissario y diligente⁹⁹,
aunque de negro, airoso viçarría
sirve de blanco entonces a la gente.
Lícita suspensión de aqueste día,
aplauso merecido justamente,
pues que curioso de saver quién era
se paró a verle el Sol en su carrera.*

*No con menos valor ni menos brío,
don Antíogo Sanjust al lucimiento
alma le infunde y con galán desvío
da respecto al bastón y al pensamiento.
Igualmente los dos con señorío,
marchando entraron con valiente intento
de despejar con su despejo airoso
el teatro más feliz¹⁰⁰ y más pomposo.*

⁹⁹ El capitán don Miguel Pérez de Xea, cavallero del hábito de Nuestra Señora de Montesa.

¹⁰⁰ feliz

Adornaron su entrada los marciales
 ministros diestros con acción unida,
 si bien en las hileras tan iguales,
 de una breve señal estava asida
 postrados a las aras celestiales.
 A un mismo tiempo devoción y vida
 ofrecen juntamente tan rendidos
 quanto después soberbios y atrevidos.

En partes dos su afecto se reparte,
 vibrando de sus armas la violencia;
 ira forjó fingida ardiente Marte,
 rayos forjó Vulcano de apariencias,
 mil culebras de fuego en boga parte
 treparon su región sin resistencia;
 con densa nube y con ardiente giro
 se vio el acometer mas no el retiro.

De parda sombra fue poblado el viento,
 dilatando la niebla tenebrosa
 el más voraz y fúlgido elemento
 que solicita muerte presurosa.
 De su propio morir está sediento
 si quando vive muere en llama hermosa,
 siendo su alivio en su rigor tan fuerte
 que solo vive con su propia muerte.

La confusión del pífano sonoro,
 el estruendo del parche que alentado
 eco fue altivo de sonante coro,
 que en el viento mayor iba templado,
 al orden observando su decoro,
 de la mayor admiración guiado,
 rigiendo al Pimentel, honor de España,
 dieron principio a entretenida haçaña¹⁰¹.

El rumor codicioso se reparte
 en el vulgo novel que ya tenía,
 logró el cuidado y de una y otra parte
 solicitan el ver la viçarría

¹⁰¹ El mantenedor, el Excellentísimo Señor don Gerónimo Pimentel, marqués de Vayona, virrey y capitán general del Reino de Cerdeña. Su nombre, el Cavallero Feliz.

*entonces pues espíritu¹⁰² de Marte,
aunque en igual compás dava armonía,
pareciendo en estruendo tan violento
que se desquicia el alto firmamento.*

*Aquí la voz suspensa y admirada
de su loco y profundo devaneo,
por ver la empresa con rigor armada
del imposible que siguió el deseo.
Con cuánta más razón, menos osada,
por soberano y tan divino empleo,
temblante accento vence, si covarde,
de sus temores haze nuevo alarde.*

*El mayor lucimiento acreditado
quedó en la gala del feliz que ostenta
nueva vida en su ser, si matiçado,
de más admiraciones se alimenta.
Con superior espíritu¹⁰³ logrado
dexa a la loca emulación sedienta
por ver que en el aplauso que le aclama
justamente le dan Feliz por fama.*

*El prodigio¹⁰⁴ mayor, que aun a los Cielos
tanto les assombró, les causó enojos,
pues admirando en sí nuevos desvelos
se opone tan lucido a sus despojos.
La más gigante admiración que en celos
abrasa al Sol cegándole sus ojos,
en cada acción un alma suspendida,
tiene por más victoria estar rendida.*

*¡Oh portento de amor, oh dulce encanto,
quién podrá dilatar fineza tanta
y quién la cifra de su airoso manto
sabrà cifrar en voz, si al mundo espanta!,
por ser su amor prodigio¹⁰⁵, por ser tanto,
le comunica en cifras, pues que encanta*

¹⁰² spiritu

¹⁰³ spiritu

¹⁰⁴ prodijo

¹⁰⁵ prodijo

su unión divina, que suspensos tiene
plectro de Apolo y canto de Hipocrene.

Pensando que era robo a su belleza,
deslumbrado con luzes y esplendores,
en vez del zafir fino la destreza
engastando esmeraldas luzió flores.
Vergonçosa quedó naturaleza,
confessando vencida sus primores,
quando viendo su campo con estrellas,
contra este manto el Cielo dio querellas.

Villapadierna¹⁰⁶ en todo tan lucido
quanto se vio en su ingenio acreditado,
de su sombra pretende ser valido
por no ser de sus rayos abrasado,
porque si es Sol en Marte convertido,
cuerda es la prevención de su cuidado,
pues que granjeando su elección y suerte,
suave será el furor, dulce la muerte.

Perdona, oh tú, que solicito empleo
indigno de mi plectro si fervente
este premio merece mi deseo,
aunque ya tu valor me le desmiente.
Ecco será no más deste trofeo
mi corta pluma de tu voz pendiente,
y pues tan poco mi ignorancia alcança,
tuya será (si es buena) mi alabança.

Don Pedro Altamirano en compañía
mide el compás, si diestro valeroso,
siendo en nácar y plata viçarría
dilatada en los dos con oro hermoso,
valor comunicado y osadía.
Fuerça tanta le infunde que fogoso,
appresurando el tiempo ya quisiera
hazer bolar las astas por la esfera.

Al Cielo enriqueciendo y dando al viento
rico despojo en hebras esparcidas,
con más vistoso y más sonoro accento,

¹⁰⁶ Acompañaban al mantenedor don Francisco de Villapadierna, comissario general de la Cavallería, y don Pedro de Altamirano.

*alavanças adquiere repetidas
el que en brillante luz, el que en su intento
offrece al Sol lisonjas tan lucidas.
Es Castelví¹⁰⁷, milagro peregrino,
que ya que no fue sol fue vellocino.*

*Créditos son en su quadrilla airosa¹⁰⁸,
del más rubio metal los que ceñidos
de fuego ardiente y llama luminosa
son a todos en todo preferidos.*

*Era su gala por extremo hermosa,
engaño entretenido a los sentidos,
pues centelleando quando más luzía,
pareció en las brislumbres que se ardía.*

*Cuerpos de fuego, bultos de esplendores¹⁰⁹,
si los rayos del Sol yeren sus rayos
quando más examinan sus primores,
para ser soles hallan más ensayos,
casi por¹¹⁰ la appariencia dan ardores
y casi se perturba con desmayos
la milagrosa luz del horiçonte,
que raya y dora el elevado monte.*

*En grande espacio vista suspendida
no examinó la máquina Febea,
que de su luz confiessa estar vencida,
quanto más admirada la rodea.
Cercan el sitio quando más fingida
ira acomete en la feliz pelea
y tan bien saven el fingir enojo,
que casi se temió triste despojo.*

*Mezcló entre lo viçarro y lo lucido
don Lorenço Collantes lo alentado,*

¹⁰⁷ Don Pablo de Castelví, cavallero de hávito de Santiago, pressidente del consejo de la hazienda de Su Magestad en el reino, hermano del marqués de Láconi. La generossidad de su condición describe el buen gusto y lo ostentoso de su gala.

¹⁰⁸ Acompañávanle don Gerónimo Cetrillas, cavallero del hávito de Calatrava, mayorazgo de la casa del marqués de Sietefuentes; don Jaime Artal de Castelví, hijo mayor de don Pablo, y don Ángel Delitala, cavallero del hávito de Santiago y cavallerizo de Su Magestad en el reino.

¹⁰⁹ splendores

¹¹⁰ per

*el furor más valiente y atrevido
que dio aun hasta el cuidado más cuidado.
Nunca el enojo vi tan prevenido
y nunca el brío vi tan dilatado,
nunca en veras acción más bellicosa
y nunca en burlas ira más airosa.*

*Don Antonio de Robles¹¹¹ dando gloria
a desesperación en este día,
saçona con más vida la victoria
que dispuso en los dos la viçarría.
Marte le erija estatua a su memoria,
que aunque en ensayo luce la osadía
en su acometimiento de tal suerte
que parece que al bárbaro da muerte.*

*Nunca lo negro fue tan atrevido,
pues a la plata oppuesto lució tanto,
que casi el lustre y su valor corrido
quedó en su gala con airoso espanto.
El Maestro Racional¹¹² más prevenido
con lo encarnado que texió su manto
puso incierta y dudosa la victoria,
llevando él solo tan vistosa gloria.*

*De entre sus venas el furor más bivo,
con llama activa en fervoroso accento,
descuidos previniendo de lo esquivo
dava a entender su bellicoso intento,
con impulso admirado quanto altivo
logros de su valor dio el pensamiento,
quando en la pica y en batir la espada
lució su applauso en voz articulada.*

*Entró el Marqués de Villazor atlante
de una elevada esfera que ceñida
de varias plumas de esplendor¹¹³ bolante,
opuesta al mismo Cielo fue atrevida.
Entre su luz vistosa que cambiante
suspensa admiración dexó vencida,*

¹¹¹ El capitán don Antonio de Robles, cavallero del hábito de Santiago.

¹¹² Francisco de Ravaneda, cavallero del hábito de Nuestra Señora de Montesa.

¹¹³ splendor

*el Sol fue sombra suya, codicioso
por quedar con su lustre más honroso.*

*La competencia de arte y artificio
con apacible variedad unía
ya del ingenio el milagroso officio
y ya de lo ostentoso la armonía.
Flora con el empeño más propicio,
quando copiava tanta viçarría,
por librarlas del tiempo y sus rigores,
con sus armas armó diversas flores.*

*No en campo inútil marchitando el viento
de su gala la vida tan vistosa
dexó de florezar su noble intento
si mereció la empresa más gloriosa;
no de goços su afecto fue sediento,
pues que logrando palma tan dichosa,
por ver el digno assombro que admirava
hasta una breve flor se desfojava.*

*El relieve lustroso más valido
no se vio nunca ni tan admirado
el aliño curioso entretextido
satisfecho dexó ningún cuidado.
El arte con justicia fue vencido
del artificio con divino agrado,
con tanta admiración, con fuerça tanta,
que aun a la misma suspensión espanta.*

*El oro de sus luzes y belleça
luce Criseo con su gala airosa,
la esmeralda con líquida presteça
le ofrece Thetis en su playa undosa,
comunica a su aliño la riqueza
dando en sus crespas ondas plata hermosa
y con el rosicler entre arreboles
matixa el cielo nuevos tornasoles.*

*Con passo igual y con extremo airoso,
tercia la pica su valor triumphante,
que es tanto su caudal tan poderoso,
que assí proprio se teme por gigante.
Ya su impulso enfrenado, ya brioso,
su diestro braço admira vigilante,*

y en dos padrinos que previno armados
repartió su valor y sus cuidados.

Costoso velo de orlas argentadas
pende del hombro con airoso buelo,
y entre copadas rosas animadas
aun hasta el Cielo le causó desvelo.
Augusto lauro en plumas dilatadas
ciñen sus sienes libres de recelo,
pues en los dos la pompa más lucida
a la luz más hermosa ofreció vida.

Aunque de falso la mayor fineça
era el oro de Amor el que lucía,
y con la unión de celos la belleça
acreditó sovervia fantasía,
más¹¹⁴ logros ya de la mayor firmeça,
quando adornando tanta vizarría,
oro y azul matizan nuevos cielos,
que nunca luze amor si no es con zelos.

El cielo hermoso de zafir texido,
de sus divinos exes desatado,
de las luzes airosas prevenido,
a don Diego Aragall¹¹⁵ quitó el cuidado,
premio divinamente merecido,
lauro a su timbre justamente dado,
pues se vio con estraña maravilla
que vistió con su manto a su quadrilla.

Después que el cielo liberal franquea,
su mayor gala con lucido espanto,
viendo que en ellos su feliz librea
tan bien enriquecida luze tanto,
casi su misma dádiva desea.
¡Oh, cuánto puede lo biçarro, oh cuánto!,
pues embidiosos viéndose los Cielos
aun de su proprio manto fundan zelos.

¹¹⁴ Mâ

¹¹⁵ Caveza de esta quadrilla el governador de los cavos de Cáller y Gallura, caballero del hábito de Santiago, el aplauso con que le recibieron fue clarín que puso en vez lo bien querido que es del reino. Acompañávanle don Antíogo de Castelví, hijo mayor de don Juan Baptista de Castelví, señor de la baronía de Samassi; don Juan Baptista Sanna, señor de Gésigo y el capitán don Juan de Castelví Aimerich.

*Governador al fin, que en sus acciones
luce también el nombre, pues medidas
a su sangre y valor las prevenciones,
se ven por lo ostentoso preferidas.
Lícitamente en justas suspensiones
hallan lugar, pues de su luz regidas,
sus acciones gobierna suave y fuerte,
que arroyo fue por elección y suerte.*

*Nunca el açul previno tantos¹¹⁶ zelos
de la más tersa y más bruñida plata,
nunca menos la plata a hermosos cielos
teme con causa, pues su luz dilata;
nunca en tanta raçón se ven desvelos,
si su lustre por márgenes desata
el esplendor más puro entre arreboles,
dando embidias al Sol y al Cielo soles.*

*Ya don Alfonso Guálbez¹¹⁷ fervoroso
con valor superior, gala luciente,
a don Francisco Avella generoso
le comunica su intención ardiente.
Robusta fuerça, braço poderoso,
pecho con alma, espíritu¹¹⁸ valiente,
furor nuevo en su pulso les reparte,
dando leyes al Sol, pavor a Marte.*

*Objeto milagroso de los ojos
es espejo del cielo soberano,
pues en él retratado los enojos,
con tal beldad recibe por su mano.
Pavón lucido triumphá en sus despojos
por ver que es ya divino más que humano,
y la esmeralda que engastava el oro
publica su color y su tesoro.*

*Las armas son la propria biçarría,
que con visos açules animada,
muestra con el acero valentía*

¹¹⁶ tantas

¹¹⁷ Don Alonso Guálbes y Zúñiga, mayorazgo del maqués de Palmas, cavallero del hábito de Santiago, en sus vizarras descuidos se acreditó su gala de superior.

¹¹⁸ spiritu

del aplauso mayor acreditada.
¡Oh, milagroso espanto deste día!,
pues el menor batir de fuerte espada,
balientes despertando las centellas,
son ya nueva diadema las estrellas.

Quando el eco confuso de cadenas,
causando espanto y previniendo horrores,
pregona ya las infernales penas
entre lóbregas luzes y esplendores,
naciendo, pues, por las estigias venas
horribles furias, mágicos primores,
se apareció un castillo que en encanto
aun al propio Acheronte causó espanto.

Divididas sus fuerças ingeniosas
un Mongibelo fue volcán sediento,
que en escala de llamas presurosas
quiso trepar su furia al firmamento.
Nueva Troya se vio que en luminosas
astucias vence al griego pensamiento,
o pareció que el Cielo desatado
precipitó sus exes abrasado.

De nube densa de región obscura
salió el marqués de Lácono brillante
en la más concertada coyuntura,
que en accento sonoro fue triunfante,
en dos breves padrino su ventura
luce con más saçón, pues que gigante
dispuso dos pigmeos tan lucidos,
que robando las almas son cupidos.

Nunca el nácar divino fue estimado
tanto como este día ni lucido
con tanta pompa y tan hermoso agrado,
que casi el oro fue medio vencido.
Bien cuerda prevención de su cuidado
si entre luces aliño entretexido
fue su grandeça, pues que sus colores
escureció el esmalte a hermosas flores.

El superior valor y la destreça,
con milagros de furia repetidos,
unos ostentan su mayor braveza

*quando dan suspensión a los sentidos;
otros en su compás y en su firmeça
al viento dan despojos esparcidos,
y quebrantadas astas que bolaron
pareció que en el cielo se quedaron.*

*Ensayo fue de bélica costumbre
este esquadrón armado de esplendores,
suave furor, ligera pesadumbre,
que copia primaveras y colores.
Mentido enojo, inquieta mansedumbre
revestida de affectos y de flores
es el pomposo y es lucido empleo
que ha dado Marte en vez de su trofeo.*

*En la batalla feliz plantó Vulcano
(mas no con yerros) yunque más ardiente
que aciertos fueron de una heroica mano,
que dispuso sus golpes eminente
quando con el impulso más tirano,
forjando assombros su furor consiente
que fueran tan continuas las centellas,
que asombran con su luz a las estrellas.*

*Lucidamente premios repartieron
en el juicio de amor acreditado
de las admiraciones que nacieron
de ver tan bien logrado este cuidado,
las que tan justamente previnieron
la justicia mayor que exercitaron;
mas no piedad, pues que amorosa muerte
alguna dio tal vez por premio y suerte.*

*Los consultores eran tantos soles
que en ternuras previenen sus despojos,
y adornados de varios arreboles
ven esta causa con tan buenos ojos;
retíranse entre hermosos tornasoles,
escusando a las almas más enojos,
pero el juzgar tan bien es lo de menos,
pues que sus pareceres son tan buenos.*

*Aquí la Fama levantó su buelo,
estrivando en regiones más vezinas,
y dilatada en el empirio cielo*

*sus plumas con raçón haze divinas;
con veloz passo mide el paralelo,
pregonando grandeças peregrinas
del más feliz que con valor profundo
pone leyes a Marte, freno al mundo.*

Celebró el Conde lo célebre de la fiesta, el lucimiento de sus galas y la ostentación de tanta fineza, repitiéndole nuevos agasajos con que se retiraron al palacio, hallando en su pecho desde entonces mayores demostraciones con que el Forastero quedó con muchos grillos en su reconocimiento, que afectuoso se dilatava en publicarlas.

Ya el Sol con ardientes luces sediento bevía el sudor que en los cogollos de las flores depositó el Aurora –y ajando en alguna manera sus coloridas hojas al rigor de sus rayos, las dexava en su marchito lustre sentidas de ver en su belleza tan poca constancia, que también se introduzen desengaños fieles entre las plantas quando tan bien la malicia se ha comunicado entre ellas, si advertimos que se pagan de sobornos y dádivas para dar agrado en su crezer florido y en el ámbar fragante que despiden–, en ocasión que Laura, cercada de mil confusas melancolías con la importuna noticia que el duque Felisardo, explicándose en sus demostraciones, quería ser dueño de su belleza, ya libre de la convalescencia de la herida, quando tan atenta vivía a los lanzes que se le ofrecían con el Forastero, se dexava comunicar a un espeso golfo de jazmines que la escusava la nota de verla con aquella llaneza los de su familia, pues havía orden del Conde que aquellos quadros no vulgares se dexassen pisar de otra persona que de su hija Laura y de las damas que la servían, pues por un caracolillo desde su quarto descendía todas las horas que le dictava su antojo para la diversión de sus prolixas tristeças, que casi la ivan perturbando la salud y hermosura.

Tuvo noticia Carlos de este nuevo retiro, grangeó a las guardas del jardín para que le permitiessen ocultarse entre un bosque apacible de naranjos, que su dicha pregonaván en el azahar de sus copas, y una tarde que Carlos pisava aquel sagrado con respeto, seguro que nadie era testigo de su licencia libre, halló a Laura dormida, fiando su airoso cuerpo de una alfombra de esmeraldas vizarra, que la devió de comunicar las flores con que

fundava el matiz vistoso las muchas que despedía su belleza en aquella lucida ocasión. El traje era airoso, con alguna desemboltura libre, lo prendido con mil almas y su descuido un milagro, pues dio permisión a los ojos que admirassen en el espacio más breve la más grande hermosura, y en quatro puntos solos, que se envelesasse el mayor discurso, descubriendo mucha parte del nácar que celavan cortinas venerándole. El susto del goço copió en su mismo semblante de Carlos el color atrevido que admirava en tan vizarra coluna, con que se bolvió loco repasando la pequeña parte que se descubría a todas luzes.

Y hallándose más vezino a tan superior milagro, se resolvió a templar el fuego de su pecho con el ampo puro de su mano, y lográndolo felizmente, y conociendo en Laura permisión honesta a sus entretenidos divirtimientos, y que con modestia casi le permitía a que osado tubiesse amagos de intención aspirando a su hermoso encanto hallando tan dormidas las guardas de sus sentidos, quiso también (¡oh, cuántas travessuras exercita un amor quando halla con seguro pie sus esperanças!), asegurado que ninguno de la familia del Conde sería testigo de tan dulce fullería, valerse del más galante donaire que imaginó estratagemma amorosa, pues con satisfacción de muchos lanzes apacibles en que hizo experiencia de su suerte, conociendo en sus vellos ojos la más savorosa tiranía que ensayó entretenido veneno, quiso darle señas de su voluntad en un curioso relox que guarnecían algunos diamantes, porque tubiesse prenda suya, o por hazer trueque¹¹⁹ de alguna que el descuido de Laura le permitiesse en sus manos, que este intento le ocasionó a tan estremado lance para dar a entender con esta demostración que si en su poder guardava prenda de aquella estima, argüía ser su calidad mayor que prometía su persona.

Y juntamente inclinando la breve flecha a las horas más vezinas, para que a un mismo tiempo señalando su dicha, executasse el tiempo el agudo golpe en esta sazón para que el apacible susto (no prevenida a la novedad) estrañasse el airoso ruido, despertando entonces –o para acavar también de conocer Carlos qué quilates tenían las esperanças del oro fino de su amor, viéndola libre del embargo del sueño; o si con rigor le reprehendía severa o si con modestia lo dissimulava amorosa–, se le puso en

¹¹⁹ truque

sus divinas manos, roviándole a un tiempo una lazada que con vizarría servía de adorno a su tocado. Logrosse felizmente esta diligencia, empezó el reloj a dar las horas y Laura, estrañando novedad tan grande, pues no tenía noticia de que le huviessse en su casa ni en el aldea en donde vivía, con mil donaires despierta y con mil melindres animada, entre turbación soñolienta, entre claveles vergonçosa, castigó su proceder libre con mal entendidas razones que se perdieron entregada¹²⁰ segunda vez al sueño.

No sé si esta acción ocasionó a Carlos a más libres desembolturas, pues la soledad del ameno sitio le dava licencia a más apretados lanzes, aunque el respecto devió de enfrenar mucho su valiente osadía, y considerarla ya dueño de las acciones del Duque, que entre tantas ternuras se estava también dehaziendo con un envelasamiento amoroso. Y divirtiéndose algo retirado en la rara beldad que la perfilava sus facciones, oyó rumor que se repetía a la puerta de donde él había granjeado las guardas, y rezeloso del peligro en que estava, se retiró a la espalda de un laurel frondoso, que servía su copa de dosel a Laura. Y estando en asechanza suspenso, vio que entró el Duque que había tenido la misma diligencia que Carlos, y hallándola dormida en sito tan umbroso y sin ningún testigo que le registrasse, puniendo la rodilla en tierra, empezó también a manusear la nieve de sus manos. Y Laura, pensando que era el Forastero, bolvió otra vez a darle reprehensiones blandas, castigándole con amenazas mal entendidas, fingiendo dezirle como entre sueños:

—¡Ay, qué rigurosa batalla es en la que me pone vuestra determinación atrevida!, ¡Cómo el honor y recato se resisten valerosos, temiendo solamente la mina que havéis puesto al corazón, intentando con tanta violencia humanarle! ¡Ay, dura ley rigurosa de mi estrella infelize!, ¿qué he de hazer sujeta a tantos baibenes? Dexadme vivir entre mis fatigas, y aunque muera a manos de mis varios pensamientos, el silencio, que es mayor verdugo en mis imaginaciones por no poder fiarlas de la lengua, servirá de desahogo en el pundonor de mi recato. Dexadme, Carlos, Carlos.

Esto repetía varias veces Laura con un hermoso quexido, y el Duque, atento a tan notable efeto del sueño que la tenía enagenada con tantas muestras de congoxa, lastimado de verla pade-

¹²⁰ entregaua

zer en sus melancolías, sin prevenir que eran demostraciones fingidas en su voluntad, pues ignorava el amoroso desvelo que tenía en su cuidado, apretándole las manos tiernamente le pareció lance forçoso librarla de tan penosa apretura de corazón, a cuyas señas Laura, dexando su fingido sueño y reconociendo que era el Duque, se levantó en pie entre muchas turbaciones atajada y le dixo:

—¿Qué es esto, señor, vos en lugar tan vedado y con tanta licencia? ¿Qué atrevimientos son estos con tan descompostura libres? Mi padre el Conde tiene la culpa, que tal consiente, que aunque mi patrimonio es tan corto, bien savéis vos que mi sangre es igual a la buestra y no ha de permitir mi honor tantas grosserías. Y perdonadme que no he hallado término más decente que este para fundar el agravio de que se querella mi honestidad a vuestra grandeza.

De tanta ira se revistió Laura, echando tan hermoso ceño a sus ojos y tan dulce capote a su agrado, que dexó al Duque en suspensión confuso. Y fueron tan poco comedidas las voces con que se alentava su quexa que llegaron a los oídos del Conde su padre, que discurriendo por el jardín, acudió al último accento de su enojo. No tuvo el Duque en su atajo con qué explicar su disculpa, si no es diziendo:

—Conde, vuestra hija, Conde, mi esposa me trata muy mal y estas ingratas esquivazes, estos severos desdenes, estos prolixos rigores, no los merece la voluntad con que la solicito dar agrados. Sed medio en estas pazes, y para concluir las mañana, quiero capitular las conveniencias y señalar el día de nuestro desposorio, cerrando con llave de oro tan considerable dicha, mereciendo en su mano la palma del mayor triumpho de una voluntad, que en secreto, no con ostentaciones, la quiero dar logro sin permitirme a la publicidad que en Calabria se exercita en ocasiones semejantes.

Acudió el Conde con rendimiento a sus pies, besándole su mano, y mandó a Laura que le imitasse, que vergonçosa y encogida y entre airosas turbaciones indecisa, no fue muy pronta a la obediencia, fiando el Conde en demostraciones afectuosas el alvorozo que no cavía en el pecho, declarándole por los ojos con tiernos sentimientos que no podía la dissimulación ocultarlos. Pero teniendo el Duque tan presentes las razones que Laura fio entre sueños de la lengua, diziendo «Dexadme, Carlos, Carlos»,

no pudo dexar de preguntarla qué sombra de la imaginación, qué sueño, qué fatiga la ocasionó entonces tanto exceso. A que en satisfacción con desenfadado le respondió a la instancia que el Duque la hacía desta suerte:

—Mis melancolías, señor, mis importunas tristezas se dexaron llevar del afecto que havéis visto con tanta licencia. El repetir «Carlos» algunas vezes fue ocasionado de mi fantasía, soñando que esse Forastero, esse hombre no conocido y a quien más por tema que por méritos que tiene ha dado mi padre en favorecerle con tan escusados agasajos, llevado de su libertad y demasada licencia, intentó (¡oh, sueños importunos!) en mi presencia desembolverse libre con Hipólita, atropellando el pundonor de mi respecto y la ley de mi decoro. Y aunque con severidades y reprehensiones quería darle castigos, con bárbaro desprecio y proceder arrojado, libremente inquietava mi retiro, ya con festejos públicos, ya con señas secretas, ya con papeles amorosos, pudiendo juzgar mi padre con tantas demostraciones que era yo sola la causa de su cuidado grossero. Y assí, quando no podía vencerle con amenazas, le intentava obligar con ruegos, persuadiéndole que me dexasse en mi queixa.

Solenizó el Duque la hermosura de su enojo dormida, reprehendíala el rigor estraño de sus tristezas, y alvorozándose con la ocasión presente, librava en lo público la gloria que había alcanzado el alma en tan apacible possession. Carlos, que había sido fiel testigo a lanze tan apretado, se bevía la respiración por no ser sentido, y al tiempo que el duque Felisardo y el Conde salían acompañando a Laura para retirarla a su quarto y se adornasse con la decencia y authoridad que era justo, permitió la fortuna que el curioso relox (que en el sobresalto de Laura el descuido depositó en la alfombra de flores, que cobraron nueva vida con opressión tan dulce) prosiguiese su curso, dando las horas segunda vez en desconcierto tan traviesso con que todos se suspendieron, y particularmente Laura, por ver que los atropellava su poca suerte con rigor tan grande, pues si el Duque viesse prenda de tanta estima en su poder, había de inquirir por fuerça el dueño y había de engendrar malicia en su sospecha, y más, si alguna turbación se exponía en averiguarlo. Y hallándose en confusión semejante, dixo el Duque estraño a la novedad de la ocasión, bolviéndose a Laura:

—¿Relox y sin que yo tenga noticia? No, Laura; mas no me

maravillo, que viéndole de sol en vuestra belleza, ¿qué mejores horas podrá tener el alma que quando viva a su sombra? Veamos por vuestros ojos, que tendrá mil donaires gobernado por vuestras manos.

Y haziendo acción que se le quería buscar en su persona, caricioso la obligava a que hiziera demostraciones de su curiosidad. Laura que, aunque dormida, había estado tan atenta a las traviesas finezas del Forastero, viendo que con tropel tanto la fortuna los maltratava de aquella suerte, por librarse de aquel género de amago que la amenazava, respondió con media risa:

—No, señor. Soy más constante, os prometo; no tengo afición a instrumento que tan fácil se desconcierta, pendiente su firmeza de tanta mudanza. De Hipólita es el reloj pequeño que havéis oído y con la turbación le havré dexado entre esas flores que hazen matiz a estos quadros y me sirvieron de hermosa alfombra en donde me hallastéis dormida.

El Conde, que ya a Laura no la tratava como a hija sino como a duquesa de Calabria —que tanto puede la mudanza de estado en la fuerça del interés aun entre los padres más severos—, por hazerla lisonja, oficioso fue a examinar las flores solicitando entre ellas la olvidada prenda en sus matizes, en ocasión que Hipólita había descendido por el caracolillo al mismo sitio, llevada de las voces de su dueño a inquirir la causa de su descompostura. Y habiendo hallado el reloj (que las luces de sus diamantes avisaron a sus ojos) en el lugar en donde se ocultava, y viendo que no era prenda de Laura, juzgó luego lo sería del Duque que la había examinado su silencio en lanze tan apretante, en que se había visto con su azechar curioso. Y viéndola algo divirtida el Conde, hizo reparo de su cuidado, y halló a Carlos que en confusión sombría unos árboles le ocultavan. Y estrañándolo grandemente y quiriendo preguntarle la causa de su retiro, halló por respuesta acción que le dezía que callasse, con que dissimulado no le hizo otra instancia.

Y acudiendo a Hipólita, estraño en su género de envelesamiento, le preguntó por el reloj que había dado a su hija, y no dándole satisfacción a su cuidado, pues enseñándosele¹²¹ le respondió que no era de Laura sino del Duque, juzgó el Conde por turbación lo que no fue sombra de malicia, y engendró segura

¹²¹ enseñándosele

sospecha que Hipólita se inquietava a los lanzes del Forastero, teniendo en su juicio por constante que sería aquella prenda de Carlos y que se la habría comunicado, que era verdadera su historia, pues prenda que en su curiosidad introducía tan noble precio, dava vislumbres que era su dueño de tan buen nacimiento como se había declarado.

Hizo acuerdo del sueño de Laura, alabó la sutileza de su ingenio, pues juzgó que por aquel camino quiso dar senda para que fuese en conocimiento del proceder libre de su secretaria, librando en la respuesta de Carlos satisfacción a su escrupulosa duda, que le dexó suspenso. Y estimó la maña de avisarle su hija para que atento en el gobierno de su casa hiziera enmienda de allí adelante en el descuido en que vivía, con que siguió al Duque entre muchas dudas vacilando con deseos de verse con Carlos para averiguar la sospecha que con tanta seguridad había nacido y con tanto fundamento criado.

Carlos salió confuso, imaginando cómo se había de librar del Conde y con qué excusa saldría bien de su nota. Culpava las infelices horas de su estado, pues dieron en aquel punto, señalándole nuevas desdichas la cuerda por el tormento que se le esperaba, sus ruedas por ser las de su fortuna, su volante por ser tan parecido a su dicha con tan poca constancia, culpando mil veces a su inadvertencia de no haver prevenido este peligro, que tanto le amenazava inquietudes. Retirose a su estancia con mil sentimientos, que venía a ser en el mismo passo en donde se exercitava el concurso de la familia y por donde el Duque solía passar muchas veces de su quarto al de Laura.

Y encendido en muchos rigores de amor con que le ardió la nieve de sus manos, quiso expresar en afectuosos versos la dicha que mereció entonzes, acordándola los favores passados, dándole en quejas amorosas alguna luz del sentimiento con que se desatava en llanto con discursos de muy buen gusto. Y habiendo logrado su ingenio tan sazónada ponderación y teniendo la puerta de su estancia abierta, se entró el Duque en ella con la ocasión que quería dar de su casamiento razón a Lavinia, prima suya, para que los assistiese en tanto alvoro. Carlos, que había concluido ya su intento, y viéndose al Duque en su presencia, porque su curiosidad no registrasse lo escrito (con dissimulación cuerda), lo bolvió hacia el bufete, ocultando con este resguardo el amoroso intento que lo había dictado. Y no

reparando el Duque en el género de la turbación con que Carlos hizo aquella diligencia, escribió a Lavinia (en el primer pliego que se le ofreció a sus manos) la resolución de su pecho. Y llevándole al cuarto de Laura y llamando al Conde para que en aquella misma conformidad escribiesen, y a Carlos para que cerrasse el pliego, conocieron al doblar la carta que por la otra parte estava toda la llana escrita. Culpose la inadvertencia, acudió la curiosidad a repararlo y desentrañar el alma que encerrava y halló el Duque estos versos escritos, que con apacible rostro fue leyendo:

*Hermoso imposible mío,
¿cómo podrá mi deseo
viéndome a mí sin sentido
dezirte a ti lo que siento?*

*Viote el alma y suspendida
poco a poco fue beviendo
en tu hermosura un hechizo,
en este hechizo un veneno.*

*No se atrevió a querellarse
temerosa que aun el viento,
que entonces era su alivio,
sirviessse después de incendio.*

*Gozava penosa glorias,
y aunque es loco el devaneo,
por elección tan divina
nunca pudo ser más cuerdo.*

*Mas como Amor es tan niño,
permite travieso juegos
que hazen veras de sus burlas,
pues que tan burlado quedo.*

*Atrevime a declararle
y entre el lavio y el aliento
passé al dezir «yo te adoro»
mil impossibles de yelo.*

*Y tú, en vergüença vañando
el exceso más honesto,
el peligro más divino,
el más estimado riesgo,
hurtándole tus mexillas*

*a la escarlata mi fuego,
a las rosas su purpúreo
y lo encendido a mi pecho,
con media risa en la voca
y entera gloria al deseo,
del alva menudas perlas
dieron nueva luz al cielo,
quando abriéndose un clavel
vi con extremo un extremo,
y vi el prodigio mayor
en el lugar más pequeño.*

*Y saliendo tan glorioso
del que juzgué vencimiento,
di la norabuena al alma
del imaginado empleo.*

*Y quando pensé dichoso
hazer triumpho del deseo,
nunca mi amor fue entendido,
que te pareció muy necio.*

*Mas póngole por testigo
de mis dulzes pensamientos,
mas no es testigo de vista
pues que te adora tan ciego.*

*No será testigo falso
pues que tan fino le vio,
mas, ¡ay! que está apassionado
y no dirá mi tormento,*

*porque quando entre desdichas
de malogrados intentos
se sienten más las passiones,
entonces se dizen menos.*

*Acuérdate que una tarde
quando el sueño lisonjero
en tributo de claveles
pagava a tu nieve el feudo,
quando entre divinos rizos
del Sol bello rayos crespos,
descuidadas tus acciones
dava tu sueño desvelos,
acuérdate que en tu mano*

*puse mi labio sediento,
pensando que nieve tanta
mitigara tanto fuego;
acuérdate que advertida
de este loco atrevimiento
despertaste no al rigor
pues me castigó el silencio,
y retirando tu mano
con mal entendido accento,
entre dientes me reñiste
bolviendo otra vez al sueño.*

*No sé si diste licencia
despertando en aquel tiempo,
para que segunda gloria
gozara el alma en su centro.*

*O no sé si fue animarme
para que el covar de intento,
benciendo en sí sus temores,
pusiera en mí sus tropheos.*

*Mas venciendo mi impossible
que fue atreverme a tu cielo,
aunque veneré sus aras
con amoroso respeto,
intenté ser más cautivo
con ser libre pretendiendo
que tus lazos en los míos
hizieran un nudo eterno,
que siendo nudo de amor,
claro está que sería ciego,
no dividiendo su fuerça
los más importunos zelos.*

*Llegué al fin, ¡ay Dios!, que en vano
estas dichas te refiero,
que no serán más de dichas,
pues será frágil su efecto.*

*Hallé mi muerte en mi vida
y en un resistirse cuerdo,
una piedad rigurosa,
un lisonjero tormento,
el veneno más sabroso,*

el desdén más hechizero,
 el favor más comedido
 y el más recatado estremo.

Mas, ¡ay!, que ya tus colores
 dizen que ponga silencio
 el lavio más comedido,
 pues bebió tan dulce aliento,
 pues como a la breve flor
 dulces susurros haziendo,
 la abejuela codiciosa
 solícita su sustento,
 así yo beviendo vida
 en el más traviesso cevo,
 dando sazón a mi gusto
 añadí gloria al tropheo.

Si pude ser más dichoso,
 dígalo honor y el respeto,
 que él enfrenó mis passiones
 y el honor logró sus medios.

Adórote tiernamente,
 justos serán tus desprecios,
 pues que no fundo en mentiras
 las verdades de mi pecho.

No haya más, cessen enojos
 si por amarte te ofendo,
 candados pondré al oído
 y a mi vida un triste velo.

Yo procuraré olvidarte,
 pero qué te ofrezco, ¡ay!, Cielos,
 qué mal te puedo ofrecer
 aquello que nunca puedo,
 porque beviendo mis ansias
 en dessabridos tormentos,
 enbidiando tanta suerte,
 al fin viviré muriendo.

–No era pequeño el error que hazíamos, Carlos –dixo el Duque–. Afectuosísimos están estos versos, que vuestra ternura ha dispuesto el estilo más humano, reduziendo en dulce y hala-

güño la galantería de las voces que usáis en vuestro casto idioma. ¿Fue lanze en España? Parece que os retiráis en confessarlo, que vuestra jubentud bien ha podido dilatarse a este género de exceso, y más, si hallávades correspondencia en vuestro dueño.

Carlos, que estava decorando, confuso, razones para animar su disculpa dando satisfacción al Conde, y desmentir sospechas de los que havían assistido, con despejo vizarro respondió al Duque:

—Os prometo, señor, que me hallo atajado que experimentéis en estas mozedades tan civiles la puericia de mis empleos. Estos versos hoy se me han ofrecido a la memoria, y por no perderlos, he querido fiarlos de la pluma de esta suerte, para poder divertir a las damas de Laura que tan curiosas me hazen instancias todas las noches en vuestra presencia para entretener la penalidad de vuestros cuidados con exercicio tan de gusto.

—Os certifico —dixo el Duque, moderando la voz con recato de no ser entendido—, os prometo que havéis dado un susto de alvoroço al alma, juzgando que con los galantes pinzeles de vuestro ingenio havíades copiado diestramente algún amoroso lanze, que no ha mucho tiempo le tube original en mi dicha, aliñado con luzidos retoques de vuestra agudeza. Y más, quando pintávades el templar el fuego con la nieve, entregada al sueño la hermosa causa de vuestro cuidado.

—No, señor —respondió Carlos—, no havia de ser tan osada mi pluma que essa grandeza la save venerar mi silencio con modestia cuerda, pues desvanecida desde tan alta cumbre caería abrasada de tan superiores rayos a mil abismos de confusiones.

Todo este tiempo estuvo Laura retirada en su misma vergüença en confuso juicio, dudosa si por acciones se havia demostrado el atrevirse libre el Forastero, enlazándose tan rigurosamente los peligros con disposición tan estraña con mil inquietos cuidados, si en los encendimientos de su rostro havia dado a leer sombra de culpa en el género de sospecha que imaginava en el Duque, su esposo, a quien devía temer con más rezelo que a su padre. No dexó de hazerla suspensión su oficio en los que se hallaron presentes, siendo peligrosíssima la duda que los ocasionó a maliciosos discursos, pues aunque Carlos procuró desmentir su atajo con airosas acciones, valiéndose de su vizarría para ocultarle, no andubo tan diestro que muchos que le reparavan con malicia no desentrañassen el alma de su

pensamiento. Y Laura, para aligerar la fatiga de su vergüenza, escusó con el retirarse el lance de que se expusiese en público la demostración, que imposible fue echarla freno por su demasía. Quedaron en poder del Duque los afectuosos versos, aunque no dexó Hipólita de castigarlos con la censura de fáciles en la humildad de sus voces. Volviose otra vez a hazer el pliego para Lavinia, con que Carlos tubo ocasión de alentar en tan apretadas confusiones que tanto le oprimían su ánimo.

DISCURSO SEXTO¹²²

El alvoroço generalmente en todos se portava con poca modestia, dando ocasión a que con alguna licencia se comunicasse Hipólita favoreciendo con donaires a Carlos, aunque reconocía en la ya duquesa Laura inclinación a sus muchas partes. Pero vizarra, desenvozando su trabieso brío aquella misma noche, hallando con sazón al Duque en su entretenimiento amoroso, solenizando con él ocasión tan festiva de su casamiento, valiéndose de ella, empezó a jugar sus donaires en esta conformidad:

—Pues que la bulla nos permite, señor, estos días tanto desenfado, le savré dar logro con gusto, que me havéis de permitir os divierta este breve espacio de tiempo leyendo unos papeles amorosos que más hazen ostención de ingenio que de ternura, disponiendo una correspondencia apacible, aunque no se libró de los rigurosos enemigos zelos, que por ser ingenios españoles, según me ha dicho un jardinero que me los ha fiado, podéis atenderlos con particular gusto, que también he de tener yo parte en los asuntos que repartís estas noches entre el lucimiento de los de vuestra noble familia. Y Carlos, con vuestra licencia, me podrá ayudar a castigarlos, que no han de quedar libres de nuestra censura, que pienso que los ha comunicado con familiar¹²³trato. Y podrá, obrando piedades, suavizar mis rigores.

Mostró gusto el Duque en dar la atención; conoció el Conde serían estos papeles los que le dio noticia el Forastero al fin de su historia; suspendiose Carlos con la prevención que se había hecho, con acuerdo triste de sus glorias passadas tiniendo sus sentimientos tan presentes, y sacando Hipólita en forma de quaderno algunas pocas hojas ligadas, con curiosidad estando todos pendientes de su voz, con donaire leyó de esta suerte:

FIRMIO

*A un dulce yugo rendí
mi alvedrío y siempre amé,*

¹²² VI¹²³ familia

no pudo hazer más mi fe
 si hermoso dueño escogí,
 a sus leyes me rendí
 y en premio de esta afición,
 ejercitando la unión
 más firme que tubo palma,
 gozó en sus glorias el alma
 la más dulce possession.

AL AMOR

Piedad me mueve a que te ampare, Amor, para que la tengas de mí o hagas justicia en la ocasión que mi corta suerte me sujetare a tu imperio.

Veote desnudo y quiero vestirme con estos papeles, que ya son de Amor pues te los dedico. Y pues lo estás de verdades, te vestiré con estas que te ofrezcan dos firmes amantes, mas no haré mucho pues valen tan poco. Mas, ¡ay, Amor!, que si de ellas te aliñas, quién, dime, te solicitará por huésped, que la verdad tiene en sí el azívar que en dulce convierte la lisonja.

Dízenme que siendo Amor perfecto y verdadero eres hijo de la Razón y padre del Deseo, y que aunque tienes a la Razón por madre, no te sujetarás a ella inobediente a sus preceptos. Con razón culparán tus sinrazones llamándote fuente de desdichas, si esto es verdad.

Veote sin vista y quiero enseñarte el camino y senda que has de seguir para conseguir el efecto que deseas, pero responderasme que voluntariamente estás ciego y que te vendas los ojos por no ver las tiranías y tratos dobles que a tu sombra executa quien se disculpa maliciosamente con tu poder, o ya que ardidoso solicitaste el no ver, por no ver quexosos y hazer a todos iguales en las heridas de tu arpón venenoso.

Píntante con alas porque el Amor de este siglo buela y pocas vezes queda firme y estable en un sugeto, o porque penetras con celeridad el corazón del amante, saliendo de sí mismo por buscar el sugeto amado, viviendo el enamorado siempre en cuerpo ageno.

Píntante niño porque te ves rezién nacido y pocas vezes logrado, sin llegar a la madura edad que trae consigo la consideración y el juicio, que el que considera, no se pone en el riesgo del peligro evidente; y assí, cuerdo, se abstiene del daño, efecto tan en su provecho y con tanta advertencia prevenido.

Desnudo estás, porque el fuego que en tu pecho havita no puede ocultarse con disimulación. Y assí, hago lástima destes papeles, pues con razón pueden vivir temerosos de la sinrazón de tus llamas, que sin perdonar sus finezas, se verán consumidos en su propio afecto. Pero sus cenizas, en donde quedará depositada la memoria, servirán de último consuelo y alivio a un alma, siendo este medio breve mitigador de sus penas.

Mas, ¡ay, Amor!, vestido estás de afectos, venerado por rey supremo no tirano, piadoso sí, pues con el buril de la razón, ya con enmienda en el pecho más duro, en la tabla inmortal de un diamante, tallando imprimes glorioso tu misma verdad, pues siendo de Amor, bien merece este premio y lauro, tan justamente adquirido en la vatalla de las opresiones, del recato, vergüença y retiro, venciendo siempre el atrevimiento por superior.

Y assí, pues que esta correspondencia se retira a tu sagrado, échala el nudo inseparable, para que eternamente dividida con unión amorosa, logre la gloria de sus tropheos, que aunque vitoria, será vencimiento, en cuyos apretados lazos se verán estos dos coraçones más libres en sus afectos. Y si es de Amor, será nudo ciego, que no le podrá cortar sino el corvo instrumento de la muerte, émula a tanta gloria, tiniendo en la execución vida el efecto imperioso en el mundo. Vale.

Primer papel de Firmio

Humilde acometimiento teme desentrañar en su zeño de vuestra merced violentos rigores quando se pondera a un tiempo afectuoso y osado, libre y cautivo. Permisiòn han concedido esos ojos a estas osadías, dígalo la beldad con que se animaron, pues me ocasionan a que mi plu-

ma se remonte a su cielo, teniendo en mi llanto y en sus rayos dilatado el riesgo que me amenaza con seguridad, pues no hay cera más tierna que mi corazón, pensamiento más remontado que el que a esos pies humilde confiesa su rendimiento, ni mar tan abundante que en el que me ahoga con ternura mi rigurosa queixa.

Desconfiado de mi suerte quisiera ser entendido, no discreto, que este fin me bastara por premio, pues el que yo tengo es amar por amar solamente, fin que favoreze el principio de mi amor, tan hijo del conocimiento quanto bastardo, por verse sin méritos.

Esto es, señora, saver querer, pues elijo la infelicidad de mi hado por satisfacción de mi fatiga, que originada de tanto cielo, sus penas serán glorias, sus queexas satisfacciones, sus desdenes premios y todo el rigor que me assiguro, estado felicíssimo que venero.

Guarde Nuestro Señor a vuestra merced mil años.

Segundo papel de Firmio

Si en la voluntad limitación se hallara, fueran estas osadías más calladas y con menos atrevimiento. Pero como negó naturaleza lo primero, ha sido forçoso salir a lo segundo, con alientos de solo merecer en su gracia de vuestra merced la permissão que se deve a un buen deseo. Este desalumbramiento, si lo es, va a provar ventura y a merecer por fe el poder amar por amar, intento que aun en el fin publica lo casto de la imaginación. Y assí suplico a vuestra merced favorezca tan honrados alientos dando vida a esta afición, pues es cierto que en todos casos ella ni yo no faltaremos a desear vuestra merced la tenga, ni a que dexé de ser voluntad hasta la muerte.

Tercero papel de Firmio

Aunque vuestra merced olvide el hazerme favor, no dexará mi voluntad de llamar al descuido con intento de persuadille obre piedades como rigores, pues si se admi-

ran ruinas de lo uno, se vean exemplos de lo otro en las tablas de la estimación, que esto y más merece quando es tan hija del recato, y cubierta del color de la vergüença, desea merecer en el tribunal de la gracia, ya rogando a la piedad o incitando al amor.

Válgame lo uno o lo otro en esta sigunda osadía, que lo es por no caer en el pecado inescusable del descuido, suplicando a vuestra merced tome la satisfacción que fuere servida en prueba de esta constancia, para que mis méritos adquieran la satisfacción de alentados y yo el de verdadero amante.

Guarde Dios a vuestra merced los años de su deseo, que aun del mío no le oso fiar.

En estos versos procuro brevemente hazer cifra de mi queixa amorosa, no los castigue vuestra merced con desdenes, pues aunque cifra, merece el ser entendida por la nobleza de su intento:

*Mal tu belleza me trata
mas si se repara bien,
nunca dexaste con quien
te ama de ser ingrata.*

GLOSA

*Es mi intento aborrecer
para ver si soy querido,
pues quando quise no querer,
nunca pude merecer
más gloria que eterno olvido.
Porfiando persevero
en mi pena, ¡ay!, dulce ingrata,
quando más por tu amor muero,
porque ves que bien te quiero
mal tu belleza me trata.*

*Quando es el alma forçoso
el reparo para el daño,*

*de un pensamiento amoroso
remedio (aunque riguroso)
suele ser un desengaño.*

*Es alivio celestial
a violencias de un desdén,
que sucede en caso igual,
si no se repara mal,
mas si se repara bien.*

*Si tal vez comunicado
en la fuerça del rigor
cobra descanso un cuidado,
siempre el mal de un desdichado
con la memoria es mayor.
No pretendes remediarle
y negándome este bien,
dime, ¿a quién podré contarle
si aun para comunicarle
nunca dexaste con quien?*

*¿Possible es, mi Celia, en cuánto
rigor me tienes deshecho,
pudiendo conmigo tanto,
pueda tan poco mi llanto
que no enternezca tu pecho?
No con finezas de amante
devo conquistarte grata,
pues (con alma de diamante)
das muestra (al que más constante
te ama) de ser ingrata.*

Respuesta de Celia

*Breve le deve de haver parecido a vuestra merced la
conquista que animoso y confiado emprende, pues fía de
su atrevimiento el resolverme fácil. Y entra en ella dexan-
do la ostentación de las armas fuertes del amor y elige¹²⁴
por más azeradas las del entendimiento, cuya muestra
funda en su buen dezir, blanco de los tres papeles (que*

¹²⁴ elige

aunque por engaño) han llegado a mis manos, pareciéndole escusadas las demostraciones de amor, que en un buen sentir devía tener echadas raíces para coger fruto amoroso de sus cuidados.

Confianza me parece que tiene animados sus esfuerzos, pues tan poco exagera el imposible, que tanto encarece mi recato. Y advierto que porque no se atribuya a soberbia lo que en mí sería fuerza de costumbre, he querido fiar de la pluma este desengaño, para que vuestra merced, advertido, no dexé de hazer de él la estimación que es justo. Por ir tan unido a la piedad, no licencioso le veneré por favor, pues en su correspondencia solamente ha sido querer exercitar la cortesía que también recibida es en todos tiempos.

Nuestro Señor a vuestra merced guarde de fingimientos¹²⁵ y de dar escándalos.

Quarto papel de Firmio

Al sagrado –digo a su cortesía de vuestra merced– apela mi atrevimiento, quando ve ser ofensa lo que por vana ilusión imaginó mérito, naciendo en lo inadvertido la osadía. Aunque no tan ciega que offendiese la estimación con pecados de esperanza, y aunque en dolor convertido el sentimiento, no por esso dexó de quedar distinto en los sentidos, para juzgar eran mis intentos tan para amados posibles, como imposibles pretendidos; fe que tiene más execución que palabras, si ya por mía no es tan justa a la desgracia como yo.

El desengaño, aunque no me desengaña, estimo y ofrezco a vuestra merced, si es tanto el enfado, librar en mis penas su disgusto, siendo antídoto el veneno para que si ofendiere la vida, la dé inmortal, y en la consideración eterna de mis imposibles pague la confianza que vuestra merced acusa, que aunque es la defensa natural, no por lo que devo a mis sentidos siento pueda caver pasión en lo que es deidad. Y assí, suplico mejore la advertencia per-

¹²⁵ fingimientos

mitiendo voluntad deste deseo, para que con solo querer, alimente la vida y haga constante lo que mi poca suerte tiene dudoso. Sufficiente principio para que se crea la fineza de mi afición, salvándola de lo que es fingimiento y escándalos, si quiera por lograr la merced que vuestra merced me haze en mandarlo.

Papel de Celia

Mucho obliga la humildad y proprio conocimiento, advertido de la desconfianza, pues quando más severa resisto el no admitir afición tan fundada en el viento, mi natural estrella obliga a que ya que no lo agradezca, lo estime, pues lo uno fuera abrir la puerta al amor, para que ciego exercitara sus efectos. Y lo otro es forçosa materia de estado, que guarda el recato más recluso, si tiene algún conocimiento para no verse en el riesgo y peligro que le den título de soberbio, cosa que en mi condición aborrece tanto. Y assí, hago de su papel de vuestra merced, si no es fingido, la estimación que es justo, no para que persevere en sus demonstraciones y se desacredite en mi opinión de mal gusto, sino para que entienda que ya que tiene nombre de sagrado mi cortesía, aunque sin ocasión, de sagrado doy más fuerças a sus afectos, valiéndose con el perdón en el delito y causa que confiesa, absolviendo su culpa y dándole por pena que diga verdad, que no es el menor castigo para un hombre.

Quinto papel de Firmio

Más alentada considero ya mi afición, pues tiene la justicia su lugar en el pecho de vuestra merced, efecto que previno el amor mucho antes, pues no podía faltar, aunque lo impidiese mi desprecio, el sagrado de su cortesía a mi fe, para que valiendo este conocimiento mereciesse lo que no se puede merecer, sino por gracia. Doy por testigo de esto su papel de vuestra merced, tan severo como piadoso, para que luzga, si en lo uno lo que deve assí, en

lo otro lo que obra la lástima. Confianza que da valientes esfuerços, considerando que quien tiene tanto acierto en todo, la tendrá de mi voluntad, con creer de ella que siente más de lo que dize y dize menos de lo que siente, daño que tiene el realçe en el sufrimiento y le tendrá mientras pudiere sacrificarle en las aras del silencio, ley rigurosa y mal inremediable y que solo tiene el consuelo en el favor que vuestra merced fuere servida de hazerme, alentando esta constancia con la permissão devida a su honra, que es no pretender más de lo possible dezir verdad y morir en la demanda.

El tan firme como verdadero amante

Essos versos son hijos de mi afecto, vuestra merced no los castigue con severidades; admítalos en su gracia, pues se valieron del sagrado de su caveça, alavando las flores que se introduzen en la primavera de su hermosura:

*El Sol imbiendiando flores
de mi Celia peregrina,
rayo a rayo y luz a luz
a su beldad desafía;
ocasionado de verla
temeroso se retira,
que como de amor le mata
hasta el Sol teme su vista.
¿Puede haver mayor donaire?
Más perfección es mentira,
pues unidas tantas gracias
le ofrecen gracia infinita.
Como confiada puede
verse en deidad tan divina,
todo el tiempo gasta en flores,
que es flor de la maravilla;
vergonçosas aunque alegres,
si de congoxa sentidas,
en primavera de rayos
de más flores se acreditan;
flores son de su belleza*

las que dulcemente hechizan.
 Que por flor tiene el matar,
 linda flor tiene la niña,
 si en la preciada de hermosa
 suelen dezir tiene días,
 aunque niña no tan pocos,
 que años no tenga de linda.
 Mas, ¡ay!, que esperando el fruto
 entre mis tiernas fatigas,
 en flor se me passa el tiempo,
 que es flor de almendro en mis dichas.
 A qualquier lanze se abate,
 a qualquier viento se humilla
 a qualquier rigor se muere
 axada su luz marchita,
 pero solo aquessas flores
 que hazen diadema luzida
 a tu deidad en mi quexa
 dan a un tiempo muerte y vida.

Papel de Celia

Diera crédito a su firma de vuestra merced si anoche no hubiera conocido que por la vista dava recreos al alma con inquietudes de goço, divirtiendo su pensamiento con elecciones más cuerdas, quando reparava mi descuido en la vigilancia de su cuidado, desvelo justo por ser el empleo más acertado y tener causa más disculpable para su devaneo o para su demonstración. Y assí, me doy el parabién del nuebo conocimiento, para que desengañada quede advertida que en ocasiones de mudança sigue vuestra merced su natural a fuer de hombre. Y si me responde que por desmentir espías save fingir también para engañarlas, la misma disculpa agrava su peccado, pues la funda en fingimientos, ley que vuestras mercedes guardan inviolablemente, pues en ellos fundan nuestros engaños, siendo máxima cierta que el que da disculpa se confiesa culpado.

Y si me da vuestra merced raçón que con raçón vença

esta dificultad, su voluntad accepto agradecida y quiero que la exercite en bien querer, sin querer más de aquello que yo quiero menos, pues tiniendo peligro mi recato y honor, no se podrá proseguir en nuestra correspondencia, pues si vuestra merced bien me quiere, no querrá la inquietud que suele atropellar el pundonor, que es el sagrado de mi honestidad y adonde me acoxeré si hubiere delinquido con algún pensamiento tan peligroso en la ocasión que vuestra merced me ofrece.

Quien recatada agradece

Las flores de su ingenio de vuestra merced he estimado en los versos que he recibido, pero temo los espinas que por lo agudas me pueden picar airosamente.

Sexto papel de Firmio

Agravio conocido haze vuestra merced a mi afición en pensar puede violentar otro fin el gusto que el estar a sus ojos, biviendo en ellos, por ser el mayor bien que alcanza a la imaginación. Y fuera de mayor nota si con la rienda del recato no se suspendieran los sentidos, aunque tal vez vence el atrevimiento, confesando ser culpa y antojo del Amor, que agradecido paga a los ojos la obligación de haber visto con permitillos ver.

Y de ahí nace, si bien se mira, el goço que vuestra merced ha notado y yo he sentido, pues por él se ha dudado de mi fe, afeando mi firmeza con la sombra de la inconstancia. Tormento en que sufro la rigurosa sentencia de un engaño, hasta que sepa está vuestra merced desengañada, lastimándose de mi mal y conociendo por enemigos de nuestro sosiego los zelos y sospechas, que aunque no podrán los mayores contrastes mudar esta afición, podrán impedir el afecto a los beneficios, assigurando a vuestra merced que dende que el conocimiento, guiado de su destino, eligió el servilla, no ha caído en pecado contra su obligación.

Válgame esta justicia, si ya la pasión no engaña el

conocimiento, con negar a la piedad el obrar ordinario, a quien suplico en premio de este sentimiento permita al Amor el trato más llano y locuciones más suyas, pues le es ofensa la de cumplimientos.

Quien ofendido ama

Papel de Celia

Aunque la satisfacción no oprime la duda de mi recelo ni desmiente el alma de mi cuidado, quiero recibir a su sentimiento de vuestra merced por testigo en la defensa de su causa, para que con tal resguardo y abono queden en mi juicio acreditadas sus acciones por firmes, mereciendo sentencia en favor en el tribunal de la piedad, no de la justicia, que esta todos la aplauden y ninguno la solicita, por no ponerse en el riesgo y peligro de la pena por juzgar tan depassionadamente.

Yo quiero ser la engañada en esta ocasión y quiero dar crédito a sus finezas, que por merecer yo tan poco las juzgué por fingidas. Pero ya más segura para premiar la nobleza de su pensamiento, quisiera no tener que guardar la obligación que aclama el honor y procura mi retiro, pues más libre entonces pudiera seguir el cautiverio que Amor suele estrechar en la mayor fuerza de sus travessuras, librando en las heridas el remedio de su enfermedad contagiosa. Aunque por agora será imposible permitir la llaneza que vuestra merced pide.

Lo que puedo agradecerida

Séptimo papel de Firmio

Por mil modos veo mi voluntad rendida al favor que me hazes, añadiendo a las obligaciones nuevos empeños si el ver tan dudosa mi fe no me afligiera. ¿Yo querer a nadie, mi señora? ¿Yo ver a nadie si no es a quien por elección permitieron los hados y yo me aficionasse? ¡Ea!, dueño mío, cessen sinrazones, sepa el agravio que no ha lugar en tu pecho. Y sepa yo que venció mi inocencia la

batalla contra chisque, sinrazones y engaños. Sea la victoria de la verdad y mueran nuestros enemigos, zelos y sospechas, que de tantos y tales con razón se puede temer. Harán fuerte en mí si hallaren tu clemencia descuidada.

Y si acaso nace tu incredulidad de la sospecha y te han dicho de cierta afición mía, que años ha la malogró el olvido, suplicote consideres fue, con admirable acuerdo de mi suerte, para que sirviese de ensayo a esta voluntad. Y en ella como de principio ley el dar las velas al aire de las ocasiones en el océano del querer, para que fluctuando desdichas, siga el fin de mi esperanza el norte de tu piedad, valiéndome contra las olas de la desgracia el seguro puerto de esta fe, para que más asegurada, cierta me honres y desengañada premies.

Perdone vuestra merced mi atrevimiento; Amor dictó, yo no sé quién tiene la culpa.

Firmio

Papel de Celia

No puede ser su amor de vuestra merced muy fino, pues tan tiranamente previene la muerte a los zelos, incitando mi voluntad a ira, para que inadvertidamente ella misma se tome la muerte con la vengança en su propia sangre, sin reparar que es padre el Amor y que ha de sentir la muerte de sus hijos. Y calificándose vuestra merced tanto, morirán inocentes; baste el enojo, no quiera vuestra merced tanta quietud en su correspondencia, que al passo que hubiere desabrimientos, se estimarán los favores, que save mal dé glorias quien no siente bien sus penas, siendo ellas su piedra de toque al conocimiento de su quilate.

Y pues vuestra merced está tan marinero, no tema anegarse, que yo por desdichada siento ya haverme engolfado en este mar de agradecimiento, que me cuesta cuidado. Le prometo la consideración del peligro en que camina, el recato y honor, librando en mi vergüença el mayor interés de este trato; que temo, viéndose con tantas deudas empeñada, ha de quebrar, perdiendo juntamente el crédito y el alma.

¡Ay, Dios!, no sé si se ha de haver reconocimiento de este riesgo, que ya reparo en el efecto de mi rigurosa estrella con las inquietudes que empieço a sufrir por tu causa. Navegue vuestra merced seguro, no por las ondas del Letheo, sino por la corriente del amor. No sea rémora algún cuidado para detenelle en su firme corresponder, corra vuestra merced la costa y límpiela de enemigos para su siguridad; y no sea mi costa, por su vida. Tenga fe con las áncoras de su esperança, que haviendo en mí caridad, tendrá por feliz el conocido riesgo y por favor el peligro.

Guarde Dios a vuestra merced como deseo.

Celia la firme agradecida

Octavo papel de Firmio

En la confiança que prometes ha puesto los ojos mi deseo, creyendo de tu piedad me hará venturoso, porque no la hay mayor que amar y ser amado, para cuyo gran-geo daré a logro deseos y estimaré penas, con siguridad de que en tu conocimiento vale el sentir a todo trance crisol del mérito y en donde solo caen por justicia las penas del premio pocas vezes merecido y tantas deseado. En fe de lo qual yo no sentiré¹²⁶ el sentir como tu quieras creer.

Mira Celia, digo, mira mis ojos sin sombras de duda el lance ya en la satisfacción, confessando mil vezes que te adoro y que vivir sin tu gracia será imposible. Ya no como solía me defendo por la razón de estado de que no me ofendas, ya tu belleza, discreción y partes me vencieron.

Digo esto, mis ojos, para que lo adviertas y no para que lo premies, que esso es imposible y yo no he de querer más de lo que fuere tu gusto y conviniere al pundonor. Por uno de mis mayores consuelos tengo tus cartas, con ellas hablo quando las leo, solenizando esta fiesta soliloquios en la imaginación. Y respondiéndome a mí en tu nombre, severo de esto, appelo en anocheciendo a que amanezca mi cuidado en tus umbrales. Allí me hallan y dexan la

luna y estrellas hasta que el sol, no el sol, lo que devo a tu honra y recato me aparta de donde me dexa.

Digo esto para que lo adviertas y, por si acaso, llamaré mi poco sufrimiento de que queda mi ánimo con la estimación justa de tan cuerdo intento.

Tu Firmio, mi Celia

Papel de Celia

No tengas, mi bien, por atrevimiento la estimación del bien que adoro. No tienes que hacer resistencia a su fuego; en donde tantas llamas, no hay llanto que las aplaque ni consume por el incendio amoroso de mi pecho. Permite que mis brazos enlacen dulcemente tu cuello, para que con él aprisionado no falte un punto de tus ojos, pues adorándote tan firme, no merece menos premio que este. ¡Ea!, dueño mío, cessen enojos, dexa que logre mi amor su fin, pues aunque fin, será principio de amor en su deshazerse gustoso y en su inquietud dulce.

Estas y otras tiernas razones esta noche soñava que vuestra merced me dezía embuelto en su amorosa porfía, intentando rendir mis brazos con alguna fuerça. Y mi vergüença, batallando con este atrevimiento, salió cansada, aunque no rendida, de su resistir cuerdo; y con alguna congoxa culpava su demasiada osadía de vuestra merced, pues nunca un árbol da por fuerça su fruto sabroso, sino que se sazona con el tiempo, incitándole con diligencias codiciosas que apresure su natural y abrevie su curso, aunque se suele engañar la vista. Y lo que parece no madurez su natural examinando el hortelano, viene a ser sazón que si no se coje y corta con tiempo, viene en manos de otro que no esperaba tanta suerte.

Pero aun en sueños quedo ofendida de esta imaginación, culpando tu memoria, pues si no me acostara pensando en ti, no se hubiera atrevido esta fantasía a hacerme semejantes ofensas. Y siento de suerte estos atrevimientos que el enojo me haze verter muchas lágrimas.

¡Ay, Dios!, ya me questas llanto; mucho me debes, págame en la propia moneda, que será bien fina, dándome

la palabra que tu memoria no me ha de ofender segunda vez, porque si no, me vengaré en tu alma, que estando en mi pecho bien lo podré hazer.

Dios te guarde.

Celia firme agradecida

Nono papel de Firmio

Quando vi en tu papel tanto favor, desconocí mi suerte y pagué bien este desalumbamiento acordándome que era sueño, provando si en lo uno lo que hay de agrio en el bien, en lo otro lo que es menester sufrir en el mal. Quién sino yo pudiera con tanta facilidad passar de uno a otro extremo naciendo el atrevimiento con alas quando no podías oírme, successo que ha dado mano a la advertencia para que con verdad diga que los sueños, sueños son.

Conmigo me enojara si pudiera, digo con el otro yo, que tan atrevido forcejava tu gusto pretendiendo el mío. Quiérote persuadir, mi alma, a que de mí no creas ni aun en sueños tanto atrevimiento de tanto amor. Las armas de mi arrogancia es la humildad, la valentía de mi esfuerzo el quererte, que de ahí no ha de passar el deseo como a fin último, dexando lo demás en las manos de tu clemencia y piedad. Del enojo que tienes contra tu memoria apelo y te pido libres el castigo en mis cuidados, porque por justicia lo pague la ocasión y sea granjeo de las lágrimas que me dices te devo, assigurándote, porque no des lugar a segunda sospecha, están los sentidos tan en tu memoria que no oso imaginar sino en ti, passando de esto a la consideración del llorar. Dízeme que si te ofendiere te vengarás en mi alma que allá tienes venturoso y desdichado; venturoso, por lo que dizes y creo con más fe de la que de mí tienes, y desdichado porque ni a ti ni a mí me tengo.

Ayer andube cuidadoso por decirte con los ojos, lenguas del alma, lo contento que estava a los tuyos, tan codiciosos de verte que mil vezes deseé tener cien ojos. Pero maldigo cien coraçones havían de ser para sacrificarlos

todos en las aras de tu voluntad. Estimaré me digas si fueron demasiado vachilleres para que los castigemos¹²⁷.

Lo que me queda que suplicarte es adviertas en la mala orden que tenemos para nuestra comunicación, pues sin saver tu gusto me anochece y amanece en tu calle, siendo de más escándalo que provecho. Y assí, porque esto tenga aliño, podrás advertir que al passarme la mano yo en los ojos, quando nos veamos, será suplicarte me hagas favor aquella noche. Si gustares, podrás decir que sí con calzarte u descalçarte un guante, recato que nadie podrá llegar a él.

Y adiós.

El que como deve te adora

Papel de Celia

Cuidadosa mi imaginación de su provecho, haze bur-las al alma con varios discursos, pues quando más libre se atreve a satisfacer sus deseos, le pone límite mi recato a que no pase un punto del término que le señala mi honra. Burlas son que paran en veras, y siento de suerte que quisiera no tener ojos, pues ellos, parleros del corazón, tal vez dicen mucho viendo tan poco, pues ciegos se precipitan del agradecimiento, y despeñados, pagan el tributo del llanto con cambio de pesares, pues correspondiéndote tan firme, quisiera no ser quien soy para más libre, sin los grillos de las obligaciones, ostentar la voluntad que te tengo, calificación que acreditaría mi conocimiento, si a rienda suelta dexara correr al amor en nuestra correspondencia. Y advierto que, aun con tanto límite, me veo casi corrida y alcançada de la vergüença, y culpando estos desvelos, me retiro a sagrado muchas vezes, en donde solicito verte sin la menor nota del mundo. Y assí, en él estoy contenta por considerar en tus ojos el descuido cuidadoso tan cuerdamente advertido, rethórico del alma en donde leo las muestras de tu voluntad.

Y me parece bien la seña del descalçarme el guante,

¹²⁷ castigemos

pues al taparte tú los ojos porque no caigas es bien darte la mano, que no quiero por mi respeto tengas ningún riesgo que en tanto te estimo.

Probervio me será favorable si en el efecto de nuestro fin reconozco la verdad de mi seña, aunque siempre me ganarás por mano y te la daré gustosa, que si por cortesía y fineça la sueles llamar nieve, será templança al fuego de tu pecho que se comunica al mío con tantos ardores. Pero yo seré la gananciosa, aunque con pérdida del alma.

Y adiós, que te guarde más que a mí, Firmio.

La que firma afirmando que es más firme

Décimo papel de Firmio

De qualquier ofrecido favor, quando es el trato honrado, haze recivo la confiança, digo de mi alma, que es tanta siguridad que tengo de lo que prometes, que me prometo lo que no puedo merecer si el dezirme en tu papel que son burlas no me anunblaran los rayos de esta consideración, pues es cierto que no pueden el gusto y pesar correr hombro a hombro la carrera del amor sin que la satisfacción de lo primero no llegue al puesto donde se grangean agradecimientos, para cuyo fin me dices querías dexar de ser quien eres, no siendo de menos azeros este deseo en mí, para que barajando tú y yo las suertes, pudiesse sujetar con mayor dificultad y peligro la cerviz de mi gusto a la disposición de tu alvedrío y ganar con empeños de codicia triunfos de agradecimientos.

Lo de la contraseña estimo infinito por lo que me faboreze tu ingenio y porque entiendas que no hay mano que impida el ver ni velo que lo sea al recato, siendo que él allana¹²⁸ dificultades y penetra estorvos, que como me precio tan de enamorado, querría parecer Cupido amando sin abonos de la vista, para que como ciego sea bien menester la mano que me ofreces, para que vaya por el acierto de la satisfacción. Y porque si perdieres el alma como dizes, pierda yo alma y cuerpo.

¹²⁸ hallaña

El más indigno dichoso

Papel de Celia

Por el tiento con que camina su amor de vuestra merced por la vereda de la satisfacción le considero ciego, pero examinando y reconociendo desmiente esta opinión mi advertencia, pues quien tan cuerdo no exercita los arrojamientos tan hijos de la fineça quanto armados de disculpa, por ser de amor, más se acredita de severo que de amante. Y no quiero yo que pierda vuestra merced el alma, que sin ella no podrá hazer estimación de lo que agradezco sus ternuras; y si también pierde el cuerpo, no tendré a quien corresponder si no es al viento. Y no querrá vuestra merced que me sugete a él, por el peligro que corre de tener magos de veleta. Y este epíteto en una muger es algo enfermiço, por tenerle adquirido con el riesgo de mudança. Y vuestra merced deve de haver amado siempre con la siguridad de la unión y cierta correspondencia, pues tiene su imposible por cierto, que el gusto y pesar no corren igualmente en la carrera del amor. Y en mi opinión es engaño, pues tanto suele correr el disgusto como el contento, la ventura como la desdicha y azar. Y en esta oposición se ve lo uno en conformidad de lo otro, pues si no hubiera desabrimientos, desdenes, zelos, desconfianças y dudas, no se estimaran tanto los favores, unión y amorosa correspondencia, que con el agrio de la poca siguridad y mucha inquietud save mejor el manjar del amor y pone apetito para que se dese¹²⁹, sirviéndole de salsa en qualquier plato.

Opinión es esta de los que han querido más bien que vuestra merced; examínela y hallará constante esta verdad. Si estrañares el estilo por tus ojos, perdónale; pero si están ciegos, no verán el hechiço que han bevido los míos.

Y assí, quedo sintiendo que no sientas lo que yo siento, pues si fuera igual el sentimiento, dexaras el ropaje de las locuciones y manifestaras la verdad desnuda, que como

¹²⁹ deseè

Amor lo está por el fuego en que vive, aborrece lo contrario y solicita el efecto también desnudo por el calor que habita en su pecho.

Dios te guarde de Amor disfrazado y te dé conocimiento de lo que me debes.

Quien paga aun más de lo que debe

Undécimo papel de Firmio

Quién creyera, mi Celia, que lo válido de la estimación había de tenerse por covardía y descuido, no valiendo razones de respeto, donde tanta satisfacción se juzga y ve entre el miedo y poco merecimiento sacar pies el recato, parando la rienda de veneración el mayor valance de voluntad. Y quando esto no valiera, véase bastante el conocimiento de tan divino natural, en cuya presencia los oradores griegos y latinos dieran de ojos en la turbación, quanto y más quien como yo amando le falta la lengua y sobra temor.

Y si tal vez obliga la ocasión a despeñarse, procuro tenerme a las ramas del bien parecer. ¡Ay, Dios! Y como ya a mi costa leo en el daño ser el todo en todo la buena fortuna, siendo opuesta a la razón el premiar con justicia, cosa devida por donde se llama con razón dichoso el que sin méritos merece, dígalo la culpa que en tu papel das a mi encogimiento, de que juzgo si fuera livertad la castigaras, para que se vea quan poco aprovecha el desear aciertos a quien no puede acertar.

Y lo que más temo es el ser mártir de la culpa y no de la pena que sentiré en el alma, porque no conste ni aun en duda que puede el sufrimiento desmerecer. Pero dexando en ojos, di, dueño mío, ¿por qué me llamas ciego? Aunque pluguiera a Dios lo hubiera sido, para que a ciegas me empenara en lo dificultoso y perdiera de atrevido. Y aunque mi poca suerte lo ha negado, yo lo haré, pues es de tu gusto, suplicándote des la propria facultad a las obras, para que adquieras la gloria de ánimo liberal y yo el premio de mis deseos, goçando juntos el morir dichoso en las llamas de amor, de cuyas cenizas renacerá una sola alma, una

sola voluntad y un solo cuerpo, gozando en la conformidad el néctar del gusto, para que comunicando alientos, consulten con los sentidos el primor de las experiencias, para que asegurándome con tenerte en mis brazos, diga como Alexandro: «Ya te tengo». Y esta voluntad celebren cuerpo y alma, con alma y cuerpo; el corazón en su amoroso fuego, la imaginación en su gloria; en la voca el gusto de poder decirte: «Tuyo soy, mi alma; tuyo, mi vida».

Quien es más tuyo que suyo

Papel de Celia

Con ostentosos aplausos mi conocimiento solicita con sus sentidos recibir la correspondencia que, adornada de tantos extremos, traslada en el timbre de sus armas la excelencia de su stirpe¹³⁰ glorioso, y con magestuosa grandeça, deposita en los efectos de la fama la opinión de un agradecimiento. Título que realça su calidad por superior blasón, heredado lícitamente del entendimiento, padre de la memoria y voluntad, hermanas tan conformes y entendidas quanto adornadas de lo válido de la estimación, por el dote que naturaleza les ha comunicado con acción tan liberal y espléndida.

Venía la correspondencia acompañada de la Raçon y el Amor; su hijo, joven vizarro, publicava ser padre del Deseo, para acreditarse que no es tan niño como pregonaván sus émulos. Y para dar mayor gravedad a su estado, traía puestos unos antojos, que eran de larga vista con amagos de linçe. Venía este Amor muy grave y su hijo, el Deseo, marchito y enfermizo de frialdad.

Y como mi amor y deseos son tan entretenidos por lo juglares y tan poco parecidos a estos, pregunté con curiosidad en mi lenguaje, cuyo era este amor y deseos tan cuerdos. Respondieronme que eran tuyos; creílo y he conocido el efecto de la reprehensión que te di en el último papel, en el fin postrero de tu discurso, que has querido cuérdamente darme por fin en el principio, para que conozca

¹³⁰ stirpe

que no hay más que servirme en el comité que tu amor me haze. Bien prevenida estratagema para que se advierta que, quando había de ser el fin gustoso de nuestra comunicación, quieres eternizar el principio con mayores laços de fineça. Y pues el fin del amor es solamente exercitar el premio que se adquiere con un severo obligar, con unión amorosa, con un firme proceder, justo será que la conti-núes de aquí adelante.

Aquí cierra mi vergüença este papel, echando el sello de sus armas, que es el honor, pero sirve blanda cera de instrumento fácil de abrirse y dificultoso de guardarse del fuego amoroso.

Quien quiere ser entendida

Perdóname el estilo, que he querido es este parecerme a ti respondiéndote por las mismas frases y locuciones tan excusadas en un amor sencillo.

Duodécimo papel de Firmio

Bien vi, dueño mío, en tu papel ser la pluma el pincel vivo que copia las virtudes de los ánimos y el instrumento por quien el ingenio derrama gracias, exagera virtudes y dilata asombros. ¿En qué escuela, dime, diste a tanta elegancia el punto, a tanta saviduría saçón y a tanta belleza extremo? ¿Para qué, si venero tu deidad, alave tu destreça? De lo que si doy a la naturaleça gracias, temo Amor no se enoje y tu entendimiento no me castigue. De este descuido vivo cuidadoso, y por más que la imaginación solicita emprendello, rememorando la consideración al Cielo de tus méritos, halla tan igual la competencia, que dando puntas quiere hallarse en todo y no faltar a nada.

Saves lo que leo, Celia, en la elegancia de lo que dizes, que quiso Amor fueses historiador de tus donaires para que igualasse la historia al sujeto y para que advirtiesses que en cosa tan memorable no era bien constasse borrón de la crueldad. Pero maldigo, pues por conocello quiso que con lo divino de tu elegancia desconociesse el mundo lo que aun yo, con haver sentido, he olvidado.

Mil cosas tenía que suplicarte, si el cuidado no negara el papel, lo que aun de mi corazón está zeloso. Huya, porque temo perder por falta de afecto lo que mi pasión merece; duda que anima la osadía para que te ruegue lo que todos los días hago con la seña de que días ha te supliqué fuese el sí piadoso del poder hablarte; cosa que si a mí me está bien, no le deve de estar mal a tu sospecha, pues podrá ver la realidad de mi ánimo, y franqueadas las finezas de mi voluntad, por tus ojos que logres esta fe, u por mi vida que concedas esta gracia, siquiera para que yo tenga más de qué hazer estimación y tú menos qué negar.

Quien desea merecer este deseo

Papel de Celia

Como tengo al honor por padre y me tienes oprimida con los grillos del pundonor y recato, me sujeto a sus leyes y consejo, escarmentada de la reprehensión que me ha dado estos días, por no sé qué travesuras que hizo mi amor como muchacho y ciego, disculpándose con mis ojos, que parleros, revelan secretos del alma. No abono sus demasías, pero bastáales por pena las penas que han sufrido, no tiniendo ellos la culpa. Y assí, como hija obediente le he pedido licencia para irte correspondiendo, y me la ha dado para que agradezca la merced que me haces en tu papel. Pero advierto que no me pago de alavanças de ingenio en lo que me debes, que quiero paga en moneda más fina, que como es tan fina mi voluntad, no se contenta sino con su mismo precio y valor.

Hoy, sin que mi vergüença lo supiera, te respondí con la seña para que esta noche vengas a hablarme a las doze, que hasta agora no he podido por los impossibles que me han tenido sujeta, cuyos inconvenientes, si los facilito, no será poca empresa de mi voluntad vencerlos. Y assí, no sé si podré esta noche hablarte, pero saldrá una criada a quien yo quiero muy bien, criada conmigo, que servirá de vivo papel, en donde podrás trasladar tu corazón seguramente con la pluma de tu ingenio, que se remonta tanto que no la alcança mi ignorancia. Y pluma con puntos tan

delicados en materia de amor, transforma en puntas los puntos, y quedándose con la misma pluma, sirve de flecha aguda, que no la puede resistir el corazón más valiente, quanto más el mío, que es tan covarde que a los primeros lances se rinde. Y assí, ten piedad con mi flaqueza, pues no tienes necesidad de tanta prevención de armas para matarme, mi bien, remitiéndome a esta noche para acabar de conocer y admirar la fuerza superior de tu brazo, que tanto temo (sávelo Amor).

Quien se ha rendido a sus leyes

Décimotercio papel de Firmio

Jamás creí que pudiera un exceso de contento poner la vida en el término que un pesar, por la razón de que los sentidos, llevados del aplauso, dilatan la consideración y olvidan el ánimo, si la experiencia no me hiziera ver en la satisfacción lo contrario. Y que casi me burlara de tu burla, porque como el amor es tan hijo de la fe, creí sin entrar en lo vedado de la consideración. Y fue (aunque no sin poca duda) fineza de amor verdadero hablar la criada, en cuyo conocimiento no pudo la advertencia dezir más que con miedo en el ánimo, yerro en la lengua y torpeza en el entendimiento; evidentes señales, si la turbación no me dexara, de que eras tú. Y ya quando acordé, vi la sospecha alterada y los sentidos en el desengaño; y aunque yo y mis pocos merecimientos lo defendimos, como Amor tiene más a mano el sobresalto que la consideración, no advertí lo que después noté en el acierto con que respondías. Y passando a la comprobación la consulta, admiré tus razones, solo al recato notorias, que satisfecha la siguridad faltó la osadía.

A esto pude llegar para que tú me hizieras merced de confesar lo que yo dudava, quedando en mis obligaciones nuevos empeños de tal favor y con alientos de goçar divi-nísimos ratos con la merced que me ofreciste hacer, de que alimentó el alma en su consideración, siendo sainete al deseo, para que ni aun en sueño no dexasse esta noche gozando, si de amagos dichosos, de satisfaciones liberales.

Y permitiéndome el llegar contigo a braços, no para vencerme, que ya lo estava, pero para tenerte y tenerme con tanta ventura que usurpando mis labios, vida de tus corales quede, mi vida, tan contento como loco por tu ingenio.
Quien cuerdo quiere si loco ama

Papel de Celia

Mi bien, ya que vencida he goçado la vitoria del amor, no tengas por facilidad lo que ha sido fuerça suya y tanta, que sin fuerça has venido a alcançarme. Pero como no iba huyendo, no ha sido grande empresa; mayor será si firme me correspondes y obligado pagas, mas, ¡ay!, que aunque es obligación, es voluntaria.

Ya eres mi dueño, ya los yerros cometidos contra mi recato publican el cautiberio; pero son de amor y no merecen este título, y la esclavitud es libertad en tu poder. Libre he andado, es verdad, pero quien me guía, Amor; no te espantes que haya tropeçado mi conocimiento de esta suerte. Y pues ya la ocasión tan segura tienes entre manos y nos hemos de ver cada noche, dexemos esta correspondencia que es tan peligrosa si algún papel se pierde, que aunque yo estoy más perdida por ti, savré mejor disimular passiones del alma. Rómpele al punto, pero romperasme el corazón que en él te envió; abraza los demás que en tu poder tienes, pero ya estarán convertidos en fuego y me holgaré que sus cenizas servirán de memoria en algún tiempo, ruinas que ya pronostican mi desdicha. Adiós, mi vida.

Tuya mil vezes

CELIA

*Triumphos apacibles son
 los que en aquestos papeles
 afectos hablan fieles
 de un ardiente corazón.
 Desmintió a la sinrazón*

*verdad noble, si fineza
le dio al alma más velleza,
pues en constancias se ve
que en las aras de una fe
se consagra mi firmeza.*

*Desnudo, rapaz y ciego,
solo de verdad vestido
vi a este Amor tan desvalido
que la humildad fue su ruego.
Cariciosamente al fuego
de mi pecho le apliqué,
sabroso abrigo le fue,
pero ingrato a la razón
puso el fuego al corazón
por dar alivio a su fe.*

Acavó Hipólita de leer con mil donaires estos versos y Carlos empezó a enternecerse, representándosele en su imaginación tan finos lances que Laura reconoció y se enzündió atajada, ponderando entre sí tan ardientes afectos que no había podido el respeto enfrenarlos. El Duque sintió mal, de tan bien sentir, aunque le hizo cargos a la afectación de prolixa y de mucho cuidado en las voces. El Conde previno envarazar la materia para desterrar del Forastero por aquella noche tan penosos discursos.

*DISCURSO SÉPTIMO*¹³¹

Hallábase Laura inquieta en sus traviessas quanto enamorasdas imaginaciones. Abivó más el fuego que le ardía su pecho la correspondencia amorosa de los papeles que leyó Hipólita con tan bizarra desemboltura, sabiendo que havían sido effectos encendidos de la causa de tan ardientes cuidados. Y batallando con su honor, alentadamente enfrenava tal vez acciones de su pecho, y tal vez se desahogava con alguna publicidad, lastimávase de su desdicha, culpava a su infeliz estrella que se señoreó con tan poderoso dominio de sus recatadas costumbres.

A todos estos lances bivía Carlos dulcemente enajenado de sí proprio, combatido de muchos rigores de respecto que le ponían a raya pensamientos tan libres. Y hallándose solo con Laura, la comunicó en cifra su amoroso desvelo desta suerte:

–Mucho me lastiman, señora, vuestras importunas tristezas, que ya que no eclipsan vuestra belleza, por ser tan grande, dan algún género de molestia a su agrado. Y así, no es razón que tan oprimida biváis con leyes tan rigurosas de malancolías desabridas. Y así quiero, con licencia que tengo en las honras que merezco de vuestro padre, divertir vuestro ánimo con alguna maña, solicitando el conseguir este fin con la diversión de los amorosos versos en que el ingenio se exercita estas noches tan traviessamente, que esto me ha ocasionado a que con alguna licencia se porte mi modestia entre vuestro respeto. Y tubo Hipólita muchos donaires con la correspondencia de papeles que tanto celebró su censura en la passada noche. Un amigo mío fue testigo de aquellos sabrosos lances y quizá serví yo de consultor de tan tiernas finezas, que sazoadísimamente se lograron en el mayor colmo de sus gustos entretenidos.

–¿Amigo vuestro? –dixo Laura– ¿Y muy rendido a las inhumanas violencias del amor tirano? Dezidme, Carlos, muchas cosas, que os prometo que me desahogo notablemente en mis prolijas imaginaciones, y no con atajo os quedéis suspendido, que ya os permito licencia para que con alguna llaneza declaréis vuestro ánimo.

–Prosigo pues, señora –dixo Carlos–, ya que vuestra grandeça

ánimo infunde en mi retiro con tantas señas de agasajo, que entre muchas ocasiones que le preparó su dulce veneno, se lució una infinito, con la mayor galantería de gusto que pudo prevenir animada dicha.

Y movido del afecto que le governava, la dezía con tierno rendimiento:

—Mi bien, señora, dueño mío, ¿qué infelicidad es esta que me persigue?, ¿qué culpa tiene el alma para que pague tan rigurosa la pena? Pues vuestros ojos hermosos me ocasionaron a tan gran golpe de rigores, sabroso rejalar fue el que beví en ellos o nunca los míos se atrevieran¹³² a tanto cielo. ¿Qué encanto es el que me molesta con violencias tan insufribles? ¡Ay, quién pudiera poner en olvido vuestra perfección hermosa! ¿Qué inquietudes me afligen?, ¿qué pesares me ahogan?, ¿qué rigores me atropellan?, ¿qué desdichas me siguen?, ¿qué donaires me encantan?, ¿qué agudezas me hechizan? No quiero, no, otro premio sino que sepas que te adoro, que la vanidad de tenerte por divino dueño en mis acciones me podrá servir del lauro en mis fatigosas querellas. Cessen enojos y si te ofendo, adorándote, castiga a tu hermosura, que ella solo es causa de tanto atreverme.

Estas tiernas¹³³ razones las dezía Carlos tan afectuosamente amoroso, tan tiernamente afligido, que olvidado de su discurso en demostración pública, intentaron al descuido algunas lágrimas mitigar el fuego que le ardía en su pecho. Laura, viendo que se le acercava con divirtimiento tanto, le dixo, retirándose con hermosa turbación confusa:

—¿Qué es esto, Carlos? Tened el passo, no trasladéis tan fino el afecto de vuestro amigo ante mi honestidad y decoro; no con tanta pasión declaréis su sentir libre, que si él, en su sabroso cuidado supiera dezir su fatiga en comunicación tan amorosa y la diera a leer con tan bizarros colores, ¿qué mármol no se lastimara a tan afectuosas queexas?

Aquí dio fin Laura con un ay bevido quando, oyendo rumor que le inquietava tan entretenidos discursos, conoció que era el conde de Belflor, su padre, que por lo vezino que estava juzgaron que havia sido fiel testigo de finezas tan poco dissimuladas. Y por escusar el desaire de su atajo y que el incendio de su pe-

¹³² atreviera

¹³³ ternas

cho se conociese por las llamas que le ardían el semblante, se escondió diestramente, quedando Carlos expuesto a la evidencia deste peligro quando, llegando el Conde demudado, le dixo estas razones:

—Señor don Luis de Céspedes, si vuestra calidad es tan grande como me havéis comunicado y se llega a conocer por vuestro hidalgo pecho, no esse crédito¹³⁴ se perturbe entre sospechas malnacidas que me alteran el ánimo atrevidamente. Y pues savéis el empeño con que vivís en mi casa, haviéndoos generosamente comunicado la vida con demostraciones tantas de agasajo, billana correspondencia os acrimina vuestro delicto. Y si como son imaginaciones desnudas de prueba, llegaron a ser averiguadas, buscara satisfacción de otra suerte en mi queixa. El secreto del jardín en donde os depositastes la otra tarde con tan atrevida licencia os fiscaliza mucho, sin otros indicios que os acusan ante el tribunal de mis canas¹³⁵ y respeto, que el honor de mi casa es sagrado, que no le ha de violar sino algún malnacido, y pues vos hazéis precio de no serlo, mirad en qué fundáis vuestra satisfacción, para que descanse el peso de mi cuidado que tanto me oprime con varias imaginaciones.

—Muchas honras confieso de vuestra mano —dixo Carlos— y os las pago en reconocimiento con fidelidad en vuestra casa, pero es tan grande el agravio, de que fundaré queixa siempre, en essa desconfianza y poca seguridad en mi buena fe, que casi borra en un instante lo que todo este tiempo ha perficionado vuestra mano en esta humilde hechura, que tanto confiesa serlo vuestra a todo lance de reconocimiento. Aunque tenéis razón, señor, ya por¹³⁶ curiosidad o por rezelo, en desentrañarme en la duda con que os halláis inquieto hasta satisfaceros. Llegué al jardín llevado de la afición con que me alimento entre sus flores; hallé a Laura dormida, y con la llaneza que pedía seno tan oculto de aquellos quadros, y por no darle el susto que pudiera cobrar, hallándome a sus ojos libre del envargo del sueño, me oculté entre unos azahares, que os anunciaron entonces vuestra dicha, en ocasión que llegó el Duque, mi señor, a aquel sitio con prevención más cuidadosa que pensava, pues por la

¹³⁴ credi-

¹³⁵ cañas

¹³⁶ per

zelosía de unas hojas vi que valiéndose su voluntad de sazón tan dulce y del imperio de su grandeza, atropellando todo género de pundonor, depuso su respeto intentando humanar los rigores de la divinidad de Laura con más licencia que yo me prometía. Y defendiéndose valerosamente con descompuestas voces, y temiendo el Duque que su eco despertase los ánimos descuidados de esse palacio, intentando apaciguarla con razones y recorriendo de una parte a otra con la vista, rezeloso que alguno fiscalizasse su descompostura, y descubriéndome quizá oculto, y acudiendo vos al reparo, fue poderosa esta ocasión a que ablandando la violencia de este atrevido proceder, y honestando el rigor amoroso con que se había portado, la apaciguasse con el nombre de esposa, dándola su mano entre tanta dicha, que gozáis con felicíssima successión muchos siglos. Y por dar mayor sainete a la ocasión solenizé su gloria en aquellos versos, y fingiendo error en lo que fue diestra cautela, se los puse en sus manos por hazerle lisonja dando culpa a mi inadvertencia de grosera. Y en lo que me dixo en secreto conozi estimación de mi cuidado, aunque con término dezente a su autoridad. No os deis por entendido, señor, os pido de esta diligencia, que para vuestro pecho no hay secreto que lo pueda ser en mi fineza.

No podía Laura hazer olvido de lo que había escuchado a su padre quando habló con Carlos, dándole amenazas en la sospecha que le tenía inquieto, pues el considerarle don Luis de Céspedes, y de tanta calidad como le había vestido en su reprehensión, le abrió senda, facilitó camino, allanó el passo, aligeró el peso de la duda que la combatía en el resolverse a corresponderle fácil y dexarse picar amorosa en los rigores y combates del amor tirano, viviendo en los mismos desabrimientos en que estava. Y más, hallándose executado el golpe en el efeto del casamiento del Duque, que esto le servía de más fuertes grillos y de más ásperas cadenas en el portarse en el devaneo tan loco que la hazía vivir con muchos alimentos de muerte.

Quedó el Conde con alguna satisfacción de Carlos, deshechos ya los nublados de sospechas que le perturbaban las luzes de la confianza que tenía en su seguridad. Quedó Carlos confundidamente contento de ver los lanzes que le habían seguido tan apretados, hallándose tan felizmente con el socorro de su mañoso ingenio que tan puntual le había acudido a remediarle. Culpava la inadvertencia de haverse valido del reloj, que tan

despierto andubo quando solicitava tanto silencio. Confundíale el error del pliego, pues quando quiso recatado ocultar los versos, se vieron más expuestos a la nota del Duque, sacando tan en público lo íntimo de su secreto. Dio gracias a su fortuna, reprendía el amor que tenía a Laura, castigávale con amenazas de olvido con firme resolución de proseguir su carrera con demostraciones en Hipólita, que tan buena acogida le había dado en su pecho, respondiéndole con sus ojos a lo del alma. Embidiava en el Duque su dicha, pues aunque sus años eran cerca de sessenta, la robusta complexión de su naturaleza los desmetían, fieles testigos que se los sustentavan en su rostro con atrevimiento libre, aunque en esta ocasión no sé quedó en blanco su intento.

No podía el Conde dissimular el interior gozo con que se hallava viendo a su hija tan sin prevenirlo duquesa en Calabria, pues la necesidad en que vivía le aprisionó en aquel pequeño distrito, que era vezino a una corta aldea del Duque, en donde los sustentava con renta comedida que los había consignado con generosidad cuerda sin permitirle que se concediesse a la voz del mundo, que tan sepultado vivía en sus menoscavos.

No podía el Duque ocultar su dicha en sus demostraciones, aunque hasta entonces la había embarazado la ejecución de su matrimonio ponderaciones cuerdas, abominaciones increíbles de la ley áspera del mundo, que condena tan bárbara al honor más intacto a tan evidente riesgo, siendo la joya de más relevante estima que el hombre alcanza, depositarla en vidro tan quebradizo como es lo frágil de una muger. Y más, alentando este peligro la opinión del bulgo, que tan ciego atropella la acción más descuidada acriminándola por alevosa. Pero el desear successión en su casa deshizo estas nieblas, atropelló estas imaginaciones para conseguir tan feliz intento dando diez y siete años el más florido esmalte a una velleza, que era más divertida al enlazarse las dos almas viendo tan opuestas las edades.

No hubo necesidad de retratos quando los originales se comunicavan con tanta llaneza. Y el arte, vergonçosa de que la lisonja andubiera tan valida, pusiera las colores de su parte quando hiziera empleos en esta ocasión retirada en su mismo carmín, ya por mentir tan claro en el del Duque y ya por el agravio tan conocido en el hermoso de Laura, desde el más abreviado esquizio y confuso bosquejo al más pulido retoque y perfección

aliñada, confessándose convencimientos el pincel más valiente del clavel tirio de sus mexillas.

Logrose este gusto con sazón de diversidad de fiestas, que no puede haverlas más sabrosas que las que permite la llaneza de aldea, aunque luzió a un tiempo lo curioso con lo espléndido, lo rico con lo deleitable. Feneciose, en efecto, tan embaraçoso exercicio para el gusto, pues bive lo que dura inquieto, desterrando con prolixidad alma a todo donaire, sal a todo gusto y sainete a todo entretenimiento.

Quedaronse en palacio los dos consortes en unión tan apacible que las más finas tórtolas entre arrullos amorosos embidiaban sus entretenidas fiestas, dándoles comodidad apacible la frescura que comunicava por unas rexas (en rizos de oro aliñados) hermosas vides, que imitando sus dueños, formavan apretados laços con desahogada confusión dispuestos.

Con amoroso imperio el duque Felisardo la acariciava con título de hija y ella, obediente en su rendimiento, besándole todos los días su mano con honestidad y modestia, le llamava Duque mi señor. Nunca la unión y el gusto más felizmente exercitaron sus efectos, nunca la dicha se vio en mayor imperio con tan lucidos colmos, faltándole el logro solamente de hallarse con successión feliz, que este fue el blanco en donde quería acertar el Duque, determinándose a romper el fuerte de su prolixo imaginar con tan importuna continuación. Este deseo le obligó en su estado a dexarse picar tan agudamente del amor a las vellas luces de la hermosura de Laura, pues pudiera entretenerse en su cordura, que la edad que le dava ser entonces no hazía ponderaciones finas en sus amorosos discursos, como pudiera si años más jóvenes le ayudaran.

Con estas esperanças continuavan el gusto conformes, aunque de quando en quando se suspendía en Laura por ver tan mal empleada su belleza y en el Duque por los rezelos que le acusava su pecho examinando en Carlos un aliño con mucho descuido, una bizarría de muy buen talle, una galantaría con mucho ingenio. Y reconocía en Laura inclinación a sus acciones, gusto que le aplaudiessen sus versos, codiciando muchas noches que su ingenio se exercitasse con los demás criados lucidos y damas de Laura, que con permission del Duque se comunicava en su presencia, dando asumptos Hipólita y castigándolos con airo-sas correcciones, permitiendo este género de licencia el aldea,

usando de una libertad recatada, hija de su agudeza, que todos solenizaban infinito.

Y en una que presidió el donaire con más alma que nunca (¡oh, cuánto la desdicha atropella una quietud amorosa cuando libre se desembuelve a jugar sus rigores!), examinó el Duque otro segundo lance que le dio más guerra a sus sentidos y avivó más la sospecha en que la imaginación se fatigava. Pues habiendo elegido al Forastero por secretario suyo –aunque en las honras que le hacía rozava casi a igual de su persona, no con pequeña emulación de los antiguos, que en su lucimiento no le permitían ventajas–, y habiendo dado orden que la respuesta que Lavinia había hecho, bolviéndola con el propio que llevó la carta, se la entregasse a la Duquessa, y teniendo el Forastero en su pecho un papel amoroso de que se quería valer, entregándosele a Hipólita, con ánimo de estudiar olvido en la voluntad con que se ardía de Laura, aplicando a su lliga la medicina de este divertimento nuevo, y en ejecución de lo que el Duque le había dicho, por entregarle la carta de Lavinia, prima del Duque, le entregó el papel a la Duquessa que tenía prevenido para Hipólita, que recibió sin leerle entonces, dexando para el principio de la conversación el hazerlo. Y teniendo ocasión el Forastero de lograr su intento, juzgando dar a Hipólita el alma de su pensamiento íntimo, le dio la carta de Lavinia, quedando con satisfacción de lo assortado que había sido, pues sin nota de ninguno se le puso en sus manos, quedando Hipólita con mil deseos que se feneciese aquel ingenioso exercicio para reconocer en su dictamen la agudeza del dueño, con que dio principio al divertimento que habían introducido cantando los músicos.

*En tres deidades tres cielos,
tres milagros peregrinos,
en tres extremos vizarros
el más lucido prodigio.*

*En primavera de rayos
mezcla amor con laberintos,
lo ingrato con lo amoroso,
lo apacible con lo esquivo.*

*Galatea, Nise, Cloris,
glorioso honor de este siglo,*

bello encanto, pena hermosa,
airoso mal, cuerdo hechizo.

Dulcemente Galatea,
livertad dando al sentido,
sabrosa prisión al alma
oculta entre crespos rizos.

De sus dos graves luzeros
hasta el Sol es fugitivo,
ya de temor retirado,
ya de vergüença escondido.

Cloris, inquieto milagro
tiranamente atractivo,
goçando imperio en amor,
rinde baliente sus tiros.

Nise, portentoso assombro,
cuyos celestes zafiros
por preciosos, por ingratos
nunca más piedras han sido.

En cuya deidad tirana,
con acordado castigo,
deposita su dureza
en sus dos cielos divinos.

Entretenidos tormentos,
sazonados basiliscos,
muerte al Sol, vida a las plantas,
gustoso engaño, áspid libio.

Tribunal forman severo
de un balcón en que encendido,
siendo oriente de sus rayos
le causa al Sol parasismos.

En su consejo de guerra
(si hay consejo en Amor niño)
tan balientes pareceres
dan más guerra a los sentidos.

Mas si es de Amor el consejo,
temeroso me retiro,
que consejo apasionado
hará el mérito delito.

Yo, zagalas, me presento
de este Amor tirano herido;

*él me ha muerto, yo soy preso,
mirad qué injusto castigo.*

*Vos, Cloris, en esta causa
juez podéis ser y testigo,
pero será causa propria,
pues vos la causa havéis sido.*

*De vuestras manos se fía,
covarde quanto atrevido
mi afecto, si en armas blancas
no hay riesgo de agudos filos.*

Acavando de cantar los músicos, el Forastero Carlos dio principio con esta canzi3n que todos escucharon con gusto:

Al doctor en Derechos GERÓNIMO MELI ESCARCHONI,
cathedrático de vísperas en la Universidad del Reino de
Cerdeña, regidor general de los estados del marqués de
Villasor, abogado de su casa

Al exceso de su continuo estudio de vuestra merced mis excessos le solicitan ozio, diligencia escusada quando no puede permitirle en su naturaleza lo grave de las materias que exercita en la jurisprudencia que professa, facultad que como ahora ilustra sus acciones de vuestra merced, realzó en otros tiempos su familia, introduziendo en ella el honor del magistrado, el esplendor de la toga senatoria, ya en los tribunales de este reino, ya en los sacros del mayor monarca. Será pues, ya que no ozio, desahogo o suspensión de su fatiga de qualquier suerte vuestra merced los admita y los dé reprehensiones en su censura, que este es el interés que negocio, pues en sus manos entre nuestra amistad, el castigo le será favor, la corrección carizia.

Guarde Nuestro Señor a vuestra merced.

Su mayor amigo y servidor,
Jacinto Arnal de Bolea

EXCESSOS DEL MUNDO

CANCIÓN

*Suspensa voz a la piedad que implora
 premio merezca en logro desatada,
 llegando a colmo su feliz intento;
 cante advertida y cante lo que llora,
 y en cóncavas cavernas dilatada
 tenga lugar su repetido accento;
 admiraciones canten ciento en ciento
 aquel primer estado que inocente
 fue perdiendo su ser de gente en gente;
 represente a la vista más dormida
 su hidalga senzillez y el pecho grato
 que hoy se alimenta de villano trato,
 pues verdad oprimida,
 viéndose en riesgo y inquietud incierta,
 sepultada en el daño
 para poder vivir vistió de engaño,
 quando la edad en curso presuroso
 veloz al mal en bienes pereçoso
 al vicio le abrió puerta;
 entró el exceso, presidió la ira,
 reinó interés, privilegió mentira.*

*En la primera edad y ser primero
 que de la luz flamante vestió al mundo,
 dándole lumbré en todo misteriosa
 en el siglo apacible y lisonjero
 en donde con razón la embidia fundó,
 careciendo de vida tan dichosa
 contemplo quieta, juzgo deleitosa
 aquella humana acción que sin malicia,
 vestida de verdad, no de avaricia,
 goçava del favor más soberano
 ponderando el pincel que en sus colores
 alma infundió hasta en pleveyas flores,
 quando divina mano
 en dilatado lienzo, en campo hermoso,*

misterios discurriendo,
 esquicio solamente dispuniendo,
 amago solamente dibuxando,
 sombra de su poder fue retratando,
 mostrando poderoso
 aun en las obras que eran menos vellas,
 resguños de deidad, líneas de estrellas.

Nunca viçarra, nunca más luciente
 purpúrea cuna (en donde el Sol risueño
 nace de ver llorar rosada Aurora)
 habrá ostentado lustre diligente
 de tan vistoso quanto rico empeño,
 pues de codicia perlas atesora
 y nunca más que entonces vella Flora
 habrá lucido siendo sus colores
 vida del mayo y gala de las flores;
 y nunca Cinthia con mayor belleza
 se habrá valido (aunque con muerta llama)
 en fría sombra de estrellada cama,
 y en tal naturaleza
 reparo, admiro, considero atento,
 que se atreve animado
 vapor en sombra parda conjelada,
 ceñido en denso y dilatado velo,
 escurecer al sol, turbar al cielo;
 contrapeso violento,
 pues vemos que les da con osadía
 horror a las tinieblas, nube al día.

En la divina y soberana esfera
 que en cinco zonas vemos dividida,
 entre líneas lustrosas de oro puro,
 en peregrina y lucida carrera
 que desde Pez al Aries ves ceñida,
 el planeta mayor no está seguro;
 y quando en su deslustre más procuro
 cevar la inteligencia más atento
 la buelve atrás covarde atrevimiento,
 viendo que el Cielo en su mayor tesoro
 nos enseña a temer (pensión que siente)
 el que en lugar supremo y eminente,

*mentido su decoro,
fiando del poder que ser le ha dado
en real naturaleza,
queda eclipsada su mayor grandeza.
Miente la vanidad, miente el sentido
que en trono grave se ha desvanecido
o tu primer estado;
buelvo otra vez a tus sencillas plantas,
venero en tu humildad grandezas tantas.*

*Desnuda habitación, leve guarida,
edad primera al hombre dio bastante
a defenderse del helado enero
la dévil caña mal entretejida
a los rayos del Sol poco constante;
con inclinarse dize el ser primero
y en opresión sujeta al tiempo fiero
(ya más sensible en el adversa suerte)
nos enseña a sufrir contraste¹³⁷ fuerte,
y obediente a su estrella rigurosa
obligando a perdón y a sentimiento,
temblante humilla su serviz al viento,
dando en acción piadosa
defensa honesta a fúlgida carrera,
abrigo entre la furia
de yelo y nieve que amenaza injuria;
mas ya la habitación ennoblecida
con el alma de mármor cobró vida,
y viéndose en su espera
desprecia al Sol, que en bárbara bonanza
fácil se atreve quien sobervia alcanza.*

*A los montes de Candia, de Ethiopía,
de Numidia, de Lesbos, han avierto
en sus entrañas seno más profundo,
fatigando las naves tanta copia
de remotos países, y en el puerto
se advierte (aunque abreviado) todo un mundo,
donde en un edificio solo fundo,
que el poder y el esfuerço dilatado*

de tan varias provincias se ha juntado,
 quando un cimientto en su profundo abismo
 en quien tan grave máquina se encierra
 ultraja el seno a la piadosa tierra;
 casi descubre él mismo
 el reino de las sombras que ya toca,
 pues entre ardiente llama,
 al propio infierno con la azada llama
 para mover con vana pesadumbre
 guerra a los cielos con su altiva cumbre.
 ¡Oh, pirámide loca!,
 si te avecinas al ardiente rayo,
 ¿no estás más cerca de mortal desmayo?

Levántase a los cielos eminente
 laberinto en estancias dividido,
 que intrica a aquel que Minos puso en Creta,
 a cuya inteligencia diligente
 no el hilo de Theseo reducido
 sino la geographía está sujeta;
 apenas mide, apenas la interpreta
 la codicia del hombre (vano oficio),
 pues vivo le sepulta un edifizio
 quando en pórfido y mármol miro atento,
 que hasta las piedras en acción tirana
 no están seguras de ambición humana.
 ¡Qué bárbaro portento
 si discurriendo voy desentrañando
 entre varios labores
 de un valiente arquiteto los primores,
 nichos, cornisas, frisos, pedestales,
 que duración pretenden inmortales,
 relieves animando
 en vasas, arquitraves, capiteles,
 ya con el oro, ya con cinzeles.

Miro en orden lo vario y lo subscinto,
 la gravedad del dórico valiente,
 mediocridad del jonio dilatado,
 la destreça viçarra del corinto,
 variedad del compuesto, que eminente
 al mosaico le da tanto cuidado;

*y entre pulido y tan vistoso estado
 y entre tan varias y distintas plantas
 que están brotando confusiones tantas,
 aun del gran Mitridates la memoria
 confusa admirará tan vano empleo
 que al tiempo en su ruina dan tropheo.
 ¡Oh, solo humana gloria!,
 aquella que en quietud desengañando
 está con la luz pura
 negando a la ambición toda hermosura,
 y quien del cielo con movible cassa
 pusiera a su rigor límite y tassa,
 y tanto bien goçando
 que pudiesse (sigún del tiempo el filo)
 a clima trasplantarse más tranquilo.*

*Mal aliñada piel manifestava
 piadoso el monte en palpitante fiera
 para ocultar nuestra primer malicia,
 benigno el Cielo su piedad nos dava
 para cubrir la desnudez primera
 que executó en lo humano la justicia,
 pero con tanto exceso venificia
 su efecto vanidad (¡qué loco intento!),
 pues que no halla lugar el pensamiento
 viviendo aun el deseo en ocio puro,
 quando el flamenco con alado pino
 funda sus sutileças en el lino,
 goçando más seguro
 del Arabia espirantes los olores,
 perlas que hombre posea
 en nácar le rindió concha eritrea,
 diamante en la Ethiopía congelado,
 lustre le presta al Cielo, al Sol cuidado,
 fenicia de colores
 el español y inglés, la seda y lama
 que al Sol desprecia si esplendor derrama.*

*Con arte, con ingenio y con viveza,
 con artificio en el matiz florido,
 con sobrepuestos de relieve hermoso,
 casi covarde esta naturaleza,*

*y casi su poder está oprimido
 del brazo humano en fuerças poderoso;
 aquí reparo en ondas deleitoso
 bolar el pez y allí con aura suave
 nadar vistosa con milagro el ave;
 aquí en carmín se tiñe blanca rosa,
 allí luciente cárcel acogida¹³⁸
 el paxarillo da que infunde vida;
 aquí en la estofa hermosa
 el diseño valiente se perfila
 y el puñal se ensangrienta,
 allí inocente guerra se presenta;
 veloz cavallo que engañó el sentido
 parece que del paño se ha salido,
 un campo se aniquila
 y en hórrido deleite convatiendo,
 tienen más vida los que están muriendo.*

*No donzellas del Asia pespuntaron,
 con tal aliño nunca fue historiada,
 con tal primor de Thetis colcha vella,
 nunca Aragnes ni Pallas animaron
 la aguja entre sus manos celebrada
 que dava emulación al alta estrella,
 todas fundando con razón querella
 de nuestro tiempo las reparo unidas
 en tanto vencimiento reprimidas;
 del múrice en la concha mentirosos
 en lana se disponen los colores
 que de su sangre imitan tantas flores;
 los vientos presurosos
 del ave más veloz que peina el viento
 en dilatadas sumas
 hazen robos airosos de sus plumas,
 y en el mar desnudo de tan blancas perlas
 el Alva intenta en el clavel cogerlas,
 el cazador atento
 con sus amigos en el bosque fieles,
 sangrientas rova maltratadas pieles.*

¹³⁸ acopida

*Desiertas venas de quilate hermoso,
 la codicia ha dexado en oro y plata
 que aun no libra un abismo de sus manos;
 la tierra con el seno más piadoso
 quiso librarlas aunque voz de ingrata
 solícitos la aclamen los humanos,
 desentrañando están los más tiranos
 el corazón más duro que porfía,
 vence imposibles hasta en tierra fría;
 y suffriendo rendida y acossada,
 viendo que le violenta su decoro,
 revela en sus entrañas el tesoro;
 dexándola ultrajada
 triunfan del interés (¡qué vil intento!)
 después de un bien goçado
 que entre el desprecio (¡oh, infeliz estado!),
 visto en necesidad rostro halagüeño,
 después de la amistad, áspero ceño.
 ¡Oh humano pensamiento!,
 todo interés, todo codicia vana
 y todo sed de la ambición tirana.*

*Toma lugar la gula en su distrito,
 la vida ofrece en copas de esmeraldas
 acendrado color¹³⁹ en oro hermoso,
 triunfa de los sentidos apetito,
 tray oloroso néctar y a sus faldas
 todo manjar le dedicó vicioso
 en golfo, en playa, en lago más undoso,
 en torrente veloz pez inocente
 se avalanza a su muerte diligente,
 y selva por el hombre fatigada
 a cansancio le da triste tributo,
 a solo un gusto tan sangriento fructo
 la sazón preparada
 en variedad de ingenio preferido
 a la invención que imita,
 no estingue el hambre, no, sino la irrita
 y en limitado estanque está encerrado*

*con bullicio inocente más guardado,
pescado prevenido
que codicioso en el peligro intenta
que tenga gula puerto, no tormenta.*

*Unas en otras miro confundidas
al mismo exceso excessos añadiendo
en torpeça saçones ingeniosas
en la ocasión que el Can secando vidas,
fuerças con el León estava uniendo
por mostrarlas al mundo poderosas;
fimeras anticipa ponzoñosas
su ardiente natural, mas no se atreve,
en la bebida penetrar su nieve,
y tanto hielo entre el calor admiro,
que parece su sitio preparado
que debaxo del polo está plantado.
Por tu quietud suspiro,
¡oh, tú!, que estás a la risueña fuente
rompiendo sus cristales,
aljófar ya de frescos manantiales,
quando en dientes de guixas christalinas
de plata undosa reconoces minas,
la torpes gula miente,
pues en taça que el vicio la condena
goça más gloria quien alcança pena.*

Aplaudieron el Duque y Laura lo bien sentido grave de estos versos, que dexando la diversión de sus amorosos cuidados, habían atendido a Carlos con curiosidad. Y siendo eco a esta alavanza los demás que assistían a divertir también al Duque, le quisieron desvanecer con acciones en aplauso confuso, que por respecto no se dilatava en público. Pero Carlos, que vivía desconfiado en su fortuna, no quería persuadirse que tenía méritos para el menor reparo, estimando con modestia lo favorezido que se hallava y dando lugar a que proseguissen los demás asumptos, leyó Felicio estas décimas:

Rompido un espejo en manos de Celia

*Celia, templa tu rigor
si otra vez pide consejo
a la luna de su espejo,
el sol de su resplandor;
entre tan baliente ardor
no permitas vez alguna
discursos tan importuna
que engendren en sí aspereza,
que hace eclipse su tristeza
entre esse sol y esta luna.*

*A rayos tan inhumanos,
Celia, el espejo que ves,
sobervio se ve a tus pies
si humilde se vio en tus manos
con impulsos soberanos,
haviendo sido crisol
en tanta luz tu arrebol,
que cuerdo el cristal ha sido,
pues empiezas dividido
hizo mil soles de un sol.*

*De tan balientes azeros
el vidrio se vio ofendido,
si tus ojos le han rotpido
no lo escuses con agüeros.
¿De qué sirven tantos fieros,
Sol que tantos rayos gira,
si covarde se retira
ocultando la crueldad,
pues que niegas la verdad
si él confiessa su mentira?*

*Escusar pudo el rigor
del fuego que quiso ver,
pues si le dio el primer ser,
le da el peligro mayor.
Cerca de tanto esplendor
que en tus ojos conocí,
rotpido el cristal que vi
con amagos de pincel,*

*no te puedes ver en él
y él se puede ver en ti.*

Alexandro, que con desengaños de amor se querellava de su infeliz estrella, expressó su afecto con este soneto contra la esperanza:

SONETO

*Seguro del baivén de la mudanza,
gustoso entre mis penas me sustento,
que no hay más dicha que vivir esento
del infelize fin de la esperanza.*

*Quanto ceñida más de la tardanza
sin límite da buelo el pensamiento,
tanto una sombra¹⁴⁰, sueño, gloria o viento
se estima menos quanto más se alcanza.*

*Mientes, ¡oh tú!, que en la mayor fortuna,
siendo instante de un bien codizias verte
sediento de ambición tan importuna,
que mayor advertencia de mi suerte
presagio fue lo que lloré en la cuna,
que nazí en los umbrales de la muerte.*

Siguió el mismo assumpto¹⁴¹ Gerardo con este romanze, que entre todos no hubo cosa más airosa:

Avanillo verde desvanecido de las manos de Cloris

*Dulce Clori, hermoso hechizo
de tu vista me querello
a la justicia de Amor,
pues que sin causa me ha muerto.*

¹⁴⁰ un assombra

¹⁴¹ asiento

*Miré tus divinos ojos
quando con arpones negros
en el blanco de desdichas
hiço el ciego dios su acierto.*

*Tus niñas me dieron vida
con el más dulce veneno
y Amor también como niño
con travesuras me ha muerto.*

*Como han sembrado suspiros
mis bien nazidos deseos,
y como son ellos aire,
aire por el fruto tengo.*

*Juzgarás que estoy, serrana,
con el favor satisfecho
y no advertirás que el aire
encenderá más mi fuego.*

*Si en el aire de tus ojos
tienes prevenido el Cielo,
el aire de tus favores
mate el incendio del pecho.*

*Ya que esperanza me has dado,
no la fundes en el viento,
mas, ¡ay!, que de esta esperanza
temeroso desespero.*

*Si con la esperanza matas,
¿qué tendrá que hazer violento
un desengaño, pues ya
tan sin armas le veremos?*

*Todo es aire tus favores,
rigurosos son tus premios,
todo es viento mi esperanza
y al fin viviré muriendo.*

Y siguiendo Octavio airoso ingenio –y lo lograba con facilidad en las ocasiones que se le ofrecían–, dixo así a una dama, que lo había sido de muchos y puso por armas en su sepultura un armiño:

EPITAFIO

*En este mármor yaze Laura hermosa
sin presunción de que la Parca fiera
en la flor de su edad libre pudiera
trocar en lilio la purpúrea rosa.*

*Alcança de su vida tenebrosa
la luz quando en su muerte reverbera,
¿qué mucho que se abrevie la carrera
si va sin freno al daño presurosa?*

*Del vulgo, que el deleite ciego aclama
tomando blancas armas se asegura,
aunque su misma prevención la infama,
que en vano intenta con la insignia pura
de armiño casto desmentir su fama,
pues luce más opuesta a su blancura.*

Proseguió después Lisardo, ingenio cuerdo que se dexava llevar desta afición, con natural bizarro, siendo este romance el primer parto de su ingenio:

*Viento inquietava la grama
quando pinçeles de día
perficionando los campos
triumpho de flores admiran.*

*Hojosos álamos cercan
con animada armonía
los más risueños matizes
que los lexos iluminan.*

*Confusas hojas se oponen
en la ya pompa florida
sirviendo a rayos del sol
de menudas zelosías.*

*La vid en hermosas copas
de esmeraldas nos combida
con el néctar oloroso
que en verde agraz deposita;
tierna se enlaza en sus braços*

con apretadas caricias
 y para ser más hermosa
 el oro rubio se enriza,
 que bien parece en las plantas
 el mostrarse agradecidas,
 logrando el verde dichoso
 de la esperanza marchita.

Mas alentado un raudal,
 superiores fuerças cría,
 que por ser del mar vezino
 sobervio se precipita.

Calçando coturnos de oro
 con pies de plata corría,
 que si sus ondas aumenta
 es porque aumenta sus dichas.

A ver despeñado baja
 las sirenas en su orilla,
 nunca mucho costó poco,
 no hay interés sin codicia.

Admiré nuevas deidades
 sin prevenir tiranías,
 porque el rigor de unos ojos
 solicitó mis desdichas.

En tribunal christalino
 se dio sentencia en revista,
 que hubo junta de bellezas
 para quitarme la vida.

Piedad de su mano espero,
 tanto cielo hará justicia,
 que tan buenos pareceres
 es imposible la impidan.

Firmó la sentencia un ángel,
 que con tan tiranas firmas,
 quando llegue a ser piadosa
 de más firme se acredita.

La que fácilmente quiere
 con facilidad olvida,
 que son prueba los desdenes
 para acrisolar las dichas.

El Sol se escondió, que quando

hay ventajas conocidas,
el retiro vale más
que la batalla vencida.

Aprendiendo a ser hermosas,
nuevas colores matizan,
pero Flora entre sus flores
es Sol entre estrellas fixas.

No admite no competencia,
que si es su gracia infinita,
cuerdas fueron en rendirse
que assí su beldad animan.

Como sus manos son nieve,
rosa fue desvanecida
la que por blanca se ausenta
y descende fugitiva.

Retirada en tal opuesto
casi la advertí encendida,
ya por su propia vergüença,
ya por agena malicia.

¿Qué mucho?, que breve flor
que fácil se ve marchita,
tanto la consume el fuego,
si tanto abrasan sus iras.

En tan ardiente escarmiento
no más, no más fantasías,
que importará poco el llanto
quando descubren cenizas.

Bolví la rosa a su mano,
que culpó mi grossería
y castigó mi ignorancia
risueña con admitirla.

Más favorable mi suerte
se dio en ocasión precisa
que se dehojó la flor
para ver mi covardía.

Quedeme con las dos hojas
que son alma de mis dichas,
mas como son hojas blancas
harán en mí nueva herida.

A Fabio le dio el Duque en assumpto que pintasse a Eneas buscando su esposa en el fuego, que todos atendieron con gusto por hazer lisonja a tan buena elección:

MADRIGAL

*Perdiendo la quietud, hallando el daño,
llama (sedienta de su propia muerte)
examina el troyano valeroso
no atendiendo al rigor de adversa suerte,
el deseo resiste al desengaño,
no teme el fuego ya que riguroso
le excede el amoroso
no en sus cenizas viéndole deshecho,
que de amor encendido
quanto más arde menos satisfecho
busca su bien perdido,
sin reparar que en vano se previene
pues busca el alma que en su pecho tiene.*

Ludovico siguió después con este soneto a la hermosura de una boca, que por ser no de los menores ingenios, todos estuvieron pendientes de su voz:

SONETO

*Amor dispara al campo de velleza
y acierta con el yerro en su blancura,
brotada sangre vaña la llanura
que en perlas le nevó naturaleza.
Admira lastimado con terneza
belleza herida boca en tal pintura,
corto es el espacio, grande la hermosura
mezclando en su beldad tanta aspereza.
Siente ciego el rapaz la breve boca
que qual lanzeta mira por su efeto
acude con la venda a tal sangría,*

*mas como ven sus ojos que le apoca
su vista un Sol a rayos tan sujeto,
ciego quiere vivir con su porfía.*

Solamente Liseno había quedado sin assumpto, y por no desagradarle, el Duque le mandó que dixesse algunos versos, aunque no fuesen propios, que con buen aire recitó estas liras:

El doctor Gerónimo Meli Escarchoni hace sentidas ponderaciones en la muerte de una dama muy hermosa

LIRAS

*Ya tus bellos zafiros,
ya el cielo en cifra, ya las luzes bellas,
Clori, que a mil suspiros
provocaron al sol, ya tus estrellas,
(¡oh, lamentable suerte!),
cerró la Parca y eclipsó la muerte.*

*El cielo de la tierra
cubre de un mármol la tiniebla obscura,
angosta losa encierra
un portentoso monstruo de hermosura,
y el fuego de Cupido
yaze en tristes cenizas convertido.*

*Del precioso tesoro
de un sur de perlas, de las vivas rosas
de los rubíes, del oro
que compusieron partes tan hermosas,
un túmulo pequeño,
un insensible mármol queda dueño.
Dulces, ricas ruinas
de un soberbio edificio de hermosura,
de llanto eterno dignas,
destrozo vello de la muerte dura,
quién de Aretusa el caso
pudiera renovar en vuestro occaso.*

¿Cómo (¡ay, successo triste!)

*si eran tus ojos trono de la muerte
 morir, Clori, pudiste?
 ¿Cómo entregaste a aquesta débil suerte
 tus celestes despojos
 pudiendo prevenirla con los ojos?*

*Sin duda fue tu gusto
 rendirte de la Parca a la fiereza,
 Clori, que no era justo
 que el thesoro y la flor de tu belleza,
 armadas a tus daños
 robassen días y marchitassen años.*

*Si no es que aquesta flaca,
 este fatal inexecrable monstró
 a quien ninguno aplaca,
 contra la luz divina de tu rostro
 movió la fiera aljava
 porque el officio suyo la usurpava.*

*¡Ay!, prendas celestiales,
 milagrosos prodigios de belleza,
 al fin fuistes mortales,
 todo os comunicó naturaleza
 divino y soberano;
 solo, Clori, el morir tuviste humano.*

*Moriste, al fin, moriste
 y te uniste muriendo al Sol eterno
 de quien un rayo fuiste;
 dexaste en todos un dolor interno
 y en tu partida al cielo
 a Amor sin armas, sin belleza al suelo.*

*Llora en tristes endechas,
 postrado su poder el niño ciego,
 inútiles las flechas,
 sin fuerza el arco, sin ardor el fuego;
 pero Clori, mal digo,
 no llora Amor, que Amor murió contigo.*

*Al fin, Clori, bolviste
 a enriquezer de ti la impírea esfera
 de donde descendiste,
 ya mundos de cristal pisas ligera*

*y con tus luzes bellas
das agravios al Sol, al Cielo estrellas.
Entre incessables cantos
habitas ya la más excelsa rueda
de los cristales santos;
y aunque nos faltas, un consuelo queda,
que de tu sol difunto
en este Sol gozamos el trasunto.*

*Callar tú que perdiste
tan soberano bien, prenda tan alta,
funesto luto viste;
de tu gloria mayor llora la falta
y en una misma pira
a Clori y al Amor, muertos suspira.*

*En el túmulo en tanto
que es el veril de prenda tan preciada,
este epitafio a llanto
mueva, aquí con las gracias sepultada
Clori del cielo yaze,
lo que compuso Amor, muerte deshaze.*

Generalmente se aplaudieron los versos, y el Duque dixo a Hipólita que ya sabía que era la obligada a darlos sazón con algún tono gustoso, que obedeciendo con mucho donaire, tomó una vigüela y cantó estas coplas:

COPLAS

*De su mal pagado amor
ninguno, Fabio, se quexe,
si hallándose desdichado
a los peligros se atreve.*

*Perdí el sentido adorando
aunque imposible parece,
dexe de tener sentido
quien tan bien sus males siente.*

*Déxeme vencer covarde
de hermosa Clori baliente,*

*que en los riesgos conocidos
no es cuerdo aquel que no teme.*

*Mas, ¡ay!, que sufriendo agravios
si los rigores me advierten,
quando adorare impossibles
es imposible atreverme,
y estando firme siempre
solo dudas me ofenden, no desdenes.*

DISCURSO OCTAVO¹⁴²

Cantó Hipólita con su voz apacibilíssima quando Laura, qui-riendo ver la carta de Lavinia, su prima, la empezó a leer entre sí y a encenderse su rostro, mezclando entre su nieve, hermosa escarlata. El Duque, que hizo reparo de su mudanza, cogiéndole el papel de sus manos, dixo:

–Deve de ser la respuesta de mi prima, que tan escrupulosa vive de Hipólita.

–Este papel –acudió luego Laura– me ha dado Carlos y he es-trañado lo que en él se encierra. Veamos, Duque, ¿qué misterio es este?

Y el Duque, demudado el semblante, con voz algo turbada, leyó así:

PAPEL

Señora mía, no me podéis culpar de desalumbrado si a las luzes de vuestra belleza me atrevo de esta suerte; a vos propia os podéis hazer cargos, pues me han ocasionado vuestros donaires a resolución tan amorosa. Mi estrella infelize me ha condenado a tan suave yugo, dándome a beber en vuestros ojos tan sabroso hechizo. Mi fin es amar solamente, el premio que codizio es el ser entendido, que con estas glorias, entre mis penas viviré gustoso, y habiéndooos elegido por dueño de mis pensamientos y amándoos tan firme, qué mayor sobervia puede tener un alma.

Dios os guarde.

–Divirtidíssimo anda estos días Carlos –dixo el Duque–, muchos errores haze su inadvertencia, y son tantos, que a mi pundo-nor no le conviene darse por entendido. Laura, reprehendedle severa y cobrad la carta de Lavinia, que ya me cansan tan amo-rosos divirtimientos. Y procurad cerrar la puerta a estas llanezas que se han introduzido, que así conviene a vuestro recato.

Y diciendo estas razones, el Duque vistió su agrado de severidad, retirándose a su cuarto, y quedando Laura en confusión amedrentada a la entereza de su esposo, a quien tan puntual le solicitava veneraciones.

Hipólita, que deseava ver a Laura sin la sombra del Duque para comunicarle la traversura del Forastero, rompiendo entre las dos la neme de su secreto y hallando sazón para conseguirlo, se encerraron en un camarín, y muy gustosa, Hipólita la dixo así:

–Operación ha hecho en Carlos, Laura, el zevo inquieto de mis ojos. Ya ha caído en la red amorosa este Mazías, ya muy a lo de Portugal se deshaze en ternuras y ya con demostraciones semejantes se dexa leer el incendio de su pecho en este villete que me ha dexado esta noche en las manos, con la mayor destreza que puedes imaginar. Y sacando el papel con alvoroço Hipólita, y Laura escuchando con modestia (que aún no había buuelto en sí del ceño escabroso del Duque), leyeron de esta suerte:

PAPEL

De la felicidad con que havéis concluido vuestro casamiento con la hermosa Laura, os doy muchas norabuenas, y el acierto de esta elección mereze justamente el premio que havéis adquirido con su belleza, pero me havéis de permitir que con la licencia que me da la edad que tengo y me confirma vuestra sangre, os advierta que en sus pocos años no habrá hecho las experiencias que en el mundo son necesarias para el reparo de sus daños. Y así por ahora, para evitar inconvenientes que no se pueden fiar a la pluma¹⁴³, conviene que le quitéis de su lado a Hipólita, que la licencia y desemboltura de su donaire es perjudicial a la honestidad de las costumbres de Laura, que aunque no desconfío de su valor, me ha parecido preveniroslo.

Dios os guarde.

Lavinia

¹⁴³ las plumas

Quedó Hipólita helada con lo que había leído, y en confusión no pudo levantar los ojos del papel, porque ignorava el error del Forastero. Pero Laura, aunque en su pesadumbre, no pudo dexar de (con media risa) decirle:

—En verdad que está Carlos picadísimo de vuestros ojos, bien ha caído en el zevo de vuestros donaires, pero para evitaros confusiones, havéis de saver que inadvertidamente varajó los papeles, y el amoroso me le entregó por orden del Duque, juzgando sería essa respuesta nezia. Y el Duque le ha visto y se ha retirado impaciente, no sé si con sospechas (que lo sentiría el alma, que tiene pundonor noble), y veo que tú has sido la dichosa, pues le has merecido.

Alentó Hipólita con estas razones, y vestida de enojo, dixo:

—No me ahogan, señora, semejantes prevenciones, que estas licencias las he copiado de España, que no son livertades (como dize Lavinia) sino donaires que las hijas de Italia no los han merecido. Y si tú quieres degenerar de quién eres con la ocasión de hallar tan mal empleada tu belleza, sin mi lado podrás conseguirlo y tú misma me estarás confessando esta verdad. Y para escusar escándalos y ocasiones que tus pocos años no han experimentado, yo me retiraré en casa de mis padres, pues que la desdicha me trata tan mal, aunque pierda las honras que me comunica tu grandeza.

Y sacando un lienzo, Hipólita enjugava algunas lágrimas que apaciguó Laura con agasajos, pues en su compañía consistía su gusto. Trataron de enfrenar las demostraciones que permitía el aldea con el Forastero, que saviendo el suceso, examinando su inadvertencia se bolví a querellar de su fortuna, pues tan poco firme estava en su raçonable estado, temeroso que se desembolviesse y que con sus duros contrastes empeçara a hacer nuevas suertes. Enfríose el Duque en proseguir el favor que le hacía, el Conde lo sentía con exceso, Laura y sus damas no se permitían en público, y el Forastero, retirado en sí mismo, pasava con profundas melancolías, representándosele de nuevo las memorias tristes del pasado tiempo con que vivía lastimada el alma penosamente.

Mucho tiempo se passó con silencio tanto, valiéndose Laura de remedios que le parecían poderosos para la disposición del feliz logro que estavan deseando, pues en tener sucessión consistía su ser, que nunca conoció el Duque podía faltar este

feliz successo por los años que le molestavan entonces, pues lo verde de su agilidad y robustez de su compassión ponían a raya al joven más doblado, el ánimo más fuerte y la naturaleza más sana. Pero viendo que los remedios humanos no facilitavan sus deseos, acudieron con precaciones a los divinos, librando en la celebración del culto divino la mayor ostentación de sus ánimos. Siendo estos encendidos afectos medianeros a tan solícito intento, no abriéndose la puerta a la gracia por entonces, por secretos juizios del Cielo, negando el Cielo¹⁴⁴ tan piadoso favor tan deseado, al Duque ya le oprimían achaques nacidos del poco gusto con que se alimentava; a Laura, melancólicas penas se le oponían, y tal vez atrevidas con alevosías a su belleza, describían en su¹⁴⁵ semblante penosos sentimientos.

Hipólita, pues, de sus pensamientos secretaria, viendo con aflicción a su hermosura y con descontento a su apacibilidad, intentó darle consuelo con su ingenio, traçando eficaz medio para desterrar de sus imaginaciones tan confusas sombras que le perturbavan sus divinos rayos, viéndolos ya medio confusos mal lineando la perfección de tantos donaires.

Consultava Laura su parecer con el espejo, pensando hallarle mejor que el que le dava; mas tal vez se admirava agradable y se desvanecía risueña, que aquel pequeño gusto de imaginarse hermosa restaurava lo perdido con sus sentimientos, que cría buena sangre la propria satisfacción. Hazía entre sí ponderaciones del dueño que la governava, que aunque el regalo y la carizia, la fineza y la ternura, lo halagüeño y lo apacible y el requiebro y la demonstración la obligavan a reconocer estimaciones tan justas, el ponderarle ya de tantos años, conducidores a tan impertinente desabrimiento de tan continuos achaques, la combatía terriblemente. Y más quando examinava en los jóvenes que cortejavan¹⁴⁶ a su esposo y cavalleros que le servían, y particularmente en el Forastero –que tan ventajosamente se señalava entre todos–, el tupho con el aliño, lo curioso con lo estremado, lo discreto con lo airoso, lo cortés con lo agudo y el brío con lo alentado, siendo todos poderosos enemigos a lo floreciente de su edad y a lo estremado de su opinión.

¹⁴⁴ à zelo

¹⁴⁵ sus

¹⁴⁶ cortesauan

Ingeniosamente Hipólita repetía la lección del consuelo, de arte para divertirla de tan extraños discursos, pero era de alquitrán el fuego que con el agua se encendía y se alimentava con su contrario. Conocía en la tierna esposa más ambición a hazienda que al recreo y gusto, y que sentía más la esterilidad presente en la esperança¹⁴⁷ poca de la successión, por la comodidad de la renta feliz que el Duque poseía prósperamente todos los años, que por el alborozo que se introduce con los hijos en sus estremadas sales y gustosas pesadumbres. Considerava la ya duquessa en Calabria su esposo hasta entonces inhábil en la fecundidad por sus muchos años, doblando el número los achaques que le tenían consumido y sujeto, pagando a su escasa salud pensión tan desabrida; Laura sin hazienda y sujeta a que un breve golpe de la muerte en su esposo el Duque la echasse a las puertas la destrucción, desvalida de deudos y con empeños oprimida, pues fiando del secreto su cuidado socorría a sus parientes del préstamo que vasallos poderosos la fiavan, porque aunque el Duque la tenía en adoración, no el amor llegava a hazer excessos desmonstrativos en materia de interés, porque imperava tiranamente la apretura en sus frías acciones y le helava las manos para que no condescendiesse con la voluntad que le comunicava con ternura.

Tenía Hipólita bívaz espíritu, airoso rostro, veinte y seis años, ingenio agudísimo autor de diabólicas sutilezas que divertían a Laura; solicitávanla por su donaire pícaro y condición traviessa mancebos poderosos, ya con dádivas, ya con méritos, ya con festejos. Tenía gusto Laura de ser testigo a estos galanteos, solo por poder gozar de la sombra del Forastero, con quien Hipólita mostrava corresponderse tiernamente, conque divertía sus penosas imaginaciones por estos passos disponiendo su ánimo bastante para el intento de Hipólita, que hallándolo un día con sazón su impulso atrevido, haziéndola prevenciones de silencio y perdón (si fuesse osada con demasiada licencia que se tomava en lo que quería revelarla, aunque desmentía toda sombra el zelo que la había governado hasta entonces, pues era hijo de amor desatado en afectos increíbles que la forçava), y Laura otorgando¹⁴⁸ a todo estos vínculos y leyes con que la conjutó tan

¹⁴⁷ speranza

¹⁴⁸ atorgando

mañosa, la dio silencio amigable. Y ella, sesuda y mesurada, la dixo desta suerte:

—Laura, señora amiga, perdona si este último título es atrevido a tu grandeza, que por haverse movido mi lengua del amor tan entrañable que te tengo, no me parecía que llegava a cumplir con sus leyes si no humanara mi estilo con tanta ternura. Yo soy Hipólita, hija de padres nobles, mi criança ha frissado con la tuya los años que la naturaleza nos doctó con el uso de la razón, y aun mucho antes eran nuestras cunas¹⁴⁹ vezinas por la comunicación que mi padre tenía con el Conde, aunque guárdandole el decoro por lo inferior que era justo. Nadie más que yo tenía causa para acudir al reparo de tantos disgustos, pues tantas vezes hallava tus ojos eclipsados con lágrimas, ocultando tan lastimoso extremo la dissimulación de una sazónada media risa, que más me enternecía que me engañava, favoreciendo el retiro de suerte que es ya pecar en condición intractable que no en acomulación¹⁵⁰ de virtud honesta. Todo el mundo me aclama tu privança, y así, valiéndome de favor tanto, tendré licencia de comunicarte un pensamiento que a los primeros passos que se me ofreció a mi idea, resistí valerosa y me defendí con maña, observando en tanta resistencia el divino sagrado de tu honor, que venero atenta y reconozco advertida. Hame combatido con asistencia tanta que dando a mi discurso apariencia de acierto, me rendí a su consentir atajada, que ahora pondero por superior milagro de mi ingenio por las conveniencias grandes de tu alivio, pues en él estriva quedar cómoda a tu calidad y méritos tan dignos de mayores grandezas. Después del nuevo estado del Duque, mi señor (que prospere el Cielo su vida), hállaste esposa suya combatida de disgustos, sin esperança, por su mucha edad, de sucesión en su estado, que siendo el más poderoso en Calabria, son tus sentimientos justos y abonadas tus penas. Pues faltando su vida, tan fácil accidente en tantos achaques, y muriendo sin declarar su ánimo en faburable cláusula de testamento, aunque en duda restauradora entonces destes cuidados sus parientes poderosos y mal affectos a tu persona, te llegarás a ver impossibilitada de remedio, anegada en desdichas, corriendo tormenta en golfo tanto de tus sentimientos, sin que peque-

¹⁴⁹ cuna

¹⁵⁰ acomulaciõ

ña esperança¹⁵¹ sirva de Santelmo, passados tantos rigores que pondrán tan a pique tu vida, quando salgas afortunadamente destes trances. Y aunque es verdad que lo estéril que te encarezió puede ser mentiroso –pues en el primer matrimonio que tu esposo el Duque mereció con la illustre Camila, que pisa tan virtuosamente el Cielo, acompañándola sus dos hermosos hijos, estrellas ya fixas en su divino asiento– y sesenta y seis años de su edad en su primera robustez no eran poderosos a desmentir estas esperanças, nos las anubla ahora la continuación de la enfermedad que le persigue, originada de sus penas, hijas bien ligítimas de su mucho discurso y cordura, de suerte que en la presente era es más seguro el daño que el provecho, el disgusto que el contento y lo estéril que lo fecundo. Quisiera (no sé si te lo diga) darte un arbitrio para que consigas tu deseo. Ya me lo premites, va de affición y voluntad, que en él estriva la máquina de tan superior estado. Testigos han de ser solamente el Cielo que lo ha de permitir, yo que lo he de traçar y tú que has de ser el todo deste intento para la execución feliz de mis deseos. En tener fruto de vendición estriva todo tu reparo, esto es constante. Dos cavalleros de los muchos que merecen servirte, secretamente me galantean¹⁵²; tal vez me muestran esquivo con el uno, favorable con el otro, zahareña en alguna ocasión; y otra, con halagüeños ojos dándoles tal vez risa; y tal, dándoles zeño, haziéndoles cara quando los reparo inclinados al retiro, llamándolos con reclamo al puesto (¡ay, rosa fullería en todo buen gusto!), porque muchas en este siglo nos pagamos deste género de vanidad o embeleco, damos ocasión con fingimiento incitando con leves¹⁵³ favorcillos. Y quando los advertimos picados del anzuelo, tiramos el sedal en seco y hazemos pesca de toda libertad, dexando sus esperanças marchitas, sus cuidados abrasándose, sus deseos en ayunas y sus almas en pena, acogiéndonos después al fuerte de nuestro honor, a la defensa de nuestro recato y retiro, falsa y mal imaginada treta para la honra, pues la opinión es la que alega en su abono o fiscaliza rigurosa, que aunque la virtud esté encumbrada con secretos exemplos, si lo aparente es desembuelto y libre, es para con el

¹⁵¹ speranza

¹⁵² galantea

¹⁵³ lucces

mundo mal pleito, majar para la mormuración, engendrando efecto de lo que se ofrece con la apariencia. ¡Oh cuántas, Laura, oh cuántas!, tiniendo sepultadas en el secreto sus demasías y vanidades, profanando viles el tálamo de su esposo, el mundo las¹⁵⁴ venera por castas y puras; y otras, observando en el secreto las leyes y preceptos del honor, la publicidad las condena por libres y las acusa reos. En efecto, uno¹⁵⁵ destes jóvenes me solicita puntual, cobrando en esperanças parte de sus finezas y ternuras, que ha tenido por seguras en los años que me solicita, siglos dilatadísimos para sus abrasados deseos. Yo, con tu licencia, quiero una noche darle entrada en mi estancia, en donde oculta te he de prevenir con silencio, de suerte que él se imagine hablar conmigo. Y tú, a sus razones muda le responderás a tu gusto, que tampoco he de permitir que le conozcas, que en este género de secreto ha de estrivar el goço que verás tan dilatado en tan dichoso efecto. Árduo parece a los principios el bien, bien evidente se te muestra; mi atrevimiento harto disculpable será a tus ojos, pues inclinado a tu comodidad, arriesgo mi opinión –que quedará en la deste joven que mereciere esta suerte, ignorándola, destruida para siempre–, dando cargos de fácil a mi arbitrio, perdiendo yo, voluntaria, lo que ganarás permitida a esta traça. El Cielo podrá ser que con esta diligencia te dé logro de tu deseo, consiguiendo con ella tus comodidades, tus placeres, y al fin, tu universal remedio. ¡Ea!, esto se ha de hazer, esto se ha de executar, mi señora. No empecemos con honores y recatos que el silencio lo sepulta todo felizmente. Un mes, veinte días y diez y siete horas (que tan menudamente lo he lineado en mi imaginación) ha que me dura este combate. Si has de dar bella a la resolución en mar de tu peregrina belleza, ha de ser imaginándote en próspero puerto. Ya me respondes con lágrimas en los ojos que si esto es hecho, esto es saver obligar y esto saver servirte, arriesgando mi vida y más, que es el honor, por tu reparo y precisa comodidad.

Todo fue uno cerrar con persuasibles razones su largo discurso y coger a Laura sus manos, besándoselas tiernamente, ayudándole también con algún rendimiento tierno a su condición encogida y vergüençã retirada, facilitando tan nueva resolución

¹⁵⁴ los

¹⁵⁵ unos

persuasiones poderosas que la condujeron a la sugestión más modesta y a la desemboltura más libre.

—¡Ay, —le decía—, mi señora!, ¿y quién ha de ser el feliz que llegue a manusear esta nieve, encendiéndose más a los rayos de su albor que a los del planeta más rubio, que bivifica las plantas y anima las flores? ¿Quién entre estas pellas de manteca se ha de regalar dulce y deleitarse ufano con tanta gloria, que es mentira todo el alabastro y jazmín que finge el hipérbole más loco? ¿Y quién en su torneado cristal ha de enlazar amoroso sus dedos? ¿Quién en tal hermoso búcaro de clavel ha de beber sazones y chupar sales? ¿Y quién en suave rendimiento ha de librar la mayor elevación de sus sentidos dulcemente absorto en tan entretenido encanto? No puede haver mayor belleza que la tuya, ni tan floridos años tan mal logrados en empleo, ni tan lucidos en donaires, lastimándome tiernamente de tu infelice suerte. ¿Essa gracia, esse hechizo de tus ojos, essa perfección de tu semblante en poder de sesenta y seis años? No, mi amiga; no, señora, no pasaré por tal. Y después sin successión, que es el último valimiento en donde con esperanças felices estriva el colmo de tus aumentos y la nata de tus comocidades. ¡Ay!, no lo imagines; por tus ojos biva mi ingenio mil vezes, que en su agudeça se funda toda tu restauración de que me has de dar las gracias muy presto.

Tan baliente fue este encanto, tan imperioso este hechizo y tan biolento este veneno que, haziendo operación en el ánimo más descuidado, en el recato más honesto, en el discurso más confuso que posseyó hermosura y animó donaire, dio con todo en tierra, sepultando en abismo de errores el sagrado divino de su honor sin mácula. Otorgó callando Laura al vil consejo de la dañosa secretaria, que la conjuró tan bárvaramente, bistiendo su razón de apariencia y alimentándola con engaños, permitiéndose al consejo fácil y ocupando la pieza prevenida atropelladamente, dexó Laura hazer triumphos a la malicia, beviendo algunas lágrimas, poner imperio al engaño y en cautiverio triste su pundonor y vergüença, que después fiscales la hazían guerra con ásperos discursos que la afligían penosamente.

Y viendo Hipólita que Carlos era el más antiguo en su galanteo y que Laura se le había inclinado con tantas muestras de voluntad, le dispuso para que aquella noche gozasse en tan soberana dicha los brazos de la Duquessa, y tan sin imaginarlo

gloria tanta, juzgando hallarse en los suyos. Y entrando Carlos gozoso a poseer tan sazónada ocasión, previniéndole que no hablase palabra pues no hallaría respuesta, con excusa de que no fuesen sentidos de los Duques, que en otra pieza más adentro le dio a entender tenían su estancia porque Laura y Carlos no se conociese el uno al otro. Halló Carlos el cuarto sin luzes, y dudoso a qué parte inclinaría su intento, oyendo rumor cerca de su persona, con modestia en sus acciones, con respeto en sus pasos y con voz amorosa en su ternura, decía:

—Mi bien, Hipólita, ¿ahora tanto recato habiendo sido tan dichoso, tanto rezelo siendo tan favorecido? No lo permitan tus donaires; corre el revozo a tu vergüenza, y pues ningún testigo nos fiscaliza vitorioso, el alma goze su mayor triumpho en tu rendimiento.

Estas razones iba diciendo Carlos tan tiernamente vizarro, tan cortésmente carizoso que Laura se permitió voluntaria a que se enlazase de sus brazos blandamente halagüeño, aunque dudando en la voz si era el Forastero el libre rovador de tanta dicha, por llegar estas razones confusamente a los oídos de Laura. Con acciones turbadas, con forzexas de poca fuerza, con resistencias déviles, con quejas mal entendidas por no ser articuladas, cayó toda aquella máquina de su belleza en tierra, gozando Carlos tan hermoso Cielo en ella.

Y dulzemente entretenido, manuseando la nieve de sus manos, puniéndoselas en la voca mil veces, le sacó de ellas una sortija de unas memorias de diamantes que el Duque la dio el día de su desposorio. Para blasonar en su fineza de puntual en solicitarle prendas que las estimava por favor divino de su dueño, quiso insistir en su desemboltura libre con más valor que al principio. Reconoció en la Laura sudor helado que vañava su hermosura y con fe que era Hipólita, la llamava tierno y la solicitava cuidadoso, temiendo el accidente que después examinó en el alboroto del palacio.

A la fatiga descompuesta con que Carlos la alentava en su desmayo, acertó el Duque a entrar en un camarín que tenía puerta a esta estancia. Y estrañando rumor en lugar tan seguro, tomó una bugía de un bufete y con una llave maestra entró a examinarle, a cuya resolución Carlos, atropelladamente fugitivo, se retiró al instante, porque no le hicieran cargos de mal seguro en la fidelidad de la casa. Halló el Duque a su esposa vañada en nie-

ve pura, depuestos¹⁵⁶ los tirios claveles de su rostro, descansando su cuerpo en una alombrilla de felpa con descompostura mal aliñado, sus rizos atropelladamente dispuestos y últimamente sin sentido la que por sentir tanto se enagenó de aquella suerte. Dio voces el Duque, acudió Hipólita, lastimávase del accidente de Laura, que ya con más seguro acuerdo enternecida, hacía cargos a su secretaria de su determinación resuelta.

Alvorotose la familia, acudió Carlos, y viéndole la Duquesa, llamó otra vez al desaliento angustiosamente, querellosa de su infelicidad, sin poder reprimir pasiones del ánimo que la hacían tanta guerra a su pecho. Y teniendo el Duque de las manos a Laura, le echó menos la sortija que había sido prenda suya y se la dio por memorias de su amor. Y por no molestarla con aquel cuidado, desentendido de él, le fio de la disimulación, atribuyendo el retiro de su esposa a estancia tan poca habitada a la prolixa pena de la melancolía que la había venzido.

Quedó suspenso Carlos hallando a la Duquesa en el lugar mismo en que a su juicio se dexó comunicar Hipólita con tan licenciosa travessura, pero no hizo mucha fuerza su pensamiento en otro discurso, sino en el rezelo no los hubiese escuchado en su delito. Y hallándose todos en estas suspensiones, reconoció menos Carlos la sortija que juzgó ser de Hipólita, pues por descuido se le cayó de su mano en el tropel de su retiro, y saliendo a examinar en dónde se pudo haver caído, con inadvertencia de que le notassen su cuidado tan repentino, Laura engendró más firmes sospechas de que el Forastero hubiese conozido el engaño y rastreado, por haverla hallado en aquella misma pieza en donde alevosamente hizo triumphos de su voluntad, con nuevas fatigas se querellava de su desdicha, acusando impaciente a Hipólita que había sido la causa de tan infeliz aunque logrado efecto. Y con hermosas demostraciones, eclipsando dulzemente sus ojos en mil ternuras nacidas con mucha verdad del corazón, se retiró a su quarto con su¹⁵⁷ esposo, que con apacibles carizias le solicitava agrados sin apurar de dónde nazía tan estraño accidente.

Lisardo, un camerero del Duque, tubo por suerte hallar la sortija perdida de Carlos a la entrada del jardín por donde hiço su

¹⁵⁶ depustos

¹⁵⁷ sus

hermoso rovo, y sin conocimiento que pudiese ser de la Duquessa, sin género de recato se luzió con ella con el mismo desenfado que antes assistiendo al Duque en la puntualidad de su servicio, que reconociendo en las manos de Lisardo la prenda de su esposa y advertirle mozo, galán y entendido, y el verse tan oprimido de años y de achaques, le perturbó su pecho una mal nacida sospecha de zelos, que le empezó a inquietar el ánimo mal seguro con que vivía, temiendo por favor lo que no fue ni aun sombra de malicia.

Laura, que echó menos la sortija de su mano y juzgó por constante que Carlos se la había usurpado juntamente con la más preciosa joya de su honor, quiriendo desmentir el ser suya y la sospecha que podía tener por haverla hallado en aquella misma estancia, se resolvió con deligencia enmendar el desacierto de esta suerte, pues el Duque, viéndola ya con sosiego en su achaque, se retiró a otro camarín en donde passava lo más del tiempo con sus amigos mudos en estudioso exercicio divertido. Y hallándose Laura sola, quiso desde luego valerse de esta prevención, que fue llamar a Lisardo, y sin ningún testigo que los azechasse, le dixo:

—Bien savéis el decoro que se deve a esta casa y el respeto que se ha de guardar a mi honor, que el de mis damas es proprio mío. Bien savéis, Lisardo, lo que Carlos deve a mi padre el Conde, pues por su apoyo, aunque él mereze tanto, el Duque mi señor le da tantas honras en los aumentos que ha conseguido después que está en nuestra casa. Bien savéis quán poco ha savido con reconocimiento tener memoria de estos beneficios, por lo divertido que se ha portado en sus escusados galanteos, pues con tan públicas demostraciones ha hecho agravios a su natural, a la fe de español, que tan puntuales suelen ser en sus seguras lealtades. Y ha llegado a tanto esta insolencia que Carlos, con atrevimiento libre, a una donzella de las de mi casa la ha dado inquietudes con tanto extremo que no sé si os diga que anoche a mis oídos la ha quitado el honor. Y porque Carlos conozca que tengo bastante noticia de sus livertades, una sortija que le quitó de su mano será fiel testigo en sus memorias de la ingratitud de su villano pecho. Y estos sentimientos me han llevado a tanto extremo que pensé anoche, en aquel accidente que me sobrevino, perder la vida. Tanto puede, Lisardo, un agravio en el pun-donor. Dadle razón de las advertencias que os doy, diziéndole

que se guarde de la severidad del Duque, mi señor, y de la de mi padre, que en ella irá revozado el castigo que su corta suerte le amenaza. Vuestro medio será poderoso a enmienda semejante, pues la confianza que hago de vos, quiériendoos tan bien, os ha de obligar a que afectuoso le déis noticia de esse pensamiento.

Hasta aquí llegava la duquesa Laura con su prevención quando, a las últimas razones, el Duque fue a entrar en su estancia. Y hallándola ocupada con Lisardo, de quien vivía tan escrupuloso, y que con recato se comunicavan, la una rodilla en tierra con secreto, pendiente del oído de su esposa, que fiava su cuerpo de una camilla de baquera, para aligerar en su descanso el rigor que la atropellava su hermosura, se detubo a la puerta y oyó suplicar las razones de quererle tan bien, de la confianza que hacía de su persona, que fueron las que bien entendidas se calificaron por nezas en su pundonor y respeto.

Aquí le dio más vatería al alma este riesgo, esta ocasión tan aparente, pues hallava por novedad el que en su quarto y tan sin testigo se comunicasse entre secretos con Lisardo. Fueron más expuestas las apariencias del anillo, más constantes sus imaginaciones, más seguros sus rezelos, más firmes sus dudas, más averiguadas sus sospechas, con que se ardía en su dissimulación sin fiarse de sí proprio en discursos tan prolixamente violentos.

Entró el Duque, hallolos en el último fin de su recato, preguntó a Laura qué dezía a Lisardo, halló por respuesta turbación que atestiguava su delito, examinó a Lisardo, inquiriole lo que comunicava con Laura, halló atajo grande que le dio suspensiones importunas, y acavando de beber el veneno de los zelos en vaso tan penado, se retiró en sí mismo dando con profundas melancolías satisfacción a la quexa que tenía de su suerte.

Y no quedando Laura con satisfacción de la deligencia que hizo con Lisardo para desmentir la menor sospecha que pudiera haverse engendrado en el Forastero, quiriendo repetirla segunda vez con el mismo recato, vio la misma sortija en sus manos, con que la suspensión hizo su officio elevándose su discurso si acaso había sido Lisardo el que había hecho gozo de tan sabrosa noche, dexando en perplexidad el conocimiento que hizo de la voz del Forastero, quando blandamente afectuoso la solicitava su belleza entre tantas ternuras, dexando también esta ocasión a todos entre turbaciones atajados entre dudas confusos, entre suspensiones indecisos.

¡Oh, cuántas inocencias puras!, ¡oh, cuántos ánimos quietos perturba el rexalgar de una continuación al oído ciegamente repetida de una enemiga forçosa!, que con lento passo pone al alma más honesta fuego, desluciendo toda voluntad indecisa, rindiendo todo honor sagrado y maltratando toda costumbre devota. ¡Oh, cuántas no cayera si no tropezara en este derrumbadero de inconvenientes!, destruidores tan alevosos del recato más retirado, de una virtud y de un sosiego que con sentimiento sencillo se porta en la soledad libre de sus imaginaciones. Y más, quando el ingenio no tiene defensa de discursos favorables que le aliente gallardo y le defienda opuesto. Mas, ¡ay!, que nos advierte la experiencia, en el mármol más duro, que fue alma un tiempo del seno más profundo de la tierra, y ahora, casi oppositor valiente de la immortalidad, despreciando con su duración soberbia eterno las leyes tan poderosas del tiempo, hazerle mella una continuación, una gotta de agua repetida, abriendo la boca para que aclame su desengaño en nuestra fragilidad humana, que tan blandamente a nuestro proprio interés cómodo nos permitimos fáciles.

Encendida en su misma vergüença, vomitando arrepentimientos estava Laura ahogada en su misma congoxa; torcíase sus blancas manos, arqueava las cejas, y con rostro ya pálido mostrava su sol hermosamente çahareño, ya con suspensión arrevatada, ya con advertimientos enternecida, retirándose al seno más remoto, a la más olvidada galería, temerosa quizá que los lienzos del pincel más sublime no revelassen su adulterio infame, y la curiosidad de los pequeños bultos de jaspe que hazían adorno a los nichos no los señalassen con el dedo. Tal vez Hipólita con donaires la entretenía, que ella con enfado no les dava el aplauso que otras vezes.

Passosse el tiempo, llegosse en el que podía tener conocimiento de lo que deseava, poco a poco fue averiguando sospechas que no se atrevió a revelar hasta tenerlas firmes, examínolas atenta y comunicolas con modestia y vergüença a su esposo el Duque, que mostrando alvoroço descompuesto en lo público, dava señas que en lo interior hazía excessos el alma en ocasión tan festiva de gozo, aunque la pena de su prolixo imaginar la tenía entre zelosas dudas oprimido, sin permitirle aliento para el menor desahogo en sus cuidados. Mas dexándose llevar tal vez del olvido entre lo importuno de sus zelos, con envelesamien-

to gustoso se entretenía considerándose ya con sucesión en su casa, que era el blanco de su primer cuidado.

Creció el afecto con el gusto, y felizmente a los nueve meses, que para el Duque fueron siglos, permitió el Cielo darle un ángel en un infante tierno, con que la alumbró el más bello que hasta entonces había dibuxado naturaleza. Divulgosse el alborozo por el pueblo, andava el contento por las calles loco, poblosse el palacio de parabienes, tan atropellados unos a otros que tal vez se dio respuesta solamente al semblante alegre, imaginándole ya manifiesto y comunicado, pagando con agasajos y correspondiendo con agravios risueños. Cantaron los templos festivos himnos, pues no podía mayor restauración ocasionarlos a menor exceso. Desapareciöse la noche en artificiosos fuegos que ponían en retiro a las estrellas, vergonçosas quizá que el humano ingenio borrarse atrevido sus divinas luzes; girándulas hermosamente en líneas de oro desatadas, formavan lucidos caracteres; perturbada la vista se vio entonces entre superiores artificios, con los átomos¹⁵⁸ del fuego de la piramidal llama, que ansiosa de su muerte la solicitava con su vida.

Dava aplauso este regozijo el numeroso tropel del vulgo que se deshazía en afectos forçados, más a esta demostración de la novedad y la bulla que de amor que le tenían al Duque, que aunque no era tirano, era severo y el castigo en su nombre era executado. Y la gracia era más atribuida a los ministros que la divulgavan que al príncipe que la concedía, que era señor más de su estado que de sus acciones, borrando lo que alcançava con pecho amable y condición benigna, con poca materia de estado en el gobierno de sus vassallos, que entre la¹⁵⁹ senzillez más humilde y al ánimo más doble, de digestión maliciosa pone en años de esclavitud una fingida risa de su dueño con artificio, que es engaño provechoso a la opinión y aumento. Y aunque conste a la malicia más aguda de que lo es, se hallan pagados los que se dexan llevar de la buena intención de que su dueño los quiere obligar por este género, satisfaciendo a los unos por ignorantes y a los otros por maliciosos, lucidos aplausos hazían ostentación célebre de tan superior goço, máquina sobervia se-

¹⁵⁸ atamos

¹⁵⁹ las

rán la más dilatada voz de la fama que se derramó por el reino con magestad grande.

Renovosse entonces la edad del Duque, y lo que antes había sido decrépito en humor malencólico, se reducía a vezes a juventud loçana, a no disimulada risa, eligiendo por mayor grandeça la descompostura de su persona que la modestia grave con que de artificio se vestía.

Permitieron al conde Lodovico, padre de Laura, que rompiesse la prisión de su necesidad, dándole a ella licencia para que con secreto la remitiesse en socorro diez mil ducados, que animó sus galas y alentó su familia y los lució bastantemente siendo testigo a esta grandeza.

Passose un año en tan feliz aumento de dicha, que le aguló repentinamente un violento golpe que echó por tierra tan saçonados gustos, quitándole la vida al Duque un accidente venenoso nacido de sus prolixas imaginaciones, que en lo íntimo del alma engendró tan malicioso tósigo con la inquietud de sus zelos que en quatro días le dio sepultura sin prevenir que los récipes solícitos llamados de la diligencia y dinero hizieran execución con los votes, ya que no de lança de votica, más mañosos a la destrucción que al reparo. Pero fuera más bárvaro el que se negara al error de los libros en que se aflan sus aceros y hierros que a los aciertos de la naturaleça, aunque tan constante fuera lo uno como lo otro.

Hiço el sentimiento su officio, la grandeza su ostentación y el tiempo, aunque en breve, su exceso, en que se consumían tan tristes memorias. Y Laura, más aliviada del luto, en secreto librava en pública estancia lo lóbrego de la demonstración tan forçosa quanto aborrecible. Dos meses se passaron, muerto su esposo el Duque, sustentados de los suspiros y lágrimas de la familia; y al fin dellos, quedó combatida Laura de la¹⁶⁰ mayor confusión que se le atrevió nunca, y fue el comprender con señas que iba averiguando sospechas segundas que le alteraron el alma con repentino susto. Comunicole con Hipólita y las dos ivan examinando esta verdad, dudavan lo más cierto y en la seguridad davan de ojos, quando bolvieron a repassar el engaño trazado, juzgando al Duque por estéril en su edad y achaques que le havían afligido tanto en vida. Pero el hallarse la Duquessa

tan adelante en su pensamiento, que le revelava en público lo aparente, y no haver dado segunda ocasión ni por voluntad ni por engaño, por el retiro vergonçoso de su condición honesta y encogida, atribuyeron tanta desorden en el peso de tantos años al goço del Duque, que renovó su edad y con robustez bivificó su salud, ocasionándole a que llamassen accidente lo que era propia naturaleza.

Publicosse la no prevenida segunda sospecha, renovaron los parientes el sentimiento con la consideración del goço que recibiría el difunto Duque con semejantes nuevas, llegó el parto y salió a luz (alumbrándola el Cielo) otro hermoso infante, pasándose en silencio el contento. Y casi la confusión viniera en público con demostraciones si no se enfrenara Laura, beviendo en vaso tan penado sus sentimientos, con la ponderación que el sucessor legítimo de aquel estado carezía de la herencia de su padre verdadero y el hijo mentido goçava la possession de él tan bárvaramente.

Fueron los dos creziendo y creziendo el ascua que tan ardiente operava en el sencillo corazón de la Duquesa, cobrando con los años más acuerdos y pagando al verdadero sentir más desbarazada fantasía para el conocimiento del delito del adulterio, robando tan conocidamente con usurpación el interés tan poderoso de aquel estado al que le aclamava en la cuna con ternuras, como pidiéndole por justicia al Cielo. ¡Oh, cuántas veces discursiva, oh, cuántas!, mas cuerda y advertida que fue entonces, entrava en consulta con sus pensamientos, haciendo al entendimiento juez de la causa y haciéndole cargos rigurosa, ya perdonándola benigna, pero quedando siempre en pie la primera dificultad que la oprimía en sus inquietudes, valiéndose para quietar su ánimo de hombres doctos, de que hazía elección por padres espirituales, revelándolos el caso y aclamando remedio. ¡Oh, cuántas veces vacilante y indecisa no quedava satisfecha del fruto más docto de los libros que exprimían sujetos considerables! Por una parte, hallava que no había medio más poderoso que llamar a la inclinación del hijo adulterino al religioso estado, porque vacando el lugar entrasse el verdadero sucessor, ocupándole libre dexándole con desahogo en confusiones tantas. Y para conseguir este fin necessitava de la revelación, desengañándole, que no le poseía legítimamente, haciendo la fuerça a que hiciera manifestación de su flaqueza,

cosa tan abominable a su respecto. Repetía entre sí este punto y le dilatava cuerda en esta forma:

—Cielos, ¿qué abismos son estos de confusiones en que me veo anegada, sin esperanza de remedio? ¿A mí forçarme ley natural y divina que revele a mi hijo mi desdicha y me acuse culpada, poniendo en evidente riesgo mi vida y mi honra, aclamándome infame y casi pidiendo el castigo que tan justamente merece mi vil facilidad, que me hace cargos? En el processo que me fulmina mi deshonra, ¿no es mayor daño arriesgar este peligro que atropellar esta usurpación? ¿No es de mayor precio la vida, la honra, el pundonor que el mayor interés que en sus venas nos ofrece la tierra? ¿La ley de la caridad no le fuerça, no le obliga a que padezca el daño sin querer satisfacción con otro más evidente? ¿Para conservación de la vida, en apretura necessitada, no es lícito detener lo ajeno? ¿Esto no es constante? Luego podré yo más fácil, advirtiendo este mismo riesgo, cometer el propio delicto dissimulando mi torpeça y permitiendo que este estado le possea el que no le merece y el que no le toca. Y assí como el necessitado puede valerse desta detención para el reparo de su vida, mejor podré yo —para conservarla, que tengo tan a pique de perder con infamia y deshonra— valerme desta dissimulación y reparar este daño tan advertido. Dos males me cercan, dos cordeles me ahogan: ocupación de lo ajeno, si no revelo mi torpeça; y propria infamia, si la saco a luz ciegamente. Luego he de elegir el menor por mayor acierto, tan inferior al otro quanto dista el honor de las riquezas. Y ansí, imaginación confusa, antes de evitar el daño de la propria infamia que de los agenos thesoros, y si yo he de publicar mi deshonra, goce, goce mil veces el hijo adulterino lo que no le toca: o honor sagrado o honor divino, tú me has de valer en tanto ahogamiento. Offendite atrevida, ya lo lloro y peno culpada; violé tres aras, manché tu pureza, rompí el más fuerte muro de la vergüenza con que te defendías valeroso, sin que fuesse osada espía alguna de las imaginaciones atentar el vado, examinar lo fácil y escudriñar lo menos resistible. Pero durmiose el alcaide de la fortaleza, entendimiento descuidado; entregaron las llaves enemigos ocultos de deseos, después de haver hecho fuerte operación la mina que boló tan impensadamente mi alvedrío, echando todo por tierra con destrucción tan poca reparada, que antes la vi executada que temida, quedando en tan confuso caos de confusiones que lo más cierto ponía en

duda, vistiéndose la verdad entonces de sombras que agora, por mi hado riguroso y por mi estrella poca benigna, se han corrido de suerte, porque la advierto tan desnuda que ella ha sido más justamente la corrida, y yo ignorantemente la alcanzada.

Con estas ansias, con estas congoxas aumentava sus penas la enternecida pasión de su desdicha, que su padre el Conde, haziéndola compañía después de difunto su esposo, procurava divertir con Fílida, prima de Laura y hija de Lavinia. Para cuyo effecto la conduxo a que en su misma estancia la hiziesse lado, pesquisidores las dos de sus tristezas, que la desterravan de todo género de gusto y entretenida complacencia, para cuyo effecto permitió el Conde al Forastero que algunas noches se dexasse comunicar con los donaires que solía un tiempo, pues con tanto recato desde entonces divertía su amoroso cuidado con los sainetes de Hipólita, de quien pensava haver hecho triumpho de su belleza en el engaño de Laura, que con tanta pasión le correspondía su estrella. Aunque la dissimulación desmentía tan tiernas fatigas que no podía ocultarlas su recato, y en una ocasión en que se halló más oprimida de importunas imaginaciones, rebentando el alma por los ojos sentimientos del pecho para hazer diversión a estos cuidados, su padre hizo que el Forastero recitasse con el alma que solía algunos versos, dando principio Hipólita para que se sazonnassen con esta letra que fio de la memoria y era parto del ingenio de Carlos a la indisposición que se atrevió con pequeño achaque a perturbar algunos rayos de la belleza de Laura. Dándole batalla a sangre y fuego, le picaron su vena para ligerar el accidente y nunca con más vena que entonces escribió su gusto.

*Haze efecto poderoso
en la Anaxarte más dura
el acero que procura
vencer por lo riguroso;
ríndela el pulso animoso,
pero apenas es vencida,
quando del golpe advertida,
como es su amor pedernal,
fuego enciende su cristal
por ser del azero herida.*

*Descubre los minerales
donde no hay igual tesoro
y por la vena del oro
se manifiestan corales;
a efectos tan celestiales
covardes fueran de Apeles
sus rethóricos pinzeles
con tan divino carmín,
si en un campo de jazmín,
nace fuente de claveles.*

Cantó Hipólita esta letra con la sal que acostumbrava y Carlos, encendido en su afecto, aunque le procurava reprimir con discursos cuerdos, hallándose en la ocasión con vizarra firmeza, se valía de ella haciéndole acuerdos a la duquesa Laura de sus continuos desvelos, de sus inquietas imaginaciones. Y en esta ocasión logró felizmente su intento, valiéndose de una fábula para deletrear la mayor verdad de su pecho abrasado, cifrando en ella su pensamiento amoroso. Y hablándola a los ojos lo que el alma dictava con el nombre fingido de Filena le dio descanso, solicitándola respiración grande con poner en zifra menudamente las dulces imaginaciones y amigables discursos con que se solía divirtir en sus sabrosas penas, con que tan gustoso se alimentava en sus cuidados tiernos. Y con alguna turbación en la voz y atajo en sus acciones, sin poder desmentir el encendimiento que le ardía, fio de esta ocasión el mayor lanze de su voluntad, leyendo con modestia de esta suerte:

A don Jorge de Castelví, cavallero del hábito de Alcántara,
señor de la governación del condado de Gozéano

En las flores de su ingenio de vuestra merced, en la primavera vizarra de su jubentud, se introduze mi espina; blandamente amorosa le solicita a vuestra merced agrado quando halla su descrédito en la aspereza. Dígalo el nombre que nos avisa zeño, honrada presunción la disculpa en tantos alientos, si grossera se reprehende a sí¹⁶¹ misma. Pero pues ya se califica con su atreverse licencioso, hallándose en sus manos de vuestra merced, no con desdén la trate, pues con amagos de aguda save conozer el apoyo que tiene en ellas, defendiéndose casi con sobervia de los malintencionados¹⁶².

Guarde Nuestro Señor a vuestra merced.

*Su mayor servidor de vuestra merced,
Jacinto Arnal de Bolea*

¹⁶¹ assi

¹⁶² mal; intencionados

ESPINA AMOROSA

*Salve, Filena hermosa,
crédito, aplauso, honor de la belleza,
afrenta de la rosa,
que siendo hija del Sol en su pureza,
manchando sus alvares
vergonçosos brotaron sus colores.*

*A ti, dulce veneno,
manjar del alma, encanto a los oídos,
en cuyas glorias peno,
goçando más sentido los sentidos,
salve mil vezes Flora,
vida del campo y alma de la Aurora.*

*De la espina picada
dolor cultiva Venus más sentida,
de las almas vengada
y de lo que sembró viéndose herida,
coje Amor entre enojos
por flor espinas y por fruto abrojos.*

*En su tierno rendirse
quiere que todos prueven de esta suerte
a lo que save herirse,
siendo el amor con su aspereza fuerte
en la pasión zelosa,
espina desde entonzes amorosa.*

*Unas hojas teñidas
quise poner en esas manos bellas
de púrpura encendidas,
quisiera en vez de flores darte estrellas,
que mi acción peregrina,
rosa quiso ofrecer quando es espina.*

*Si al tiempo desengaños
das en tu escuela en donde sus colores
en tan floridos años
en esta edad aprenden tantas flores,
a primavera hermosa
no le hará falta tan marchita rosa.*

*A sombra de tus luzes
mi ronca voz será sonora lira,*

Filena, pues que produces
 fértil estremos que este siglo admira,
 este raro milagro
 en tus celestes aras te consagro.

Advierte, pues, sintiendo
 cuánto está padeciendo quien amando
 va sus passos midiendo,
 si desdichas a un tiempo va contando,
 aclamando querella
 un infeliz contra su adversa estrella.

Marte, joven airoso,
 espejo su celada de los cielos,
 donde un maço pomposo,
 selva de plumas fue dándole zelos
 quando estas plumas bellas
 dan embaraço al Sol y a las estrellas.

Armado de diamante,
 ardiente emulación para los ojos,
 en su furor constante
 fuego y rigor brotavan sus despojos
 de los hombros pendiendo
 manto que luz en luz fue entretexiendo.

Con descuido aliñoso
 por un cendal de estremos guarnecido
 saca el braço nervioso,
 que el poder más gigante ha reprimido
 si en valeroso pecho
 tiene entre fuego el corazón deshecho.

Galán quanto valiente
 y feroz quanto amable se mostrava,
 que su furia consiente
 lo cortés y apacible quando dava
 a un mismo tiempo fuego
 ciego en las armas y en amor más çiego.

Cuerpo proporcionado,
 color trigueño pero nada hermoso,
 siendo con desenfado
 no fiero, no cruel, no temeroso,
 porque con loçanía
 alma del alma fue su vizarría.

*En un sitio opulento
ya de jazmín nevado, ya de rosa,
ya del clavel esento
en donde Citerea milagrosa,
si otro siglo bolviera,
fuera de fieras apacible fiera.*

*Del amor havitada
isla imperiosa fue, pompa lucida
del abril coronada,
de la mayor fragancia si ceñida
de tan varias colores
que estrellas son las que juraron flores.*

*Entró en Chipre animoso,
de unos furiosos celos incitado
que Febo luminoso
le despertó curioso en su cuidado,
y en tantos disfavores
fue aumentar un rigor a sus rigores.*

*Suspendiéndose al sueño
vio de zafir en túnica luciente
su semblante halagüeño,
pero con voz entera y eminente,
que su mal le advertía
quando al Cielo y al viento suspendía.*

*Esto repite Apolo:
«¿Por qué has de permitir en breves años
a un joven siendo solo
tú quien puedes causar tan graves daños?
Pertúrbale esta gloria,
hazle incapaz de tan feliz memoria.*

*»Tu vista solamente
dexarle puede en ira amedrentado,
mírale atentamente
que se verá en pavor tan castigado,
que en su temor vencido
antes de imaginado estará herido.*

*»¿Un feminil intento
se ha de atrever a tu feroz espada?
¿Un loco atrevimiento
ha de pensar con intención dañada*

vestirse del deseo
que has de lograr con tan feliz tropheo?

»Un Adonis villano
que su honor le reserva en la blancura?
¿Quién, con cándida mano,
crespado rizo, frígida hermosura,
en compuestas acciones
tiene depositados sus blasones?

»¿Este ha de ser osado,
sabiendo, pues, que en la menor victoria
es Venus tu cuidado,
blanco amoroso de tan dulce gloria?
Emprende tu defensa,
que aun la imaginación sirve de ofensa.»

Aquesto dixo quando
el joven belicoso enternecido,
en puro afeto blando,
atento vio lo que en confuso oído
tuvo por sombra vana,
lo que presagio fue de acción tirana.

Ya muriendo, ya amando,
con ternuras estava enterneciendo
(viendo un mármor llorando)
las piedras que su mal ivan sintiendo,
pero ya en un instante
cera se ablanda al Sol si fue diamante.

Ciego en elevaciones
mil sombras verifican pensamientos,
de mudadas acciones
ivan beviendo por su mal los vientos;
¿a quién, ¡ay, Dios!, no espanta
que le dé tanta luz, ceguedad tanta?

En fuego desatado,
mal herido de zelos sospechosos,
con tanta llama helado,
se vino a hallar en passos pressurosos;
si sol tanto ha tenido,
no me espanto que esté tan encendido.

De necio la ventura
adquirir pretendió, y entendimiento

*del que con su cordura
en su infeliz estrella coje viento
y alegre se entristece,
que el que fuere infeliz solo merece.*

*Quien ventura ha tenido
poco podrá llamarse venturoso,
quien desdichado ha sido,
este sí que merece ser dichoso,
que en este infeliz hado,
todos pensión tributan en su estado.*

*Adonis es divino,
«yo todo fiero», dize, «y el hermoso,
en todo peregrino
almas infunde, en todo pereçoso
vivo mas si grossero
no quiero dicha, no desdicha quiero.»*

*Venus le corresponde
en la margen risueña de una fuente,
ya en su pecho le esconde,
ya en su hermoso regaço le consiente,
ya llega, ya le toca,
ya comunican almas boca a boca.*

*Escucha, aguarda, espera,
padre piadoso advierte mi lamento.
¡Ay, Amor, quién pudiera
no sembrar en el aire tanto viento!,
que aun no del llanto enjuto
aire tendré por flor, aire por fruto.*

*Descanse el ay covarde
que en suspiros el alma ya contenta
del dolor haze alarde,
de su proprio morir está sedienta,
pero ¿qué intento ciego,
que tanto viento encenderá mi fuego?*

*Fuentecillas sonoras
copados ramos, enlaçadas yedras,
dulces aves canoras,
arenas de oro, cristalinas piedras,
prestad atento oído
al infeliz que más feliz ha sido.*

*Viéndose libre el alma
con tanta ociosidad dándole pena
ver sus penas en calma,
sin el remo de Amor y su cadena,
haziendo a sus cuidados
con más razón forçosos que forçados.*

*Agena, pues, del daño
que amenaçando está su tiranía,
sin el riesgo de engaño,
que entre flores hermosas áspid cría,
viviendo desta suerte,
muriendo estava por su propria muerte.*

*Quien de mal no ha savido
mal sabrá lo que es bien, mal su contento;
nadie feliz ha sido
si antes no supo lo que fue tormento,
porque el Amor ordena
nunca viva la gloria sin la pena.*

*Halleme descuidado
y nunca mi descuido cuidadoso
fue tanto, ni el cuidado
con tal cuidado por mi mal penoso,
pensando glorias siento
y siento que es verdugo el pensamiento.*

*Suspendime a unos ojos
ya graves, ya traviessos, ya tiranos;
en ellos beví enojos
y aunque fueron divinos son humanos,
si amorosos engañan
y cautivando libres desengañan.*

*Dos arcos celestiales
disparan flechas, con rigor intentan
que armas de Amor fatales,
con ethiophe luz rayos desmientan
diziendo en sus blasones
que armas de negros son arcos y arpones.*

*Vime absorto admirando
este raro milagro de hermosura,
suspenso examinando
tan valiente pinze, cuya pintura*

*el alma que tenía
mintió que no era suya, que era mía.*

*En Venus siempre he estado
quando no he estado en mí y aún vivo en ella,
porque el ser mi cuidado,
¡ay, Cielos!, no fue amor rigor de estrella,
que alma nunca ha tenido
si tan tiranamente me ha ofendido.*

*En un clavel dos hojas
de encendido carmín son animadas,
ya de vergüenza roxas
y ya de sangre por mi mal vañadas,
con cuyo indicio cierto
acusan a estas armas que me han muerto.*

*La Aurora vergonçosa,
solicitando el bien que siempre adoro,
niega a la honesta rosa
el tributo debido y en thesoro
guarda para cojerlas
en casa de coral menudas perlas.*

*Con susurro amoroso,
¿quién de esta breve flor abeja fuera?
¿Quién el néctar sabroso
en¹⁶³ tan pequeño búcaro beviera,
porque de aquesta suerte
vida me diera esta apacible muerte?*

*Lo que celan cortinas
dígalo Amor que tanto ha imaginado,
que prendas tan divinas
ciego por fe no más ha contemplado,
porque teme vencido
verse el amor de Venus mal herido.*

*Intacta nieve helada
en torneado cristal será cogida,
mas no que dilatada
por su estremado extremo más vertida,
dará en acción dichosa
emulación entre jazmín y rosa.*

Ya parece que veo
 (no es sombra, no ilusión, verdad ha sido)
 logrado mi deseo,
 dando gloria ente penas al sentido,
 quiero bolverme loco,
 pues el imaginar me cuesta poco.

No sé si todos sienten
 con este afecto o si fingiendo engañan,
 pienso que todos mienten,
 pues su esperança fácil desengañan,
 mas solo yo en mi llanto
 alegre vivo, que imagino tanto.

Contornos y perfiles
 ¡ay, Dios!, ya mira el alma por cendales,
 viendo como en viriles
 lo que tan ciego admiro en sus cristales,
 que por dura le toca
 ser aqueste cristal, cristal de roca.

Ya la toca el deseo,
 ¿qué de nieve?, ¿qué fuego?, ¿qué blancura?
 Ya gozo lo que veo,
 ¿qué dureza?, ¿qué yelo?, ¿qué blandura?
 Ser ya mármol quisiera,
 porque por ser tan dura piedra fuera.

Mil vezes la decía
 mi vista enternecida y amorosa:
 «¡Ay, dulce prenda mía!,
 ten alma solamente y ten piadosa
 lástima a mis sentidos,
 pues tantas almas tienes de vencidos.

»Si no ha estado en mi mano
 quererte bien, ¡oh, Venus!, y adorarte,
 solicitaré en vano
 el imposible cuerdo de olvidarte.
 Mucho a su dicha deve
 quien a tanta deidad tan bien se atreve.

»Y habiendo conocido
 que el alma en su imposible se entristece,
 me advierte mi sentido
 que mi amor solamente merece,

que aunque humilde le veo,
tiene mucho de noble mi deseo.

»¿Hay premio más divino
que merecer tan altos pensamientos?
¡Oh, glorioso destino!,
que aunque no tenga más merecimientos
que solo desearte,
puedo ya merecerte y alcançarte.»

Estas y otras raçones
(que siempre la raçón es propria mía)
en mis locas passiones,
moviéndola a piedad mi amor dezía,
manifestando enojos
que son muy vachilleres unos ojos.

Una vez me mirava
y otra con media risa divertida
la vista me apartava,
pero el alma en afecto dividida
con un ay descansando,
la vi en un ay perpetuo estar penando.

Viendo que Amor me ha muerto,
llamava sin querer a su justicia,
pero queriendo es cierto
que más codiciaré piedad propicia,
y quiriendo y amando,
piedad entre justicia voy buscando.

Mil vezes emprendía
vencer el impossible temeroso,
y quando me atrevía,
de mi vergüença estava vergonçoso,
que Amor quanto más siente,
es más covarde quanto más valiente.

Ya de un temor bañado
de fuego y yelo en veces repartido,
malogrando el cuidado
con que la vi en sentido sin sentido,
en afición tan loca
helada la raçón quedó en la boca.

El loco pensamiento
viendo aqieste impossible en mi amor loco,

ya cuerdo con su intento,
 estimava el favor y amor en poco;
 y quando me apartava,
 con mirarme amorosa me llamava.

En este estado, ¡ay, Cielo!,
 los zelos me han herido, o riguroso
 o prolixo desvelo,
 quán poco para el mal sois pereçoso;
 y en las glorias que pierdo,
 ¡oh, qué loco que fui quando fui cuerdo!

Ninguna el ser querida
 aborreció jamás o feliz hado
 o esperanza lucida,
 ¿qué mucho que mi muerte haya alcançado,
 si también la he seguido?
 Si fue Venus mi luz, su sombra he sido.

La voz fue suspendiendo
 en la afflicción mayor imaginando
 lo que fue mereciendo
 el émulo tirano quando amando,
 con tan tiernos abraços
 laço al cuello le ponen tantos laços.

De sí mismo zeloso,
 del árbol más enano recatado,
 con passo pereçoso
 advierte entre unas murtas su cuidado,
 pensando que en la alfombra
 en donde yace Adonis fue su sombra.

De tan feliz empleo
 no quisiera acordarse, ¡oh, cruel memoria!,
 pues su vano deseo,
 le representa lamentable historia;
 y en sus glorias penando
 lo que no quiere hallar iva buscando.

Detrás de unos laureles
 se quiso assegurar pues no atrevido
 el Sol a sus doseles
 en el verdor locano que ha tenido
 guarda su preheminiencia,
 pero este sol, ¿de quién tendrá clemencia?

*Sediento desta suerte
su daño solícita pressuroso,
que en alcançar la muerte,
quién con tal brevedad fue tan dichoso
quando loco buscava
el alma pura que en el pecho estava.*

*Assí Marte encubierto,
si se puede encubrir quien ama tanto,
mirava el bulto incierto
por una rama que bañava en llanto,
inquieta su sossiego,
que siempre sale el humo donde hay fuego.*

*En Venus los claveles
davan matiz a sus mexillas¹⁶⁴ roxas,
animando pinceles
dulce afán, suave ardor, leves congoxas,
que en su cansancio hermoso
aun lo cansado vino a ser dichoso.*

*Con bullicioso intento
cendales amorosos enlaçados
davan alas al viento,
prisión a amor, cuidado a los cuidados,
quando Venus dormida
de su sueño pendiente está una vida.*

*Laberinto de flores,
luzida confusión para sus faldas
sirve con sus colores
a un vellocino espesso de esmeraldas,
por donde cada día
atento el Sol la ve por¹⁶⁵ zelosía.*

*Pavellón amoroso
o ya dosel a despeñada fuente,
cuyo torrente undoso
plata fue desatada si eminente,
que corrida corría,
que otra plata más pura le vencía.*

Flora no tan hermosa

¹⁶⁴ maxillas

¹⁶⁵ per

se aliñó ni compuso con tal brío,
nunca más olorosa
depositó fragancia en el rocío,
ciñéndose enredadas
de risueño cristal bellas laçadas.

Soverbia despeñada
se despojó de todo lo sonoro,
pues se vio castigada
por perder el respecto a su decoro,
haviendo mormurado
que Venus sin razón la había afrentado.

Y hallándola este día,
dando sustento a su feliz memoria,
en la margen sombría
donde la amenidad sirvió de gloria
a las aves parleras,
dulcemente al oído lisonjeras.

En este, pues, airoso
lugar debido desembuelta estava,
que poco pereçoso
el aire fue pues quando retoçava
con su cavello esento,
afrenta tubo el Sol, lisonja el viento.

Inadvertido y ciego
en su descuido vio el mayor cuidado,
y por los ojos fuego
bevió el alma en el más feliz estado,
viendo en su hermoso dueño
grande belleça en un lugar pequeño.

¡Ay, Dios, y quién pudiera
repetir lo que vio!, pues luminoso
en soberana esfera,
nunca el Sol se mostró más amoroso,
logrando su cuidado
viéndose en pie tan vello, tan formado.

Saliendo poco a poco
el joven acercándose a su fuego,
con tantas glorias loco
quando entre tantas penas se ve ciego,

*en esta acción que advierte
su aliento teme porque no despierte.*

*Entre nieve quajada
nunca el coturno hermoso fue lucido,
laço fue su laçada,
prisión de amor donde se vio rendido,
viendo en su aliño hermoso
competir lo pequeño con lo airoso.*

*«Asombro peregrino»,
dixo, «que es más divino que aun humano;
la suerte me previno,
si Venus me da el pie tendré la mano;
y en las glorias que toco
ma ha dado pie para bolverme loco.»*

*En pie tan saçonado
(que no hay término baxo a igual transunto,
si tal premio ha goçado),
admira quatro puntos en un punto,
y aunque él fue su homicida
por puntos va cobrando nueva vida.*

*Abrió sus bellos ojos,
y viéndole testigo en su velleça,
mostró cuerdos enojos,
mezclando el rosicler con su pureça
rhetóricos pinceles
que hazen brotar entre jazmín claveles.*

*Quando en carmín bañada
la cortina corrió desta pintura,
con la nieve animada
de su mano cruel cuya hermosura
en vez de dar sossiego,
con la tirana nieve atizó el fuego.*

*Ya el efecto mostrava
de aquestos dos opuestos soberanos,
porque tal vez se helava
y tal vez con ardores inhumanos
en su fuego se ardía,
como era sol de rayos se valía.*

*Capote hecho a sus ojos
bien guarnecido del hermoso ceño,*

con zahareños enojos
 dulcemente enfadada vio a su dueño,
 y sin tener él culpa
 casi intentó covarde dar disculpa.

Levantose alterada
 para ser de sus ojos fugitiva,
 y aun mismo tiempo helada
 dexó en un ay profundo quexa viva,
 puniendo carmesíes
 las hojas matizadas con rubíes.

«¡Ay!», dixo lastimosa,
 «¡ay!, sin haver querido estoy picada.
 Oh, tú, cándida rosa,
 que de mi pura sangre estás vañada,
 yo la culpada he sido
 y a tu veldad colores le han salido.

»De vergüença vañando
 con la escarlata castidad divina
 casi mi honor culpando
 libre te veo, ¡oh, estrella que me inclina
 al riesgo despeñada!,
 pues no puedo negar que estoy picada.

»Coronada caveça
 imperios asegura en los abriles,
 quando naturaleça,
 arrojada en empeños varoniles,
 te da entre sus colores
 nombre de reina en vulgo de las flores.

»De púrpura olorosa
 vello aparato ofreces a la vista,
 tu guarda bellicosa
 aun con rayos del Sol tiene conquista,
 pensando en su defensa
 con tu sombra no más hazerle ofensa.

»Vizarra con tu suerte
 triunfo mayor tu vanidad codicia,
 no alavar, no ofenderte
 quiero, pues que pasión o ya malicia
 fuera en tanta porfia
 quiero callar, que tienes sangre mía.

»En esas blancas hojas
 quise escribir milagros de pureça
 que mis mexillas roxas
 pensaron tiro hazer a tu belleza,
 tus armas me han burlado,
 pues aunque en roxo, en blanco me he quedado».

Esto repitió quando
 con velo y nieve perturbó claveles
 del aljófár bañando
 su bello extremo dando a los pinceles
 ocasión amorosa
 para pintar el triunfo de una rosa.

Con donaires burlava
 el ceguezuelo dios de su lamento,
 que no se lastimava
 del ay profundo que animava el viento,
 y Venus, mal sentida,
 dos vezes se picó con esta herida.

«De hojas blancas, ¡ay, Cielo!,
 se hirió mi madre, pues está penando»,
 dixo el rapaz, «y en velo
 ya carmesí fatiga está mostrando,
 que entre dulce congoxa,
 valiente se ha picado de la hoja.

»En tierno humor bañado
 ¡ay, madre!, quán rendido y quán valiente
 por lograr su cuidado,
 si revestido de furor ardiente
 dexó el azero Marte,
 que solo tiene azeros para amarte.

Pintarla desmayada
 por hazaña mayor dexó a Cupido,
 pues belleza ganada
 tiene mayor en su color perdido,
 diciendo mi osadía
 no más de que una Venus parecía».

Entonces, pues, logrando
 el velígero dios piedad tan rara,
 afectuoso bañando
 en lágrimas la herida en que repara

por ver que Amor tan ciego
 hizo brotar por entre nieve fuego,
 dixo con voz temblante:
 «¡Oh, extremo del extremo más hermoso!,
 ¡oh, tú!, vasa constante,
 en donde estriva (nunca tan airoso)
 el milagro más raro
 que en dos columnas dan mármor a Paro,
 »poniéndole en mi boca
 tan grave nieve mitigando ardores
 mi ciega vista apoca,
 marchitando mis lavios sin ser flores,
 y en cándidos cristales
 ardor es ya lo que juzgué corales.

»Ya el clavel desatado
 en líquida corriente despedido,
 lo carmesí ha usurpado
 de su beldad, pero a sus pies rendido,
 temiendo su justicia,
 confiessa le ha cegado la codicia».

Su locura amorosa
 le hizo el labio cerrar quien habla tanto
 en acción tan dichosa,
 no quiere coger fruto de su llanto,
 que en amor tan ferviente
 quien habla más, aqúeste menos siente.

Con enlutados velos
 viendo a la hermosa Venus desmayada,
 los soberanos cielos
 en sentimiento dan color turbado,
 que viéndola tan bella
 la quieren lisonjear por ser estrella.

Mostrando el cielo saña,
 suspende los ríos y las fuentes,
 lágrimas la montaña
 derrite undosa, heladas las corrientes
 imitan las orcas,
 náyades, amadrias y napeas.

Con cendal amoroso
 llegó a curar la breve herida quando

*en su poder dichoso,
tiene un cielo que el cielo está embidiando,
y de codicia loco
fue el cendal levantando poco a poco.*

*Lo que atento mirava
él lo puede dezir pues que tan ciego
su bien solicitava,
solo podré dezir que puro fuego
mirava en nieve pura
rara beldad en monstruo de hermosura.*

*No sé si el desmayarse
fue milindre divino en su belleza,
o si quiso ajustarse
con el amor de Marte su entereça,
dando ocasión dichosa
para cortar de su jardín tal rosa.*

*¿Fue acaso fingimiento
para goçar en soledad amena
tan amoroso intento?
Vos lo podéis dezir, bella Filena,
¿o se mostró rendida
para que la curassen esta herida?*

*Ya os entiendo que suerte
es que finjáis en vuestro amor olvido,
vida dais con la muerte,
y aunque en honor fundadas hemos sido
con tal rigor culpados,
gustáis de atrevimientos saçonados.*

*Nueva vida cobraron
los que este susto con raçón sintieron
sus ojos se animaron,
que al tirano accidente se rindieron
y entre amorosos braços
se quiere dividir de estrechos lazos.*

*Un forcejo amoroso
al Cielo quexa mal articulada,
un defenderse airoso,
un ay divino en resistencia honrada,
con un blando quexido
en la cansada fuerça la han dormido.*

¿Agora sueño tanto?,
 ¿por qué os dormís si está vuestro enemigo
 rindiendo vuestro encanto
 siendo de sus hechizos fiel testigo?
 Goçando en sueño incierto
 gustó dormido y el pesar despierto.

«Tanta gloria en mis manos,
 tengo feliz, que casi no lo creo,
 despojos soberanos»,
 dize el amante, «aumentan mi deseo,
 y en tanto bien, mi dueño,
 vos sois la que dormís y yo el que sueño».

Unidas voluntades
 unidos goçan goços superiores
 en futuras edades,
 ¿quién mejor alcançó?, ¿quién sus temores
 tan bien desmienten zelos?
 Dígalo el campo, díganlo los Cielos.

Pues de infernales furias
 se vale con ponçoña, pues Alecto
 por rabiosas injurias
 haze de un javalí fatal efecto,
 quando espíritu ha sido
 que verde yerva en púrpura ha teñido.

¿Qué es esto dios guerrero?
 tú, que de los de Tracia venerado,
 ostentavas tan fiero
 furor y enojo en saña desatado,
 ¿feminiles desmayos
 se han atrevido a perturbar tus rayos?

Tú, que de bellicosa
 mano cruel ardientes rayos giras,
 ¿te abates a una rosa?
 ¿Qué humilde triunfo de la tierra miras,
 tú, que en armas feroces
 parto fuiste de guerras tan atroces?

Tú, que en tantos assombros
 fuiste la confusión, fuiste el estruendo,
 sustentando en tus hombros
 la máquina más bélica tiniendo

*imperio donde un monte
 da confuso terror al horizonte,
 tan rendido te miro
 en la quietud que abominavas tanto.
 ¿Uno y otro suspiro
 te ha de mover a lamentable llanto?
 Mas no me espanto, ¡ay, Cielos!,
 tanta es la fuerça del amor y zelos.*

*No teme red covarde
 que el ingenio sutil haze invisible
 quando el herrero alarde
 en su malicia muestra horror terrible,
 mas poco le aprovecha
 hazer verdad los que juzgó sospecha.*

*Por esta causa muerto,
 en ella vive sazonzando furias,
 engolfado en el puerto,
 en el mar del amar navega injurias,
 y aunque es tan a su costa,
 corre dichoso la amorosa costa.*

*Pero si un dios tan fuerte,
 que el ser deidad lo tiene por costumbre,
 llora su accerba muerte,
 goza inquietud, alcança pesadumbre,
 ¿qué podrá hacer¹⁶⁶ humano
 quien idolatra en un desdén tirano?*

*A sombra de esta espina
 quise copiar mil lanzes amorosos,
 a que el hado me inclina,
 infelizes tal vez, tal vez dichosos,
 pero advierte en tu duda
 que te puede picar no siendo aguda.*

*Tan purpúreos colores
 entre sus plantas Venus ha brotado,
 sirviéndole las flores
 para evitar empeño a mi cuidado,
 ocasión bien dichosa
 para que aquesta espina esté en tu rosa.*

*Rosa cándida y pura,
rosa que a Venus tanta afrenta has hecho
en dulce coyuntura,
sácame pur la espina de mi pecho,
pues mi estrella me inclina,
haz que parezca tuya aquesta espina.*

Tan tiernamente dulce leyó Carlos en esta fábula su pensamiento, delectándose en tan sabrosas imaginaciones el ardor que le había encendido que hizo poco la Duquessa en dexarse permitir a alguna centella, que no pudo la dissimulación ocultarla habiendo visto dibujado su amor y el de Carlos en la ternura de estos versos y en el afecto grande con que su fineza los había articulado, haciendo por instantes acuerdos a su imaginación del engaño de Hipólita, de donde le nacieron tantas confusiones que tan perturbada la tenían la salud y vida, sustentándose de tan molestas inquietudes que procurava desahogarse llamando al olvido que le dava tardo el socorro en su infeliz anhelo.

*DISCURSO NOVENO*¹⁶⁷

El alborozo en el Conde se mostrava con poca dissimulación, atento a sus dos nietos tan florecientes, con cuyo motivo rigurosamente avisava las penas de su querida hija, que en la ocasión, más suspensa y de alegría remota, sin prevenir de que por entonces se leía el regozijo en su semblante risueño que no podía ocultar. Aunque después del examen de la causa, se reconocía por justa y superior con la feliz dicha de la successión que los havia alentado tan impensadamente.

Fueron los dos garçones creciendo como en apuesta, mostrando Eduardo, que era el hijo legitimo del Duque, en bizarro natural una modestia tan señora de sus acciones como de su sangre, a un tiempo lidiando lo apacible con lo agradable, quedando tan iguales en su disputa que a ninguno se permitió el vencimiento, corriendo las dos tan felizes sus unidas parejas; y en César, que era el hijo engañoso y mentido, se mostrava que el Cielo le havia formado de diversa massa de impacientes costumbres y de una naturaleza que distava infinito de lo benigno de su hermano. Era poco inclinado a la paz de acciones libres, sin la observancia del decoro que a su madre se le devía, osado a sus ojos a maltratar a Eduardo por causas leves, con que se havia engendrado en el pecho de Laura, y que no aborrecimiento, desagrado, para no atenderle con ojos tan benévolos que al successor verdadero, que obligava con caricias y forçava con particular estrella a ser querido. Que no solamente la ley de hijo es poderosa a esta correspondencia, que aunque este título es benigno y amigable, siendo el amor movido no más de por naturaleza, es él forçoso a la obligación solamente, que hay hijos que son amigos y obligan con lisonjeros medios a que se passe de raya la voluntad y se acoja a la adoración, justa paga en tan amorosa deuda. Y assí, unos se hallan más bien queridos que otros, que esta es la fuerça de saver obligar, que aun este género de interés se atreve al paternal amor que deviera ser igual a todos y por respectos justos se modera la demonstración o se dilata con excessos.

Assistíale siempre gente religiosa, que con exemplares libros

y lecturas honestas le querían disponer para lograr felizmente el acertado intento de su madre, en que se portava con tan poco gusto que en lo zeñudo de su semblante se deletreava el no, bastantemente distinto a lo que intentavan con tantas veras. Y Eduardo, que era al que dexaron libre en sus determinaciones, por ser más modestas, moviendo la apacibilidad quieta de sus costumbres con aficiones militares para traerle a la sucession que le tocava con afectos virtuosos, se inclinava a lo que César aborrecía.

Y viéndose los dos juntos como en porfía, el uno a retroceder con alborotado¹⁶⁸ ánimo y el otro a passar adelante en sus honestos ejercicios, César le reprendió severo y le castigó con mesura que no incitasse a sus maestros a que con importunas prolixidades y grosserías necias le maltratassen con tanta violencia, que él era el duque y señor de aquel estado y no tenía necesidad de que le affligiessen con disgustos de instancias que hazía su hermano menor, y tan menor en todo, y le assistiessen tanto, sin dexarle alentar en sus passatiempos y gustos, que ya la paciencia ahogada en tanta desorden estava para reventar, echando todo aquella máquina por tierra.

Respondió Eduardo humilde a la querella de César, que con impaciencia rebolviendo su condición áspera y alebosa a una mal entendida respuesta de su hermano, alzó la mano en su rostro, sellando en él la mayor inhumanidad que vio inocencia, no haviéndole ocasionado a tan tirano exceso. Pero Eduardo, aunque de ochos años entonces, humilde y puntual en las leyes de la nobleza y mundo, olvidándose que era su hermano mayor la caveza de su casa el autor de aquella (entre estraños) infame des honra, y (entre hermanos) escusada impaciencia, no con amagos, con execución de crueldad, desnudando un puñal breve que por juego y galantería más que por adorno le permitió la duquessa Laura que ciñesse, y envainándole en el pecho de César con impulso honroso, con arrojamiento alentado y con corazón atrevido, fuente hizo emanar abundosa de desatada escarlata, por cuya pequeña boca habló entonces secretos juizios el Cielo, y por donde salió el alma tan atropelladamente que, a ser corpórea, muriera al salir en los filos que le dieron lugar a la huida tan impensadamente.

¹⁶⁸ alborotado

Perdió el sentido César, postrosse por tierra; helosse Eduardo, salió la Duquessa, y reconociendo por tan evidentes señas que había sido el agressor de aquel delicto tan acriminado el verdadero sucesor de su casa, y que de averiguarse tenía dos pérdidas, aunque de la primera no se lastimó mucho, teniendo el amor materno el lugar debido en tal ocasión, le quitó a Eduardo el puñal de la mano, pusósele en la del difunto joven, y con mañosa traza, empezó a dar voces a los de su familia, que el Duque, atropellándole la cólera para dar alcance a su hermano, había caído, y que el mismo había tomado muerte tan lastimosa con sus propias manos.

Bolvió en su acuerdo Eduardo, siguió la voz de la Duquesa, acudieron criados, poblosse la casa de gente, alborotosse la vezindad, creyeron el caso, lastimáronse de la desdicha y remedió el Cielo por tan estraño camino las penalidades en que la Duquessa se hallava, vadeando fácil el golfo y el abismo de tantas confusiones que le davan tormenta tan sin esperança¹⁶⁹ de remedio.

Fio de secreto Laura áspera reprehensión con que atemorizó a Eduardo, que confuso entre yelos no tenía recuerdo del temerario impulso que le gobernó entonces su brazo, dudando casi los dos la ejecución ciega que en suspensiones admiravan y con encanto resolvían. Conocida advertencia que el Cielo juez misterioso había sido por secretos juizios el autor de tan precipitado exceso, que en plancto continuo y en lacrimoso afecto se desatava Eduardo en ternuras, atormentándole memorias tristes de los malogrados años de César, pagando con sentimientos demostrativos su voluntad, que le ahogava en su consideración tiernamente.

¡Oh, incomprehensible juicio divino! Y quién se atreverá a romper la nema soberana de tan oculto misterio, escusando los ardides por este camino de tantos que se desogavan en solicitar medio para que no se usurpasse esta herencia. Que más de alguno la facilitava en el veneno o tósigo, que la confeción tenía ya preparado, para divertir estos humores que tenían con alteración estas rentas inquietas y este estado dudoso, aplicando medicina a esta llaga –que con tanto encono se podía envegezer y impossibilitarse de remedio–, con castigo tan exemplar por

¹⁶⁹ speranza

la inobediencia, por lo soberbio y por la poca inclinación que a la virtud tenían en cautiverio; y a la verdad tan pobre, tan poco advertida del conocimiento que se le atrevía osado al desprecio, cayendo en el ciego barbarismo del engaño, que tan essento se acreditava en la voz del mundo de constante certidumbre, sin género de escrúpulo que perturbasse con malicia sus luces.

Con excessos el fiel amor se dibuxava en el sentimiento de los más allegados de aquella casa en desdicha tan grande, pero entre todos, ninguno se ostentó más afectuoso en el saver sentirla como el Forastero Carlos, que tanto se mostrava apassionadísimo por la duquessa Laura, galán perpetuo de Hipólita en lo público, aunque en lo del alma mayores cuidados le embarazavan su discurso. Notaron todos esta demonstración atentos, que ya havían escarvado maliciosos, unos por fingimiento que manifestava para adelantarse a los demás en la fidelidad, y otros fundándolo en interés más que en amor, que es el mérito blanco de la malicia y embidia. Pues biuda la Duquessa, sin tantas obligaciones de grandeza, y faltándole el primer successor que ya poseía el estado tantos años, moderaría la familia, y que a él le pudiera tocar la espulsión, justamente temida, por las conveniencias que se hallan en casa destos príncipes, siendo sagrado de los bien nacidos, pues con el decoro que es justo se sustenta el pundonor y respecto, con una medianía que antes grangea que descaeze, con estimación y favores que suelen intervenir de por medio, valedores a vezes para muchos aumentos, aunque el bárbaro e ignorante dé sentido diferente a esta virtuosa aplicación, acumulándola a ocioso vicio.

Hipólita solamente penetrava sus sentimientos, aunque ponía en voz que eran justos por los favores conocidos que el Duque infeliz le hacía, adelantándole con demonstraciones grandes a los que le assistían en su palacio, como era verdad, el entrañable amor que le tenía, y casi no sujetándose a ninguno sino a sus consejos poderosos, tal vez para enfrenarle la desbocada carrera que le precipitava al despeño, aunque en tan florecientes años.

Ya la Duquessa gozava más quietud en sus tristezas, más tranquilidad en su ánimo; ya el Conde se alentava en su sentimiento; ya el luto se iva dissimulando lentamente; ya Hipólita se lastimava de sus pocos años y hermosura, inclinándola a segundo matrimonio, y Filida, su prima, apoyava sus intentos; ya Laura con desdén no los abominava; ya su padre el Conde, en

edad decrepita, los deseava con entrañable ansia, puniéndole en desvelo este cuidado; y ya el príncipe Cesarino, hermano del marqués de Monferrato, reconociendo este gusto, intentó hazer feliz unión de las dos casas, hallándose con una sobrina suya a quien solicitava darla por su esposo al Duque recién heredado, moviéndole más la opinión de Eduardo, cuyos méritos por superiores davan lugar a la codicia, que el luzimiento y grandeza de su floreciente estado.

Y comunicándose estas dos voluntades, eligió por señora de su ostentosa máquina, de su poderosísima renta a la duquessa Laura, cuyo agrado y hermosura, aunque en treinta años, era bastantemente conocida, dandole ser a esta opinión el realce del recogimiento, el esmalte del retiro, el valor de la honestidad, virtudes que le hazía más relevante y le infundía más superior estima, dando agradecimientos a Carlos en demostraciones por el sentimiento en la infeliz muerte de César, siendo solamente en público la voluntad que se permite en una llaneza modesta, aunque en secreto le ardía el corazón un continuado discurso que la traía inquieta, por no permitirle su honor acción libre en que expressasse su cuidado, que Carlos venerava su respecto con humildad notable, cumpliendo con las leyes de su calidad, que en opinión de Laura frisava con la suya en el buen nacimiento, haziendo acuerdo de su mucho brío y agudeza, puntuales solicitadores y negociantes que havían de ser en tantos años de su voluntad. Y casi aconsejava a Hipólita que le favoreciesse, que risueña con gustosos donaires, solenizava su consejo en semejantes permissiones diziéndola:

—¡Ea, señora!, que tú podrás alentarle mejor con favor de tu mano, que quizá le savrás advertir con más alma, desentrañando sus concetos, que yo soy un ignorante y todo se me va en galenterías de burlas, sin llegar a fondo de ningún efecto considerable.

Estas razones alteravan el ánimo de la Duquessa haziéndola acuerdo en tan inquietas memorias del engaño passado y ponía pausa a su idea. Alborçávase imaginándolo, enternecíase entre sí risueña, y tal vez impaciente, echava hermoso capote a sus

honestos ojos y con melancolías los vestía¹⁷⁰, librando en retiro el mayor gusto de sus¹⁷¹ prolixas imaginaciones.

Con esta consideración y con la asistencia continua que la molestava, bolvió a encender poco a poco la llama breve que había combatido su pecho, en donde, hallando acogida pensamiento tan estraño, tenía gusto de entretenerse a sus luces. Príncipes deudos convenían los primeros lanzes del casamiento, su intento trasladando de una parte a otra con cartas que hallaron apacible respuesta. Al fin llegó el término de los retratos, los más fieles terceros de semejantes ocasiones, y el Príncipe, escrupuloso en su honor, intentó con maña, antes del vínculo estrecho del matrimonio, desentrañar condiciones, examinar rentas, apurar la fama, y últimamente en voz y persona de embajador de sí mismo, quiso llevar el pliego en donde se enzerrava su misma copia para efectuar lo curioso de su pensamiento, que puniéndole en ejecución con poca gente a la última jornada, conoció el poco acuerdo que había tenido, pues fielmente de un baliente artífice pincel con alma traía su mismo rostro dibuxado, que pudiera, advirtiéndolo, para conseguir su traza variar las tintas, alterar los colores y disfrazar en mucha parte la vida del naípe que estava descubriendo aquella misma verdad tan gallardamente.

Llegó, en efeto, el príncipe Cesarino disfrazado en embajador a Calabria. Halló su misma patria en el agasajo ostentoso; en casa del conde Ludovico, grandeza; en Laura, hermosura; en su ingenio, traza para enmendar el yerro cometido; y fue que al dar las cartas con la ceremonia que de su galante estilo y urbano proceder se podía fiar, dixo:

—Aquí os traigo la voluntad del Príncipe, mi señor, cifrada en quatro líneas, que siendo tan grande no es milagro pequeño, y en un naípe breve, el mayor monstruo de naturaleza, pues vestido de lama el pincel, copió lenguas y articuló bozes, que dizen yo soy el príncipe Cesarino, hermano del marqués de Monferrato, y el que espera merecer humilde la feliz dicha de tan soberana mano. Y bien creo que os empeçais, señor a suspender, viéndome a mí tan parecido al Príncipe, mi dueño, que en risa me dixo a besarle su mano quando me aparté de sus pies para

¹⁷⁰ vestias

¹⁷¹ su

llegar a los vuestros: «Si vos sois el embajador no necesitáis de retrato mío». Esta soberbia tengo solamente en mi humildad, que es tener tanto de mi Príncipe, que a veces da dudas al más atento, si se olvida que la naturaleza puede hazer estos excessos, favorecida milagrosamente del Cielo.

Ya el conde Ludovico había abierto el pliego¹⁷² y suspendídose con el retrato, reparando en el embajador la advertencia que le había hecho. En cuyas suspensiones Laura –que por mostrarse más benigna y agasajadora, rompió la clausura de su quarto– pidió a su padre permissão para el retiro, acompañándola Fílida, su prima, que quedó muy pagada de lo airoso del nuevo huésped y de lo bien raçonado en su cortesía, dexando con admiración al Príncipe enamorado por entonces más de la honesta acción que había executado con tan hermosa modestia, que de la beldad que la perfeccionava, con ser tanta. Que no ha de ser una mujer, no, testigo de los lances primeros, de los primeros conciertos, ni manifestarse gustosa del nuevo estado que espera; que todo donaire en galanteo, si la cordura lo gobierna quando se encamina a matrimonio, ha de exercitar más prevençiones con arte dispuestas que execuçión de sus entretenidos gustos; que aunque el amor impere en su pecho, ha de enfrenar sus affectos, prevenir sus sazones, dissimular sus inquietudes; que lo que suele ser quando galán suavidad y dulçura, se buelve en tóssigo, y veneno, quando marido. Fiscales del gusto siempre aquellas desembueltas ocasiones que la acusan¹⁷³ fácil y le dan castigo de libre a la que quiçá con inocencia piensa dar agrados y obligar con agradecimientos para conseguir la felicidad de sus deseos, siendo esta la más vehemente destruçión de la quietud que espera, quando en conforme compañía se promete goçar en himeneo el mayor colmo de gustos que suele conceder la conformidad en su pacífico imperio.

Hospedó el Conde al fingido embajador en un quarto de su palacio con lucidas prevençiones de superior grandeza. Alborçoçse la casa con semejante¹⁷⁴ huésped, y para prevenir el ánimo de su querida hija, para que rompiendo el duro combate de sus malancolías, viniessen gustosa en el ya medio affectuado

¹⁷² piego

¹⁷³ Acnsan

¹⁷⁴ semejantes

casamiento, se valió de Fílida, prima de Laura, dispuniendo con ella la alabasse el retrato de su esposo para moverla a voluntad tierna, que aunque las conveniencias tan gallardas le habían llevado tan adelante, quería su padre que, pagada del retrato de quien había de ser su dueño, executasse (movida de affición más que de obediencia) felizmente su trabajado intento.

Entró el Conde en el quarto de la duquessa Laura, que la halló enternecida. Leyole las cartas; diole la última sentencia de su voluntad, que entonces fue de muerte a su poco gusto; entregole el naípe, y en el alma de su pretensión, caricioso le dio su mano y la bendición a un mismo tiempo con apacible goço, aunque casi también enternecida piedad, que mueven ocasiones semejantes si un gusto grande causa el mismo effecto que una pena; dexola sola.

Llamó a Fílida, comunicole el pensamiento; con encarecimiento dispuso sus veras, procurando lograr esta diligencia por su medio tan poderoso a conseguir las felicidades que deseava. Animando esta persuasión con gallardía de ingenio, ya con excessos encarecidos su brío y donaire, ya con advertencia muestras de entendimiento y sagacidad que se leía en el agradable aspecto¹⁷⁵ del retrato del Príncipe, que ofreció obedecer Fílida con affectos, y llevada de la curiosidad, fue buscar a Laura más por la novedad del diseño que por obedecer al conde Ludovico.

Vieronse juntas, diole Laura el retrato, reparole Filida atenta, suspendiose advertida, pagó con embelesamiento extraño aquella ocasión, en donde se halló perplexa sin prevenir tan de improviso la causa. Pareciole bien, de suerte que repetida la atención al repararle, no apartava los ojos un punto de tan entretenido encanto. Y previniendo con admiraciones lo parecido del embajador, se dexava llevar deste amoroso cevo; y decía entre sí que si en la tinta se acostumbrava dar veneno leyendo una carta, que pudiera ser hechizo el que entre aquellas tintas se escondía, el que entre tantas colores se retirava, pues le habían salido al rostro tan de repente, conociendo en su pecho novedad tan grande; y advirtiéndola tan divirtida, Laura la preguntó que en qué hacía reparos. Y Fílida, que con bien diferente intento buscó aquella ocasión para lograrla en la obediencia del Conde y de lo que deseava, viéndose ya herida de aquel extremo amo-

¹⁷⁵ aspecto

roso, en vez de seguir el gusto del Conde, encargado con tantas veras, encareciéndole el retrato, pagó la puntualidad su exceso vituperándole, para ocasionarla a desagrado, quizá con codicia de su empleo, usurpándose para así al Príncipe, para conseguir su aumento. Y dixo:

–Reparo, señora y prima mía, en este naípe un no sé qué me da alteraciones al alma. Y no he de escusar el revelártelo por el amor y obligaciones que te tengo, aunque no quisiera hazer mal officio a tu voluntad, ni descaer la que devieras aparejar para esta sazón. ¿No adviertes en este zeño importuno ferocidad cruelmente acondicionada? ¿No examinas lo poco agradable de su voluntad esquiva? ¿No distintamente se lee¹⁷⁶ en su semblante lo desapacible y lo tirano? ¿Estas no son canas? ¡Ay sí, mi prima, infelice de ti!, que te has de ver con dos padres que con su ancianidad te den consejo y tú les obedezcas con humildíssimo rendimiento. Ya te preparo zelos en su condición esquiva, ya sequedades que te afflijan el alma, ya tormentos que te usurpan la vida. Yo quiero contigo ayudártelo a sentir, que desta suerte correspondo a las obligaciones de mi sangre y a las fineças de mi voluntad.

Y feneciendo estas raçones, sacó un lienço y fingió enjugar la ternura de sus ojos, tan diestramente que, engañado el ánimo de la Duquesa, se resolvió a romper con un ay lastimoso el embaço del silencio que le estava ahogando, trasladando lo íntimo de su pecho al cauteloso de su fingida prima desta suerte:

–Si el mirarse benignamente las estrellas, si el confrontarse felizmente las sangres mueve a un loco desatino de voluntad, sin poder un alvedrío enfrenarle por la que el mundo llama simpatía, disculpas tendrá bastantemente mi desdicha a tus ojos, prima, pues ha tanto tiempo que haziendo guerra a mis sentidos, batallando con la fuerza violenta de amor, ya acosada y arrendida me veo, de suerte que confessando el vencimiento, faltándome fuerças a la resistencia, me hallo en ahogamientos con infelicidad tanta que, si no descansara con esta comunicación, hablara por mí la muerte y te informara entonces de mi debate triste, de mi anhelar desdichado. Que si el Cielo no acude con mano poderosa, llamara solícitamente a la desesperación, que temo, justamente covarde, ya previene mi discur-

so en tu ingenio reprensiones, en tu severidad castigo y en el poco remedio que espero infelicidades, pues tan bárbara me he dexado llevar desta locura. Ahora sé los importunos rigores del amor, ahora la violencia insufrible de sus venenosos arpones, y últimamente he comprendido su tirano imperio, en cuya sujeción bivo tan lastimosamente. Ya me parece que leo en su esquivéz que me dices: «¿Qué necio desalumbramiento, qué devaneos tan mal fundados en un sujeto humilde los empleas? ¿En Carlos, aunque deudo, criado de tu casa?». ¡Ay, prima!, ya lo dixes, ya no tengo remedio: Carlos es mi cuidado. No se lo han dicho mis ojos, que me he bebido el sentimiento en tan penado caso¹⁷⁷. Mérito tiene, calidad bastante, no es tan humilde como te parece. ¡Ea!, no me desanimes, no me desesperes; dame algún consuelo, que de tu mano pende mi esperança, pues te he fiado el alma tan libremente y he manifestado esta herida que estava enconada, para aplicarla más efficaz remedio y solicitarla su sanidad, que tan ansiosa quiero prevenir en tu agudo acuerdo y en tu entendimiento estremado.

–Por cierto –dixo Fílida–, que tú has guisado¹⁷⁸ tan bien tu discurso, mezclando ente la sal la pena, que no me permites lugar a la respuesta ni me has dexado razón que lo pueda ser para contradecirte en resolución tan despeñada. Pues quando a las primeras luces de tu voluntad, a los primeros passos de tu affición, viéndote con empeño en querer querer tú misma desdicha, intenté preguntarte si sería el feliz que te merece el duque Frolelo, el conde Astolfo, el príncipe Rosardo, sujetos primorosos y merecedores de tu gracia por su calidad y lucidos méritos, escusásteme el cansancio, atajaste la suspensión, evitaste la duda con revelarme la causa de tu ciego cuidado. Ya sé que repetirás la alegación fundada: que es amor, iguala calidades; es rey, establece leyes; es tirano, fuerça alvedríos; en el ánimo más essento, en el retiro más oculto, acavosse. Esta es tu estrella y el hado riguroso que te conduce a este rendimiento, que me limita a que ni te anime ni te desaliente, que si lo uno es tu daño, lo otro es tu destrucción. Y assí, por ahora desahoga tus penas, que en mi pecho dexas depositado tu secreto, que tal vez el tiempo

¹⁷⁷ vaso

¹⁷⁸ gisado

es el mejor médico que cura amorosas passiones y el maestro más hábil que las reprende y castiga con severidad sus accessos.

Alentada quedó Laura con este socorro¹⁷⁹, y tomando a su prima de las manos, hizo acometimiento de besárselas afectuosamente en señal de rendimiento y amoroso agasajo con que se retiraron por entonces. En cuya ocasión Carlos, que de galán de Hipólita trasladó su voluntad a mayor exceso, con atrevido impulso había puesto los ojos en Fílida por desmentir espías que en secreto le atajaban los passos de su primer cuidado, beviendo en sus donaires poco veneno, moderado encanto, exponiéndose esta licencia a demostraciones con arte desembueltas, procurando el olvido de las memorias de Laura, cuya empresa avivava su entretenido¹⁸⁰ riesgo.

Fílida, divirtida en sus penas, también se alentava con el retrato del príncipe Cesarino, reprehendiéndose a sí¹⁸¹ misma tal vez en la facilidad de su amor, fundándole quizá más en la codicia de su aumento que en lo ferviente de sus encendidos deseos. Y porque le parecía el fingido embajador, puso en él los ojos, y con algunas demostraciones casi le favorecía agradable, imaginándole ya original de aquella pequeña copia.

El Príncipe, viéndose extraño a los ojos de Laura por lo intractable de sus melancólicas tristezas, juzgó poco gusto en el casamiento, con que se helaron sus deseos, haciendo reparo del que Fílida hazía de su persona, que por no perder el embite ni la ocasión, intentó lograrla con darla acogida en su pecho, correspondiente en la misma fineza.

Y Laura, ciega y arrojada en su voluntad, casi la mucha disimulación revelava al vulgo el secreto más íntimo de su pecho y la llama más muerta de su corazón abrasado, sustentando con inquietudes cuidados tan prolixos, sin permitirle el riesgo del pundonor honesto que alentara su quexa en la satisfacción que deseava, siendo este miramiento el mayor verdugo que le oprimía sus acciones y afectos del alma, con que todos lo passavan con entretenimientos amorosos.

Solo el duque Eduardo, retirado en una casa de campo, conversava gustoso con sus amigos mudos. Y en conversaciones

¹⁷⁹ socororo

¹⁸⁰ entrenido

¹⁸¹ assi

honestas y recatadas, y el ejercicio bélico de la caza, divertía aquellas soledades que estimava en más que estos penosos embelesamientos.

Y el conde Ludovico, con impaciencia de la condición de su hija, se cansava en reprehensiones blandas, procurándola divertir a veces con entretenimientos gustosos y a veces castigándola con sequedades, para moverla a su intento, que halló armado de imposibles por lo distante de las voluntades.

Pero entre todos estos ardimientos y travessuras del amor inquieto que andava tan solícito, ninguno fue más poderoso que al que la Duquessa había dado dulce acogida en su pecho, atropellando de suerte su discurso que se resolvió a manifestárselo.

¡Oh, qué rigurosamente batallava esta desemboltura con su vergüenza!, que valida del honor que la apadrinasse y del retiro que la defendiese de aquel riesgo, cayó en tan ciego barbarismo precipitada, librando en disimuladas acciones –que nunca fue entendida por ellas– el mayor alivio de tan congoxoso cuidado. Y una tarde que les dio una galería ocasión académica entonces de amorosos asuntos, en que divertidos filosofaron solos del rigor de las estrellas, que con violencia fuerçan a semejantes excessos, dexó caer Laura un papel cerrado. Y despidiéndose con disimulación, le dixo:

–Mirad, Carlos, el papel que os ha caído, será papel de amor sin duda. Alzalde y lograd ingenioso el alma que en su sentido encierra.

–No, señora –respondió Carlos–, papel deve de ser vuestro.

–¿Mío? –dixo Laura–. Mostrad, ¡Jesús!, y qué desalumbraimiento. Esta no es letra mía, estos efectos de amor no nacen de mi pecho recatado, este dezir no es de mi decoro, esta facilidad no es hija de mi sangre, este desembolverse libre no es de mi honor casto y estos atrevimientos tan grosseros son vuestros, que vivís poco advertido a la veneración que se deve a mi grandeza. Aprended maña, bolved en vuestro acuerdo, que estáis muy ciego en vuestros desvanecidos discursos, y a no ser deudo de mi padre, os hiziera bolar por esos balcones para escarmiento de los que havrán aprendido en vuestra escuela, con tan poca enseñanza, tan bárbaros desalumbramientos. Y mirándole con severidad y muestras de enojo se retiró, dexándole en el abismo de confusiones en que se anegava embarazado, sin hallar sentido en los que la movieron a tan nuevo arte de manifestar

passiones. Y retirándose al jardín, vergonçoso o fugitivo de tan ciego tropel de voluntad, porque en su rostro no se leyese flaqueza y turbación en sus acciones, con suspensión oculta entre unos jazmines que le hazían reparo, abrió el papel y, temeroso, leyó desta suerte:

PAPEL

Afición es solamente la que me obliga a escriviros assí, no amor, que no estoy tan ciega. Si queréis ser venturoso, no seáis covarde, que yo que intento ser entendida. Os doy desta suerte la mano para levantaros, no perdáis la ocasión, pues en ella consiste vuestra ventura.

Quien pretende ser vuestro igual

Por grande espacio no pudo prevenir advertido la felicidad en que se hallava, repitiendo entre sí su amoroso papel, y con embelesamientos se suspendía en tan dichoso encanto, beviendo dudas por la reprehensión executada. Y dilatándose en confusiones, se alimentava Carlos con suspiros el tiempo que se vio conducido a su loco devaneo. Y quando más se hallava favorecido de la Duquessa, tanto más hazía sentimientos de su covarde intento, no habiendo llegado nunca a la manifestación de tan encendida voluntad. Y aclamando aliento a su desconfianza y dando quejas al Cielo de sus locos quanto atrevidos excessos, se sentó en una silla, combidándole a sueño el aura que soplava blandamente entre las ramas menudas, ocupando su mano el papel en que la Duquessa describió su pecho tan libremente, sin permitir la turbación que le guardasse en su secreto y le sepultasse en el silencio.

Entró Laura con Fílida a gozar de aquel apacible sitio, que en su inquietud bivía gustosa y en su desasossiego se animava bizarra para darle razón (libre de nota) del alma de su pecho, que entonces la governava tan osada. Al entrar del jardín, a pocos passos le repararon en su descuido y le advirtieron en su sueño, y suspendiéndose en la puerta, que unos salvajes de hiedra davan adorno vistoso, prosiguió la Duquessa con tierno sentimiento y dixo:

–Tente, Fílida; tente, prima mía. Suspende el passo por tus ojos. ¿No reparas en aquel agrado del semblante lo tierno de su condición, lo airoso de su brío, lo ingenioso de su entendimiento? ¿En aquel aliño no examinas lo noble de su calidad, lo hidalgo de sus modestas costumbres, la polizía de sus apacibles estremos? ¿No mi elección ha sido atinada? ¿No mi voluntad ha sido cuerda? ¿No mi arrojamiento ha sido justo? ¿No mis excessos –dime, Fílida–, no han sido cortos? ¿No mis libertades moderadas¹⁸²? ¿No mis desembolturas peregrinas? No, prima, no quiero que me llames loca; reconocida sí de sus muchos méritos, que me roban el alma y me perturban la vida y tan atropelladamente me han usurpado el sossiego.

Todas estas locuras de amor admirava Fílida y con silencio las dava reprehensiones. Y el conde Ludovico, escuchado por otra puerta, que la enramavan unos rosales, y como en tanto excesso escuchó la demasía de sus alabanças, y no podía ver a Carlos –ocultándole un edificio que milagrosamente el ingenio le vistió de menuda murta–, creyó que todas aquellas demostraciones eran ocasionadas del retrato (operación que havia hecho el orden que él havia dado a su sobrina Fílida), que agradecido a su diligencia, se apartó gozoso de aquel sitio para darle las gracias de lo bien que havia dispuesto a su hija en la ocasión presente. Pero previniendo al Conde, escuchando las locas finezas de Laura, porque no reparasse su fragilidad desalumbrada, dexándola sola se le puso al passo y le procuró divertir su atención, retirándole a una galería cuyas rejas caían a unos estanques.

Y hallándose la Duquessa sola y reparando en manos de Carlos el papel, con temor que fuesse el que le havia entregado, pues con inadvertencia su misma letra podía hazerle cargos de fácil, se fue acercando a él con passo lento, en cuya ocasión Carlos, rendido al sueño entre imaginaciones amorosas, arrebatado de aquel affecto grande, trasladó a demostraciones públicas aquellas especies, aquellas ideas que tan embevidas estavan en el sujeto amado, pregonando aun en sueños su despierto desvelo. Y hablando entre sí, con temerosa suspensión y con inquieta pesadumbre, dezía:

–Bien mi conocimiento atiende, señora, la humildad de mi ser. Ya mi desmérito, en tan alentada osadía desvanecido con

¹⁸² moderada

tan locas imaginaciones, cayó por tierra en principio de tan soberano cielo, que por serlo, se prometió benigno acogida, alentando flaquezas y desmintiendo desconfianças, castigado ya de esa deidad severa con los trabajosos discursos en que le anegaron sus confusiones. Ya conozco la distancia de los estados, no demerezca por humilde lo que grangeó por atrevido. Piedad, piedad mil veces, dueño mío; prometo fe segura, que la observaré eterna consagrada en las aras de esa divinidad, que con respecto venero si con atrevimiento la he offendido. Cessen rigores, que ya esclavo vuestro pregonó libre (sin sentido por loco) mis ternuras y sentimientos.

Laura, pues, attenta a las finezas de voluntad que Carlos dilatava en su phantasía, con callado agradecimiento, evitando el riesgo de que el papel amoroso estuviese tan en público en manos tan descuidadas de un dormido, ser resolvió a quitársele. En ocasión que, despertando y enlazándose de sus braços, y reconociendo ser los de Laura, brotó granizo su rostro en un sudor helado, que fue si a sus pies grillos, mordaza a su lengua; que aunque en otras ocasiones se había desentraçado el Forastero con tan galantíssima vizarría, atreviéndose a más licencia que le pudiera dar los lanzes en que se halló diversas vezes con la Duquessa, logrando su desenfado airosos efectos de su voluntad, como tan a los primeros passos del ardor que le abrasó su pecho usava de aquel género de desemboltura. Pero hallándose más adentro en su amorosa correspondencia, más herido de las luzes de tanto donaire, más sujeto a la tiranía de sus ojos, más oprimido en los lazos de amor ciego, considerándole ya dueño suyo de tantas maneras –ya por esposa del Duque, ya por señora de sus acciones y libertad–, más atajo, más opressión, más rendimiento, más covardía le servían de ligaduras en sus acciones. Hallándose envaraçado en el hechizo que había bevido tantos años, que es muy efecto del amor el encogimiento y vergüença, pero buelto más en sí, se retiró (como ocultándose) en un pequeño quadro de un laverinto como si no fuera más intricado y penoso en el que por entonces vivía. Y con dissimulación la Duquessa, dándole más agasajo que otras vezes, le dixo entre media risa:

–¿Papeles tenéis de amor en vuestras manos, Carlos, pagando a su justo secreto con libre publicidad con tanto menoscavo y riesgo de su dueño? Mal me parece; no correspondéis con las

leyes de amor. ¡Ay, de aquella que su honor funda en vuestros desahogos, en vuestras livertades y en vuestras desembolturas! Y en verdad que me parece que conozco el carácter, ¡qué loca¹⁸³ demasía! Correspondele, Carlos; pagad, pagad deudor, tantas obligaciones; sed agradecido confessándolas, sin perder la ocasión advirtiéndolas, porque quizá si no las queréis comprender atento, con aborrecimientos increíbles os hará tal vez quitar la vida. Lo uno para venganza a igual desprecio y lo otro para que en ningún tiempo revelado en público corra su honor el peligro que puede rezelar con razón tanta. Dad respuesta a su voluntad permitiéndoos voluntario a su desvelo, que ya ha llegado el tiempo que una muger os solicita inquieta. Y vos, con mesura y recato, os hazéis temer en vuestro retiro. Qué bien comprendéis que quando un honor libre, una vergüença con desembozo y una muger con prendas satisface con semejantes demostraciones sus afectos, más aclama lástima en su quexa que reprehensión en su demasía. Pues si verdad nos dicen las estrellas, con violencia mueven, con rigor obligan y con atropellamiento tuerzen, reduciendo a tanta desemboltura lo más íntimo de sus passiones, lo más lastimoso de sus querellas y lo más ardiente de sus rendimientos. Y si queréis que yo tercera vuestra sea, medio a estas inquietudes, moviéndome a compasión y piedad el dueño de este papel, recavaré con mi respeto facilidad para allanarme a la preparación de vuestras voluntades, dispuniéndolas amigables y saçonándolas gustosas. Esta noche a las doze por las rejas del parque en su silencio me comunicaréis más despacio el alma de este discurso. Puntual seguid esta obediencia y acudid sin falta, que yo deseosa de vuestra comodidad seré breve disposición en vuestros amorosos intentos.

¡Ah, cuán ciegamente la pasión de amor abrasada imagina velos en agenos ojos! ¡Ah, cuánto una resolución de una libertad atropella montes de inconvenientes, facilitados con vanos aunque cómodos discursos! ¡Ah, con cuánta satisfacción quedó Laura que lo dissimulado de su estilo había de grangear crédito de cuerdo en la opinión de Carlos! Que como en sus afectos se ardía su pecho, tan libre acometer, tan licencioso declararse le pareció modestia, la juzgó por miramiento, la

¹⁸³ locas

calificó por respecto justo a su honor que hacía estimación de él, aunque el desprecio se le osava con tan inadvertidos desalumbamientos.

Aunque zeloso de su misma sombra, fue puntual Carlos aquella y muchas noches en que con más comodidad las dos voluntades en unión apacible seguían (con traviesas desembolturas de deseos) el fin o principio de su amor, sazonándolas las sales de Laura y el ingenio del que advertido de aquel sueño, más atento sombras de confusiones se le oponían, borrando entonces lo que por aguda naturaleza había merecido del Cielo, siendo efectos de amor entorpezer el entendimiento y hacer avisada la torpeza, ofuscar el discurso y discurrir la ignorancia, envelesar lo cuerdo y alumbrar lo inadvertido.

Y entre estas sazones, una que ganó aplauso de feliz en el imperio de amor, abrasada en afectos fervorosos que la governava, le elevó a la mayor gloria que solicitó codicia y merezió deseo, animando toda desconfianza, desmintiendo todo retiro y desterrando todo atajo. Y como es la ocasión del honor el ladrón más vehemente, se logró de suerte en la que los dos se hallavan, que no dexaron átomo en sus llamas que no escudriñassen afectuosos, ni efecto que no le comprendiessen solícitos, ni felicidad que no animassen ansiosos, en el espacio de un hora que discursivos los dos amantes se honraron con el título de finos en el crédito de la voluntad. Olvidado ya Carlos de las diligencias de que usava, que divierte infinito un favorecido empleo quando cohecha la vecina possessión¹⁸⁴, lo que de amor filosofaron en este espacio, las subtilezas que comprendieron, dígalo quien con más veras sintiere de esta dicha y procurare ser árbitro de esta causa amorosa. Y restituyendo a Laura su ser entonces el justo acuerdo en su pundonor, como si despertara de un profundo sueño¹⁸⁵ hallándose en tan agenos brazos, repetía vañado el semblante de escarlata:

—¿Quién eres tú, el tan osado que tu vil presunción te ha puestas en tan iguales méritos? ¿No soy yo Laura, aquella que tan célebre ofrezca su opinión al mundo? ¿No soy yo la duquesa en Calabria, la que apellida el vulgo la recogida, la honesta, la recatada, la virtuosa? ¿No soy quien quarenta mil ducados en

¹⁸⁴ possessión

¹⁸⁵ sueño

feliz sucesión todos los años repetidos mereze, fundados en opulentos pueblos, en espléndidos frutos, en hacendosos vassallos? ¿No soy hija del conde Ludovico, cuya calidad en Calabria no quiere conceder ventaja a ninguno? ¿Tú, aunque con nobleza, no eres Carlos, o en enigma don Luis de Céspedes, que aun temo que no serás uno ni otro? ¿No la servidumbre te ha sujetado a la ley rigurosa de la desigualdad, aunque tu sangre apellide, tu lucimiento negocie, tu brío aclame, tu valentía obligue y tu estrella feliz blandamente fuerze? Pues alevoso de mi recato, ¿qué atrevimientos, qué desprecios, qué presunciones locas te han traído a tan infeliz estado? Que infeliz será, pues en mis manos has de dexar inhumanamente tu vida, pues esta daga, este puñal buído que te ciñes para tu defensa hoy ha de abrir puerta en tu pecho, cuya boca aclame piedad, que te la negará el Cielo aunque más de piadoso se acredite.

Y enfurezida y ansiosa se la desnudó del lado, tan ferozmente divina quanto hermosamente enojada, y con amagos blandos dulce muerte le estava previniendo, sin que lo clemente ni lo piadoso mereciera lugar en lo benigno de su tierno corazón a que covarde y temeroso Carlos, en encendimientos helado y con mil yelos encendido, la correspondía en voz de vil, en acción temblante y en acento despavorido:

–Muerte de azero no, Laura; la de tus ojos sí, cuyo veneno me tiene prevenido para mayores infortunios. ¿Qué mayor riesgo que el de tu dulce encanto en que me veo tan en abismos de confusiones? Que tú sola puedes, tú sola, livertarme de ellas. Y si gustosa permites que beva tantas muertes, yo (dame esse azero) seré el agressor de mí mismo, aunque viéndote en mi pecho recelaré el golpe porque sus filos no me den nuevas de tan inocente púrpora.

–No Carlos, no, tente –dixo la Duquessa–, que en tu vida consiste la que me gobierna. No seré la primera que haya tropezado tan lastimosamente en tan infeliz ventura, pero mi padre, ¿cómo ha de sentir de esta vil acción que hallo introducida en mis quietas costumbres? ¿Qué disculpas hallará para el príncipe Cesarino, que le assiste al lado con esperanças del sí que ahora le niego? Ah, traidor, ¿qué hechizo es este que he bebido en tus razones? Daré voces para que te maten: ¡Hipólita, Fílida, Irene, Príncipe, Embaxador, padre, criados!, Carlos, Carlos ha sido el ladrón atrevido de mi honor. Mas no, Carlos, no fugitivo te au-

sentes de mi vida. Ya esta herida la veo incurable, ya el remedio me le niega el Cielo, ya lloro mi desdicha y pago esta pena.

Y desatándose en lágrimas, dexava descuidadas las manos, para que vesándoselas tiernamente el amante feliz que la había merecido, templase el fuego de sus ojos con el ampo puro de la nieve helada que había depositado el Cielo en su dueño hermoso. Con rethóricas acciones se despidieron entonces, que la lengua no les permitió mayor lugar en su ahogamiento, que entre gustosas penas se había formado, temiendo que el alva con voces de confusas luces los descubriese al vulgo de la familia, que tan solícita se muestra a ser testigo de sus soñolientos vostezos y mal formados tornasoles, que la animan para que en sus brazos reciva al Sol recién nacido, en cuya cuna luciente se prepara para dar vida a las plantas con sus hermosos rayos, que aunque las vivifica, nos deslumbra, y aunque las alienta, nos abrasa.

Ya corría opinión cierta que el embajador lo era fingido y que el príncipe Cesarino, haciendo oficios de vassallo, assistía al Conde. Tubo la dissimulación su lugar en los pechos más cuerdos, y él, divirtido con las demostraciones de Fílida y con el cevo de sus¹⁸⁶ hermosos ojos, no perdía envite en los que se ofrecían. Y ella, noticiosa de esta verdad, le requería más su agrado con las veras que el interés incitava, dándole también lugar por aquellas rexa mismas, testigos ya sus yerros de la ansiosa affición de la Duquessa, las noches que ella no lograba este deseo –que como prima y amiga sabía la ocasión vaca para ocuparla entretenida con el Príncipe, aunque recatándose de Laura por la estratagema de haver mañosa desdorádole su retrato–, siendo de linaje de traición este maquinoso ardid que ofendió su fe entonces. Y para hacer mayor vínculo a su imaginado matrimonio, dispuso con una criada, que era el alma de este secreto, se portasse libre dándole acogida y entrada por la puerta falsa de su jardín, que falsa había de ser para semejantes lanzes, como que ella ignorante estava libre de tanto atrevimiento, permitiéndose su decoro a las ternuras de Cesarino con llaneza a que se osasse resuelto forçando blandamente su alvedrío, cuya resistencia halló tan ligera que al primer vaivén de sus halagos cayó en tierra también la máquina mal fundada de su honor, que sintió levemente y se lastimó poco, compassiva por la palabra fácil

que le había dado de matrimonio en el fervor más encendido de sus deseos, imaginándose ya Princessa, con usurpación del título nuevo que se le había preparado a su prima Laura.

*DISCURSO DÉCIMO*¹⁸⁷

Fácil se le dispone al artífice su ingenioso empeño, aunque rudeza le imposibilite, quando se le presenta a sus ojos original valiente que le anima, señalándole con sus sombras y luzes la vereda más cierta que ha de elegir por escusar engaño. Fáciles mezclas con imitación en su copia se dilatan, quando los colores rethóricos los advierten, ya guiando al carmín en los frescores, ya las medias tintas en los claros. Y lo que no pueden comprender entonces sin originales, con ellos advertidamente reducidos, sigue la naturaleza el arte, forma el esquizio, perfila el diseño, empasta con colores en lienzo, y retocando el espalto su trabajo, consigue casi sin voluntad lo que desea. Tanto puede la advertencia de un exemplo, pues hallando campo bastante en el ánimo, prepara sus costumbres, excútalos libre. Y los colores, que son los de su vergüença los que describen fieles estos afectos, parando al fin en sombras (que no pueden ser sino confusiones), aclaman desengaño embevidos en nuestro propio envelasamiento¹⁸⁸. Y sacando a luz un monstruo de naturaleza perfectamente imitado del original que se nos ofrece, acertamos mejor el yerro que el acierto, desde el esquizio de nuestras fantasías y diseño de nuestros deseos hasta el efecto de nuestras execuciones, torpemente lineadas en el barbarismo del mundo que nos sustenta.

Que no Laura se facilitava tanto en sus devaneos, si Hipólita, su secretaria, no la hubiera movido con su original falso de que copió tan mal aliñadas costumbres. Y si no fuera por Laura, no su prima se arrojara a igual precipicio, que fue copia este desalumbramiento de tan bárvaro original, cuyas imitaciones torpes salieron tan conformes a lo que estava aprendiendo en las confusas sombras de sus ceguedades. ¡Oh, cuánto un valido descaeze a un sugeto!, pues al menor accidente que le sucede a la parte más superior del cuerpo, todo él lo siente, todo él se descompone, todo él desfalleze, todo él se aniquila y, al fin, postrado por tierra, dice en esta sugesión tan forçosa que sigue ovediente su curso, ya triste, ya alegre, ya sano, ya enfermo, ya

¹⁸⁷ X¹⁸⁸ envelasamiento

fuerte y ya debilitado, rigiéndose en todo por la principal causa que lo gobierna.

Y una noche que se imaginó Fílida estar libre para sazonar sus gustos, dio al Príncipe hora que acertó a ser en la misma que la Duquessa tenía intento de bolverse a ver con Carlos. Rogó a su prima la hiciesse lado para dissimulación de lo sucedido, ignorante del desvelo que la divertía, que con ansia temerosa ignorava el cómo atajaría el daño que la amenazava, que deseava escusarle y el disgusto que a su prima Laura la havía de suceder, averiguándole. Fue más puntual que Carlos el Príncipe en acudir al puesto, y Laura, viendo sombra en él, imaginándose que era el que deseava, bolvió a su prima y dixo:

—¿No obliga por tus ojos este respeto, Fílida? Repara la modestia de Carlos, que no atrevido, espera la permissão de mi seña para avalanzarse a mi decoro. ¡Ea, Carlos!, llega, y por escusar nota toma essa llave que es de essa puerta de esse jardín, que aquí mi prima es muy segura y, dissimulando estos excesos, nos sabrá acompañar disculpándolos.

Y acavar de decir estas razones y arrojarle una llave todo fue uno, que recogiénola el Príncipe al punto, executó al instante el abrirla, reparándose luego con el atajo de considerar en la que solicitava por su esposa la facilidad de aquella ocasionada quanto libre acción. Y viéndose Cesarino atado con tan estrañas confusiones y Fílida advertida que era el dueño de sus pensamientos, le dixo con fingida angustia:

—¡Ah, Laura!, ¡ah, Laura!, ¡ah, prima!, ¿qué has hecho?, ¿qué desalumbramiento te ha cegado? Que no es Carlos, no, el que ha avierto essa puerta y a quien has entregado essa llave, que lo es de tu libertad, que es el príncipe (ya lo he dicho) Cesarino o su embajador, que te assiste fingido para negociar en tu gracia el dulce sí del matrimonio que desea.

Todo fue un mismo tiempo helarse la Duquessa con tan nueva desdicha y llegar Carlos a las rejas, examinar la puerta del jardín avierta y un bulto a sus umbrales a quien impaciente, con arrojada fiereza, sin que el discurso hiziera su officio, desnudó el azero tan valorosamente, y sin prevenir riesgo que le suspendiera ni consideración que le atajara, le retiró a cuchilladas tan alentadamente que el Príncipe, por no ser reconocido más que por covardía, le dexó libre el passo procurando con el retiro escusar este riesgo.

Ya había buuelto en sí la Duquessa y, con acción suspensa y tímida, repetía torciéndose sus blancas manos:

—¡Ah, enemiga prima!, ¿con qué falsedad me das engaños si tú le codiciavas ardidoso favoreciéndole? ¿Por qué, por qué? Responde. No me lo advertías para que mi despeño no se hubiera ostentado tan en público, y más a los ojos del Príncipe, que con fingida estratagema permite la acogida que mi padre le da en su palacio. ¿Qué dirá de mi facilidad?, ¿qué de mi loco arrojamiento? ¿Y qué dirá de mi desalumbrado encanto?, pues he llegado a dar la llave de la fortaleza de mi honor para que entrasse el enemigo y triunfante en él echasse por tierra todas sus defensas que en su custodia vigilantes le hacían centinela. Ya me imagino que el vulgo (no vano, pues también fundará sus malicias) ha escudriñado en mis demostraciones mis excessos, y a mí me parece que me advierten ligera en tan libre desemboltura de amor, y que me señalan a Carlos por blanco de mis torpes deseos. Ya veo al Príncipe en consulta con mi padre el Conde, y quizá dándole advertencias de mis devaneos locos. Por ti, por ti, Fílida, en quien imaginava el mayor secreto de mis pensamientos revelándotelos tan fácil. Traidora¹⁸⁹ a mi sangre me hazes semejantes ofensas y, quizá, quizá le habrás dado parte de lo más íntimo del alma que te deposité sencilla en tu pecho. No más, no más, Fílida, no he de dar oídos a lo frívolo de tus disculpas; ya veo el perdimiento a mis umbrales. Y tú, si eres Carlos, que ya te he conocido por tus señas, tú, al que veo con embozo a este lindero: mi prima me ha vendido (¡qué dulce nombre para tal alevosía!) y este fingido embajador es el príncipe Cesarino y a quien imaginando ser tu sombra me ha declarado libre dándole esa llave, para que huyendo de la nota la comodidad te diera más silencio. Ya no puedo, no, más alentar describiéndote lo infeliz de mi estrella. Mañana acude y me darás remedio a ella, si acaso merezco del Cielo algún alivio que me socorra piadoso.

Concluyó Laura con estas tiernas quejas, y retirándose lastimada a su cuarto, quedó confusa Fílida y convencida en su delito, y Carlos satisfecho a lo que había escuchado, que dio crédito después de haver acudido a examinar sus sospechas y escudriñar los cuidados penosos que le habían tocado a rebato el alma en la amorosa guerra de zelos.

¹⁸⁹ taydora

Hizieron pausa por aquella noche, esperando el día con esperanzas que tan acelerados temores y confusos desvelos los había de desterrar la luz de su aurora, confundiendo tan prolixas sombras, que los perturbava el sossiego en que tan pacíficos se hallavan.

El Conde, que vivía alerta en las penalidades de su hija, temeroso que la causa que la forçava a semejante retiro fuesse hija de amor en assechanza siempre de sus passiones, al rumor despier-to del sobresalto que vecino a su estancia fue tan poco advertido en el exprimirse, registró el quarto de la Duquessa con curiosidad importuna, fiscalizándole su semblante severo por tener ya algunas premissas del loco divirtimiento de su desvanecida fantasía. A que no dava crédito, aunque las demostraciones de Laura eran las voces más despertadoras a su sentido, que su amor y pasión propia le tenían suspenso en tan escusado sueño, novedad que a la Duquessa engendró más suspensiones, temerosa fuesse savidor de sus facilidades. Y casi leído en la aspereza de su semblante el castigo riguroso que merezía, resolvióse combatida de desdichas tantas a la resolución más indecente, a la acción más libre que fabricó temeridad despechada. Por una parte, la combatía el príncipe Cesarino, noticioso de su voluntad ciega por la inadvertencia de Filida, de quien engañosa repetía al Cielo quejas; por otra, la contrastava penosa imaginación de la novedad del Conde, que tan a deshora requirió el menor rincón de sus estancias, imaginando ya processo fulminado, riguroso para el castigo severo de sus demasías, pues el testigo más fiel, que era su prima, y de quien fio la ocasión desembolturas indecentes a su respeto quanto abominables a su honor, la tenía contraria, la tenía sospechosa, y que a la primer diligencia que el rigor de su padre el Conde executasse aprisionándola, había de revelar su desdicha, vengándose en maltratar atrevida la opinión que conservava al mundo con recato honesto, que ya tan perdido le reconocía en el juicio de tantos.

Estos importunos discursos, estas prolixas imaginaciones, forçaron a la Duquessa a la ciega resolución que fio de un papel y de un jardinero, que fue el fiel ministro de esta execución y de este pensamiento, que llegó a las manos de Carlos a deshora, que también envelesado en confusiones tan dichosas, le abrió suspenso y leyó de esta suerte divirtido:

PAPEL

Mi padre el Conde, savior¹⁹⁰ de la desenfrenada¹⁹¹ voluntad que me precipita, quizá por advertencias del Príncipe –que grossera curiosidad leyó mis afectos aquella infeliz noche en el engaño que saves, siendo testigo de mi libertad–, quiere severo dar principio a su castigo puniéndome en estrechas prisiones que temo. Pues oprimida con el desvalimiento del amor que me mostrava, ha de sacar a luz las sombras que tienen a mi honor tan affligido. El riesgo es evidente, su enojo justificado, el crimen a sus ojos excesivo y mi infelicidad en mi hado infinita.

Para excusar estos peligros, esta noche tendrás prevenido en su silencio un coche (con mis pensamientos porque buele) a la puerta que cae al estanque mayor, que yo echaré voz porque el rumor no se estrañe, que a mis criadas¹⁹² por divertirse les da mi padre esta permissão; y a quatro millas, prevenidos cavallos para que fugitiva de sus rigores me retire entre mis deudos, que más piadosos juzgarán esta causa. Pero, pues tú me has fiado que eres más noble de la voz que corría, que el Estado con el título que tu padre en decrépita edad goza, ignorante de tu vida y sin heredero que le succeda, has de poseer por hijo natural suyo, más fácil será que te reveles en esta ocasión a su juicio, para que acogiéndonos a sus pies nos veamos libres de tan rigurosas manos, que ahora quedarán con tanto encono, facilitado después con el tiempo, consiguiendo de esta suerte lo que deseo.

Dios te guarde.

Si confusiones abrieron el papel antes de leerle Carlos, desdichas a sus ojos le cerraron, y puerta para el remedio que solicitava la piedad, por verse a su parecer impossibilitado de dársele en la forma que pedía Laura. Siendo el empeño en que se hallava tan superior que no advertía a su disposición medio favorable

¹⁹⁰ seruidor

¹⁹¹ desanfrenada

¹⁹² cridas

para soldar tanta quiebra, hallábase obligado, por favorecido y deudor tanto en su honor, que no podía rehusarse al grangeo que le seguía acompañando a Laura. Y aunque estas obligaciones no clamassen por justicia en el tribunal de la razón la petición de muger, de afligida, de señora, con las persecuciones que alegava, hazía un cuerpo todo para facilitar los más gallardos inconvenientes que se podían oponer al impedir esta resolución tan estraña. Hallava, empero, el mayor azar en esta dicha que previno nunca infelicidad ni preparó riguroso hado, pues viéndose tan en vago de lo que imaginava Laura y tenía por constante su opinión (en quanto a la calidad de su padre, en que librava su reparo en tan riguroso baivén de su fortuna), hazía más fuerte este golpe, pues mañoso entonces Carlos para disponer su pecho benigno, se fingió príncipe, haviéndose en secreto divulgado el nombre de don Luis de Céspedes aunque el público era el de Carlos. Y ya tan vezino al título y herencia del Estado de su padre— que a pocos lanzes se prometían el efecto, tiniéndose solamente por hijo de un hombre de calidad en humildes paños, que una aldea pobre le había dado su crianza, siendo la avarca y zurrón las mayores galas de su luzimiento—, atajado, pues, con tanto ahogo, y que Laura le cogía la palabra, imaginando por cierto su engaño, se resolvió antes en darla socorro piadoso que poner en riesgo la averiguación de su mentira, pues era fuerza entonces viniese la Duquessa en conocimiento.

¡Oh, cuánto redunda en descrédito de los bien nacidos la facilidad del fingimiento de los que no lo son fuera de su patria! ¡Oh, cuán verdugo es desta verdad este introducido barbarismo (en los apellidos supuestos de generosas casas) con desnudas ficciones! Y tanto, que aun la apariencia de la verdad se les niega, pues enseñados a esta vil jactancia, juzgan que todos corre una misma pareja. Y assí, es error conocido (el que por desdicha se hallare noble en donde el conocimiento no lo pudiere averiguar) sacar a luz las finezas de su sangre, pues por más que se haga lenguas revelándola por esta misma costumbre, la calidad es mentira, la verdad engaño y qualquier propria alavanza vituperio, que no hay mayor calidad que la virtud y todo hombre es solamente hijo de sus mismos méritos.

Fue puntual Carlos en la prevención del coche, siendo seis hermosos andaluzes vizarros opositores del viento que les había engendrado el tropel. Y el galope no dio lugar a más pre-

venciones que a quatro o cinco joyas de diamantes, que al sol prestaron sus luzes y una gaveta de un escritorio restituyó a sus manos. Diole el traje su ser entonces en su desemboltura, pues siendo de hombre animó su intento para disfrazar tan torpe execución; turbada, corrida, vergonçosa y atajada se halló en breve, en donde Carlos la recibió en sus brazos, más para solicitar su comodidad que para atreverse segunda vez a su honor.

Y Laura, vañando el rostro del más hermoso llanto que vio ternura, se bevía los suspiros sin permitirle que la voz se articulasse, pues con esquivada demostración le trató algunos días que entretuvieron en salir de sus Estados, dándole el susto la inquietud, que recelava de la menor sombra de los árboles, imaginándose ya que sus copadas copas, que sus intrincadas espesuras advertidas a los tornasoles confusos de la vezina noche eran exércitos del Conde, que anhelavan en su seguimiento para alcançarla. Tan estrañas esquivezas, tan importunas penalidades, tan profundo silencio de Laura davan riguroso golpe al corazón de Carlos, juzgando siempre era el causador de su desagrado penoso. Haziéndole estas imaginaciones más guerra que la dura tempestad que las cercava, quando, hallándose sin vereda una tarde, amenazando el cielo en horribles luzes, en temerosa artillería mayores rigores, haviendo nubes densas corrido negra cortina al Sol osadamente a sus rayos, por una parte pelados riscos, tajadas peñas, despeñados troncos les hazían compañía; por otra, raudal precipitado entre unos espessos pinares davan horror al sitio, deseando por entonzes, en confusos zelajes de la llegada noche, pobre choza que les sirviera de albergue, parda luz de tea que les animara, muerta llama de heno que les diera abrigo.

En tan terribles confusiones, Laura piedad clamava al Cielo viendo a su delicada naturaleza en tan borrascosa fortuna, sin poder con resistencia vadear tan dilatado golfo de desdichas en que se anegava, quando, procurando Carlos alentarlas, penetró sus oídos entre la áspera fiereza de las bocas de unas grutas un dilatado silvo que le suspendió la vida. Y sin darlos lugar a discurso se les pusieron delante quatro habitadores alevosos de aquellas cuevas, dándoles trage feroz quatro peludas capas gasconas manchadas a parte de sangre, ya de la inocente de los pasajeros y ya de las reses hurtadas de los revaños, por cuyas aventuras mal cosidas se conocían diferentes bocas de fuego

que, con distinción, dezían su vida y anunciaban mayor su lastimosa muerte. Crecida melena al redopelo erizada les servía de medias mascarillas para sus traiciones, que al punto se apartaron del rostro, describiendo en la piel tostada su proceder engañoso. Cogieron los frenos a los cavallos, retiráronlos a lugar más secreto y manifestaron con gozo la suerte de la presa que habían hecho.

Aquí fue la affición de Carlos, aquí el desmayo de la infeliz Duquessa, aquí sus divinos extremos, siendo apenas el verse atar sus hermosas manos desvalixarse de las joyas que llevaban para su estraña peregrinación, que no savían a donde. Bolvió en sí enternecida y reparole atado ya a un árbol y desnudo, que asustada y pavorosa, temiendo (como lo empeçaron a executar) que había de correr el mismo lanze su infeliz suerte, reparando el riesgo que su honor tenía si entravan en conocimiento de su fingido traje, repetía ansiosa querella al Cielo de su infelicidad y, viéndose violentamente que querían correr la transparente cortina del engaño, codiciosos de la delgada holanda y delicadas puntas que davan guarnición a unos calzoncillos de lienço que la celavan aliñosamente, llamava piadosa a Carlos para que la valiesse. Pero suspendido en su desdicha no dava señas de sentimiento humano, que trasportado en envelesamento, no atendía a lo presente, quando oyeron entre unas matas rumor estraño de cuchilladas que a la quietud y soledad de aquel sitio se atrevió en novedad semejante.

Los vandoleros, pues, temerosos y fugitivos, imaginándose ya presos de la justicia y que aquella era resistencia o aviso de algunos ministros torpes que les acompañavan para la huida, velozmente desampararon su intento y los dexaron casi con más confusiones que tenían, sin poder prevenir el successo que esperavan los dos ya con más esperanza de remedio, quando rompiendo unos zarzales estruendo velicoso, cayó a los pies de Carlos un labrador anziano mal herido en el rostro –que tres hombres con lucimiento le venían retirando y solicitando muerte–, que en cansada voz les decía:

–Yo no sé de vuestro príncipe y señor, teneos, que diez y seis años ha que falta de mi poder. Y si havéis elegido essa traza para darme muerte, ya havéis conseguido vuestro deseo, pues a vuestro pies rendido conozco ya que me falta el aliento con la sangre que he derramado tan abundantamente.

Carlos, que vio tan inhumano proceder, aunque atado a un roble, ya en los crepúsculos dudosos de la mañana, sin poder reprimir su enojo, dixo:

—¡Ah, traidores!, que no podéis gozar buena sangre, pues vuestras cuchillas a un anciano tan humilde le persiguen con tanta violencia; poca valentía es a vuestro pulso tan arrojado acometimiento. ¿Qué intentáis, qué, de este labrador humilde que piadoso se defiende con la hoja blanca de sus canas? Dexad, dexad vuestro vil proceder, pues tan hambriento se ha cevado en esta triste y miserable vida, que ya en corazón palpitante ansiosa sollicita su fuga tan lastimosamente.

Apenas los tres oyeron estas alentadas voces en lugar tan desierto quando se retiraron, o ya por no ser conocidos o por imaginar ya executada la muerte en tan flaco y débil pecho. Vuelcos dava penosos en su sangre, que dilatada le emanava de una herida que le cegava los ojos quando, limpiándose con el sudor que la angustia le havia brotado por sus pálidas mexillas, reconociendo el sitio para escudriñar quién fuesse el que havia felizmente impedido con su voz el golpe fatal e inhumano que le havia tan riguroso amenazado, y reparando desatentadamente en Carlos una y dos veces, que fue el primero que se ofreció a su cansada vista, dixo:

—Rosimundo, hijo, ¿qué es lo que veo?; hijo mil veces, ¿yo te hablo en este tranze?, ¿tú en mi alivio? ¿Tú me das vida quando imaginava la tuya tan acavada por las malas nuevas que me havían dado de ella en ocasión que ansioso la procurava por tantos respetos? Hijo, ¿no me conoces? Yo soy, yo, Alvano; Alvano tu padre, que aunque tantos años olviden esta verdad, mi amor es más cierto, mi voluntad más fina y mis entrañas más puras.

—Padre —dixo Carlos—, ¿tú eres Alvano? ¿Cómo no me desligas para que me enlace tiernamente de tu cuello? ¿Qué desdicha es esta? ¿Qué inhumanidad te ha traído a esta horrible aspereza?

—Yo podré mejor —respondió Alvano— preguntarte esta causa, inquerirte estas dudas, examinar estas confusiones, aunque el ser el lugar tan peligroso me está advirtiendo que serán efectos de los vandoleros, que habitadores de esta maleza, fatigan estas grutas, inquietan estos campos, alteran estos montes. Y que rovádote tan inhumanos tus cómodas alaxas, de esta suerte esperan las gracias de mi voluntad por haverte dexado con la vida, que en más estimo que la que me gobierna (sávelo el Cielo).

El tiempo que duró el desatarlos, tubieron lugar la pena y alvorozo del anziano¹⁹³ herido, repitiendo sus lazos tantas veces quantas el amor repetía afectos. Hallávase Laura lastimadamente querelosa de su infelicidad, pues quando esperaba su alivio y le fundava en el Estado y sucesión del imaginado título, experimentava atenta el ser hijo Carlos de un humilde labrador o mayoral de poca hacienda, tocando con las manos esta misma verdad, que no osava fiarlo ni aun de su imaginación, porque no escarvasse en su alma sentimientos que la privassen de la vida ya.

Havía Alvano, entonces, con sus vestidos dádoles el abrigo que podía y, preguntado quién fuesse el vezino que le hacía lado, a que le respondió que era amigo y parte de su corazón, con que quedó bastantemente encarecida su amistad. Enlazadas razones por este espacio suspendidas los acordaron el lugar mal seguro en que estavan, y retirándose a la menor espesura del inculto bosque, negociavan en la piedad de la luz del sol recién alumbrado, nueva vereda que conocieron por frescas huellas, cuyo confuso norte les conduxo a unos edificios derruidos pobres, que quatro o seis débiles portales les hazían cerca, habitación miserable de onze o diez vecinos que mal cultivavan aquellos campos en donde con el abrigo que pudieron se alentaron del tranze en que se havían visto. Y dilatadamente Carlos le dio razón a Alvano del estraño successo que le havía traído aquel despoblado sitio, haviendo procurado primero con pieles diferentes de animales acomodar un duro lecho mal fabricado¹⁹⁴ la hermosa terneza de Laura, disponiendo con medio muertas támaras triste llama que les dava calor humosamente.

El Príncipe, como havía logrado feliz su amoroso intento en la dulce acogida que Fílida en su tierno pecho le havía dado – que fio con llaneza con el zevo e interés de la palabra dada de casamiento, obligatoria a tanto exceso de amor–, imaginando que quien tan fácil se havía permitido no apretaría el punto en su efectucción –que este es el riesgo que corren los que obligan con desembolturas y grangean con favorecidos agasajos–, ya remotísimo del intento que le truxo a Calabria por haver examinado en el poco gusto de Laura el cuidado que después leyó

¹⁹³ Alvorozo de del anziano

¹⁹⁴ frabricado

en su desemboltura, fingió cartas secretamente con su hermano el marqués de Monferrato, con tristes nuevas de repente accidente que le había traído al último tranze.

Y así, con esta excusa, pidió licencia al Conde para que aceleradas postas volassen la distancia en breves días, que executó sin dilaciones que lo estorvassen atropellando la poca consideración el evidente riesgo que se dexava advertir en lo fragoso de los bosques ásperos, habitaciones densas de fieras horribles, que ocupando sus grutas, hazían liga con alevosos ministros de Marte, que imperando en la tiranía y latrozinio cruel, habían hecho elección de rey de su campaña al que con más canas se governava en tan ásperos desórdenes.

Dos, sin prevención, criados que le hacían guía –que lo repentino de su media fuga no les dio armas convinientes para semejante temeridad (tan poco pláticos en las intrincadas veredas quanto en los graves peligros a que se atrevían)– le iban haciendo lado, ya rezelosos quando se engolfavan por el corazón del monte Apenino, admirando por una parte lo horrible, y por otra, lo excelso, siendo tan superior lo escabroso en la elevada greña que los dava grima, quanto el hermoso exceso de naturaleza que le dio perfección con tan hojosas copas de los robres que les pedía el Sol licencia para registrarle tal vez con sus cansados rayos.

Y hallándose en tan confuso laberinto medio perdidos en la inculca senda que les animava, oyó rumor el Príncipe entre unos troncos secos, que postrados gigantes, decían la ancianidad del tiempo que estaban rendidos; y reparando el cavallo, vio ligera una corza que se divertía en un raudal penoso, que sus pardas aguas en triste accento dava horror a aquella soledad tan poco deleitable; y llevado del exercicio bélico de la caza, afición en él tan señora de sus acciones, suspendió a los dos criados; y apeándose con el secreto que pudo y previniendo una arma larga de fuego que mal prevenida traía para su defensa, se fue poco a poco alargando a lo más íntimo de la aspereza en seguimiento de su rastro, sin prevenir el empeño en que se hallava.

Los dos criados, pues, rezelosos de alguna desdicha, no se osavan a la seña por no inquietar el gusto de su cazador, que perdiéndole de vista en tan desierto monte, y tan escrupuloso de peligros tantos, se hazían ojos para penetrar la distancia que ya no podían comprehender por ser tan grande. Ya la confusión se

entablava en sus ánimos, ya passando más tiempo les ahogava el cuidado de su dueño, ya impacientes y temerosos culpavan por temeridad tan vanas aficiones, ya con inquietudes se desalentavan¹⁹⁵, ya penosos se deshazían, y ya viendo que distancia de hora y media no le había revelado a sus atentos ojos, que sedientos de hallarle encumbrados en una elevada roca eran fieles árbitros del sitio más ínfimo, escudriñándole entre los caducos troncos que poblavan ásperamente su confusión, se resolvieron a que el eco dilatado por lo cóncavo de sus peñas le despertassen en el lugar más secreto que se les ofrecía. ¡Príncipe!, ansiosamente repetido, fue el más continuado exercicio de todo un día, movidos de la mayor lástima que originó amor, movidos de la mayor fatiga que engendró pena. Quisieran emboscarse y no se resolvían, temerosos que el inculto Apenino fuesse sepulcro de sus infelizes vidas, ya que lo había sido tan lastimosamente de su señor y príncipe, que teniendo por constante sería pasto regalado de alguna fiera, amargamente se dilatava en su planto, quando, haviéndose uno de los dos temerario arrojado en su busca, halló entre unas enzinas mal quemadas una capa de camino que al Príncipe le defendía de las influencias del Cielo, manchada a partes de sangre con que, helado, con pie trémulo haziendo extremos penosos, dezían en sus señas el lamentable quanto temido successo.

Aquí la mayor angustia tubo acogida, aquí el mayor dolor tuvo encono y aquí, viéndose ya tan desahuciados de remedio, se resolvió el uno a buscar nueva senda para librarse del peligro en que se hallava y a dar razón al Marqués de la infeliz suerte y no prevenida desdicha del príncipe Cesarino, su hermano, revelando fiel el fin triste que había solicitado tan voluntariamente; y el otro, que con más dañado intento le servía, codicioso de mil doblas que estavan depositadas en el secreto de una maleta para el gasto de tan dilatado camino del Príncipe, olvidado de la lástima de su dueño, determinó dar muerte al que venía en su compañía tan lastimado de la infelicidad sucedida, por valer-se de los despojos que eran (con este interés) considerables. Y puniéndolo en execución su alevoso intento, al torzer un estrecho camino sacó su espada, y dándole una herida peligrosa en

¹⁹⁵ desalentava

la caveza, cayó en el suelo con aturdimiento¹⁹⁶ y abundancia de sangre desmayado el que tan poco prevenido de traición semejante afectava justamente con suspiros la voluntad que tenía al Príncipe. Y triunfando su codizia bárvara en esta sazón, dexó a su compañero de esta suerte imaginándole ya difunto.

Passaronse algunas horas, bolvió en su acuerdo el mal herido joven, retiróse como pudo al camino real que la dicha le preparó a poco tiempo y, siguiendo de esta suerte su infeliz viaje, llegó quando pudo a la más vezina población, en donde se reparó de la herida y del cansancio desalentado que al último tranze le conduxo tan lastimosamente.

Hallándose, pues, el conde Ludovico sin su querida hija, penetrando tan vivamente los oídos su repentina quanto libre ausencia, solicitava con excessos el desentrañar adónde podría haver sido, pues no fiava de su proceder recatado tan no imaginada desemboltura. Pero acertando la determinación del Príncipe en su viage (por el fingimiento de las cartas que havia armado con la escusa de que su hermano el marqués de Monferrato estava en el duro tranze de la muerte) a ser en la misma noche que fue la fuga de Laura con Carlos, tuvo por constante que él havia sido el alevoso robador de su honor. Y más calificava esta sospecha el acuerdo del fingirse ministro de la embaxada de sí mismo, siendo el propio príncipe y señor de aquel intento, que un calabrés mercante lo reveló en secreto a uno de la familia del Conde, corriendo la cortina a su engaño, aunque la dissimulación en su pecho tuvo el lugar que es justo guardando la ley de la materia de estado, oráculo de todo buen gobierno. Pero en tan amargo discurso vacilante, dezía entre sí confuso el Conde:

–¿Cómo, locas imaginaciones, pudiendo en paz el príncipe Cesarino poseer la hermosura de la Duquessa mi hija, se ha valido de estas alevosías? Pues los conciertos del matrimonio ya medio efectuado se veían tan adelante que a no haverlos impedido el poco gusto de la mal nacida Laura, mañosamente maliciosa (pues leo en su deshonor tan viles execuciones), estuvieran ya felizmente executados, logrando todos el colmo del alborozo tan devidamente prevenido, si la fidelidad del Príncipe y el gusto de Laura me huvieran ayudado a estos contentos. Mas, ¡ay!, ¡ah, Cielos! –repetía vañando en lágrimas sus canas–,

¹⁹⁶ con en el aturdimiento

¿cómo este alevoso ardid procede?, ¿cómo esta alevosía naze de los passados encuentros, de los antiguos enojos que aún viven sus cenizas para encender más fuego? Pues este rencor en su maligno pecho, pues esta deshonor en tan grave infamia, cevado en su venganza de esta suerte, llama a mi ira, provoca a mi enojo, irrita mi modestia, altera mi pecho, perturba mi paz y, últimamente, dándome este veneno en traición semejante, temo que su confesión ha de operar en mí tan violentamente que, antes que llegue a beber su sangre helada, la que tengo en mis caducas y débiles venas le han de dar victoria en mi feliz quan lastimoso vencimiento.

Enfurecido, pues, con razón tanta, acompañándole el duque Eduardo, que a las amargas nuevas había acudido a su sentimiento, intentaron solicitarla por fuerzas de armas, previniendo gente con silencio, trasladándola con diligencia al Estado y tierras del Monferrato, que imaginaban ser autor de tal alevosía, yendo en persona el conde Ludovico y Duque para pedirle querellosos satisfacción del imaginado pensamiento, calificándole por constante, aunque en opinión del Duque uno tenía muchas raíces de certidumbre, pues la conjetura sola le había animado. Y conociendo el Conde estas sospechas, le dixo:

—No os espantéis, no, Eduardo, de este atropellamiento; no se ha fundado, no, en imaginaciones solamente, que Filida, prima de la alevosa Laura, fue fiel testigo de este concierto y a mí me le reveló secretamente, con cuya causa me he movido a tener por ciertas mis imaginaciones.

Y fue así como Filida se vio despreciada del príncipe Cesarino, en ocasión que había triunfado de su recato, siendo ingrato huésped a su voluntad, aunque tenía por seguro que Laura, fugitiva con Carlos por los lanzes amorosos, había faltado de palacio, no quiso revelar su certeza al Conde, sino viéndole inclinado en sus vanos pensamientos, a que el Príncipe fue el rovador de la Duquessa, quiso con ficciones llevar adelante este engaño, para que en su seguimiento fuese el Conde y ella tuviese lugar de manifestar su justa quexa, si retrocediese alcanzado de la palabra dada de casamiento.

Quedó el Duque convencido en lo que imaginava, y irritado para conseguir ser feliz el bélico quanto honroso intento, tiniendo ya por constantes los que imaginó vanos discursos, dando fuerza al crédito de su justa saña, que aunque también

echaron menos a Carlos entonces, no se persuadieron a que ni aun tuviese noticia del concierto, quanto y más que huviesse sido autor dél, echando culpa de su ausencia a las cuchilladas de aquella noche, que aunque no se dilató que havían sido con el Príncipe, corrió voz que havía havido una muerte de por medio que acriminava el caso. Y assí, hizo la imaginación poca mella en su contra en el juicio de los que sentían tan mal de la acción de Laura.

El marqués de Monferrato, cuidadoso de que tan en silencio vivía la correspondencia entre el conde Ludovico y el príncipe Cesarino, su hermano, ignorante del infeliz suceso de su peregrinación y de las cartas fingidas que se la ocasionaron, estrañando tanta pausa, quiriendo enviar correo para que le satisficieran este cuidado y descifrasse sus nuevas tan importuno enigma que le inquietava su sentido, le avisaron de la secreta gente que iba introduciendo en su Estado el conde Ludovico, assiendiendo él en persona a su disposición, sin saver motivo cierto de tan estraña novedad, que cogiéndole sin prevención para la defensa, alterado del vezino ejército que ya inquieto se iba declarando en sus tierras, dando aunque confusa la causa a sus oídos, advertido el Marqués del sitio en donde el Conde reposava secreto, envíole embaxador, declarándose, que quería de paz averiguar su intento y satisficelle si podía con razones antes que llegasse la execución de las armas.

Concediolo el Conde, viéronse con igual gente, fundole que-rellas que el embaxador que havía enviado para los conciertos del casamiento entre el Príncipe su hermano y la duquessa Laura su hija, con traición inhumana se la havía rogado y que esta traza havía nazido de su consentimiento. Y con memoria del rencor de los encuentros passados y enojos tan vivos (dis-simulando el Conde que tenía conocimiento de la persona del Príncipe, que con fingida astucia se havía portado en aquella jornada) el Marqués, que oyó demanda semejante en su des-cuidada confianza y savía que el embaxador que el Conde dezía era su hermano el príncipe Cesarino y le recordava tan antiguas memorias, dixo, pálido el semblante con trémula voz:

—No en vano el coraçón pronóstico de mis desdichas me dava, anunzio de tan amargas nuevas. Vos, conde Ludovico, me pedís a la duquessa Laura, vuestra hija, y fundáis esta traición en vuestros enojos, para mí tan olvidados. Y yo, con recuerdo ya

de ellos, juzgo (o mi pecho lo dize) que son excusas para entablar la traición que me havéis hecho tan inhumanamente dando muerte a mi hermano el Príncipe, que vos llamáis embaxador fingido, celando con petición tan loca acción con tanta alevosía. Dadme a mi hermano Cesarino, que vos solo sois, Conde, el que me le usurpáis para que triunfè vuestra ira tan indecente a la noble sangre. Y si ya difunto en su cadáver descansa vuestra venganza, dezidme su sepulchro, para que uniendo mi vida con su muerte, tenga su lugar esta agonía infelice, solicitando con mi helado aliento comunicarle este sentido que me ha de privar de la vida si el Cielo piadoso no me alienta.

A las enfurecidas voces que el marqués de Monferrato despidía al viento, le respondió el Conde, disimulando el reconocer al Príncipe luego:

—¿Cesarino —dixo— es el alevoso embaxador que haze usurpaciones tan viles en mi deshonra? Mayores cargos, mayores ofensas fulmina la razón en vuestro delito. Dadme a mi hija Laura, para que cevada en su sangre, satisfaga lo noble que gobierna este justo impulso, que retirada en vuestro estado vive, ocultándomela vuestro hermano, ingratos; paga tan injusta al hospedaje de mi pecho senzillo, pues fiel entonces se mostró avierto y bien ageno de traición semejante.

Entre estas vanas querellas, entre estas ignorantes presunciones los retiró el enojo a cada uno a su sitio, haciendo tanta operación en el pecho helado del Marqués, que repentinamente llamó a un accidente malicioso, que en breves días destroçó su caduca vida. Y antes que se postrase al fatal golpe que le solicitó tan violento, viéndose herido del instrumento corvo, en donde padezen los humanos, convocando a lo más noble del Monferrato en un espacioso preámbulo, dilató penosamente este discurso:

—Yo soy, cavalleros generosos, el Marqués, vuestro dueño, y quien se hallava retirado en su descuido en la repentina infelicidad que tan duramente me sobreviene y al fin me priva de la vida. Pues quando esperaba alegres alborozos en el efectuado casamiento del Príncipe, mi hermano, con la duquessa Laura, pues él en persona quiso, aunque yo quise entonces atajarlo, temiendo quizá lo que ahora veo, en nombre de embaxador conseguir más felizmente su dicha. En vez de alegres nuevas, de ostentosos saraos, de gosijadas demostraciones, veréis penosos lanzes,

lastimosas muertes, aplausos fúnebres en mi desdicha, que tan vezina la veo a las puertas de mi vida, y con la de mi inocente hermano, en quien el conde Ludovico ha querido executar, tiniéndole en su poder la ponzoña de sus rencores, viviendo aun en su pecho las zenizas del antiguo fuego abrasadas de estos dos Estados. Tengo esta muerte por constante, pues no tengo de su vida nuevas, quando le imaginava en los tiernos brazos de su querida esposa, en cuya contenta imaginación me ha alterado el Conde, su padre, con tan maliciosa escusa de pedirme a su hija, de que el Príncipe ha hecho robo, cargándome por cómplize y consejero de tan infame intento. De mi inocencia todos sois testigos, de mi dicha todos me tendréis lástima, pues este disgusto tan penoso me ha traído a este último tranze en que me veo acabar sin remedio. Y lo que más me aflige es el hallarme sin sucesión de la Marquesa, ocasionándoos a que después de mis días, entre los más cercanos deudos valgan las contiendas por materias de Estado. Y así, para aligerar mi conciencia y evitar estos encuentros, os doy razón a todos cómo en los passados meses, en que mi edad y achaques me truxeron al último extremo, descubrí mi pecho al conde Astolfo y a Camilo, su hermano, cavalleros de quien la confianza tenía bastante seguro en su verdad, manifestándoles cómo en mi juventud lozana, con la briosa sangre que me governava entonces, tuve un hijo en una mujer de humildes prendas en la hacienda, aunque superiores en la calidad y hermosura. Con el secreto que mi modestia requería, yo mismo se le entregué a Alvano, labrador noble de Frasineto, para que le criasse en su silencio y retiro con nombre de su hijo, habiendo primero observado en su persona señales bastantes para conozerle en qualquier tiempo, que las fiaré después al más amigo. En obediencia tan importante le llamaron, preguntáronle por mi hijo, respondió con turbación que había más de disiséis años que fugitivo faltó de su poder y que no tenía noticia ni de su vida ni de su muerte. Temerosos, pues, a esta respuesta y que por ser deudo Alvano de los que aspiravan al gobierno quería mañoso ocultarle quizá, dándole muerte para que sus deudos triunfassen de esta pretensión, con engaño le sacaron algunas millas de lo poblado y, retirándole a la espessura de unos pinares que hazen cuerpo a esos montes, con amenazas intentaron la revelación de este secreto para reconozer en su copia mi original caduco, y no siendo amenazas poderosas, sacaron los azeros para que el

riesgo y peligro fuesen el potro más fiel a sus miedos. Pero Alvano, acosado de las cuchilladas que ya le iban hiriendo, queriendo defenderse con algún valor, dió un pequeño piquete al brazo izquierdo de Camilo, que advertido de la sangre que le emanava, sin advertencia del inconveniente mayor que con su muerte se seguía, le quitó la vida entonces, dexando esta verdad en más abismos de confusiones que se hallava. Diéronme razón del successo, ya convalciente de mi enfermedad y ya con sentimiento tan justo a tan conocido yerro, aunque disculpado por el zelo y enojo que los apadrinava, los hice poner en una torre en donde hoy viven esperando piedad de mi sentimiento recibido, por tantas razones justificado, sin admitirles en su abono género de excusa en tan precipitado arrojamiento. Ya las fuerças déviles me van dexando. Este es el estado de vuestro successor, que aunque natural hijo, la legitimación que con secreto se ha conservado entre mis papeles hasta ahora me da fuerças para que, revelando el alma de mi intento a vuestros nobles pechos, descubriéndole su dicha en algún tiempo, suceda en el estado con pacífica posesión, pues esta es mi última voluntad y la que havéis todos de poner en observancia con el rigor que espero de vuestra buena fe. Pues si después de mi muerte os divertís en competencias con la codizia del gobierno, será dar lugar a que el conde Ludovico, no hallando resistencia, logre sus dañados intentos. Y assí, en el ínter que se disponen estas pretensiones, y para hacer cara al enemigo y a su prevenida gente, que ya con alteración la conozemos, es mi voluntad que quede en el gobierno de mi estado el marqués Aurelio, que sus años, su experiencia, su rectitud, su valor, negocian en vuestros pechos nobles el sí que espero, pues fundo este acierto por el mayor de mis acciones.

Acavó de sellar este discurso un abrazo tierno dilatado a todos, que le dieron palabra de obedecerle en la misma forma, y havía propuesto su gusto y darles gracias de su rendimiento y pedirlos perdón fue todo uno, dando fin a sus días con un modesto parasismo que le separó el alma del caduco cuerpo.

Quedaron todos enternecidos de la ocasión lastimosa en que se hallavan, y el Marqués a quien el de Monferrato entregó sus acciones, procuró suave disponer los ánimos de los que podían inquietarse en pretensiones ambiciosas y los unió poderosamente para que haziendo un cuerpo resistiesen la guerra que el conde Ludovico havia entablado. Y por otra parte, en secre-

to, dio razón al Conde de la muerte repentina del Marqués y le rogó hiciera pausa a su riguroso intento, que él quedava gobernando y le solicitaría satisfacción en lo que pedía.

Carlos y Laura, en su fingido traje, ya menos fatigados de su penosa peregrinación, acompañando a Alvano, a quien tiernamente llamaban padre, con la voz de la muerte del Marqués se hallaron en las funerales obsequias para admirar curiosos su grandeza, aunque a Alvano le llevaba bien diverso intento. Y en la pirámide de luz que se elevó al cielo con ostentosa máquina, afectos se ardieron abrasados en diversos papeles que el ingenio y el arte les comunicó alma activa desatada en favores.

Y el Forastero Carlos, hallándose ocasionado de tan triste espectáculo, en donde christianos discursos ponían en cifra las costumbres religiosas del Marqués difunto, con elevación al misterioso ponderar, desluciendo con fieles desengaños toda pompa humana, conociendo por tan virtuosas pisadas la verda que había seguido con seguridad de desaciertos, castigando passiones propias con la corrección severa de mazizo entendimiento, dictó la mayor verdad de su ánimo sin revozo de locuciones, que la ofuscaron vestido de una natural tristeza con la presente muerte, en ocasión que otros ingenios hazían desvelo en ardientísimas agudezas retirándose pocas horas en el ozio molesto de su cansanzio¹⁹⁷, escribió esta canción severa, cuya verdad copiava de la muerte, que aunque perezosa, nunca más cierta se conozió como entonces en una illustre academia en donde hazía triumphos el ingenio, que por conocerle español le atendieron pendientes todos (los que admitían assumptos) de su voz. Que aunque en travajosso estado no hazía disfavor a su naturaleza, dexando de lograrla con muchos aciertos que se experimentaron, aunque sin revozo en estos versos que por ser desengaño de la vida humana, desnudó el ropaje de vozes y se acogió a lo cierto de lo humilde, por expressar sentimientos del alma que afectuosamente abrazó el conocimiento en tan repentina muerte, hallando desvanecida la grandeza que, postrada gigante, confessava en polvo su primer principio, que con tantos toques aclamavan verdadero desengaño, leyendo desta suerte:

¹⁹⁷ casanzio

A don Diego de Vico, señor de la villa de Gésturi

A la modestia amable de sus costumbres de vuestra merced se juntan respectos de gratitud devidos a su casa que apenas me dexan¹⁹⁸ libre el arbitrio en el derigirle este desengaño a vuestra verced, pues se le doy quando con él me quedo, que no podía elegir más acierto que sirviesse de sombra a los defectos de lo escrito, dando realze a su humildad la inscripción de su nombre, sea elección o sea deuda. Esto assegura el ser vuestra merced hijo de quien es, y es lo más que puede afectar en su alabança mi obligación, dilatando su casa esplendores tantos en que su valor queda con tanto crédito, reverberando ya en las cátedras de la Iglesia y ya en los consistorios reales que entre tanto aplauso venero.

Guarde Nuestro Señor a vuestra merced muchos años.

*Su mayor servidor,
Jacinto Arnal de Bolea*

¹⁹⁸ me-/xan

DESENGAÑO DE LA VIDA HUMANA

*Quando un pinzel del día
al carmín roba el rosicler hermoso,
iluminando el prado que risueño
ostenta vizarría
en imperios de abril, y en lo vistoso
del triumpho de las flores lo pomposo
goçando en su disseño
crédito fiel lucido,
en saver colorir lo más unido,
dando honor floreciente a los pinzeles,
golfo de rosas, ondas de claveles.*

*En acción tan vistosa
depone el Sol su luz en ceño obscuro,
ofuscando entre nieblas su diadema
con vista tenebrosa;
se conoce que aun él no está seguro,
pues el alvor más claro, el rayo puro,
nos advierte que tema
ya toda flor lucida,
pues toda pompa tan desvanecida
reparó atento, ajada su hermosura,
que en sombras para como fue pintura.*

*En ramilletes Flora
constituye el poder de su tropheo,
fundándolos en campos animados;
suda la hermosa Aurora
aljófar vello, dándolos empleos
si en cogollos de nácar separados,
thesoros dilatados,
acomula su suerte;
mas, ¡ay!, que previniéndole su muerte,
sediento el Sol ofusca los colores,
beve el sudor, marchítale las flores.*

*Reina del valle hermosa,
guardada de las archas penetrantes
en imperios del campo florecientes
vive la honesta rosa
en aplausos vistosos relevantes*

del vulgo de las flores inconstantes,
y en sus hojas lucientes
de vergüença bañada
miro su luz florida malograda,
que apenas nace quando muere atento,
sirva a toda beldad este escarmiento.

Esta máquina inmensa
de tanto zielo hermoso tachonado,
sol, luna, estrellas, plantas, valles, fuentes,
flores que en nube densa,
espíritu vizarro dan al prado,
mares, pez volador, monte elevado,
acuerdos diligentes
son al descuido, ¡oh, Cielos!
para más confusión, para más velos,
pues quando errante pie pisa el camino,
todo me acuerda el Hazedor divino.

De tan profundo sueño
en que el alma ha vivido tantos años,
despierte atenta, salga del olvido,
salga, pues del empeño
que la está amenaçando tantos daños
con dura execución de desengaños,
tema, pues, su sentido
a la que no perdona,
ni en la más feliz pompa la corona
ni en el humilde y más senzillo estado,
entre rústicas pieles al arado.

Admiro un ambicioso,
puniendo su esperanza en solo viento,
fiando su interés del mar airado,
del viento codicioso,
que en él estriva solo su cimiento,
aun vive entre las aguas más sediento,
quando ve su cuidado,
que en ocasión tan fuerte,
fiscalizado solo de la muerte,
como en espuma estriva tanta suma,
la hazienda se deshaze como espuma.

Ya compite lidiando

entre el mar y el vaxel sobervia loca,
 ya gigante de nieve le atropella,
 ya piedad aclamando
 baxa al abismo, temerosa roca
 le espera quando entre las nubes toca,
 solo desdichas huella,
 ya nos parece el leño
 sobre las aguas magestuoso dueño,
 y entre los dos se juzga la contienda
 que el vaxel sorbe al mar y el mar la hazienda.

Pomposo lino buela,
 ya esponja de la ola más hinchada,
 ocultando entre sí signos y estrellas;
 ya el patrón se desvela,
 aunque con voz temblante, lengua atada
 en las acciones solo está fiada
 fundando su querella
 del ya tiempo inconstante
 al vaxel viendo temeroso Atlante,
 pues todo el cielo sustentado en hombros,
 dava a la misma confusión assombros.

La que ayer con belleza
 risueño agrado, gusto entretenido,
 en el mayor olvido sepultada,
 repentina fiereça
 de accidente mortal hoy la ha rendido.
 ¡Oh, infinito poder no comprendido!,
 pues con acción turbada,
 rompidos sus cristales,
 un tiempo ya despojos celestiales,
 nos informa veloz en graves daños,
 con pecho ronco claros desengaños.

Y al desatarse el alma
 de humanas ligaduras bien rompidas,
 de filo corvo poco pereçoso,
 ente confusa calma
 examina lo atento las rendidas
 fuerças sin fuerça de un minuto assidas.
 ¡Oh, trance riguroso!,
 ¡oh, merecida pena!,

*¡oh, dura ley que a tanto nos condena!,
partirse el alma sin saver a dónde
prodigios son los que el misterio esconde.*

*Entre jazmín y rosa
ayer copiava el cielo la más bella,
la más perfecta y pura criatura,
y hoy con mano embidiosa
la muerte atenta suspendida al vella
con escusa que quiere que sea estrella,
viendo que su hermosura
con rigor inhumano
le quitava los triumphos de la mano,
para tener más ocasión de fuerte,
pareció que la muerte le dio muerte.*

*Túrbanse los claveles,
cárdeno lirio es ya la peregrina
nieve, que en palidez trueca su nombre,
con desengaños fieles
triumpha el horror de su beldad divina,
quando corriendo atenta su cortina
verá el mundo, aunque assombre
con fealdad asquerosa,
gusano ya la más púrpura rosa
que le dize retórico al oído:
«Sea yo despertador para tu olvido».*

*El joven bellicoso,
todo fuerza y vigor y todo fuego,
llevado de las olas que mundanas
dan golfo proceloso
entre escollos confuso, advierte ciego
en un mar de ocasiones su sossiego.
¡Oh, leyes soberanas!,
tal vez el gusto pierde
quando el alma y el pecho le remuerde
un no sé qué con sombra de conciencia,
que a su sombra da luz de penitencia.*

*Tal vez tristeza grave
le impide el corazón blando latido,
ponderando en su fin principio quieto,
que aun el temor no save,*

porque tal vez le animan al oído
 sombras que quieren verle divertido,
 comunica el secreto
 en las demostraciones,
 dando satisfacción con dilaciones,
 quando remite el publicar verdades
 aun mañana no más passando edades.

Viene un toque del cielo
 cifrado en accidente peligroso,
 aquí es la confusión y el alarido;
 váñale mortal yelo,
 templar pretende el más que riguroso
 dolor con medicina: «¡Oh, pereçoso
 de mí!», dize al sentido,
 «entre vasca y congoxa
 apenas reconozco blanca hoja
 en el volúmen donde representa
 hoy mi vida infeliz memoria esenta».

En rigor violentado
 crecen las ansias, mengua la esperança,
 el tiempo es breve, grave la malicia
 en ánimo turbado
 por puntos se despoja confiança,
 si atenta mira recta la valança
 de la que ya justicia
 es de piedad desnuda,
 no cordero, león sí, que al alma muda
 haze que advierta executada en daño,
 por último recuerdo un desengaño.

De sus propias acciones
 se desnuda un monarcha poderoso,
 renunciando el imperio en un privado;
 préstale sus blasones
 quando en la possession de sí, zeloso,
 su propia sombra teme el ambicioso,
 hambriendo su cuidado
 fatiga la corona,
 ni deuda advierte ni amistad perdona.
 ¡Oh espejo claro, oh luz para los reyes!,
 pues por ley tiene quebrantar las leyes.

Apacible semblante
 le niega el mundo el ídolo que en vano
 halla veneración entre la gente,
 de su voz el diamante
 con más luzes que es el Sol y quando humano
 seno escondió con dilatada mano
 reconoze pendiente
 el que a sus pies rendido
 se tiene por feliz si suspendido
 de ver en pompa y trono tan glorioso,
 parece que del cielo está quexoso.

Ningún humano vive
 contento ni en el cetro ni en arado,
 que es pensión que pagamos los mortales;
 la envidia se apercive
 con mordaz apetito desbocado,

Reyna la emulación, viste el brocado
 de lisonjas iguales
 al vicio y la mentira;
 de poder superior goza la ira
 y la verdad tan pobre, que aunque muda,
 nos dize ser verdad por lo desnuda.

Rebuélvese la rueda,
 roto ya el clavo, falta la fortuna,
 áspero ceño en el semblante advierte
 solo en desdichas queda;
 la reconoce que si vez alguna
 por vicio entonces la llamó importuna
 en ocasión tan fuerte,
 la aclama suspendido
 (viendo que fue privado en el olvido
 de su mayor recuerdo) quieto estado
 aunque nunca se ve también privado.

Niega vista apacible
 el que monarca se reduxo a nada
 por vestir de su cetro al ya desnudo.
 ¡Oh, trago el más terrible,
 trágico fin de próspera jornada!
 ¡Oh, dura possessión tan mal lograda!,
 pues que publica mudo

*quien desnudo conoce
a aquel que con razón le desconoce,
que el que de un hombre a confiar se atreve,
siembra arena, humo recoje, viento bebe.*

*Un desengaño avierto
desentraña capaz en la caída,
deviendo a la desdicha tanta suerte,
admira el premio incierto;
huye el golpe mayor y en esta herida
va preparando la caduca vida
disponiendo su muerte.*

*¡Cuán tímida torpeça
si en juventud estriva, y en riqueza
loca será, si nezia confiança,
la que fía en belleza y en privança.*

*Constitúyete nombre
a su ministro Marte feliz hado,
premio le alcança, gloria sus assombros,
con valiente renombre
eternidad el tiempo, si soldado,
fuerças conduce a superior estado;
y aunque en gigantes hombros
le truxo feliz suerte,
el dominio mayor sobre la muerte,
bastávale por premio en tantas glorias
solo la vanidad de sus vitorias.*

*Ciñe diadema eterna
las sienes de Aníbal en lauro hermoso,
coronadas de triunfos y trofeos,
valerosos gobierna
exércitos vizarro belicoso,
quando ya le parece que glorioso
con tan altos empleos,
entre victorias tantas,
la muerte temerosa entre sus plantas
no ha de salir pensando que rendida
a su poder la muerte cobra vida.*

*Con espantoso brío
Pompeyo por el mundo dilatado,
reinos anega en lago que sangriento*

tirano señorío
le aclama en voz horrible, si cifrado
espectáculo fiero es mar airado,
en donde miro atento
dos prodigios valientes,
açote fiero de enemigas gentes,
que si el uno suspenso rayo admira,
otro centellas de su mano gira.

Campos los más vistosos
que Marte cultivó con las bruñidas
puntas en donde mira el Sol su frente
oprimen temerosas,
o como quando espigas esparcidas
del tirano instrumento divididas
agosta diligente
la labradora mano,
florida ostentación del vello grano;
ansí un exemplo horrible nos ofrece,
hermoso campo que a sus pies perece.

Retirados vencidos
de la amistad el uno se confía,
assigurando el peso en la valança
con gozosos sentidos
fácil la vida de la muerte fía,
pues su amigo mayor (traición impía)
la vida le quitó (vana esperanza)
y al otro en trance fuerte
su propria mano executó la muerte,
sepultando en veneno su memoria,
que este es el premio de la humana gloria.

En el cónclave unidos,
si bien en voluntades separados,
del vicediós ministros fervorosos,
atentos los sentidos
en el efecto solo embelesados,
a la elección remiten sus cuidados
juntamente goçosos
de ver feliz deseo
con el logro mayor que ha visto empleo,

*quando de Pedro el sucesor humano
en venerado pie nos da la mano.*

*Goza vida triunfante
el mayoral que en el cayado estriva
ser pastor de la Iglesia soberana,
con valor vigilante
imperios mide, con acción altiva
humildad premia si ambición derriva;
toda potencia humana
reconocen los reyes,
solo en su voz quitando y dando leyes,
tiniendo atento (con piadoso zelo)
jurisdicción hasta en el mismo cielo.*

*En elevado trono,
en imperio mayor que el mundo advierte,
una tiara magestad anima
y con célico abono
repite la fortuna tanta suerte,
tan bien sujeta al golpe de la muerte
con que le desanima,
pues no goza contenta
su dicha por acción que es tan violenta,
quando es adversa y próspera fortuna,
a todos es igual túmulo y cuna.*

*Edificó vizarro
con soberbia atrevida loco intenta
ocultar esplendores más vistosos
del tachonado carro
en donde el Sol su hermosa luz presenta.
Ser intentado de su rayo afrenta,
con braços poderosos,
con el tiempo lidiando
quiere el grave poder ir usurpando,
que tiene imperio en todo lo nacido,
sepultando memorias con olvido.*

*Ya el pórvido luziente,
espejo claro del celeste velo,
unido en el mármol sincelado,
dan assombro eminente
a vista perspicaz, al Sol rezelo,*

al mundo admiración, cuidado al Cielo,
 habiendo barrenado
 al zafir peregrino
 las altas puntas de su honor divino,
 que en chapiteles tienen fixo asiento,
 desvanecidas con tan alto intento.

Blandamente procura
 voraz el tiempo castigar al loco
 que se opuso atrevido a tal empresa,
 borrada su pintura
 (porque todo el poder él tuvo en poco).
 Reparo en su feldad, si atento toco
 castigo a tanta ofensa,
 lima sorda te advierto,
 ¡oh, tiempo!, y el açote más despierto,
 royendo días dilatados años,
 años los siglos con extremos daños.

Escollo tosco admira
 la edad primera que sucede atenta
 al mayor edificio que vio gente,
 y viéndole suspira,
 pues un exemplo mira de sedienta
 eternidad, que la amenaza afrenta.
 ¡Oh, tú, el más eminente,
 que postrado gigante
 de yerva te vistió tiempo inconstante!,
 ya no hay más que temer la quietud gozes,
 pues tu primero ser le reconozes.

Cubre menuda arena
 la ruina mayor, ¡oh, passagero!;
 examínale atento sus memorias,
 suspéndate la pena
 que executada por el tiempo infiero,
 que también te amenaza el golpe fiero,
 mientras humanas glorias,
 ¡oh, vida mal fundada!,
 pues todo se reduce a polvo y nada.
 ¡Ay, si en tan cuerdo y tan medido intento
 executar pudiera lo que siento!

¿Qué encanto es esto, Cielos?

*¿Adónde, adónde voy precipitado,
 pisando sombras quando admiro assombros?
 ¿Qué torpes son los velos
 que en opresión deslumbran mi cuidado?
 Si en infeliz y mal seguro estado
 voy llevando en mis hombros,
 entre gustos la pena,
 que a eterna confusión hoy me condena,
 acelerando el passo al tranze fuerte,
 muriendo por llegar hasta la muerte.*

*¿No obliga ley divina
 que prevalezca en opinión christiana
 del premio y del castigo la memoria?
 Pues como no¹⁹⁹ encamina
 la cegüedad del mundo (ilusión vana)
 a precipicio de intención liviana,
 percedera gloria,
 bien solo de un instante
 que en torpeças se precia de constante,
 si con tan vano y bárbaro sentido
 lo que es más cierto lo sepulta olvido.*

*Suspensio, ciego y mudo,
 no reparo en aquello que me daña,
 y aunque en mis ojos reconozco el velo
 y el castigo no dudo,
 fácil el alma por su mal se engaña.
 Y aunque el tiempo por puntos desengaña,
 atropellando, ¡ay, Cielo!
 precepto soberano
 sin cumplir con las leyes de christiano,
 parece que pregona nuestro intento
 que servimos a Dios por cumplimiento.*

Todos quedaron en confusión grande, habiendo atendido a lo afectuoso de la verdad de estos versos, que con ponderaciones christianas los veneravan, librando en el silencio el más retórico encarezer que pudiera espresar afectuoso ánimo, aunque no

toda esta verdad lisonjeó a alguno, que con ponzoña inficionó su afecto.

En este tiempo, pues, como la necesidad les oprimía, les fue fuerza el cambiar a dineros una de las joyas que llevaba Laura y ya los salteadores habían usurpado, que con el pavor y rezelo desampararon en la yerva, codiciosos más de su vida que de su precioso interés. Y como el traje humilde no podía ser señor de aquellas alhajas²⁰⁰, receló hurto aquel en cuyas manos había caído, y para averiguación de la verdad, violentamente los pusieron en prisiones estrechas para indiciar de dónde se originaban. La turbación en los dos hizo su oficio, pues se hallaron imposibilitados de revelar quién eran, pues era mayor el riesgo entonces de su vida, y maltratándoles el juez que tenía la causa con injurias, y quiriéndolos con amenazas amedrentarlos, Alvano se resolvió a correr la cortina de su secreto, cifrándosele en breve al Marqués gobernador en un papel, que llegó a sus manos sin prevenir novedad semejante. Y desellando tanto silencio, leyó de esta suerte:

PAPEL

Yo, Alvano humilde, a quien imagináis me dieron muerte para averiguación del secreto que fio el marqués de Monferrato (que ya pisa el cielo) al conde Astolfo y Camilo, su hermano, que tan atropelladamente intentaron conseguir su fin, dexándole tan sepultado por entonces, os doy razón, señor, que si queréis venir a conocimiento de Rosimundo, hijo natural del Marqués, fiando la averiguación de las secretas señas que están depositadas en vuestro silencio, acudáis a esta prisión al instante, que con motivo de hurto de unas joyas que en su poder le hallaron, le tiene el juez oprimido, para con semejante violencia, sacar a luz su imaginado engaño.

A él le daréis libertad de tan vezino riesgo con tan no prevenido susto de alborozo, a sus tierras quietud entre la mayor nobleza y a esta provincia successor que la herede con los mayores méritos que se hallan en príncipe.

Alvano

²⁰⁰ alagas

El Marqués, que tan libre de ambiciones se gobernava, movido solamente de piadoso zelo en disponer los ánimos benignos para aquietar los alterados, no se satisfizo con repetirle dos veces el papel quando, con ansia gustosa y alborozo entretenido, partió a las prisiones sin prevención de criados, en donde, viéndose con Alvano, le hizo reconocer la letra del villete. Y acudiendo a donde estava Carlos, examinó las señas que le dio el marqués de Monferrato; hallolas ciertas. Preguntó en dónde le había descubierto con riguroso examen, satisfiçole puntual, reconociole por su señor y legítimo heredero, echándosele a sus pies con amoroso rendimiento, leyendo ya en su apacible semblante, airosa estesura y agudo entendimiento un fiel traslado del original del de Monferrato.

Quedó Carlos, a tan no prevenido accidente de fortuna, cercado de confusiones que le anublavan las alegres luzes del contento en que se hallava divirtido, procurando escusar al marqués Aurelio la humillación agasajadora con que le dava el alma. Laura quedó confusa, beviendo dudas en tan alborozado encanto, y casi dando por fabulosa (como en sueños) verdad tan constante. Y el juez, avergonçado de novedad tan estraña en quien con tantas injurias executó la severidad de su justicia, por examinarle ya dueño de felicidad tan superior que le dava lo mayor cumbre en el mayor golpe de desdichas, viento el más próspero en el golfo mayor de su tormento, conque llevándole el Marqués en una carroza a palacio, acudieron todos los cavalleros al reconocimiento devido, quedando Laura, sirviéndole en nombre de camarero, exerciendo puntual este oficio. Y Alvano, a quien Carlos tenía por padre, empleadas sus canas en el gobierno de su familia y consexo de su persona, luciendo ostentosamente esta grandeza, aunque el luto de la muerte de su padre, aligerado con alvorozo de semejantes con tantos.

El conde Ludovico, que ya era savidor del nuevo heredero y se había passado el término que el Marqués había pedido para su satisfacción, no viendo lo que pretendía de su hija, intentó de nuevo, movido del enojo que le irritava, seguir la demanda querrelloso que había propuesto al de Monferrato.

Carlos, pues, que conocía el alterado ánimo de la razón que le movía, para bolver en gustos los desplaceres, envió embaxada

al Conde y duque Eduardo, diziéndoles que estava prompto de darles a su hija Laura y duquessa madre, con que a su robador perdón le concediessen y la mano para levantarle a la dicha, que en su possession tenía guardada. Otorgolo el Conde, acudieron al instante deseosos de ver el fin de aquellas inquietudes, saliole a recibir Carlos con lo más lucido de aquella nobleza, y ellos, que le repararon, conoziéndole estrañaron el verle. Le preguntaron qué novedad le había traído a lugar tan distante de Calabria, olvidados de las cuchilladas, a quien entonces dieron culpa. Él les respondió que había venido en su seguimiento para morir peleando a su sombra en aquella refriega, agradeziéronlo con razones severas, de mesura, y con su antigua modestia y gravedad, dixeron:

–¿Dónde está el nuevo Marqués que ha entrado en tan felice possession? ¿Quién de vosotros, señores, ha sido merezedor de dicha tanta? ¿Y quién es el que se obliga a dar a mi ingrata Laura, ya ser usurpador²⁰¹ de su mal empleada belleza atrevido, aunque ya perdonado robador de su recato y retiro honesto?

–Yo –dixo Carlos– soy el que mereció un tiempo la honra que ahora poseo con la servidumbre de vuestra persona, siendo el menor de los de vuestra familia y a quien ahora me ha restituido el Cielo la suerte que el tiempo me tenía usurpada y el engaño tenía escurecida, haziéndome verdadero sucesor y hijo natural del Marqués, mi padre y señor, que goça tan christianamente en empíreo asiento. Y para satisfacción de vuestro cuidado os entregaré luego a la Duquessa y mi señora Laura, con que el osado que se resolvió a tanta locura tenga, señor, de vuestra benignidad piadosa la palabra que me havéis dado del perdón prometido. Pero antes que consigáis este gozo, me havéis de honrar con ser padrino en mis bodas, pues en secreto estoy casado con persona que en calidad y méritos, ya que no me aventaje en ellos, felizmente me iguala. Dígalo la beldad con que naturaleza perficionó el ángel de la Marquesa, que ya es mi dueño, que hallaremos en essa quadra. Entremos, señor, a efectuar este casamiento, y aunque a ninguno de vosotros, cavalleros, os he dado parte de esta dicha el ser tan repentina, disculpa lo que podríades acumular a desprecio, siendo de vosotros no dueño sino

²⁰¹ ya usurpador

amigo fiel, que os he dar satisfacción siempre a vuestra voluntad, con reconocimiento y premio que merece vuestra sangre.

Entraron todos con suspensiones perplexos a averiguar con lo curioso de la vista tan no imaginado casamiento. En ocasión que Laura la duquessa salió a recibirlos a la mitad de la pieza con una saya grande acuchillada de raso verde igual, por ser grande a su belleza, cogidas cada una con seis iguales perlas que le davan hermoso señorío, en conforme escaramuça dispuestas, descubriendo a partes el aforro que tela escarchada de plata le dava espíritu, siendo el menor lustre, la más pequeña demostración de su hermosura, la cantidad de joyas de diamantes que en cintura, botones y vandilla estaban separados, animando vistosamente tanto luzimiento la cantidad de luzes que en espesura de hachas davan a la pieça magestuosamente vistoso realze.

Ofreciose a la vista del Conde y Duque tiernamente Laura, dando vaños en su semblante honesto de la escarlata más encendida que se ardió entre yelos, confessando vergonçosos rosiclères el cometido delicto que la estava acriminando su precipicio. El Conde, llevado del paterno amor a su reconocimiento, se avalançó turbado al cuello de la Duquessa, enlazándole con sus trémulos braços con mil ternuras afectuosas, repitiendo dos vezes el dulce apellido de hija, y prosiguió el de Laura más severo, acordado ya de la libre acción que había usado con su honestidad y retiro. Y ella, temerosa de su mismo crimen, rehusava llegarle acovardada, que reparando el Conde en este despego, dixo con voz entera:

—Laura, tú eres Laura, no hija mía, que no merezes este nombre. Bien hazes, bien, de ser fugitiva de mis lazos, que movidos de amor se olvidaron de tu ofensa y a no observar el decoro que se deve al marqués Carlos, que está presente, este azero, aunque le adviertes en mi mano tan poco poderosa al golpe de vil y impossibilitada, que se halla en su caduca y arruyada piel, buscara en tu pecho satisfacción a semejante libertad.

Respondió Laura postrada a sus pies con abundantes lágrimas que se mezclavan con algunos sollozos descompuestos. Y Carlos, tomando la mano en su respuesta, dixo assí:

—La Duquessa mi señora, hija, señor, vuestra, es ya esposa mía. Y no es razón que altere este contento memoria tan importuna como la que os ha movido a esta demonstración. Si fue fugitiva de vuestro palacio, no facilidad liviana la obligó a esse exceso,

que retirándose entre sus deudos, pensando librarse de vuestras manos, con imaginaciones escabrosas que la movieron en sospechas de malas informaciones de Fílida, su prima, la hicieron precipitar de aquella suerte, ya que yo la viniese sirviendo con el decoro que se debía a su grandeza. No fue el príncipe Cesarino, no, el que imagináis que fue su rovador, que no tenemos nuevas de su persona, ni sabemos de qué estraña provincia es habitador, ni lo que le movió a salir de vuestro palacio. Aunque las cartas que me han dicho de mi padre, ya en el último tranze de su muerte, le devieron ocasionar a semejante estrañeza, afligiéndome sumamente este cuidado y sirviéndome de azar en este contento de no saver en dónde pueda estar oculto.

Quedó el Conde mudo a la respuesta del marqués Carlos, imaginando (como en sueños) semejantes novedades; el duque Eduardo, suspenso y retirado en su compostura, sin dar palabras de queixa a Laura, ni de agasajo, librando en su silencio los sentimientos de su libertad. Y prosiguiendo Carlos en acordar su cuidado, tuvo sospecha si sus mismos criados le habían dado muerte para robarle sus despojos, pues de los dos que le acompañaban, ninguno había salido a luz hasta entonzes. Y estando vacilantes entre estos discursos, conozió el Conde entre el tropel de la gente que habitava la plaza de aquella ciudad uno de los mismos que le hazían al Príncipe lado quando en Calabria tomaron postas para el Monferrato, dando el estraño traje con que se cubría ocasión para imaginarle agressor de aquel imaginado delito. Fueron en su seguimiento, preniéndole; confesó a la primera amenaza del potro de cómo fieras en el coraçón del monte le habían sepultado, averiguando esta sospecha la capa de camino ensangrentada que había hallado entre aquellos mal quemados troncos; y que ya desahuciados de su vida, él había dado muerte a su compañero para triunfar seguro de las considerables alhajas que el Príncipe dexó en una maleta.

Lastimosamente hizo el sentimiento su oficio en los pechos más helados de aquella nobleza, dando fáciles crédito a esta verdad, que la assigurava por cierta el silencio que veía en las nuevas de su vida infelize, sin tener noticia de su habitación. Y hallándose entre estas fatigas sepultados, ya quando el sol puesto trocó su cuna de oro hermosa por el túmulo de estrellas, sintieron gran tropa de cavallos a las puertas de la ciudad, y quiriendo examinar quién fuessen, hallaron al Príncipe solo, y que los

demás le desamparaban. Permitieron su fuga, acompañáronle a palacio, pidiendo albrizias a Carlos de la felicidad nueva que sobrevenía a sus gustos, que incrédulo le salió al encuentro a la averiguación de tan gustosa voz que había llegado a sus oídos.

El traje que traía el Príncipe dava dudas a la verdad que tocaban, pues melena y barva largamente crecida hazían poner en olvido a las faciones de su rostro. Ancho tahalí poblado de pistolas, que encubría una luzida copa gaspona pespuntada curiosamente de cerdas²⁰² negras, cuchillo de monte turquesco, mangas, guantes y polainas de pieles de animales pintados eran sus galas más costosas.

Y inquiriéndole todos a un tiempo que qué traje, qué novedad, qué ausencia era aquella, en ocasión que le tenían por pasto de fieras de aquellos montes, respondió el príncipe Cesarino, satisfaciéndolos, de cómo perdido en el monte tras una corza, que herida fue ligera emulación del viento, se avezinó a una choza en donde le cogieron quatro salteadores, que ocultos en las débiles cañas de que estava fabricada, le maniataron rigurosos, llevándole en poder del rey de aquella compañía, capitán general de dos mil cavallos, que con orden y concierto se governavan en lo inculto del bosque, sirviendo su aspereza de descanso y sus intrincados laberintos de desahogos apacibles, exerciendo entre su robusta barvariedad un puntual gobierno, haviendo castigo severo para el inobediente (y a su modo) facineroso, y para el alentado, premio seguro, repartiendo tropas por diversos caminos para executar sus malignos intentos, aunque con orden particular que no diessen muerte a ningún passagero, que fácilmente la quebrantavan, aunque la severidad del rigor era fuerte freno a sus desórdenes. Y quando advertían sugeto de prendas entre manos, diziendo la calidad el vestido, le representavan ante su juez poderoso, y con guardias le entretenían hasta que el rescate de su persona le diesse libertad, concertándole en más o menos precio. Y que como le reconociesen de prendas, por el aliño y lucimiento, usaron con él de este mismo estilo, solicitando averiguar quién era, lo que tuvo en silencio muchos meses en esta mísera havitación, temeroso que el revelarlo no fuera mayor irritación a la ira, pues el Marqués, su hermano, había sido el mayor fiscal y riguroso perseguidor que habían tenido.

²⁰² cerdes

Pero un día, oyendo alabar al que governava tan bárbaro ejército de lo reconocido que estava del de Monferrato, por una amistad noble que con él havia usado en razón de librarle de sus ministros de justicia, se resolvió en secreto a manifestarse cómo era el príncipe Cesarino, hermano del dicho Marqués. Y en el mismo instante que lo supo, ostentó con agasajos demostrativos la verdad del reconocimiento de su pecho. Tratole diferentemente desde entonces y le señaló doze de los más robustos sujetos de su compañía, para que haciéndole lado, le divirtiesen con diversas cazas de que era habitada aquella escabrosa aspereza. Y un día, despidiéndose amigablemente de sus braços, le presentó doze hermosas pistolas, y que con cien cavallos que le acompañassen por los peligrosos que entonzes estavan aquellos passos, para que librándole de ellos, le pusieran en la misma ciudad, siguro de todo el peligro que le pudiera suceder viéndose solo, en señal de memoria a la amistad recibida, usando de esta hidalga execución con mil recaudos y ceremonias al Marqués, ignorando su muerte aquel retiro.

Todos gustosos, estrañando el sucesso, enlazaron el cuello del Príncipe amigablemente. Y él se suspendía quando reparava en Carlos su fortuna, que le truxo a que fuesse caveza, en efecto, de su casa.

En el Conde hubo olvido en sus enojos; en el Príncipe, admiración en sus sentidos; en Carlos, alborozos célebres; en Laura, gustos apacibles; en los nobles, entretenido encanto y necessaria memoria de lo que devía a Filida, que enviando poderes para efectuación de su casamiento, le concluyó gustoso, que logró con felicidad, en compañía de Carlos y Laura, que le correspondían y pagavan en la misma moneda, que siendo de voluntad era bien fina.

El duque Eduardo también puso en olvido sus tristezas con tan gustosas novedades, dispuniendo su ánimo para hazer empleo de su persona en Lelia, sobrina del Marqués difunto y prima de Carlos, que un monasterio la havia dado clausura el tiempo que duraron estas inquietudes. Descubriéndose con vida el criado que el preso declaró difunto por sus manos, que al uno se le dio perdón de su dañado intento por celebración de las fiestas, y al otro, premio en señal de agradecimiento a su lealtad, casándole con Hipólita. Primer causa de estos discursos, sellando estos contentos, sazonzando estos gustos, perficionando estos

alvorozos, cantidad de célebres fiestas, que empezaron a despertar lo noble de Monferrato. Y con amor, con fe, con fidelidad y con pechos abrasados, en afectos se dilatavan todos igualmente en generosa competencia.

EL FIN